

# EL ARGONAUTA ESPAÑOL

Periódico gaditano por el  
bachiller D.P. Gatell

**Elisabel Larriba**



**ABC**

Colección  
Bolsillo

SERVICIO DE  
**PUBLICACIONES**  
UNIVERSIDAD  
DE **CÁDIZ**

**EL ARGONAUTA ESPAÑOL**  
**Periódico Gaditano**

por

**El Bachiller D. P. GATELL**

Edición e introducción de  
Elisabel LARRIBA



**EL ARGONAUTA ESPAÑOL**  
**Periódico Gaditano**

por

**El Bachiller D. P. GATELL**

Edición e introducción de  
Elisabel LARRIBA



**UCA**

Universidad  
de Cádiz

Servicio de Publicaciones  
2003

Gatell, Pedro

El Argonauta español : periódico gaditano / por el bachiller D.P. Gatell ; edición e introducción de Elisabel Larriba. -- Cádiz : Universidad, Servicio de Publicaciones, 2003. -- pp. 288.

ISBN 84-7786-892-1

I. Larriba, Elisabel, ed. Lit. II. Universidad de Cádiz. Servicio de Publicaciones, ed. III. Título

070

© Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz  
Elisabel LARRIBA

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz  
C/ Doctor Marañón, 3. 11002 Cádiz  
[www.uca.es/serv/publicaciones](http://www.uca.es/serv/publicaciones)

ISBN: 84-7786-892-1  
Depósito Legal: CA-563/03

Diseño: Cadigrafia  
Maquetación y fotomecánica: Produce  
Imprime: Imprenta Santa Teresa

## ÍNDICE

Introducción .....	9
I. <i>El Argonauta español</i> , periódico gaditano de la Ilustración .....	9
II. ¿Quién era el Br. D. P. Gatell? .....	37
Bibliografía .....	49
I. Obras de Pedro Pablo Gatell y Carnicer .....	49
II. Estudios sobre Pedro Pablo Gatell y Carnicer y su obra .....	51
Advertencia a la edición .....	53
<i>El Argonauta español, periódico gaditano</i> por el Br. D. P. Gatell .....	55



## INTRODUCCIÓN

### I. *El Argonauta español*, periódico gaditano de la Ilustración

La aparición en 1781 de *El Censor* renovó por completo el universo periodístico de la España dieciochesca<sup>1</sup>, abriendo paso a una prensa de calidad orientada esencialmente hacia la divulgación y la crítica social. Su principal autor, Luis María García Cañuelo, que se presentaba, ante un público ya variopinto y sediento de información<sup>2</sup>, como un “*Don Quijote del mundo filosófico*”, determinado a “*deshacer errores de todo género, y enderezar tuertos y sinrazones de toda especie, pertenezcan unos y otros a la materia que pertenecieren*”<sup>3</sup>, pasó a ser un auténtico modelo para toda una generación de periodistas deseosos de poner su pluma al servicio de la Ilustración y

---

<sup>1</sup> Sobre la prensa española dieciochesca consúltese en particular: GUINARD, Paul-J., *La Presse espagnole de 1737 à 1791. Formation et signification d'un genre*, Paris, Centre de Recherches Hispaniques, 1973 y SÁIZ, María Dolores, *Historia del periodismo en España. 1-Los orígenes. El siglo XVIII*, Madrid, Alianza Editorial, 1983. Por lo que se refiere a *El Censor*, véase en particular la introducción de Elsa GARCÍA PANDAVENES, in “*El Censor*” (1781-1787). *Antología*, Barcelona, Labor, 1972, p. 19-59 y el estudio de José Miguel CASO GONZÁLEZ (p. 775-799) que cierra su edición facsímil del periódico (Universidad de Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII, 1989).

<sup>2</sup> Véase: LARRIBA, Elisabel, *Le Public de la presse en Espagne à la fin du XVIIIe siècle (1781-1808)*, Paris, Honoré Champion, 1998.

<sup>3</sup> *El Censor*, Madrid, Imprenta Real, tomo IV, n° LXVIII, 1785, p. 10.

del bien público. Entre sus epígonos figuró *El Argonauta español* del Bachiller Pedro Gatell, semanario que vio la luz en 1790 en Cádiz, ciudad que ofreció a varios periódicos finiseculares una acogida de las más favorables y se había convertido, después de Madrid, en la capital de la prensa<sup>4</sup>.

### ≠ *Un periódico de provincias con aspiraciones nacionales*

La existencia, a finales del siglo XVIII, de un público de provincias nada desdeñable<sup>5</sup>, que se interesaba por la prensa madrileña (a la que tenía acceso gracias al sistema de la venta por suscripción), pero que aspiraba también a la consecución de noticias en perfecta adecuación con su entorno directo (local, o eventualmente regional) favoreció el desarrollo de una prensa de provincias que, por regla general, se dirigía ante todo a una clientela de relativa proximidad. Piénsese, por lo que se refiere a los años 1780-1795, en títulos tan significativos como: el *Semanario literario de Cartagena* (1786), el *Diario Pinciano* (1787), la *Gaceta de Gerona* (1787), las *Conversaciones históricas malagueñas* (1789), el *Correo de Aragón* (1789), el *Diario de Valencia* (1790), el *Diario de Barcelona* (1792), el *Diario de Granada* (1792), el *Diario histórico y político de Sevilla* (1792), el *Diario de Murcia* (1792), el *Censor del Diario de Murcia* (1792), el *Correo literario de Murcia* (1792), el *Diario de Salamanca* (1793), la *Gaceta de Alicante* (1793), el *Semanario literario y curioso de Salamanca* (1793), sin hablar de las publicaciones gaditanas anteriores al *Argonauta español...* : la *Gaceta de Cádiz* y *La Pensadora Gaditana* (1763, en ambos casos), el *Hebdomadario de Cádiz* (1789) o posteriores : el *Diario comercial y económico de Cádiz* (1791), el *Semanario de Comercio de la plaza de Cádiz* (1792), el *Diario histórico y*

---

<sup>4</sup> LARRIBA, Elisabel, *Le Public de la presse en Espagne à la fin du XVIII<sup>e</sup> siècle (1781-1808)*, op. cit., p. 103-107.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 61-116.

*político de la ciudad de Cádiz* (1793), el *Diario de Cádiz* (1794), el *Diario gaditano, literario, comercial, político y económico, Correo de Cádiz y Postillón del Correo de Cádiz* (1795)<sup>6</sup>.

El Bachiller Pedro Gatell, navegando contra la corriente, subrayó de antemano la dimensión nacional que pretendía conferir a su periódico dándole el título de *El Argonauta español*, y no gaditano, como era de esperar. Sin embargo juzgó procedente, aunque sólo fuera en el subtítulo, hacer referencia a la procedencia geográfica de la obra agregando la mención “*periódico gaditano*”. El objetivo quedaba claro. Se trataba de dar cuerpo a una obra susceptible de interesar tanto al público madrileño como al local. Si bien el único ejemplar que se conserva en la Biblioteca pública de Cádiz salió de las prensas gaditanas de Antonio Murguía (calle de la Carne, n° 6) y se podía comprar, según reza la portada, en “*dicha Imprenta, y en las librerías de Pajares, junto a las Recogidas, en la de Navarro, junto de S. Agustín, en la de Savid, plazuela de la Virreina, y en la de Comes, calle de la Verónica*”, los anuncios publicados al respecto en varios periódicos de la capital entre agosto y octubre de 1790 nos indican que dicha obra también se podía adquirir en las librerías madrileñas de Antonio Arribas (carrera de San Jerónimo), Pascual López (frente a San Luis) y de Escribano (calle de Carretas, frente a la Imprenta Real) y, sobre todo, que el impresor Aznar lo editaba en la propia Corte<sup>7</sup>. O sea que *El Argonauta Español* fue objeto de una doble impresión (en Cádiz y en Madrid), lo que no deja de ser excepcional.

---

<sup>6</sup> Cfr. AGUILAR PIÑAL, Francisco, *La Prensa en el siglo XVIII: Diarios, revistas y pronósticos*, Madrid, C.S.I.C., 1978.

<sup>7</sup> *Diario de Madrid*, tomo XVII, lunes 16 de agosto de 1790, n° 228, p. 613 (a); *Gaceta de Madrid*, viernes 3 de septiembre de 1790, n° 71, p. 590; *Memorial literario*, octubre de 1790, tomo XXI, n° CXVIII, p. 186.

## ≠ *Un público variopinto*

Según consta en estos mismos anuncios, el número suelto (que se componía de ocho páginas in-4º) costaba seis cuartos (precio normal para un periódico de ese tamaño<sup>8</sup>). Pero Pedro Gatell, deseoso de granjearse una clientela fiel, susceptible de favorecer la perennidad de la obra, ofreció también a sus lectores más adinerados la posibilidad de suscribirse al periódico por seis meses<sup>9</sup>. Y, según una práctica muy al uso por entonces, nuestro periodista no omitió publicar la relación de sus abonados. En una época en que (pese al notable aumento del público lector y a su diversificación social) la prensa seguía siendo un producto de lujo, rendía así un vistoso y apreciado homenaje a quienes le habían prestado su apoyo económico y moral, al mismo tiempo que contribuía a su propia publicidad. La referida lista, que cierra el último número de la colección (el 26), consta de 97 suscriptores, cifra aceptable, pero que no sufre ni la menor comparación con los resultados obtenidos por ciertos periódicos madrileños, o incluso de provincias, que gozaron de una amplia difusión. A modo de ejemplo, el *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa...* (Madrid, 1787-1791) contaba en 1788 con 759 suscriptores y *El Diario de Valencia* totalizaba en 1790 (año de su fundación) 440<sup>10</sup>.

Aunque *El Argonauta español...* fue concebido con la esperanza de interesar a un público que rebasara el ámbito local, la

---

<sup>8</sup> Se podrán hallar elementos de comparación en GUINARD, Paul-J., *La Presse espagnole de 1737 à 1791. Formation et signification d'un genre*, op. cit., p. 59-64 (« Tirages et prix des journaux »).

<sup>9</sup> Véase la nota que figura al final del número 2 de *El Argonauta español*. Desgraciadamente el precio de la suscripción no viene indicado, ni en los diferentes anuncios insertados en el propio periódico, ni tampoco en los publicados en otros periódicos.

<sup>10</sup> Cf. LARRIBA, Elisabel, *Le Public de la presse en Espagne à la fin du XVIII<sup>e</sup> siècle...*, op. cit., p. 84 et 91.

inmensa mayoría de sus abonados (91, o sea el 93,8%) residía en Cádiz. Tres vivían en localidades cercanas (Chiclana<sup>11</sup> y Puerto de Santa María<sup>12</sup>), dos en Murcia<sup>13</sup> y uno procedía de Valencia<sup>14</sup>. Pero no olvidemos que el periódico también se podía adquirir en varias librerías madrileñas. Asimismo, el 3 de enero de 1792 (cuando ya había dejado de parecer el periódico que no sobrevivió al Decreto de Floridablanca del 24 de febrero de 1791), se anunció en el *Diario de Madrid*<sup>15</sup> (y a los

---

<sup>11</sup> Manuel Pinillos.

<sup>12</sup> Fr. Gregorio Vila (Corrector del Convento de la Victoria) y Don Pablo María Bizarrón y Rivas (Regidor y Justicia mayor).

<sup>13</sup> Josef Domínguez y Francisco Estebán.

<sup>14</sup> Joseph de La Croix, Barón de la Bruère y Vizconde de Brie.

<sup>15</sup> *Diario de Madrid*, martes 3 de enero de 1792 (nº 3), p. 10-11: “*Explicación y uso del cuadrante esférico*, para resolver las cuestiones astronómicas, y los problemas de navegación, obra interesante especialmente a todos los que ejercen esta arte, pues ofrece casi tanta exactitud, como por el cálculo Trigonométrico; y asimismo útil a todo sujeto aficionado a la Astronomía. Se vende en la librería de Cerro calle de Cedaceros, y en su puesto calle de Alcalá.

*El Argonauta Español*, en el que se recogen por un estilo jocoso los actuales abusos en todas clases de materias, y al mismo tiempo se suministrarán pensamientos interesantes al mayor progreso de las Ciencias, Artes, Agricultura y Comercio, e igualmente noticias curiosas, anécdotas &c. Por lo que resultará una obra útil, deleitable e instructiva a todas las personas de ambos sexos, tomo único en cuarto. Autor el B. D. P. G. Se vende en la librería de Cerro.

*El gran Piscator de Cádiz*, Calendario astronómico, meteorológico, y de refranes compuesto por el Br. D. P. G. Se vende en la librería arriba dicha”.

pocos días en la *Gaceta*<sup>16</sup>) la puesta en venta en la Corte (junto a otras obras del Bachiller) de un tomo único de *El Argonauta español*..., que debía reunir, al igual que el ejemplar conservado en Cádiz, los 26 primeros números<sup>17</sup>. Desgraciadamente no poseemos ningún dato sobre el volumen de las ventas que se pudieron realizar mediante ese cauce.

A todas luces, Pedro Gatell, que presentaba su periódico como “*una obra útil, deleitable e instructiva a todas las personas de ambos sexos*”<sup>18</sup>, tampoco consiguió, tal como soñaba, hacerse rico con “*esta mitad del público*” que constituían, según él, las señoras<sup>19</sup>. Así, entre los 97 suscriptores identificados figuran tan sólo cuatro mujeres<sup>20</sup> (el 4,1%), resultado que pudo decepcionar al Bachiller pero que no era nada ver-

---

<sup>16</sup> *Gaceta de Madrid*, martes 10 de enero de 1792, (nº 3) p. 24: « Explicación y uso del quartier esférico para resolver las cuestiones astronómicas, y los problemas de navegación = El Argonauta Español, en que se corrigen por un estilo jocoso varios abusos, y se suministran pensamientos interesantes al progreso de las ciencias, artes, agricultura y comercio, con noticias curiosas, anécdotas &c. = El gran Piscator de Cádiz: calendario astronómico, meteorológico y de refranes, con un régimen de vida para conservar la salud. Sirve para toda España: su autor el Bachiller P. G. Véndense en la librería de Cerro, calle de Cedaceros; y en su puesto calle de Alcalá ».

<sup>17</sup> Recordemos que era usual por entonces proponer también los periódicos a la venta bajo forma de volúmenes que reunían la producción de varios meses.

<sup>18</sup> Cf. el subtítulo de la obra.

<sup>19</sup> “A las Señoras, como parte brillante del Público”, in *El Argonauta Español*..., nº 2, p. 13: “cree el graduado que sólo con esta mitad del público, se hará rico; y mucho más cuando vean las Sras. que también pueden ser filósofas, y otras cosas”.

<sup>20</sup> Doña Francisca de Luque, doña Antonia de Prado, doña Leocadia María de Castro y Biedma y doña Catarina Emparán y Estenaga.

gonzante, de entrar en comparaciones<sup>21</sup>. Sin embargo tuvo la satisfacción de contar entre sus lectores más fieles a personas de la mayor nota y de poder encabezar la *Lista de los señores suscriptores al papel Periódico El Argonauta español, según el orden con que se suscribieron* con el Exmo. Señor Don Joaquín de Fondesviela y Ondeano, Gobernador militar y político de Cádiz, Caballero comendador de Huelamos en el Orden de Santiago, Teniente general de los Reales Ejércitos y Subdelegado de la Superintendencia de la Real Hacienda. También se suscribieron hombres de indiscutible prestigio local como el Alcalde Mayor (Don Antonio Escobar Riquelme), el Secretario del Gobierno y Milicias urbanas (Don Antonio de Uclés) o el oficial de la misma secretaría (Juan Bernardo de Uclés). Entre los suscriptores que desempeñaban cargos administrativos figuraban a la par (por orden de suscripción) Juan Castril (procurador del número), Pablo María Bizarrón y Rivas (regidor y Justicia Mayor del Puerto de Santa María), Josef de Quintana y Villalba (comisario de barrio), Josef Lazcano (oficial de rentas provinciales) y Francisco Estebán (fiel de rentas provinciales). También cabe subrayar la presencia de dos abogados de los Reales Consejos: Bernardo Hidalgo y Mozoncillo y Salvador María Rojo, del notario mayor de la Castrense, Antonio de la Torre, y de un escribano público, Josef de Torrices. Entre los militares, se interesaron por *El Argonauta español...* Joaquín de Fonsdeviela y Ondeano y Antonio de Uclés (a los que ya hemos citado) así como Josef Alier (controlador de Artillería), Fernando de Soria (teniente

---

<sup>21</sup> De los 8526 suscriptores que figuran en el banco de datos que elaboramos para nuestro estudio sobre la prensa española a finales del siglo XVIII figuraban tan sólo 216 mujeres, lo que representa un 2,5% del referido corpus, o sea un porcentaje muy inferior al obtenido por Pedro Gatell. Véase « L'inégalité des sexes. Les abonnées aux périodiques: une élite intellectuelle ou une élite sociale ? », in LARRIBA, Elisabel, *Le Public de la presse en Espagne à la fin du XVIII<sup>e</sup> siècle (1781-1808)*, op. cit., p. 149-178.

de navío de la Real Armada), don Fermín Nadal (primer cirujano de la Real Armada), Martín Montes (capitán y ayudante de la Plaza de Cádiz), Francisco Xavier Meñaca (alférez de navío), Pedro de Grimarest (ayudante mayor del Regimiento de Asturias), Francisco Xavier de Lauda (teniente de infantería de Malta) y por fin Manuel Behic (contador de ejército). El clero contaba con cinco representantes. Entre ellos dos presbíteros: Juan Antonio de las Cuevas y Josef Ignacio Callebout, un oficial de la contaduría del deán y cabildo de Cádiz, Macario del Campo, y, lo que puede parecer algo más sorprendente, Fr. Gregorio Vila, corrector del convento de la Victoria del Puerto de Santa María, y la biblioteca de Dominicos de Cádiz. Por fin destaca particularmente el grupo de los comerciantes representado por 17 individuos (o sea el 17,5% de los suscriptores): Cayetano Hue, Lorenzo Tomati, Manuel Arenas (empresario del teatro cómico de Cádiz), Tomás de Junquera (director de una compañía de seguros), Rafael Belluga, Juan Cabruja, Domingo Gual, Joaquín Necochea, Josef Manuel Jenet, Estebán Álvarez del Fierro, Manuel Jiménez de Sanz, Francisco Pabón, Mateo Egococheaga, Angel González de Villanueva, Josef Bourt (director de Compañía Marítima), los Sres. Izquierdos e Hijos y Josef María de Acevedo.

☞ *Un periódico adaptado al “gusto y paladar” de cada uno*

Toda la dificultad estribaba pues en satisfacer a un público variopinto, de intereses dispares, en el cual figuraban la flor y nata de la sociedad gaditana así como lectores de condición más humilde, cuya función no venía especificada, ni hemos podido determinar consultando fuentes ajenas (guías de forasteros, eclesiásticas, militares, de comerciantes...).

Con lo cual, en busca de un “*vellocino de oro, tres veces más interesante*” que el de los compañeros de Jasón, Pedro Gatell propuso a sus lectores un viaje “*a todo y por todo el mundo, por mar y por tierra, desde el centro a la superficie, y por todas las regiones, aun las más lejanas de nosotros (...)*”.

por todas las naciones, leyes, usos, costumbres y demás circunstancias, sin perdonarse ciencia, arte, ni objeto alguno que pueda topar con nuestros sentidos”<sup>22</sup>. Como ilustrado y heredero de *El Censor*, su propósito, al iniciar esa “agigantada expedición”<sup>23</sup>, consistía en desterrar los abusos, los vicios que corroían el siglo, con la esperanza de favorecer el saneamiento de una sociedad decadente. Sus discursos, concebidos desde una perspectiva didáctica y acorde con el famoso lema *enseñar deleitando*, serían de corta extensión<sup>24</sup>, redactados en un “castellano liso y llano”<sup>25</sup> y aderezados con cierta dosis de ironía como lo anunciaba el “*ridiculum acri dulcius*” que encabezaba cada número.

Sin embargo, la jocosa amenidad que había de caracterizar la obra y facilitar su lectura no implicaba, ni mucho menos, una renuncia cualitativa en cuanto a contenidos o el rechazo de cualquier forma de erudición. El objetivo de Gatell, cuyo principal norte era la utilidad pública, consistía en hallar una fórmula que combinara atinadamente el atractivo de la forma con la seriedad del fondo. Así fue como nuestro Bachiller hizo alarde, muy a menudo, de un rigor que casi podríamos calificar de científico y que no era nada común entre los publicistas de la época. Convencido de que la verdad y la razón constituían las únicas vías de acceso a la auténtica sabiduría (indisociable de la felicidad pública y del progreso de una nación), no se limitó en difuminar en sus discursos contundentes afirmaciones. Reivindicando su condición de ente racional, y haciendo suyo el consabido “*Sapere aude*” de Kant o el famoso postulado de Voltaire quien, en su *Dictionnaire philosophique*, declaraba “*Osez penser par vous-même*”, Gatell solía convertir sus

---

<sup>22</sup> *El Argonauta español...*, n° 1, p. 3-4 (de la edición original).

<sup>23</sup> *Id.*, p. 4.

<sup>24</sup> Cada número constaba de ocho páginas y solía componerse de dos o tres artículos.

<sup>25</sup> *El Argonauta español...*, n° 1, p. 5.

artículos en meticulosas demostraciones cuyos principales pilares eran la observación, la experiencia, el peso de las autoridades y las lecciones brindadas por el pasado. Por lo tanto, prefigurando la práctica de un periodismo especializado y científico<sup>26</sup>, se esforzó en dar cuenta tan sólo de verdades irrefragables, de hechos o de teorías cuya validez hubiera podido comprobar de manera fehaciente. Por ejemplo, cuando en el artículo titulado “Reflexiones crítico-físicas sobre el actual modo de apagar incendios” afirmó que el fuego para propagarse necesitaba aire, agregó acto seguido: “*Si hubiere algún incrédulo, no tiene más que ir a la prueba. El Argonauta lo ha visto, y con esto basta*”<sup>27</sup>. Asimismo, deseoso de dejar constancia de su erudición, consciente de sus propios límites o de la necesidad de acudir a fuentes incuestionables, Gatell no dudó en ampararse bajo el escudo de especialistas de mérito reconocido. De ahí una sorprendente abundancia de citas, de referencias a numerosos literatos, intelectuales o científicos del mayor prestigio, contemporáneos o clásicos, nacionales o extranjeros, que vienen a confirmar o completar sus propias teorías.

Pero, como ya subrayamos en otra ocasión<sup>28</sup>, uno de los aspectos más originales de este periódico quizás sea la importancia que en él cobra la Historia, como tema, pero sobre todo como instrumento. Efectivamente, más allá de los artículos

---

<sup>26</sup> Piénsese por ejemplo en el *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos*, creado en 1797 a petición del Primer Secretario del Estado y del Despacho de la época, Manuel Godoy, obra a la cual hemos dedicado una antología realizada en colaboración con el profesor Gérard DUFOUR (Valladolid, Ámbito, 1997).

<sup>27</sup> *El Argonauta español...*, n.º 10, p. 78.

<sup>28</sup> LARRIBA, Elisabel, “La Historia en *El Argonauta español*, periódico gaditano de la Ilustración”, in *IX Encuentro de la Ilustración al Romanticismo. Cádiz, Europa y América (1750-1850). Historia, Memoria y Ficción. Cádiz, 14, 15 y 16 de mayo de 1997*, Cádiz, Facultad de Filosofía y Letras, 1999, p. 177-187.

dedicados exclusivamente a esa ciencia<sup>29</sup> (cuya enseñanza considera como imprescindible en el seno de una nación que aspira al calificativo de ilustrada), cabe notar que Gatell hace del recurso a datos históricos (practicado sea cual sea el tema desarrollado) una de las principales características de su escritura y pensamiento. Por ejemplo, y según un esquema recurrente, a la hora de discurrir sobre los barómetros, con tal que los españoles los fabriquen en lugar de importarlos, no se limita en describirlos sino que, emprendiendo un viaje en el tiempo, remonta hasta su invención en 1645 y da constancia de su evolución en una exposición detallada<sup>30</sup>. Con lo cual cada uno de sus artículos se convierte en una demostración rigurosa en la que la Historia desempeña un papel relevante. Así, las referencias históricas de las que se vale constantemente Gatell constituyen la base científica de un discurso crítico que rehúsa cualquier prejuicio, sea cual sea. Nuestro periodista es ante todo un observador metódico, y a menudo impertinente, de su tiempo que se nutre de las realidades que le brindan tanto su presente, como el pasado, con la esperanza de crear entre sus conciudadanos un clima de emulación. “*Si nosotros —decía— empleamos el tiempo en observar y meditar cada uno en los diferentes ramos de su respectiva facultad, será muy dable adelantar sobre lo ya conocido, y esto será digno de hallazgo*”<sup>31</sup>.

Su insaciable curiosidad intelectual (acicateada por la voluntad de ser útil a su patria), así como la necesidad de doblegarse a los gustos y exigencias de un público hartado diver-

---

<sup>29</sup> Cuatro artículos que representan el 9% de la obra: « Historia », in *El Argonauta español*, n° 5, p. 37-40 ; « Necesidad de una Historia de la Marina en España », in *id.*, n° 16, p. 124-128 ; « Compendio de la Historia Antigua de España », in *id.*, n° 19, p. 149-152 y “Sigue la Historia de España”, in *id.*, n° 20, p. 156-160.

<sup>30</sup> « Barómetro », in *El Argonauta español*, n° 4, p. 30-32 y « Continuación del Barómetro », in *id.*, n° 5, p. 33-35.

<sup>31</sup> « Astronomía », in *id.*, n° 14, p. 112.

sificado, le llevaron a presentar su periódico bajo la forma de una auténtica miscelánea en la que los discursos (mayoritarios) alternaban con sueños alegóricos, anécdotas, consejos, cartas de los lectores... Tal actitud no constituía ninguna novedad. Basta con citar para convencerse de ello a los redactores del *Diario curioso, erudito, económico y comercial*, quienes, en el prólogo que publicaron en 1786, afirmaban que la variedad era “constitutiva de [ese] *Papel*”, añadiendo, a modo de justificación:

*“...habiéndonos prescrito por el Gobierno con sabia y madura meditación los títulos de este Diario, abrazando en sus cuatro adjetivos de Curioso, Erudito, Económico y Comercial cuanto pueden de sí arrojar todos los conocimientos científicos y útiles a la humanidad y a la instrucción genérica de nuestros patricios, sería faltar a sus fines si para proporcionarlos no variáramos cada día de objetos, y si compadeciendo nuestro trabajo con el corto volumen que cada Diario comprende, no los sembramos de esos trozos inconexos, resultando al cabo una menestra de diferentes manjares, en que cada uno encuentre el plato que más se acomode a su gusto y paladar”*<sup>32</sup>.

Sin embargo, la gran diversidad temática que caracteriza *El Argonauta español*, periódico en el cual, según rezaba la portada, “se corrigen por un estilo jocoso los actuales abusos en todas clases de materias, y al mismo tiempo se suministran pensamientos interesantes al mayor progreso de las Ciencias, Artes, Agricultura y Comercio, e igualmente noticias curiosas, anécdotas, &c. Obra útil, deleitable e instructiva a todas las personas de ambos sexos”, no deja de ser sorprendente, cuanto más al tratarse de una empresa individual. Conforme a lo anun-

---

<sup>32</sup> *Diario curioso, erudito, económico y comercial*, Madrid, 1786, tomo I, p. 7.

ciado, Pedro Gatell ofreció a sus lectores varios artículos que podríamos calificar de científicos, los cuales suelen destacar por un cariz técnico y una precisión poco corrientes en el orbe periodístico, y cuanto más en una obra divulgativa destinada a un público sumamente diversificado. Redactados con una pasión que no es enemiga del rigor, estos discursos publicados en una época en que se dan los primeros pasos hacia la ciencia moderna, son el fruto de una reflexión y de experimentos personales enriquecidos por una amplia consulta documental. Con lo cual, se hallarán en *El Argonauta español* artículos sobre, por ejemplo, el barómetro<sup>33</sup>, el termómetro<sup>34</sup>, la física experimental<sup>35</sup>, la medicina<sup>36</sup>, la astronomía<sup>37</sup>, los terremotos<sup>38</sup> o el modo de apagar los incendios<sup>39</sup>. De esta manera, Pedro Gatell hacía alarde de una indudable erudición y contribuía a difundir conocimientos hasta ahora reservados a una élite de la que se ufanaba de formar parte y a la que invitaba a seguir su ejemplo, para que España saliera por fin de su letargo y consiguiera rivalizar a nivel científico con las demás naciones europeas. Sin embargo, el propósito, por ser erudito, no dejaba de ser práctico. Su principal norte era poner la ciencia (de múltiples aplicaciones en la vida cotidiana) al servicio de todos y cada uno, contribuyendo a la felicidad y bienestar de la humanidad. En ello, era verdaderamente ilustrado nuestro gaditano.

---

<sup>33</sup> «Barómetro », in *El Argonauta español*, nº 4, p. 30-32 y « Continuación del Barómetro », in *id.*, nº5, p. 33-35.

<sup>34</sup> « Termómetro. Instrumento físico utilísimo », in *id.*, nº 11, p. 84-86.

<sup>35</sup> « Física experimental », in *id.*, nº 7, p. 51-54.

<sup>36</sup> « Medicina », in *id.*, nº 12, p. 89-93.

<sup>37</sup> « Astronomía », in *id.*, nº 14, p. 109-112.

<sup>38</sup> « Origen de los terremotos. Señales y modos de libertarse de sus estragos », in *id.*, nº 25, p. 193-196.

<sup>39</sup> « Reflexiones crítico físicas sobre el modo actual de apagar los incendios », in *id.*, nº 10, p. 77-80, «Máximas que deben observarse para apagar los incendios», in *id.*, nº 17, p. 132-136 y «Remedio magnífico para preservar las ruinas que ocasionan los incendios», in nº 21, p. 165-168.

Siguiendo ese mismo rumbo, se interesó por la agricultura que venía a ser la principal fuente de riqueza de la nación y se merecía por ello todos los miramientos. Así fue como insertó en uno de sus primeros números un artículo destinado a cantar las “*glorias de la Agricultura, y las excelencias de los que la profesan*”<sup>40</sup>, temas que dejaban sin cuidado a los “*Filósofos de moda*”, quienes, subrayaba, poco, o mejor dicho nada, aportaban a su patria. En una época en que se solía despreciar el trabajo de la tierra y en que el campo se vaciaba en beneficio de las ciudades infestadas de “*manos ociosas (...) ocupadas en destinos propios de las mujeres, y más adaptables a gente de edad*”<sup>41</sup>, uno de los deberes del verdadero filósofo era recordar a sus conciudadanos cuán noble había sido en tiempos remotos esa actividad. Igualmente condenable era la actitud de quienes, calificados por Gatell de “*escritorcillos de carilla*”<sup>42</sup>, se limitaban (siguiendo las pisadas de los extranjeros que se mofaban del atraso endémico de España y de la indolencia de sus moradores) en ofrecer a sus lectores un retrato abrumador del mundo agrario y se complacían en una crítica estéril cuando lo esencial era desvelarse por hallar soluciones. Con lo cual, tras ese necesario ajuste de cuentas, nuestro Bachiller, apoyándose en ejemplos concretos (fruto muy a menudo de observaciones personales), no omitió llamar la atención de sus lectores sobre la necesidad de introducir en España nuevos cultivos (como la papa, la yuca, el ñame o el ñame), susceptibles de suplir la carencia de trigo y por lo tanto de pan en tiempos desgraciados.

*“Esto, esto es –concluía– lo que habían de procurar los escritorcillos de carilla, no el declamar. Lo que se necesita es conocer los medios que pueden producir beneficios, tanto en las subsistencias de primera necesidad,*

---

<sup>40</sup> « Agricultura », in *El Argonauta español*, n° 3, p. 20-22.

<sup>41</sup> *Id.*, p. 21.

<sup>42</sup> *Id.*, p. 22.

*como en los ramos concernientes al lujo. Atraer a los ociosos a la aplicación y desterrar preocupaciones de orgullo y vanidad, acopiando manos para la labor del campo*<sup>43</sup>.

Con esta defensa y alabanza de la agricultura, Pedro Gatell y Carnicer y su *periódico gaditano* se adelantaban a la política que, desde Madrid, unos pocos años más tarde llevaría el Príncipe de la Paz, Manuel Godoy, con la creación del jardín botánico de aclimatación de San Lúcar de Barrameda y la movilización como mediadores culturales de los clérigos alrededor del periódico titulado *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos*. Pero el Bachiller o *Argonauta español* tuvo la desdicha de acertar antes de tiempo, en una época en que el conde de Floridablanca se mostraba más preocupado por la fama literaria de España que por el desarrollo del nivel de vida de sus habitantes y murió antes de que el favorito de Carlos IV y sobre todo de su mujer (que sin embargo, distó mucho de ser el mero chulo que nos pintaron adversarios e historiadores, como demostró recientemente Emilio La Parra<sup>44</sup>) pudiera apreciar su celo y premiarlo.

Asimismo Pedro Gatell, para quien la agricultura, por muy importante que fuera, no era el único sector económico cuyo fomento cabía favorecer, enlazó acto seguido con un artículo dedicado al comercio<sup>45</sup>. Apoyándose una vez más en la historia (fuente inagotable de enseñanzas) así como en las observaciones realizadas a lo largo de sus numerosos viajes (presentados, acorde con el ideario ilustrado, como un imprescindible complemento de formación), Gatell que, según afirmaba, había tra-

---

<sup>43</sup> *Id.*

<sup>44</sup> LA PARRA, Emilio, *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, Tusquets Editores, 2002.

<sup>45</sup> « Comercio », in *El Argonauta español*, nº 3, p. 22-24.

tado con “*las naciones más Comerciantes del mundo*”<sup>46</sup> se lanzó en una apasionadísima defensa de las actividades mercantiles sin las cuales una nación no podía prosperar y se veía abocada a las mayores desgracias. Obviamente, en una ciudad como Cádiz, crisol de una burguesía mercantil que se fue afirmando hasta lograr competir social y económicamente con la nobleza, este discurso apologético llovía sobre mojado y podía granjearle el apoyo de los mercaderes gaditanos que constituirían para él una clientela idónea. Queda muy claro que Gatell, al poner de realce la “*utilidad y nobleza*”<sup>47</sup> del comercio, “*basa y raíz de la abundancia, quietud y felicidad de los Imperios y Reinos*”<sup>48</sup>, “*conductor de la verdadera Religión*”<sup>49</sup>, condición sine qua non al progreso de la agricultura, de las artes y hasta de la ciencia, no servía exclusivamente, tal como afirmaba<sup>50</sup>, los intereses de su patria. Implicado a su vez en una relación de tipo comercial y en busca de un público, también defendía los intereses del producto que acababa de lanzar.

Deseoso de brindar a sus lectores una visión completa de los diferentes sectores económicos existentes, nuestro periodista rompió a la par varias lanzas por las artes que, a pesar suyo, solían ser objeto de desprecio. En un primer artículo de corte genérico<sup>51</sup>, Gatell, que seguía la vía trazada por Pedro Campomanes en su *Discurso sobre la educación popular* (1774-1777) y demostró tener un perfecto conocimiento de la Real Cédula de 1783 en que se declaraba que “*no sólo el oficio de curtidor, sino también las demás artes u oficios de herrero, zapatero, carpintero y otros a este modo, son honestos*

---

<sup>46</sup> *Id.*, p. 22.

<sup>47</sup> *Id.*, p. 24.

<sup>48</sup> *Id.*, p. 23.

<sup>49</sup> *Id.*

<sup>50</sup> *Id.*, p. 24: “Con este objeto dirá el Br. muchas cosas que les pueden ser útiles sin más interés que el de un buen Patriota ; sin más miras que el deseo de los adelantamientos que tan sobremanera necesitamos”.

<sup>51</sup> “Artes”, in *El Argonauta español*, n° 5, p. 35-37.

y honrados”<sup>52</sup>, defendió con el ahínco que acostumbraba la nobleza de las artes. Adoptando un tono perentorio, declaró “*indignos del nombre de Ciudadanos, y de verdaderos patriotas a todos aquellos que pensaren o dijeren lo contrario*”<sup>53</sup>. Asimismo, partidario de una nobleza del mérito, sostenía que “*el hombre honrado, íntegro, puro y buen cristiano, es el verdadero noble por sastrero que sea*”<sup>54</sup>. Por lo tanto juzgaba inadmisibles y antipatrióticas la actitud de los padres que, por mera vanidad, en lugar de “*promover la aplicación de sus hijos*”<sup>55</sup> hacían de ellos seres ociosos por negarse a que se dedicasen a actividades, según ellos, de poco lustre cuando no viles. De ahí la necesidad de un cambio radical de las mentalidades sin el cual todos los esfuerzos del Estado para sacar España adelante quedarían defraudados<sup>56</sup>. Una semana después volvió a llamar la atención de sus lectores sobre tan importante asunto, centrándose esta vez en un caso particular con la publicación de un artículo sobre la “*Antigüedad y lustre del arte de zapatero*”<sup>57</sup>. Demostraba así que los artesanos, indispensables a la nación y merecedores de los mayores encomios, también hallarían en este periódico discursos susceptibles de interesarles.

---

<sup>52</sup> *Real Cédula de S. M. y Señores del Consejo, por la cual se declara, que no sólo el Oficio de Curtidor, sino también los demás Artes y oficios de Herrero, Sastrero, zapatero, carpintero y otros a este modo, son honestos y honrados; y que el uso de ellos no envilece la familia, ni la persona del que los ejerce, ni la inhabilita para obtener los empleos municipales de la República en que estén vecindados los Artesanos o Menestrales que los ejerciten; con lo demás que se expresa*, Madrid, Imprenta de Don Pedro Marín, 1783.

<sup>53</sup> “Artes”, *op. cit.*, p. 35.

<sup>54</sup> *Id.*

<sup>55</sup> *Id.*, p. 36.

<sup>56</sup> *Id.* : “*serán inútiles todos los desvelos del Soberano y Ministros, si nosotros no ponemos de nuestra parte cuanto sea dable para llenar tan altos fines*”.

<sup>57</sup> “Antigüedad y lustre del arte de zapatero”, in *El Argonauta español*, nº 6, p. 47-48.

Tampoco se olvidó Gatell del público femenino. Cumpliendo con lo anunciado en el subtítulo de la obra, insertó en *El Argonauta español* varios artículos que concernían directamente a las mujeres, lo que no era tan frecuente y podía incluso parecer algo estrafalario en una época en que imperaba el machismo y en que el público femenino seguía siendo hartamente minoritario<sup>58</sup>. Convirtiéndose en un apasionado defensor de sus contemporáneas, culturalmente marginadas (lo que al parecer deploraba fuertemente) subrayó en uno de sus primeros discursos, cuyo título anuncia claramente el color: *A las Señoras, como parte brillante del público*<sup>59</sup>, que sus reflexiones, consejos o advertencias iban dirigidas a ambos sexos. La historia y la experiencia, tan a menudo enarboladas, le habían demostrado de manera fehaciente que las mujeres eran “*en un todo acreedoras al convite de este Periódico*”<sup>60</sup>. Apoyándose asimismo en las declaraciones del “*Gran Plutarco*” y en ejemplos concretos, subrayó que en no pocas ocasiones las mujeres, de quienes pendía la economía y gobierno interior de las casas (actividad que no se podía minusvalorar), habían dado a la par magníficos “*testimonios positivos de valor, honor y talento*”<sup>61</sup>. Con lo cual, siguiendo las pisadas del *Memorial literario*, se comprometió en brindar a sus lectores y lectoras el retrato de mujeres ilustres “*para que sirvan de ejemplo a las presentes y futuras*” antes de concluir que “*éstas bien pueden ser filósofas, y otras cosas*”<sup>62</sup>. Llevado por el afán de granjearse el apoyo del público femenino y de conquistar un nuevo mercado que dejaba vislumbrar ganancias apetitosas, nuestro ilustrado, que jamás perdía de vista sus propios intereses, publicó a las pocas

---

<sup>58</sup> LARRIBA, Elisabel, *Le Public de la presse en Espagne à la fin du XVIII<sup>e</sup> siècle (1781-1808)*, op.cit., p. 149-178.

<sup>59</sup> “A las Señoras, como parte brillante del Público”, in *El Argonauta español*, n° 2, p. 12-13.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>61</sup> *Id.*

<sup>62</sup> *Id.*, p. 13.

semanas un artículo titulado “*A las Señoras*”<sup>63</sup> en que prometió que de ellas daría “*una puntada en todos los papeles*”<sup>64</sup>. Sin embargo, Pedro Gatell, que se vanagloriaba de servir en todas circunstancias la verdad y de aborrecer “*toda mentira, lisonja, adulación, y todo cuanto huele a contemplación*”<sup>65</sup>, juzgó útil indicar a sus lectoras (y potenciales suscriptoras) que no todo les sabría a miel. Cumpliendo inmediatamente con lo prometido inició una comparación entre las mujeres europeas y las de las demás partes del mundo cuya finalidad era demostrar a sus compatriotas la suerte que tenían y cuán pocos motivos tenían para quejarse de su condición en general y en particular del trato que les reservaban sus maridos. Al fin y al cabo, nuestro argonauta, que, navegando a contracorriente, no dudó en afirmar con fuerza que todos debían “*ser Filósofos, sin exceptuar las Señoras Mujeres*”<sup>66</sup>, fue, por regla general, más propenso a denunciar los vicios y debilidades de sus coetáneas que a poner de realce sus virtudes o méritos, aunque admitiera que la educación que éstas habían recibido y la excesiva permisividad de sus maridos eran en gran parte responsables de sus desvaríos, lo que se puede comprobar, por ejemplo, en artículos como

---

<sup>63</sup> “A las Señoras”, in *El Argonauta español*, n° 6, p. 44-46.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>66</sup> “Filosofía”, *El Argonauta Español...*, n° 4, p. 25: “*Dos cosas va a exponer el Argonauta en este discurso, que ambas se las ha enseñado la experiencia. La primera lo que se debe entender por Filosofía, y la segunda, que todos deben ser Filósofos, sin exceptuar las Señoras Mujeres*”.

“Matrimonio”<sup>67</sup>, “Aventura Magna del Bachiller”<sup>68</sup>, “Paralelo entre las señoras españolas antiguas y las modernas”<sup>69</sup> o el sabroso discurso XXIII<sup>70</sup>, y puede explicar (por lo menos en parte) la nimia representatividad de las mujeres entre los suscriptores de *El Argonauta español*.

Obviamente, a lo largo de los seis primeros meses de existencia de *El Argonauta Español*, Pedro Gatell tuvo la oportunidad de tratar de asuntos muy dispares. De su odisea filosófica nació un peculiar diario de a bordo en el que, por ejemplo, artículos sobre el arte de la imprenta<sup>71</sup>, la fabricación del cristal<sup>72</sup>, al arte de la guerra<sup>73</sup>, la educación<sup>74</sup>, la lectura<sup>75</sup>, la filosofía<sup>76</sup>, la poesía<sup>77</sup>, la oratoria<sup>78</sup>, la enseñanza de la geografía<sup>79</sup>

---

<sup>67</sup> “Matrimonio”, in *El Argonauta español*, nº 7, p. 54-56. Sobre la concepción (poco halagüeña) que Pedro Gatell tenía del matrimonio véase nuestro artículo: “El matrimonio en la obra del Bachiller don Pedro Pablo Gatell y Carnicer (1745-1792)”, in *Historia Social y Literatura. Familia y burguesía en España (siglos XVIII y XIX)*. Segundo coloquio internacional (acción integrada franco-española) 18-20 de octubre de 2001, Lérida, Facultat de Lletres - Universidad de Lleida, de próxima publicación.

<sup>68</sup> “Aventura magna del Bachiller”, in *El Argonauta español*, nº 8, p. 57-60.

<sup>69</sup> “Paralelo entre las Señoras Españolas Antiguas, y las Modernas”, in *El Argonauta español*, nº 13, p. 97-99.

<sup>70</sup> Discurso XXIII (sin título), in *El Argonauta español*, nº 16, p. 121-124.

<sup>71</sup> “Del arte de la Imprenta, llamada Divina”, in *id.*, nº 2, p. 9-11.

<sup>72</sup> “Cristales”, in *id.*, nº 13, p. 116-119.

<sup>73</sup> “Arte de la guerra”, in *id.*, nº 22, p. 173-176.

<sup>74</sup> Discurso IV (sin título), in *id.*, nº 3, p. 17-20.

<sup>75</sup> Discurso XXIII (sin título), in *id.*, nº 15, p. 113-116.

<sup>76</sup> “Filosofía”, in *id.*, nº 4, p. 25-27.

<sup>77</sup> “Poesía”, in *id.*, nº 22, p. 169-173.

<sup>78</sup> “Oratoria”, in *id.*, nº 24, p. 189-192.

<sup>79</sup> Discurso XVIX (sin título), in *id.*, nº 10, p. 73-76.

podían alternar con escritos sobre la vejez<sup>80</sup>, los estragos de la moda<sup>81</sup>, los vestidos<sup>82</sup>, las relaciones entre amos y criados<sup>83</sup>, con una “*receta para entablar una verdadera amistad*”<sup>84</sup>, una “*anécdota y específico para que se sepa fácilmente un secreto*”<sup>85</sup>, los “*consejos que da un padre a un hijo que quiere entrar en la profesión de las Armas*”<sup>86</sup>, una “*Oda al Coronel del Regimiento de la Posma*”<sup>87</sup>, la descripción satírica de un “*hospital de quebrados*”<sup>88</sup> o una diatriba en contra de los detractores del periódico<sup>89</sup>.

Esa pasmosa diversidad temática se debe en gran parte a la necesidad que tiene el autor de doblegarse a los gustos y exigencias de un público heterogéneo del que pende la supervivencia de la obra. Pero también refleja la voluntad de hacer descubrir a los lectores nuevos horizontes, de desarrollar su espíritu crítico, invitándoles sistemáticamente a reflexionar sobre los males padecidos por la sociedad en que viven, sobre sus propios defectos, sobre posibles remedios, con la esperanza de que, alumbrados por la antorcha de la verdad y de la razón, se enmendaran y actuaran como hombres de bien, como verdaderos patriotas, siendo la grandeza de la nación el asunto

---

<sup>80</sup> “Vejez”, in *id.*, n° 6, p. 41-44.

<sup>81</sup> Discurso XVIII (sin título), in *id.*, n° 9, p. 65-68.

<sup>82</sup> “Vestidos”, in *id.*, n° 18, p. 141-144.

<sup>83</sup> Discurso XXVII (sin título), in *id.*, n° 19, p. 145-148.

<sup>84</sup> “Receta para entablar una verdadera amistad”, in *id.*, n° 2, p. 14-16.

<sup>85</sup> “Anécdota y específico para que se sepa fácilmente un secreto”, in *id.*, n° 4, p. 27-29.

<sup>86</sup> “Consejos que da un padre a un hijo que quiere entrar en la profesión de las Armas”, in *id.*, n° 11, p. 81-84.

<sup>87</sup> “Oda al Coronel del Regimiento de la Posma”, in *id.*, n° 15, p. 119-120.

<sup>88</sup> Discurso XXV (sin título), in *id.*, n° 18, p. 137-140.

<sup>89</sup> “Perdona a los cuervos, y oprime con su crítica a las palomas”, in *id.*, n° 20, p. 153-155.

de todos. Los hombres, le hacía decir Gatell a un padre que conversaba con su hijo, “nacemos para ser útiles a la Patria”<sup>90</sup>.

✍ *Una obra que deja traslucir una amplia cultura y un sorprendente conocimiento de los filósofos modernos*

Para llevar a bien ese viaje filosófico, marcado por incessantes cambios de rumbo, el Argonauta pudo contar con una amplia cultura perfectamente perceptible, aunque a veces disimulada. Las 208 páginas que se conservan de ese periódico misceláneo y abundan en referencias (explícitas o implícitas) a autores de todo tipo, clásicos y modernos, extranjeros o nacionales, nos demuestran de manera fehaciente que su autor fue un lector apasionado que probó de todo, hasta llegar a poseer un saber enciclopédico. Convencido de que la ignorancia era el peor de los males, no omitió cantar, en uno de sus primeros artículos, las glorias de “la imprenta, llamada Divina”<sup>91</sup>, sin la cual “las obras útiles y los pensamientos nuevos a favor del adelantamiento de las Artes y de las Ciencias”<sup>92</sup> no podrían circular. Asimismo, en el artículo que abre el número 15<sup>93</sup>, denunció con virulencia la actitud inconsecuente de unos padres que, faltando a sus deberes más elementales, no inculcaban a sus hijos el imprescindible amor del estudio y de la lectura y que, muy a menudo, se oponían incluso a que sus hijas aprendieran a leer. “Es éste –subrayaba– el camino de su perdición; el abandono, poco celo, nimia condescendencia, y otras cositas son las causas de los estragos que suceden. La ignorancia de la enormidad de los delitos, tanto por lo respectivo a la reli-

---

<sup>90</sup> “Consejos que da un padre a un hijo que quiere entrar en la profesión de las Armas”, in *El Argonauta español*, n° 11, p. 52.

<sup>91</sup> “Del Arte de la Imprenta, llamada Divina », in *El Argonauta español*, n° 2, p. 9-11.

<sup>92</sup> *Id.*, p. 11.

<sup>93</sup> Discurso XXIII (sin título), in *El Argonauta español*, n° 15, p. 113-116.

*gión como al estado, es la que ocasiona los daños. Despertad Padres. Abrid los ojos, cultivad esos campos de vuestros hijos con la lectura de libros buenos. Éste es el camino de la probidad*<sup>94</sup>.

Pedro Gatell, sin embargo, no se limitó a leer “libros buenos”. Conocía perfectamente los escritos de los filósofos franceses que, pese a las prohibiciones inquisitoriales, circulaban por la Península<sup>95</sup>, lo que parecía deplorar nuestro bachiller<sup>96</sup>. Así fue como, en el discurso primero de *El Argonauta español* en que se halla una primera referencia a la obra de Rousseau (en este caso *Discours sur l'origine et l'inégalité* de 1755 y *Du contrat social* de 1762), confesó haber leído cuanto había llegado a sus manos “sin pararse en que fuese bueno o malo”<sup>97</sup> y aprovechó la ocasión para condenar rotundamente la producción literaria de unos hombres que despreciaban la religión y, según afirmaba, “jamás merecieron con justicia el nombre de sabios. Sólo ocurren a esa familia maligna que se ha conocido en este siglo desdichado, sólo duchos en el arte de exclamar, seducir, ridiculizar y también de profanar lo más sagrado”<sup>98</sup>. Determinado, al parecer, a combatir el pestilente veneno

---

<sup>94</sup> *Id.*, p. 116.

<sup>95</sup> Véase DEFOURNEAUX, Marcelin, *L'Inquisition espagnole et les livres français au XVIII<sup>o</sup> siècle*, Paris, P.U.F., 1963; DOMERGUE, Lucienne, *Tres calas en la censura dieciochesca (Cadalso, Rousseau, Prensa periódica)*, Toulouse, France Ibérie Recherche, 1981, *Censure et Lumières dans l'Espagne de Charles III*, Toulouse, C.N.R.S., 1982, *Le Livre en Espagne au temps de la Révolution française*, Lyon, P.U.L., 1984 y LOPEZ, François, “El libro y su mundo”, in *La República de las Letras en la España del siglo XVIII*, Madrid, C.S.I.C., 1995, p. 63-124.

<sup>96</sup> “Filosofía”, in *El Argonauta Español...*, n<sup>o</sup> 4, p. 27: “Ésta es la Filosofía que debían aprender, y no la que a pesar de tantas prohibiciones corre entre la gente de pocas barbas”.

<sup>97</sup> “Discurso Primero”, in *El Argonauta Español...*, n<sup>o</sup> 1, p. 6.

<sup>98</sup> *Ibid.*, p. 8.

vertido por tales literatos nuestro periodista concluía su artículo declarando con acentos quijotescos:

*“el Br. que no teme ni debe poco, está resuelto a enris-  
trar la lanza, no para defender pupilos y viudas, porque  
no tienen parte en esta función, sino para amparar  
huérfanos y desvalidos, para sostener la verdad perdi-  
da de todo un siglo, y por último para hacer público el  
engaño en que vive aquel que piensa ser filósofo, leyen-  
do semejante casta de autores”*<sup>99</sup>.

Para el Argonauta el verdadero filósofo, como precisó posteriormente, era el hombre que (fuera cual fuera su condición, su oficio) conseguía determinar, valiéndose de la observación y de la razón, *“lo que es bueno y malo, sólido o vano, fuerte o débil, verdadero o falso”*<sup>100</sup>, el que se dedicaba a *“especulaciones útiles a la sociedad”*<sup>101</sup>. Cuantos, ajenos a esos nobles derroteros, se preciaban de practicar la filosofía, empleando *“sus talentos en esparcir máximas que no tienen otro objeto que la ruina general de los Pueblos”*<sup>102</sup> y contribuían tan sólo al fomento del libertinaje y de la disolución eran merecedores del mayor desprecio.

Entre ellos figuraba obviamente Voltaire del que hizo un retrato demoledor en su *Paráfrasis del Epitafio hecho a Voltaire que vino en una Gazeta de Londres*<sup>103</sup>, lamentando sobremanera el gran interés, cuando no la fascinación, que suscitaba la obra del francés entre la juventud. Admitía que sus dotes literarias de ningún modo podían ser puestas en tela de juicio y saludó al gran poeta que había introducido *“la belleza*

---

<sup>99</sup> *Id.*

<sup>100</sup> “Filosofía”, in *El Argonauta Español...*, n° 4, p. 26.

<sup>101</sup> *Id.*, p. 27.

<sup>102</sup> *Id.*

<sup>103</sup> “Paráfrasis del epitafio hecho a Voltaire, que vino en una Gazeta de Londres”, in *El Argonauta Español...*, n° 8, p. 60-64.

y el buen gusto en la Poesía Francesa”<sup>104</sup>. Sin embargo, éste era el único mérito que reconocía a un hombre que, llevado, según él, por un genio “*naturalmente perverso*”<sup>105</sup>, había malgastado su descomunal talento y perdido el derecho de figurar en el panteón de los verdaderos filósofos. Su “*espíritu de odio y venganza*”<sup>106</sup>, aliado a un “*libertinaje sin límites*”<sup>107</sup>, su “*ateísmo acendrado*”<sup>108</sup>, su desprecio de las leyes “*tanto Divinas como profanas*”<sup>109</sup> le convirtieron, prosiguió el Bachiller, en un “*monstruo del Género humano*”<sup>110</sup> cuyos escritos sólo podían contribuir a una corrupción de las mentes más endebles y faltas de la preparación necesaria para poder apreciarlos a su justo valor. Y no dudó en afirmar:

*“Siempre ha de ser mirado con horror un Poeta que derramó tantas y tan perversas máximas, y sólo los ligeros de cascos, los viciosos y desenfrenados podrán complacerse en leer sus obras”*<sup>111</sup>.

Obviamente en una época en que, por temor al contagio revolucionario, se había declarado la guerra a las ideas y a los libros procedentes de Francia, semejante diatriba brindó a su autor una magnífica oportunidad de poner de realce su respeto de la tradición y su apego a la más pulcra ortodoxia. Sin lugar a dudas su discurso debió agrandar y sosegar a cuantos pudieron pensar que el Argonauta, defensor impenitente del imperio de la razón, se había deslizado en más de una ocasión por senderos peligrosos y rozaba a menudo con lo indecible. Sea cual sea su convicción propia, el interés prestado a

---

<sup>104</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>105</sup> *Id.*

<sup>106</sup> *Id.*

<sup>107</sup> *Id.*

<sup>108</sup> *Id.*, p. 62.

<sup>109</sup> *Id.*

<sup>110</sup> *Id.*, p. 63.

<sup>111</sup> *Id.*, p. 64.

Voltaire, al que juzgó oportuno dedicar un artículo de cinco páginas y ofreció por lo tanto una publicidad nada desdeñable, no deja de ser significativo, cuanto más a sabiendas de que Gatell no acostumbraba hablar de lo que no conocía, de lo que no había experimentado personalmente.

También nos llama la atención su conocimiento de la obra de Cyrano de Bergerac que se puede apreciar en la utopía lunar<sup>112</sup> que brindó a sus lectores en los discursos XVI y XXIV de *El Argonauta Español*<sup>113</sup>. Esta Aventura Magna, tal como la calificaba el autor, no destaca ni por su originalidad ni por el carácter relevante de los temas desarrollados: poco recato de las mujeres y necesidad de la adecuación entre el traje y la condición social de cada uno<sup>114</sup>. Asimismo se parece más a un sermón que a un cuento como intentó acreditarlo Gatell, haciendo referencia a los de Marmontel, que “*si no tuvieran la desgracia de acabar todos con tanta frialdad*” le hubieran pareci-

---

<sup>112</sup> LARRIBA, Elisabel, “La utopía lunar de *El Argonauta Español*, periódico gaditano de la Ilustración”, in *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo. Revista del grupo de Estudios del siglo XVIII*, Cádiz, Publicaciones de la Universidad de Cádiz, n° 8 (2000), p. 153-166.

<sup>113</sup> “Aventura Magna del Bachiller”, in *El Argonauta Español...*, n° 8, p. 57-60 y Discurso XXIV (sin título), in *id.*, n° 17, p. 129-132.

<sup>114</sup> Véase CANTOS, Marieta, “Viaje, conocimiento y utopía en *El Argonauta*”, in *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo. Revista del grupo de Estudios del siglo XVIII*, Cádiz, Publicaciones de la Universidad de Cádiz, n° 2 (1992), p. 55-63.

do “*de un todo especiales*”<sup>115</sup>. En realidad todo el interés reside en la presentación de las referidas teorías que el periodista no vacila en situar en la propia Luna a la que hubiera llegado mediante un globo aerostático<sup>116</sup>. Sin embargo, tal situación no era tan original como podían pensarlo los lectores del periódico ya que más de un siglo antes había sido expuesta en un libro poco difundido, y menos aún en España: el *Voyage dans la lune. L'autre monde ou les Etats et Empires de la Lune*, obra firmada por Cyrano de Bergerac y publicada en versión póstuma y abreviada en 1657. Si en las dos historias es distinto el modo de llegar a la Luna (un globo en el caso de *El Argonauta español*, un cohete en la obra de Cyrano de Bergerac), las dos narraciones tienen el mismo objeto: la transcripción de la conversación de un viajero terrestre con un Filósofo habitante de la Luna. Pero lo más llamativo es que tanto Pedro Gatell como Cyrano de Bergerac nos presentan los dos astros como dos mundos simétricos: para Cyrano de Bergerac “*la lune est un monde comme celui-ci, à qui le nôtre sert de Lune*”<sup>117</sup>. El eco en Gatell no puede ser más nítido ya que nos afirma que “*había una Luna como un claro día, según piensa el Br. era la*

---

<sup>115</sup> “Aventura Magna del Bachiller”, *op. cit.*, p. 57. Cabe subrayar que los cuentos de Marmontel, traducidos al castellano, estaban entonces de actualidad y que los gaditanos habían tenido la oportunidad de hallarlos en una de las librerías de la ciudad como se puede comprobar en el anuncio publicado por la *Gaceta de Madrid* el viernes 13 de febrero de 1789 (nº 13, p. 116): “*Cuentos morales de Marmontel traducidos en Castellano: Mi esclavitud llega al trono; Postra el vicio a la nobleza; Ridículo literato; Amor fastidia a sí mismo. Se hallarán con los antecedentes en la Librería de Arribas, carrera de S. Gerónimo; en Cádiz en la de Pajares; en Málaga en la de Aguilar; en Pamplona en la de Longas; en Salamanca en la de Barco; y en Barcelona en la de Garriga*”.

<sup>116</sup> “Aventura Magna del Bachiller”, *op. cit.*, p. 57.

<sup>117</sup> P. 31 de la edición presentada por Maurice Laugaa, *Voyage dans la lune (L'Autre Monde ou les Etats et Empires de la Lune)*, Paris, GF-Flammarion, 1998.

tierra”<sup>118</sup>. Obviamente la alusión es tan rápida que sólo pueden captarla quienes conocen con cierta precisión le *Voyage dans la lune*. Pero la coincidencia no puede ser gratuita. Evidencia el conocimiento que Pedro Gatell tenía de la obra del libertino francés y cambia totalmente la perspectiva y percepción del discurso presentado por nuestro Bachiller. Contrariamente a la obra de Cyrano de Bergerac, el viaje a la Luna no constituye para el periodista un pretexto para exponer sus propias ideas. En realidad la exposición de las ideas vulgares y corrientes de los teólogos, más bien que de los Filósofos moralistas, como dice, le sirve de pretexto para aludir a la teoría del libertino francés sobre la existencia de otro mundo, existencia que según declara el propio Cyrano merecía la condena de los sacerdotes hasta en la Luna:

*“Les prêtres, cependant, furent avertis que j’avais osé dire que la lune était un monde d’où je venais, et que leur monde n’était qu’une lune. Ils crurent que cela leur fournissait un prétexte assez juste pour me faire condamner à l’eau: c’était la façon d’exterminer les athées”*<sup>119</sup>.

Para parafrasear una frase de Cervantes, Pedro Gatell y Carnicer daba así con la Iglesia. Pero pocos podían darse cuenta de tanta audacia. Gatell nos revela de ese modo una de sus facetas, quizá la más importante de su genio, el saber aludir y callar a tiempo antes de dar con las dificultades y peligros que teorías demasiado atrevidas hubieran podido proporcionarle. No olvidemos que, al conversar con el Filósofo de la Luna, nuestro *Caballero andante* no tuvo más remedio, a la hora de entrar en cuestiones religiosas, que invitar a su interlocutor a cambiar de tema, contestándole: “*Dejemos esa materia, por-*

---

<sup>118</sup> “Aventura Magna del Bachiller”, *op. cit.*, p. 57.

<sup>119</sup> *Voyage dans la lune ...* (edición citada), p. 79.

que podría deslizarme casualmente"<sup>120</sup>. Obviamente nuestro periodista no podía ignorar que algunos homólogos suyos, como por ejemplo Luis María García Cañuelo (redactor de *El Censor*)<sup>121</sup> o Fr. Pedro Centeno (autor de *El Apologista Universal*)<sup>122</sup>, ambos procesados por la Inquisición (el primero en 1789, el segundo en 1790), habían pagado con creces el atrevimiento de su pluma. Aunque envuelto en un mundo en el que *el sueño de la razón produce monstruos*, los riesgos inducidos por la práctica de una escritura puesta al servicio de la verdad y de las luces no fueron suficientes como para que nuestro marinero en tierra renunciase a navegar en aguas agitados.

## II. ¿Quién era el Bachiller D. P. Gatell?

¿Quién era ese periodista prototípico de la Ilustración, ese filósofo al parecer desengañado que emprendió en 1790 una apasionada y apasionante aventura periodística? Ésta es la pregunta que nos hicimos al leer el diario de a bordo de un

---

<sup>120</sup> Primer artículo del nº 17 (sin título) de *El Argonauta Español...*, p. 131.

<sup>121</sup> Véase: LLORENTE, Juan Antonio, *Historia crítica de la Inquisición en España*, vol. 2, p. 316. de la edición realizada en 1981 por Hiperión; GIL NOVALES, Alberto, "Para los amigos de Cañuelo", in *Cuadernos hispanoamericanos*, nº 229 (enero 1969), p. 1-12 y la introducción de Elsa GARCIA PANDAVENES, in "*El Censor*" (1781-1787). *Antología*, Barcelona, Labor, 1972.

<sup>122</sup> Véase: URZAINQUI MIQUELEIZ, Inmaculada, "La censura de *La Conquista del Parnaso* y el fin de *El Apologista Universal* (1786-1788)", in *Archivum* nº XXXIV (1985), p. 385-416; LARRIBA, Elisabel: "El destino trágico de Fray Pedro Centeno. Impía persecución contra un periodista ilustrado", in *Historia 16*, nº 242, junio 1996, p. 77-82 y "Un Publiciste poursuivi par l'Inquisition: Fr. Pedro Centeno, de l'ordre de Saint Augustin", in *Mélanges offerts au Professeur Guy Mercadier*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, Etudes hispaniques nº 24 (1998), p. 301-312.

Argonauta cuya curiosidad intelectual no parecía conocer límites y que era capaz de discurrir con igual soltura sobre las ciencias, las técnicas, la historia o la literatura, centrándose en todos los grandes temas propios de su época. A diferencia de varios publicistas, no juzgó útil presentarse a sus lectores y muy pocos fueron los datos biográficos que esparció tanto en su periódico como en las demás obras que compuso.

Autor polifacético, inició su carrera literaria en 1789 y publicó obras tan diversas como un *Modo de preservar de los rayos a las personas, casas y demás edificios...*, un *Panegírico que a imitación del de Plinio dirige a nuestro muy augusto monarca Don Carlos IV (que Dios guarde) el más humilde de sus vasallos...*, una *Moral de Don Quijote deducida de la historia que de sus gloriosas hazañas escribió Cide-Hamete Benengeli...*, una *Explicación y uso del quartier esférico para resolver las cuestiones astronómicas, y los problemas de navegación* o una *Moral del más famoso escudero Sancho Panza...*<sup>123</sup>. Con lo cual viene citado en varias historias de la literatura española, donde, sin embargo, se suele remitir principalmente y de manera escueta a sus obras de corte cervantino. Asimismo los pocos estudiosos que se interesaron por él,

---

<sup>123</sup> Véase en la bibliografía la lista de sus obras.

centrándose en aspectos muy puntuales de su producción literaria, ignoraban todo de su trayectoria vital<sup>124</sup>.

Determinar quién era Pedro Gatell no fue cosa fácil y en más de una ocasión estuvimos a punto de correr el telón. Sin embargo, nuestros esfuerzos fueron finalmente pagados con creces y la abundante cosecha documental que realizamos, tras haber seguido un sinnúmero de pistas que resultaron ser auténticos callejones sin salida, nos permitió no sólo identificar, sino reconstituir la trayectoria vital y intelectual de nuestro periodista al que hemos dedicado una biografía que estamos a punto de acabar: *Pedro Pablo Gatell y Carnicer (1745-1792). De la lanceta a la pluma: un gaditano al servicio de la Ilustración*.

El misterioso autor de *El Argonauta español*, que ostentaba el título de Bachiller y del que sólo se conocía hasta entonces el nombre de pila y primer apellido, nació en Reus en junio de 1745, siendo el hijo de Don Joseph Gatell Sirurgia y de

---

<sup>124</sup> DOMERGUE, Lucienne, *Censure et Lumières dans l'Espagne de Charles III*, París, C.N.R.S., 1983, p. 169, BARRERO PEREZ, Oscar, "Los imitadores y continuadores del « Quijote » en la novela española del siglo XVIII", in *Anales cervantinos*, Madrid, C.S.I.C., tomo XXIV, 1986, p. 103-121. [Sobre Pedro Gatell, p. 110-111.], LOPEZ NAVIA, Santiago Alfonso, *El autor ficticio Cide Hamete Benengeli, sus variantes y pervivencia en las continuaciones del Quijote*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1990, p. 304-320; *La ficción autorial en el "Quijote" y en sus continuaciones e imitaciones*, Madrid, Universidad Europea de Madrid-CEES, 1996, p. 179-189, CANTOS CASANAVE, Marieta, "Viaje, conocimiento y utopía en *El Argonauta*", in *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo Revista del grupo de Estudios del siglo XVIII*, Cádiz, Publicaciones de la Universidad de Cádiz, nº 2, 1992, p. 55-63 y "Orden y transgresión en el Cádiz ilustrado: la visión de *El Argonauta*", in *VI Encuentro de la Ilustración al Romanticismo. Juego, Fiesta y Transgresión. 1750-1850*, Cádiz, Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1995, p. 463-477.

doña María Carnicer<sup>125</sup>. Cursó estudios en la Universidad de Cervera<sup>126</sup> antes de abandonar su Cataluña natal para trasladarse a la boyante y cosmopolita ciudad de Cádiz que destacaba entonces como uno de los mayores centros económicos y culturales de la Península. Ahí fue donde el joven Gatell completó su formación académica con el propósito de integrar el Cuerpo de Cirujanos de la Real Armada que había sido creado

---

<sup>125</sup> Archivo de la Parroquia Prioral St. Pere Apostol de Reus: Llibre de batejos 9, fol. 163.

<sup>126</sup> Dato que deducimos de una alusión autobiográfica que Pedro Gatell hizo en una de sus obras: *Modo de preservar de los rayos a las personas, casas y demás edificios, con la resolución del problema: Si en una tronada será más conveniente abrir puertas y ventanas, o lo contrario. Por el Bachiller D. P. Gatell*, Madrid, Imprenta de González, 1789, p. 37-38: “Del mismo modo que el rayo se inclina al metal, o que el agua y los demás líquidos buscan su libre curso y salida; asimismo el rayo busca su libre paso. Ésta es una verdad que la experiencia diaria confirma a cada paso. De modo que generalmente hablando, siempre que halla libre la entrada y fácil la salida por lo regular no ocasiona daño. Soy testigo ocular de lo mismo que acabo de exponer. Esto es, he visto por dos ocasiones entrar un rayo por una ventana y salir por otra sin ocasionar más daño que el manchar las paredes. El primero estudiando en la universidad de Cervera; esto es en la misma Universidad; y el otro en una casa de campo en Cartagena de las Indias”. Desgraciadamente entre los fondos del Archivo Universitario de Cervera que se conservan en la Biblioteca de la Universidad Central de Barcelona (*Fons Cervera*) no figuran, para los años que nos interesan, los libros de matrícula que nos hubieran permitido aunar datos sobre la carrera estudiantil del joven Pedro Gatell y Carnicer en Cervera.

en 1728<sup>127</sup>. Así en octubre de 1765 ingresó en el Real Colegio de Cirugía y Medicina de Cádiz<sup>128</sup> que dependía exclusivamente de la Secretaría de Marina y fue fundado en 1748, a iniciativa de Pedro Virgili (igualmente catalán) con la ambición de reformar en profundidad la enseñanza de la cirugía y de contribuir a la promoción social de los cirujanos de la Armada que habían de constituir un cuerpo de élite<sup>129</sup>. En esa prestigiosa institución, que obtuvo en 1764 una licencia inquisitorial para adquirir libros prohibidos, nuestro publicista tuvo acceso a una excelsa biblioteca (una de las mejores de España) donde figuraban numerosas obras extranjeras (no siempre relacionadas

---

<sup>127</sup> Véase en particular CLAVIJO Y CLAVIJO, Salvador, *Historia del Cuerpo de Sanidad de la Armada*, San Fernando, Tipografía de Fernando Espín Peña, 1925; MASSONS, José María, *Historia de la Sanidad militar española*, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, 1994, 4 vol. (en particular tomo I, tercera parte, p. 209-500); ASTRAIN GALLART, Mikel, *Barberos, Cirujanos y Gente de Mar. La Sanidad naval y la profesión quirúrgica en la España ilustrada*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1996; CERVERA PERY, José, *La marina de la ilustración*, Madrid, Editorial San Martín, 1986 y GOMEZ URDAÑEZ, José Luis, *El proyecto reformista de Ensenada*, Lérida, Milenio, 1996.

<sup>128</sup> *Relación de los cirujanos de número de la Rl Armada con expresión de sus clases, antigüedad, conducta, habilidad, estado de salud, departamentos a que corresponden y destinos en que se hallan* (11 de noviembre de 1783). Don Pedro Gatell y Carnicer entró colegial el 19 de octubre de 1765 [Archivo General de Simancas: *Secretaría de Marina*, Leg. 225, Exp. 89] y *Libros de matrículas* del propio colegio [Archivo de la Facultad de Medicina de Cádiz: R 8351]

<sup>129</sup> Sobre el referido centro véase en particular: FERRER, Diego, *Historia del Real Colegio de Cirugía de Cádiz*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1983 y BUSTOS RODRIGUEZ, Manuel, *Los cirujanos del Real Colegio de Cádiz en la encrucijada de la Ilustración (1749-1796)*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1983.

con temas científicos)<sup>130</sup>, lo que sin lugar a dudas contribuyó a desarrollar su amor por el saber libresco y propició el nacimiento de su vocación de literato que sólo pudo satisfacer al final de su vida. Ahí recibió una formación vanguardista y pluridisciplinar que ensalzaba el empirismo racional, combinaba teoría y praxis e incluía, en margen de las materias médicas, el estudio por ejemplo de la Física, de la Química o de las Matemáticas. Como se puede comprobar al recorrer las páginas de *El Argonauta español...* Gatell, que fue un excelente colegial<sup>131</sup>, adquirió entonces una riqueza intelectual y unos mecanismos de pensamiento de los cuales jamás se departió.

Concluidos sus estudios, emprendió, en calidad de cirujano de la Real Armada, una larga carrera con destino a los territorios de ultramar, lo que le permitió descubrir nuevos horizontes y le hizo tomar conciencia del carácter sumamente enriquecedor de los viajes. El que declaró, años más tarde, que los “*Filósofos de más nota aprendieron viajando*” y que “*creer que sin salir de las faldas de su madre se puede saber algo, es desatino*”<sup>132</sup> hablaba a ciencia cierta. Sin embargo, desgastado por un oficio que le brindó cierto prestigio social pero que enfrentaba el que lo practicaba (cuanto más en el caso de los cirujanos embarcados) a una multitud de incomodidades y

---

<sup>130</sup> Sobre la Biblioteca del Colegio gaditano se podrá consultar en particular: “La Biblioteca del Real Colegio de Cirugía de Cádiz”, in FERRER, Diego, *Historia del Real Colegio de Cirugía de Cádiz*, op. cit., p. 343-355, GESTIDO DEL OLMO, Rosario, *Una biblioteca ilustrada gaditana. Los fondos bibliográficos humanísticos del Real Colegio de Cirugía de la Armada*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1994 y OROZCO ACUAVIVA, Antonio, “Una biblioteca singular en el Cádiz de Carlos III”, in *El reinado de Carlos III*, Cádiz, Aula militar de Cultura – Gobierno Militar, 1988, p. 101-115.

<sup>131</sup> Véase la relación de méritos de Pedro Gatell y Carnicer [Archivo de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cádiz, R 8351]

<sup>132</sup> “Comercio”, in *El Argonauta español...*, nº 3, p. 22-23.

peligros de índole diversa que mermaban considerablemente su robustez cuando no aceleraban su paso a mejor vida, Pedro Gatell y Carnicer solicitó el 1 de agosto de 1786, desde la Habana (donde ejercía entonces) su retiro anticipado por hallarse en la incapacidad física y moral de ejercer su oficio<sup>133</sup>. Como subrayaba en una representación al Rey, pese a una conducta ejemplar y a una acreditada aplicación que le granjearon el aprecio de todos sus superiores, siempre había experimentado ante las “operaciones sangrientas de cirugía” una “innata timidez y horror” que había logrado vencer tan sólo gracias a su resistencia física y a su sentido del deber<sup>134</sup>. Víctima en 1783 de una grave enfermedad, contraída asistiendo a enfermos, le resultaba, según decía, imposible desde la fecha proceder o asistir a cualquier acto quirúrgico. Tras examinar detenidamente su situación se le concedió finalmente, el 5 de septiembre de 1787, el retiro que tanto anhelaba, pero sin beneficio alguno por no haber cumplido los 25 años de ejercicio requeridos para la obtención de una pensión<sup>135</sup>. Empezó entonces para nuestro sanitario recién jubilado un periodo marcado por apremiantes problemas económicos que hicieron de él un celoso pero infortunado pretendiente. Ante un futuro que se presentaba abrumador, decidió en 1788 abandonar la Isla de Cuba para correr suerte en la Corte.

Tras varios intentos frustrados para conseguir algún puesto de sanitario en la Península, decidió seguir una trayectoria más acorde con su espíritu e inclinación, cambiando la lanceta por la pluma. Pedro Gatell y Carnicer, que, deseoso de hacer méritos, ya había compuesto varias obras de corte científico en

---

<sup>133</sup> Archivo-Museo Don Alvaro de Bazán (El Viso del Marqués - Ciudad Real), Sección *Cuerpo de Sanidad*, leg. 2898 (65): Representación de Pedro Gatell ante el Rey, La Habana, 1 de agosto de 1786.

<sup>134</sup> *Id.*

<sup>135</sup> Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán, Sección *Cuerpo de Sanidad*, leg. 2898 (65).

relación con su pasión por la astronomía y la navegación<sup>136</sup> (temas que también desarrolló en *El Argonauta español...*) y se había ofrecido en 1788 redactar una historia de la marina (propuesta que no suscitó gran entusiasmo<sup>137</sup>), inició sus andanzas por la República de las Letras en 1789, sometiendo al juicio del público una primera entrega de *La Moral de Don Quijote deducida de la historia que de sus gloriosas hazañas escribió Cide-Hamete Benengeli*<sup>138</sup>. Obviamente, en busca de un pudiente mecenas, nuestro filósofo (así se presentaba entonces) se apresuró en obsequiar al Primer Secretario de Estado y Despacho, el conde de Floridablanca, con varios ejemplares de esa obra, primicia, según decía, de sus tareas en la Corte<sup>139</sup>. Deseoso de manifestar su total adhesión al poder y su voluntad de servirle, Gatell remitió sistemáticamente el fruto de sus desvelos literarios (que no fueron pocos) al todopoderoso conde de Floridablanca. Y aunque recibió en diciembre de 1789 una ayuda económica de 1500 reales, tras enviar al Primer Secretario de Estado su *Modo de preservar de los rayos a las*

---

<sup>136</sup> Se trata de la *Exposición de los diferentes métodos de hallar la longitud en la mar y en la tierra por los satélites de Júpiter*, del *Modo de usar las Tablas del conocimiento de tiempos y Almanaque náutico*, del *Conocimiento y uso del Quartier esférico para resolver los Problemas astronómicos y de navegación* y de una *Colección de tablas útiles además de las del conocimiento de tiempos y Almanaque náutico*. Desgraciadamente, estos textos que adjuntó en uno de los memoriales que remitió en 1788 a sus superiores con la esperanza de conseguir algún puesto en la Península no se conservan. [Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán, Sección *Cuerpo de Sanidad*, leg. 2898 (65)]

<sup>137</sup> Cf. "Necesidad de una historia de la Marina en España", in *El Argonauta español*, n.º 16, p. 128.

<sup>138</sup> Obra que consta de 8 libros publicados entre 1789 et 1792.

<sup>139</sup> A.H.N., *Estado*, legajo 3239, expediente 20: carta de Pedro Gatell al conde de Floridablanca, Madrid, 12 de mayo de 1789.

*personas, casas y demás edificios...*<sup>140</sup>, de poco le sirvió su obsequiosidad política. Floridablanca dejó muy claro en esa ocasión que no pretendía convertirse en protector de un autor tan prolífico como solícito y tampoco disimuló el poco concepto en que tenía esa obra de divulgación científica<sup>141</sup>. Asimismo el conde manifestó el mayor desprecio hacia el *Panegírico que a imitación del de Plinio dirige a nuestro muy augusto monarca Don Carlos IV (que Dios guarde) el más humilde de sus vasallos Don Pedro Gatell*<sup>142</sup> que nuestro cirujano arrepentido publicó cuando el Monarca todavía no había cumplido un año en el trono y en el que tantas esperanzas había depositado para hacer méritos y llamar la atención sobre lo que decía ser su “*infeliz situación*”<sup>143</sup>.

Defraudado en sus esfuerzos y esperanzas, Gatell abandonó la Corte para Cádiz, pero no renunció a su condición de escritor. Lo que hizo sin embargo fue cambiar de estrategia editorial y acudir a publicaciones periódicas que permitían una difusión rápida y poco gravosa de sus escritos. Con lo cual Pedro Gatell, que en 1789 había hecho sus primeras armas

---

<sup>140</sup> *Modo de preservar de los rayos a las personas, casas y demás edificios, con la resolución del problema: Si en una tronada será más conveniente abrir puertas y ventanas, o lo contrario. Por el Bachiller D. P. Gatell*, Madrid, Imprenta de González, 1789.

<sup>141</sup> A.H.N., *Estado*, Legajo 3239, Expediente 20: Cf. la nota de Floridablanca (Aranjuez, 14 de diciembre de 1789) que figura en margen de la carta que le remitió Gatell el 29 de octubre del mismo año: “No es gran cosa. Sin embargo désele 1500 reales en píos por una vez”.

<sup>142</sup> *Panegírico que a imitación del de Plinio dirige a nuestro muy augusto monarca Don Carlos IV (que Dios guarde) el más humilde de sus vasallos Don Pedro Gatell*, Madrid, en la Imprenta de González, 1789.

<sup>143</sup> A.H.N., *Estado*, Legajo 3239, Expediente 20: carta de Pedro Gatell al conde de Floridablanca, Madrid, 1 de noviembre de 1789. En margen de la referida carta Floridablanca escribió de su puño y letra un comentario tan escueto como asesino: “*No vale nada. Lo he leído. Déjese. El otro* [« El modo de preservarse de los rayos »] *era menos malo aunque no es gran cosa y por compasión lo he socorrido*”.

como publicista en el *Correo de Madrid* o de los Ciegos, decidió crear su propio periódico, *El Argonauta español*. Cuando éste desapareció, a consecuencia del famoso Decreto de Floridablanca del 24 de febrero de 1791, el Bachiller reanudó con la redacción de la *Moral de Don Quijote...* que, conforme a sus planes iniciales, se asemejaba cada vez más a una obra periódica, lo que ya habían subrayado los redactores del *Correo de los Ciegos* en mayo de 1789, nada más publicarse el primer libro de la colección<sup>144</sup>. Asimismo Gatell, que seguía soñando con obtener la protección del Primer Secretario de Estado, le propuso, ofreciéndole ya no sus servicios en calidad de literato sino de científico, crear en Cádiz un observatorio meteorológico, empresa (según exponía de manera detallada en una memoria remitida adjunta) de suma utilidad, de múltiples aplicaciones, jamás emprendida y poco gravosa para el erario real<sup>145</sup>. Así, para poder concretar el proyecto afirmaba bastaría con que se le aumentase su pensión (por entonces de cinco reales diarios) y se le franquease un local adecuado así como unos cuantos instrumentos. A la par se comprometía a dar pública constancia, al final de cada año, del fruto de sus trabajos, quedando al conde de Floridablanca “*la gloria de ser el primer fundador de tan interesante obra*”<sup>146</sup>. Pero, ante la patente indiferencia del Primer Secretario de Estado, que ni siquiera se dignó acusar recibo de la propuesta, Gatell no pudo concretar su proyecto y se quedó sin más recursos económicos que los que le proporcionaban su pluma de la que hizo un uso

---

<sup>144</sup> *Correo de los Ciegos*, Madrid, tomo V, 23 de mayo de 1789, n° 261, p. 2104: “*Esta obra original es útil para toda clase de personas, porque instruye, deleita, y da idea de la verdadera literatura, desviándose de la sátira mordaz, y crítica ofensiva, y solidándose de un modo agradable a todos. Saldrá esta obra periódicamente, pero sin periodo fijo, aunque será con poca intermisión*”.

<sup>145</sup> A.H.N., *Estado*, leg. 3229, expediente 20: carta de Pedro Gatell al conde de Floridablanca, Cádiz, 7 de octubre de 1791.

<sup>146</sup> *Id.*

abundante hasta su muerte, el 31 de octubre de 1792, en el Puerto de Santa María<sup>147</sup>. Su fallecimiento sin embargo no fue óbice para que se imprimiera en 1793 su *Moral del más famoso escudero Sancho Panza, con arreglo a la Historia que del más hidalgo manchego Don Quijote de la Mancha escribió Cide Hamete Benengeli*<sup>148</sup> (obra que redactó en las postrimerías de su vida), así como su inconclusa *Historia del más famoso escudero Sancho Panza*<sup>149</sup>, cuya primera parte debió conocer un éxito notable ya que fue reeditada en 1794 y completada en 1798, por una segunda parte apócrifa.

Sin lugar a dudas, Gatell, que, frustrado en su experiencia de pretendiente, dedicó con una pasión algo interesada los últimos años de su existencia a la literatura, se hubiera alegrado al comprobar que con él no moría su obra, cuando tantos literatos, cuyas inquietudes compartía sobremanera, se quejaban de ver sus escritos sepultados. Si no había logrado, a pesar de su increíble tenacidad, vencer la indiferencia del pudiente conde de Floridablanca, sus denodados esfuerzos para hallar un público no fueron vanos.

Hoy día, sin embargo, nadie lee los escritos de Pedro Pablo Gatell y Carnicer, tan olvidados como su autor, lo cual es un error. No porque representan obras maestras injustamente

---

<sup>147</sup> Archivo de la Parroquia de Nuestra Señora de los Milagros, Mayor Prioral de Puerto de Santa María (Provincia de Cádiz) : *Libro de apuntes de los entierros que se hacen en esta Iglesia Mayor Prioral de esta Ciudad. Año de 1788* (incluye los años 1788 a 1796), fol. 186 R.

<sup>148</sup> *La moral del más famoso escudero Sancho Panza, con arreglo a la Historia que del más hidalgo manchego Don Quijote de la Mancha escribió Cide Hamete Benengeli*, con licencia, Madrid, Imprenta Real, 1793.

<sup>149</sup> *Historia del más famoso escudero Sancho Panza, desde la gloriosa muerte de Don Quijote de la Mancha hasta el último día y postrera hora de su vida*, Madrid, 1793-1798, 2 vol. Parte primera, Madrid, 1793, Imprenta Real; parte segunda (apócrifa), Madrid, 1798, Imprenta de Villalpando.

apartadas de la Historia de la literatura (aunque su última publicación revela un indudable progreso en el dominio de la pluma que hace de él un autor menor muy aceptable), sino porque en los libros o artículos de este cirujano de la Real Armada formado en el prestigioso Colegio de medicina y cirugía gaditano, como en su propia vida, se hallará un perfecto compendio de lo que fue la Ilustración. El lector lo podrá comprobar descubriendo esta edición de *El Argonauta español*, obra señera de Pedro Gatell, sumamente reveladora de las preocupaciones de una época y de la brillante vida literaria que se llevaba en la Cádiz de aquel entonces.

## BIBLIOGRAFÍA

### I. Obras de Pedro Pablo Gatell y Carnicer

*La Moral de Don Quijote deducida de la historia que de sus gloriosas hazañas escribió Cide-Hamete Benengeli. Por su grande amigo el Cura. Dada a luz el Br. P. Gatell*, Madrid, Josef Herrera, ocho libros, 1789-1792. Segunda edición: Madrid, Imprenta de González, 1793. Primer anuncio en la *Gaceta de Madrid* del 19 de mayo de 1789, p. 356. [También hubo reediciones en el siglo XIX: el libro I en 1832 (Barcelona, librería de José Solá, imprenta Viuda e Hijo de Texero) con continuación en 1834 por Benito Espona.]

Carta a los Redactores de *El Correo de Madrid o de los Ciegos* sobre la dificultad que encuentran los buenos autores para publicar sus obras por la indiferencia de los mecenas, por B. D. P. G. (= Bachiller Don Pedro Gatell), in *Correo de Madrid o de los Ciegos. Obra periódica en que se publican rasgos de varia literatura, noticias y los escritos de toda especie que se dirigen al editor*, Madrid, Imprenta Real, 20 de junio de 1789, n° 269, p. 2162 - 2164.

Carta a los Redactores de *El Correo de Madrid o de los Ciegos* fechada en Madrid en junio de 1789, felicitándoles por haber publicado las *Cartas Marruecas* de Cadalso, demostrando así la utilidad de la prensa para dar a conocer obras que sin ella quedarían desconocidas, por B. D. P. G., in *Correo de Madrid...*, 12 de agosto de 1789, n° 284, p. 2282 - 2283.

*Modo de preservar de los rayos a las personas, casas y demás edificios, con la resolución del problema: Si en una tronada será más conveniente abrir puertas y ventanas, o lo contrario. Por el Bachiller D. P. Gatell, Madrid, Imprenta de González, 1789, 44 p. Anunciado por primera vez en la Gaceta de Madrid del 3 de noviembre de 1789, nº 89, p. 752.*

*Panegírico que a imitación del de Plinio dirige a nuestro muy augusto Monarca Don Carlos IV (que Dios guarde) el más humilde de sus vasallos Don Pedro Gatell, Madrid, en la Imprenta de González, 1789, 54 p. + 1 grabado de Miguel Gamborino (del mismo año) que representa a los Reyes. Anunciado por primera vez en el Correo de Madrid o de los Ciegos del 24 de noviembre de 1789, nº 313, p. 2520.*

*Carta a los Redactores del Correo de Madrid o de los Ciegos, sobre los cortos progresos de las artes y facultades y la necesidad de imitar lo digno de serlo, por B. D. P. G. in Correo de Madrid..., 2 de diciembre de 1789, nº 315, p. 2434-2435.*

*Argonauta español (El). Periódico gaditano en el que se corrijen por un estilo jocoso los actuales abusos en todas clases de materias y al mismo tiempo se suministran pensamientos interesantes al mayor progreso de las Ciencias, Artes, Agricultura y Comercio e igualmente noticias curiosas, anécdotas &c. Obra útil, deleitable e instructiva a todas las personas de ambos sexos. Su autor el Br. D. P. Gatell, Cádiz, Imprenta de Antonio Murguía, 1790, 26 números, 208 p. [También se publicaba en Madrid, 1790, Imprenta de Aznar. Desgraciadamente, no hemos podido localizar ningún ejemplar de la edición madrileña.]*

*Explicación y uso del quartier esférico para resolver las cuestiones astronómicas, y los problemas de navegación. [Sólo se conoce esta obra por el anuncio de la Gaceta de Madrid del 3 de enero de 1792, nº 3, p. 24.]*

*El gran Piscator de Cádiz: calendario astronómico, meteorológico y de refranes, con un régimen de vida para conservar la salud.* [Sólo se conoce esta obra por el anuncio de la *Gaceta de Madrid* del 3 de enero de 1792, nº 3, p. 24.]

*La moral del más famoso escudero Sancho Panza, con arreglo a la Historia que del más hidalgo manchego Don Quijote de la Mancha escribió Cide Hamete Benengeli,* con licencia, Madrid, Imprenta Real, 1793, 16 p. nn + 248 p. + 6 p. nn.

*Historia del más famoso escudero Sancho Panza, desde la gloriosa muerte de Don Quijote de la Mancha hasta el último día y postrera hora de su vida,* Madrid, 1793-1798, 2 vol. Parte primera, Madrid, Imprenta Real, 1793, 16 p. nn + 352 p.; parte segunda (apócrifa), Madrid, Imprenta de Villalpando, 1798, 14 p. nn + 270 p.

## II. Estudios sobre Pedro Pablo Gatell y Carnicer y su obra

CANTOS CASANAVE, Marieta, “Viaje, conocimiento y utopía en *El Argonauta*”, in *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo. Revista del grupo de Estudios del siglo XVIII*, Cádiz, Publicaciones de la Universidad de Cádiz, nº 2, 1992, p. 55-63.

- “Orden y transgresión en el Cádiz ilustrado: la visión de *El Argonauta*”, in *VI Encuentro de la Ilustración al Romanticismo. Juego, Fiesta y Transgresión. 1750-1850*, Cádiz, Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1995, p. 463-477.

LARRIBA, Elisabel, “La Historia en *El Argonauta Español*, periódico gaditano de la Ilustración”, in *IX Encuentro de la Ilustración al Romanticismo. Cádiz, Europa y América (1750-1850). Historia, Memoria y Ficción. Cádiz, 14, 15 y 16 de mayo de 1997*, Cádiz, Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1999, p. 177-187.

- “La utopía lunar de *El Argonauta Español*, periódico gaditano de la Ilustración”, in *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo. Revista del grupo de Estudios del siglo XVIII*, Cádiz, Publicaciones de la Universidad de Cádiz, nº 8, 2000, p. 153-166.

- “El matrimonio en la obra del bachiller don Pedro Pablo Gatell y Carnicer (1745-1792)”, in *Historia Social y Literatura. Familia y burguesía en España (siglos XVIII y XIX). Segundo coloquio internacional (acción integrada franco-española) Universitat de Lleida, octubre 2001*, Lleida, editorial Milenio, 2003, p.165-175.

## ADVERTENCIA A LA EDICIÓN

El único ejemplar que se conserva (según parece) de *El Argonauta español*<sup>150</sup> ha sido víctima de dos fenómenos:

- el primero, la prisa, o el poco cuidado que el impresor, Antonio Murguía, puso en la composición, lo que provocó varias erratas, que Pedro Gatell y Carnicer no tuvo el tiempo o la posibilidad de corregir, a no ser que él mismo hubiera entregado un manuscrito erróneo;
- el segundo, la carcoma que sufrió con el paso del tiempo, haciendo ilegibles algunas letras o vocablos.

Para facilitar la lectura del texto, hemos renunciado a una edición de tipo “paleográfico” con indicación de las palabras originales, las correcciones propuestas, etc. Por consiguiente hemos adoptado las normas siguientes:

- restitución del texto original, corrigiendo las erratas manifiestas, pero conservando la ortografía contemporánea de los apellidos, tal como la conocía Gatell (Volter o Neutón por ejemplo) y respetando la sintaxis,

---

<sup>150</sup> *Argonauta español (El). Periódico gaditano en el que se corrigen por un estilo jocoso los actuales abusos en todas clases de materias y al mismo tiempo se suministran pensamientos interesantes al mayor progreso de las Ciencias, Artes, Agricultura y Comercio e igualmente noticias curiosas, anécdotas &c. Obra útil, deleitable e instructiva a todas las personas de ambos sexos. Su autor el Br. D. P. Gatell, Cádiz, Imprenta de Antonio Murguía, 1790, 26 números, 208 p. [Biblioteca Pública de Cádiz: 07 (458.181.3) GAT arg.]*

- por lo demás modernización de la ortografía (salvo el uso de mayúsculas y minúsculas, de indudable sentido) y de la puntuación,
- las palabras o sintagmas que no hemos podido dilucidar aparecen bajo la forma siguiente: [---].

# **EL ARGONAUTA**

**ESPAÑOL,**

**PERIODICO GADITANO**

EN EL QUE SE CORRIGEN POR UN ESTILO

jocoso los actuales abusos en todas clases de  
materias,

y al mismo tiempo

se suministran pensamientos interesantes a él mayor

progreso de las Ciencias, Artes, Agricultura, y

comercio, e igualmente noticias curiosas,

anécdotas &c

OBRA

UTIL, DELEITABLE, E INSTRUCTIVA A TODAS

LAS PERSONAS DE AMBOS SEXOS

*Ridiculum acri dulcius*

AUTOR

*EL Br. D. P. GATELL*

CON LICENCIA EN CÁDIZ

AÑO DE MDCCXC

Por D. ANTONIO MURGUIA, en su Imprenta  
calle de la Carne N. 6

---

*Se hallará en dicha Imprenta, y en las Librerías de Pajares, junto las Recogidas,  
en la de Navarro, junto de S. Agustín, y en la de Savid, plazuela de la Virreina.*



## EL ARGONAUTA ESPAÑOL

### SEÑOR PUBLICO

MUY SEÑOR MÍO: UN BACHILLER QUE TIENE un tanto de gato, sin ser de Madrid, sale a una expedición más famosa que la de los Argonautas, de quienes da por supuesto que tiene Vmd. largas noticias. Por eso sin pararse, ni tropezar en átomos, aunque sean mayores que el monte Atlas, se ha tomado el nombre de Argonauta Español. No ignora Vmd. que el famoso Caballero de la triste figura, eligió el de D. Quijote a imitación de los grandes caballeros, cuyas huellas se resolvió a seguir. Pues lo mismo mismísimo le acontece al Bachiller. Se ha propuesto imitar a aquellos memorables Griegos, bien que en solicitud de otro vellocino de oro, tres veces más interesante, y por tanto no le parece indigno de la aprobación de Vmd. Pensaba dar un Prospecto, mas no lo permite la larga extensión que exigiera; pues el viaje es a todo y por todo el mundo, por mar y por tierra, desde el centro a la superficie, y por todas las regiones aun las más lejanas de nosotros, como son los Cielos, y cuerpos celestes. La mayor gracia está en que se debe efectuar sin navío, ni globo aerostático. Ya ve que sería obra, y que no podía menos que resultar más dilatado que el mayor prospecto Francés, y mucho más cuando debe percurrir por todas las naciones, leyes, usos, costumbres y demás circunstancias, sin perdonarse ciencia, arte, ni objeto alguno que pueda topar con nuestros sentidos, tanto internos, como externos. Por último se paseará por vía de recreo por los Reinos Animal, Vegetal y Mineral, sin dejar de tropezar con algunos acasos que debe el tiempo ofrecer. ¿Cómo pues sería dable escribir un Prospecto a la Inglesa con tanto cúmulo de derrotas y rumbos diferentes? Ya miro a Vmd. impaciente para decirle que ofrece

mucho, y que tal vez será corta su potencia para tanto. Es muy cierto, pero cuenta con la ayuda de Dios y de vecinos. Con la primera porque el fin es bueno, útil y honesto; y con la segunda porque son unos amigos los fiadores que aunque difuntos jamás le pueden faltar. Vea Vmd. si con estos auxilios podrá desempeñar la promesa. Vaya que apostaría que Vmd. se deshace para ser testigo de los resultados de tan agigantada expedición. Pues no lo dude y si no, ello dirá. Advierto a Vmd. que si en los demás viajes es costumbre llevar diario, en éste sólo será un día en cada semana. Como ha de seguir rumbos muy diferentes se compartirá el papel como para materias diversas, según y conforme el viento que reinase. La razón que le favorece para seguir dichos distintos rumbos se funda en aquel proverbio de Macrobio. Lo dice en latín para que acredite la obra: *fit consentus ex disonis*. No lo vierte al castellano por no enseñar a Vmd. a malas mañas, y para ahorrar renglones, y tenga entendido que jamás pondrá texto por más latino, griego y arábigo que sea, sino en castellano liso y llano. Tampoco se detendrá en poner citas al pie por dos justísimas razones. La primera porque quiere hacerse el honor de hombre de verdad, y porque cree que con decirlo él basta; y lo segundo por emplear el papel en objetos de más utilidad. Por cierto que el excelentísimo Cervantes gran maestro del buen gusto no necesitó de alguna, y aunque el Br. no se considera digno de llamarse su discípulo, gusta de imitarlo en esto, y más en lo que sus fuerzas alcancen. Tampoco se andará con mucha margen con el pretexto de herosear la impresión, porque su único blanco es el beneficio de Vmd.; por más que el amor propio le reconvenga de que luego se puede encuadernar en Volúmenes según el uso y costumbre de los demás Periódicos, creído de que los Impresores tendrán buen cuidado de reimprimirlo con todas las sales necesarias, si adquiriese crédito. Como considera que los gustos están algo estragados se servirá del estilo ridículo, con cuya mira encajará en el principio de cada papel aquel proverbio *ridiculum acri dulcius*. En efecto está persuadido de que las verdades a secas y sin llover no se reciben con tanto agra-

do como cuando llevan un poco de sal y pimienta. No piense Vmd. que por eso se obliga a tratar todos los puntos de una misma manera. Y así si la materia exige seriedad, serio será el discurso. Señor Público, estas prevenciones se dirigen a evitar dicerios de parte de los críticos indigestos. Si por desgracia de la miseria humana se deslizare el Br. en algún defecto, mas que no sea garrafal, estimará se lo advierta para enmendarlo. En lo restante vive con la total confianza de que logrará en el presente la misma aceptación que ha merecido en todos los demás partos que ha dado a luz. Se confiesa siempre obligado, y por tanto ruega al Omnipotente le guarde muchos años.

*El Bachiller Argonauta*

Como posdata escrita o de la manera que Vmd. gustare, previene, porque ahora se acuerda, y porque no es costumbre de los Periódicos ceñirse en los penosos límites del buen orden, que sin embargo de no haber nacido en la noche de S. Juan, o de Navidad, de no tener la rosa de Sta. Quiteria, ni ser mellizo, y por decirlo de una vez no ser astrólogo ni zahorí, adivinará lo que Vmd. a solas murmure y refunfuñe al leer algún punto que le sepa a almendras amargas y por tanto le encarga que cuando le parece que [- - ]<sup>151</sup> otro [-]<sup>152</sup> sino [-]<sup>153</sup> Vmd.

---

<sup>151</sup> Dos palabras ilegibles debido a la carcoma.

<sup>152</sup> Una palabra ilegible debido a la carcoma.

<sup>153</sup> *Id.*

## DISCURSO PRIMERO

Hallábase casualmente el Bachiller estos días pasados en una tertulia de eruditos de moda, de esos barbilampiños que en lugar de tomar los libros de su profesión se meten a filósofos. La materia que se discutía era poca cosa, una friolera, el origen, causa y estado actual de la Sociedad. El que menos no hablaba, mas sí rebuznaba, de modo que toda la sequedad de Timón Ateniense no hubiera contenido la risa. Uno que se creía más sabiondo que todos los demás dijo en tono magistral: el que no haya leído el discurso sobre las causas de la desigualdad entre los hombres, y sobre el origen de la sociedad, como, asimismo, el contrato social no puede hablar con acierto acerca de ella. Todo lo más que se ha escrito es una sombra en comparación de estos discursos. Grocio, Pufendorf y otros se quedan en zaga con respecto a su autor. Ya Vms. habrán visto y leído a Cicerón de los oficios; pues amigos es sin comparación mucho más profundo, sólido y elegante. Solamente en ellos se halla desmenuzado el origen de la sociedad, leyes y circunstancias; y por último creo que sólo su autor conocía a fondo a la especie humana... Siguió con más mil expresiones, y para acreditarse de una vez de filósofo trajo por las greñas aquellos versos de Enio que cita Cicerón.

El que enseña el camino al que va errado,  
Luz en su Luz le enciende, y a él le alumbrá  
Habiéndole lo propio comunicado.

¿Qué pensará Vmd. que diría a esto el Br.? Pues atienda Vmd.: como ha leído todo cuanto ha llegado a sus manos, sin pararse en que fuese bueno o malo, también pasó revista por aquellos discursos, y por todo lo demás que escribió tan dementado autor. Supo además por otros medios de su genio y costumbres, y que decía “que su carácter era una misantropía orgullosa unida a una cierta aversión contra los ricos y felices en este mundo” y era verdaderamente así. ¿Qué se puede espe-

rar de sus obras? ¿Qué juicio se puede formar de sus escritos sobre la sociedad? Sepa Vmd. que sus máximas eran homogéneas a su genio; enemigo de los ricos y felices, ¿cuándo podía hallarse bien con la sociedad que debe precisamente componerse de todo? Es cierto que le sobaban hermosos colores para pintar las cosas; que su Panegírico al hombre salvaje está atractivo; ¿mas por qué no se metió en los bosques a seguir la vida de los que tanto ensalza? No vio él como el Br. a los miserables Indios que viven sin sociedad en el Occidente. Ignoraba acaso que también entre ellos hay ricos y felices aun viviendo siempre vagando por los bosques; y por último que no puede compararse su común infelicidad con nuestra mayor desdicha. Bien viene esto con los encomios que le hacía aquel erudito a la moda. Por eso se reía a carcajada, y al oírle nombrar a Grocio, Pufendorf, y a Cicerón para degradarlos injustamente contra la opinión de todo el orbe verdaderamente literario. Se condolía de la miseria del hombre, viéndole buscar los verdaderos principios de la sociedad en los filósofos teniendo o debiendo haber presentes las Santas Escrituras de quienes sólo esta máxima: *ama a tu próximo como a ti mismo*, monta más que cuanto pudieron decir sobre ello los sabios antiguos y modernos. ¿Acaso éstos han bebido de otro manantial lo que han escrito? ¿Se conoce por ventura otro libro más antiguo que aquellas, y que más claramente manifieste la necesidad y demás circunstancias de la sociedad? ¿Pues a qué será ocurrir a otras fuentes? No se admira el graduado de que esos eruditos pisaverdes hablen sin ton ni son, ni de que halen, tiren y hien dan, no sólo a los sabios, sino también a la misma religión. Lo que más les asombra es el observar a los que hoy día escriben. Desprecian las máximas Santas del Evangelio, de la Escritura, y sólo sé de unos escritos cuyos autores, jamás merecieron con justicia el nombre de sabios. Sólo ocurren a esa familia maligna que se ha conocido en este siglo desdichado, sólo duchos en el arte de exclamar, seducir, ridiculizar y también de profanar lo más sagrado. En esos beben el veneno, y dejando lo que les parece que no puede dejar de ser reprobado de los censores,

extraen cuanto pueden cuidando en todo de imitar su estilo. Así se ve que los más papeles que salen a la luz en el día no son más que extractos que corren en el vulgo de los literatos por pensamientos originales. De esto dimana que hablando por ejemplo de la sociedad, no se halla uno que la funde en los eternos principios de las escrituras, porque las gentes de donde deducen sus discursos, o estaban secas de ellas, o tenían con ellas una abierta enemistad. ¿Cuántos de tantos traducidos a la letra podría poner a la luz del día? Pero dice el Br. que no se escaparán de ese golpe, que día vendrá en que saque los colores muchos, pues lo considera preciso e indispensable para desfacen agravios, y para pro y bien de la República, únicos agentes que le obligan a escribir, como al Caballero de los Leones en haberse metido a andante. ¿Qué se entiende consentir un abuso tan perjudicial a la Nación? Dice que los ha de decapitar según lo hizo el Caballero Manchego con las figuras del retablo de picaronazo del galeote a quien no conoció por haberse tapado un ojo. Bien se hecha de ver que necesitan esos escritorillos de un caballero arrestado cual el de la Cueva de Montesinos, especialmente aquellos que buscan las leyes de la sociedad en semejante raza de gente. Por eso el Br. que no teme ni debe poco, está resuelto a enristrar la lanza, no para defender pupilos y viudas, porque no tienen parte en esta función, sino para amparar huérfanos y desvalidos, para sostener la verdad perdida de todo un siglo, y por último para hacer público el engaño en que vive aquel que piensa ser filósofo, leyendo semejante casta de autores.

## N. 2

# EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

## II

### **DEL ARTE DE LA IMPRENTA LLAMADA *Divina***

Ya se deja considerar que de una Arte llamada Divina tendrá el Br. mucho que hablar. Es así porque si es verdad que tiene mucho de bueno, también se le nota no poco de malo; no porque la pobre arte tiene la culpa, sino porque los hombres, de divina la han vuelto diabólica. Esta es la gracia que tiene la especie humana, pues sabe convertir en veneno lo que fue Triaca, y sino lo corrido dirá. Ahora sólo expondrá el Señor Bachiller la historia del Arte de imprimir, y dirá algo del problema: si será más útil que perjudicial. No faltará lugar para que vuelva a entrar en colada, y para que se le espulgue hasta el último escondrijo. Ahora empezarán a echar de ver que va cumpliendo lo ofrecido. No puede dejar de ser divertido este periódico; ya se ve, obra de sola una mano, debe salir una. ¿Qué de cosas se le ofrecen sobre este punto? ¿Qué tormenta no ha atacado su cabeza? Tiempo al tiempo y vamos al caso.

Todo el mundo sabe, menos los que lo ignoran, que serán las 99 partes de él, que primero se escribió en cortezas de árboles, tablas, pergaminos &c., y que después siguió la invención de la Imprenta, del papel y dan a ésta poco más de trescientos años de edad. Se duda si su primera invención fue en la Ciudad

de Harlem en Holanda, o en la de Metz en Alemania. Sea lo que fuere, porque el Br. no se quiere parar en litigios que traen malas consecuencias, lo cierto es que nos dicen que la Imprenta con caracteres separados como se usa en el día, fue invención de Juan Fausto, o Fasto, conocido con el nombre de Doctor *Faustus*. Estaba por decir que era español, pero no quiero inquietar los ánimos de los muchos que piensan que no somos capaces de inventar, injusticia tan manifiesta, como la que hicieron a S. Sebastián los que le asaetearon. Sea o no Español, que por ahora es cuestión de nombre, él fue, según dicen buenas plumas, el que primero la practicó con asistencia de Juan Gutenberg, sujeto de fortuna que suplió al Doctor los dineros para el efecto.

El primer libro que se imprimió con estos caracteres fue el *Codex Psalorum*, o el libro de los Salmos en 14 de Agosto de 1447. Después de éste imprimió el *Rationale Divinorum Officiorum*, en el año de 1479 y en 1460 el Vocabulario latino intitulado *Catholicum*. El mismo Fausto dice que imprimió la Biblia, y que en el año de 1462, habiendo pasado a París, llevó algunos ejemplares, los que presentó; de cuyas resultas tuvo la desgracia de haber sido aprisionado por sospechas que tuvieron los Parisienses de que habían sido hechos por arte del Diablo, pues no podían concebir cómo pudieron ser escritos en tanto número y perfección; y que no lo pusieron en libertad hasta que descubrió el secreto. De ahí se puede muy bien inferir, a lo menos así lo piensa el Br., que la Francia en aquel entonces estaba mucho más atrasada que la España, pues como poco después dio crédito ésta a Colón, no es dable que cayese en un error tan climatérico, como pensar escrita la Biblia por el Demonio.

De Harlem se extendió a toda Europa, y de España fue a las Indias Orientales y Occidentales. Cada nación construyó sus letras, según los caracteres que estaban en uso, y así vino a la perfección en que hoy la vemos. Por cierto que el carácter actual Español tiene mucha más belleza que el de las demás

Naciones. Válganos, según asegura el Br., la facilidad que tenemos los Españoles en perfeccionar las invenciones forasteras. Esto es lo que mira a la historia de la Imprenta. Es asunto verse ahora en la necesidad de declarar si esta Arte, con todo de llamarse divina, ha sido, o no, más provechosa que perjudicial. Aquí de la balanza de Astrea. Aquí de los cien ojos de Argos; y aquí del coro de las nueve Hermanas. Allá va el Señor graduado dejando de ser Sansón sin perdonar lo de Carrasco, y tomando la lanza de D. Quijote dice y afirma por ahora *usque in seculum*, latín que entienden todos, que es y ha sido más provechosa que lo contrario. Los melancólicos que no piensan así traerán a colación las execrables maldades que se leen en los libros de algunos filósofos antiguos y modernos, pero el Br. dice que estos no componen un átomo en comparación del globo, con relación a lo que se ha impreso bueno; que los libros malos duran lo mismo que la flor de la maravilla, y que los buenos subsisten perpetuamente; que muchas cosas utilísimas estarían sumergidas en el caos de la oscuridad, si no fuese por medio de la imprenta; que las acciones heroicas en valor y en virtud seguirían las corrientes de Leteo; y que las Artes y Ciencias no hubieran llegado a la mitad de la altura en que las vemos. Dice además de eso, que antes que hubiera imprenta corrieron libros perversos, impíos y obras impúdicas, si no dígallo Ovidio que fue desterrado al Ponto por el arte de amar; luego la imprenta no trae el perjuicio que se le quiere suponer. Antes pasaban con dificultad de una a otra nación las obras útiles y los pensamientos nuevos a favor del adelantamiento de las Artes y Ciencias. Con ella se ven luego en las cuatro partes del mundo. Luego es forzoso concluir que es mucho más útil que perjudicial.

### III

#### A LAS SEÑORAS, COMO PARTE brillante del Público

Señoras mías: la historia y experiencia dice el Br. que le han enseñado que son Vmds. en un todo acreedoras al convite de este Periódico. Aunque no le faltan a nadie enemigos, no obstante cree que serán pocos y descomunales los que no convengan con su mrd. y Sria. en este principio, y por si acaso algún mal intencionado, caprichudo, melancólico y ferido de alguno de los golpes que algunas de Vmds. suelen dar, no quisiere conformarle, allá va este discurso pequeño, pero reforzado como cañón de batir para desmoronar tan fantásticos edificios.

Muchas y grandes cosas se leen de las Sras. Mujeres, cuidado que por no parecer francés, no gusta de llamar a Vmds. bello sexo, sexo hermoso, sexo amable &c. sino según ha sido costumbre siempre entre los Españoles, como si el nombre de Sras. Mujeres no fuese tan expresivo y tan sabroso como aquellos: por cierto que a la Virgen la llamó Mujer su Santísimo Hijo, sin que por esto le resultase agravio. A qué pues voces nuevas, y nuevos dictados; Mujeres y Señoras es como han de hallarse en este papel.

El Gran Plutarco, que parece fue devoto de Vmds., nos asegura que mujeres de todas naciones han dado testimonios positivos de valor, honor y talento. Tocante al valor, refiere que las Fosianas antes de entrar en un combate, en que se trataba, nada menos, que de la destrucción y ruina de toda la Ciudad, conviniéron en que siempre que los suyos perdieran la batalla se arrojarían a las llamas, antes que consentir en ser víctimas de los enemigos. Dice de otras que viendo a los maridos e hijos acobardados tomaron las armas, y defendieron a su Patria con rubor de parte de aquellos. De otras que viendo que se retiraban precipitadamente sorprendidos del miedo, corrieron a

salirles al encuentro, y atajándoles el paso les obligaron a devolver por su honor. De otras dice, que en un sitio corrieron a la brecha, y que no sólo defendieron la Ciudad, sino que rechazaron también al enemigo. De algunas que sufrieron cadenas, y otros martirios para libertar a sus maridos; y por último cuenta de otras que en una guerra civil se metieron en medio de los dos ejércitos y reconciliaron a los combatientes, de lo que resultó que desde entonces fueron admitidas en las deliberaciones públicas. En cuanto al honor refiere que muchas han despreciado la vida por guardar su honor, y que en una de las Islas del Archipiélago, en el tiempo de siete siglos no se experimentó la menor debilidad en mujer alguna, y mucho menos en materia de adulterio; y que antes se daban la muerte que caer en hecho alguno que manchase su honor, tanto que fue preciso para contener los suicidios, establecer una ley en la que se apremiaba a ser expuesta a la pública vergüenza aquella que intentase darse la muerte. ¡O Isla feliz! ¡O tiempos aquellos!

Dice el Bachiller que las de estos nuestros días procuran imitar a aquellas heroínas. No en quitarse las vidas porque no manda tanto nuestra Sta. Ley. Pues, ¿en qué?

Si es en las Ciencias y Artes ¿qué nos cuenta de cosas? Añade también que en algunos Países los maridos, y los hijos, no vestían más ropas, ni más telas que las que ellas hilaban y labraban. Hoy de eso se ve también mucho en nuestros días. De la economía y gobierno interior de sus casas dice tantas, y tales cosas que es un gusto; pero nada deben a aquellas las Sras. de este siglo, y de no díganlo ellas. En fin sería no acabar si fuésemos a referir otras treinta mil gracias que refiere aquel sabio. Por tanto por tiempos expondrá el Br. la historia de algunas que más se han distinguido para que sirvan de ejemplo a las presentes y futuras. Con esto cree el Graduado que, sólo con esta mitad de Público, se hará rico; y mucho más cuando vean las Sras. que también pueden ser filósofas, y otras cosas.

## RECETA PARA ENTABLAR UNA verdadera amistad

Cuidado que el Br. previene que esta importantísima receta no es suya, que es del gran naturalista Plinio. Ya está asombrado de ver que ha salido otro Diógenes buscando a ésa en estos tiempos; porque cree y no se engaña, que no se hallaría a lo menos en lo que hay descubierto de mundo. Juzga que jamás ha sido más necesaria que en el día, y que hace a Vmd. un gran servicio en recordársela si se le hubiera olvidado; o bien que si no la supiere la aprenda de memoria, y la ponga en práctica que le importa.

Como le he insinuado se halla en la historia natural de Plinio, como indefectible para conseguir una amistad cual la que se cuenta de los antiguos Romanos, un cordial que fue apreciado de todo el mundo, tanto que pocas familias se hallaban sin él. En el mismo lugar dice que se la debieron a los Griegos. Es un específico verdadero y conviene que lo sepa todo el universo. Cuesta muy poco o nada; luego será un dolor que no lo compren todos, hombres y mujeres, pues tanto la necesitan.

R. De unión de corazones treinta mil quintales; de franqueza y desinterés, de cada una cien mil arrobas; de sinceridad, piedad, afabilidad y dulzura, lo más que se pueda. Se añade a esto la correspondiente cantidad de aceite esencial de unos vivos deseos de ser útil, y otro tanto de seguridad, constancia y buen humor. Todo esto bien mezclado se aromatiza con el espíritu de ninguna reserva, doblez, ni patraña.

Con ésta asegura que se conseguía una permanencia perpetua, como que era por naturaleza constante, y que la mayor duración del tiempo no le hacía mella, pues muy al contrario la corroboraba más y más.

La receta que usan las gentes en el día, no es aquella, ni su semejanza, porque los más de los simples, e ingredientes se han perdido, y en su defecto echan mano de la que sigue.

R. De exterioridad millones de quintales, igual cantidad de unión aparente; un océano de amor propio y de egoísmo; de deseos de ser atendidos sin atender, de conveniencia propia, reserva, ninguna sinceridad, de cada uno cuanto el entendimiento puede abrazar, y mezclado se aromatiza con el aceite no esencial de inconstancia y de refinada política.

Por esta razón cantó Cardenio el siguiente soneto, como se puede ver en el primer tomo pte. pra. lib. 3 de la vida y hechos del ingenioso caballero Don Quijote de la mancha.

#### SONETO

Santa amistad que con ligeras alas,  
tu apariencia quedándose en el suelo  
entre benditas almas en el Cielo,  
subiste alegre a las Empíreas salas.

Desde allá, cuando quieres, no señalas  
la justa paz cubierta con un velo,  
por quien a veces se trasluce el celo,  
de buenas obras, que a la fin son malas,

Deja el cielo, ¡oh amistad!, o no permitas  
que el engaño se vista tu librea,  
con que destruye a la intención sincera.

Que si tus apariencias no le quitas,  
presto ha de verse el mundo en la pelea  
de la discorde confusión primera.

Por cierto que le vino de molde al Br. este soneto para hacer ver que no es la receta de Plinio la que se observa hoy día; se ríe mucho cuando oye decir: amigo Vmd. puede mandar como suyo a este su mayor servidor, deseo que se ofrezcan ocasiones en que manifestarle que le amo de todas veras, mi casa, mi persona y todas mis facultades están a la disposición de Vmd.

Como considera que no pueden engañarse unos a otros, más se divierte y celebra la amistad presente, como las más cordiales expresiones que darán el tiempo que suenan, pues lo general es el siguiente caso que aconteció el mes pasado. Encontráronse dos que había tiempo que no se veían, se abrazaron muy estrechamente y coronaron la obra con dos besos a la francesa. Después de algún corto razonamiento dijo el uno al otro: voy de prisa, en tal parte vivo, cuente mi casa por suya, y no deje de ocuparme en cuanto se le ofrezca. El otro medio creyó por necesidad lo que el amigo le había dicho, y al día siguiente pasó a visitarle creído de que le remediaría una urgencia que le atosigaba. Fue bien recibido; mas al confiarle su situación dijo el amigo: ¡ah! N. los tiempos están muy malos, tengo que pagar unas letras y no puedo remediar a Vmd. El otro quedó cortado, y como medio balbuciente le dijo: yo me he arrestado en fe de las expresiones de Vmd. Hombre ¿quién fía hoy día de expresiones?

Esta es, y no otra la receta del día. Bien claro está cuál será el efecto que puede producir. Por tanto suplica a Vmd. arras-tradamente destierre ésta, y tome aquella, porque además del beneficio que resulte a Vmd. ¿no se quedará el Br. sin parte?

---

Con licencia en Cádiz: Por D. ANTONIO MURGUÍA,  
en su Imprenta calle de la Carne N. 6

*Se hallará en dicha Imprenta, y en las Librerías de Pajares, junto las Recogidas, en la de Navarro, junto de S. Agustín, en la de Savid, plazuela de la Virreina, y en la de Comes, calle de la Verónica.*

---

*Se admiten subscripciones a este Periódico, por seis meses en las Librerías donde se vende.*

### N. 3

## EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

### IVº

El Argonauta es un hombre muy compasivo, nada tiene de Heráclito, y con todo llora lágrimas vivas al mirar la infeliz educación de la juventud. Días pasados se levantó algo más temprano de lo acostumbrado. Como no tenía más esteras y felpudos que nuestro Padre Adán y nuestra Madre Eva, le asaltó el frío de tal modo que se vio obligado a salir a la calle para calentarse, no como algunos acostumbran en las Tiendas y Cafés, sino tomando el Sol. Habiendo tomado, pues, por la cera adonde daba éste, encontró sentada a una puerta una mujer con su niño en brazos, salvo que fuese hembra, porque no le registró la natura; éste con la una manita levantaba el pañuelo que cubría el pecho y la madre se divertía en volvérselo a tapar. Duró largo tiempo esta función; pero el niño, que a lo más tendría ocho meses, al ver que su madre cubría lo que él quería descubierto, le daba a aquella en la cara, apretando graduadamente la mano, y aumentando la ira. Reíase la madre en celebración de la gracia temprana de su hijo. ¿Quién dudará que de tan débiles principios vienen fatales resultas? ¿Quién negará que las pasiones se descubren en el hombre en su más tierna edad, y que desde entonces se debén domar? No, que hasta los siete años son gracias cuantas pueden ejecutar. No, no obra aún la razón. Con esto se halla muy mal el Br. y más cuando tiene bien probado que hay criatura de seis, que sabe más picardías que sus tatarabuelos. Después que se hubo calentado,

se entró en la Iglesia a oír una Misa, que no sabe tan mal en ayunas. Como no salió tan pronto como si la hubiese pagado, no imitando a algunos que tienen el genio demasiado vivo, y que en todas partes se hallan tranquilos, menos en la Iglesia, le fue preciso esperarse. A ese tiempo entraron tres o cuatro muchachos y se acomodaron junto a él; el mayor tendría cuando más nueve años. Armóse entre ellos una riña, cosa que no es de extrañar, porque se cuida poco de enseñarles el respeto y humillación con que debe estar cada uno en lugar tan sagrado. Cuando volvió el Br. la cara para acallarlos, se halló con que un sujeto de distinción le quitaba al mayorcito un puñal de esos que llaman medio lenguado, con el que amenazó a otro. ¡Con qué horror, con qué pesar no miraría un acaso tan espantoso, un resultado indefectible del poco celo de los Padres, de la nimia condescendencia y poca crianza! Se admira de que la Providencia no permita de que no sufran en castigo de tan fatal abandono, que tiren para ellos de semejantes instrumentos. Es a lo sumo que puede rayar la ceguera. Este es el libro, la pluma, el papel y el juguete que les permiten llevar. Quizá esta alhaja se la traería su mismo Padre de Albacete, porque a tanto llega la locura y el mimo. ¿Qué consecuencias resultan de esto? El conducir a los hijos a su perdición, a un suplicio. ¿Podrá darse mayor maldad más digna de lágrimas? ¡Ah Padres! ¡Fieras inhumanas que no perdonan ni a sus mismos hijos! ¡Vosotros mismos los devoráis, y los arrastráis a la más negra infelicidad! ¡Así se acabó el respeto y la veneración! ¡Así está el mundo tan corrompido! ¡Ellos propios consumen vuestras entrañas a fuerza de pesares por un premio justo de vuestra ceguera!

Oyó su Misa y al salir de la Iglesia halló a una Señora conocida, a la que fue forzoso acompañar. Llevaba ésta a su hija, y en el camino, sin atender a su conversación, la decía la Madre: Mujer, componte esa mantilla, anda derecha, ¡miren qué aire tan desgraciado! Sr. Br. no es creíble, tamaña y tan grande, es menester estar siempre riñéndola como si hubiera nacido en alguna aldea. ¡Es buena desgracia! En esto y con

esto llegaron a su casa, y en su presencia le dio la siguiente lección, diciéndola: Mira, bruta, echó a pasearse por la sala, la cabeza echada media vara para atrás, torciendo de mil modos la cintura, y bamboleando la saya de pared a pared. Así mujer le decía, así es como has de caminar. Si me hubieras conocido de muchacha... Por no reventar se apresuró a despedirse, y ya que se halló en la calle reventó en risa de tal manera, que él mismo se creía loco. Decía, es a lo sumo que puede llegar la locura de las madres: no la ha enseñado a coser, hilar, hacer encajes, &c. y le da lecciones del modo inhonesto de andar. Vaya, que no he visto tal en el mundo.

Retiróse a su casa, y no bien hubo llegado cuando le llamó un vecino con ademanes de haber sucedido en su casa alguna catástrofe; pero fue para esto. Sin andarse el vecino con políticas comenzó la arenga: Sr. Br. ya Vm. mira a este niño, y a esa muchacha; ¿será creíble que su madre esté empeñada en que éste se ha de mantener de holgazán y paseante, pidiendo dineros para el juego, porque dice que es bajeza tener oficio, y que la otra no sepa más que engringollarse, y estar todo el día en la ventana mano sobre mano? ¿Que porque quise reprehenderlas me quería embestir diciéndome, pues ya tiene cinco novios, y otros disparates? ¿Se habrá visto tal en el mundo? ¿Qué dice Vm. a esto Sr. Br.? La respuesta fue encogerse de hombros, y salir hecho un tigre, exclamando contra la mala educación, contra la sinvergüenza de los Padres. En aquel instante hizo voto solemne de escribir una Ordenanza para prefijar a los Padres las penas correspondientes a los delitos gravísimos que cometen en la mala crianza de sus hijos; pues considera que la causa de haber resultado inútiles los desvelos de los sabios que tanto han escrito acerca de la educación, no pende de otra cosa sino de no saber el código que prefija el castigo que tan justamente merecen; y por último, que declara de ahora para en adelante por indignos de existir en la sociedad a todos aquellos que no cuidan, celan, ni vigilan sobre la mejor educación de los hijos.

## V

### AGRICULTURA

Si el malvado afán que manifiestan los Filósofos de moda, se dirigiese a leer obras sólidas, útiles y de todos tiempos recibidas, no juzgaría el Br. necesario detenerse en preámbulos. Si los que escriben se propusiesen noticiar a Vm. las glorias de la Agricultura, y las excelencias de los que la profesan; si recordasen los grandes encomios con que la ensalza Jenofonte y lo que de ella escribe nuestro compatriota Columela, no se detendrían en publicar los pocos adelantamientos que hemos hecho los Españoles. Lo primero para inclinar a los haraganes y paseantes sin oficio ni beneficio a que se aplicasen a ella; pues leyendo estos, que obtiene la primera antigüedad y que la han ejercido los hombres más grandes del mundo; que Ciro se gloriaba de haber medido, delineado y plantado un pedazo de terreno; que los Senadores Romanos vivían en el campo, y que estaba arando L. Quincio Cincinato cuando le trajeron la noticia de que había sido nombrado Dictador, &c., tal vez se aplicarían a un arte tan ilustre. Y lo segundo porque, ilustrados con los conocimientos de aquel sabio, conseguiríamos tal vez mayores progresos. Desde luego el Br. confiesa que no se ha adelantado tanto como quisiera; pero no el extremo en que quieren colocarlo los mismos Españoles que en el día escriben. Ha estado sin duda en otra altura; mas la favorecían otras circunstancias. No se conocían en aquellos tiempos tantas manos ociosas como se ven hoy ocupadas en destinos propios a las mujeres, y más adaptables a gente de edad. ¿Esta muchedumbre de criados aplicados a la Agricultura, no podrían aumentar en un tercio las labranzas? Si tanta multitud de jóvenes como vive sin aplicación, porque sus padres se resisten a darles oficio, encaprichados sin razón en que deslustran las familias, se ocupasen en tan noble arte, ¿qué adelantamientos no se podían esperar? Si todas las demás Provincias de España imitasen a los Catalanes, Valencianos, y a las demás laboriosas, ¿qué deberíamos envidiar a nación alguna? Si por último, los que

escriben para motejar a sus compatriotas de indolentes, consumieran el tiempo en investigar los verdaderos medios para obligar a los tunantes y se ocupasen en averiguar las diferentes especies de terrenos que nos describe el mismo Columela, cuáles son propias para tales y tales semillas y plantíos, o por último se entregasen a la observación a fin de ver si podía introducirse en España otra planta que supliese el defecto del pan en los años escasos. ¿Qué extraño será que los extranjeros nos vituperen llamándonos indolentes cuando nosotros mismos les abrimos el camino? Nadie ignora que en viniendo uno, dos, o tres años malos, todo se vuelve clamores, miserias, ladrones e inreligencias. ¿Pues cuánto mejor sería que en lugar de declamar contra los pocos progresos de la Agricultura, se intentase la siembra de la Papa que en Canarias suple o equivale al pan? ¿Por qué no se habrá tentado una y mil veces en distintos terrenos, en cada Provincia el cultivo de la Yuca, Ñame y Muñato de América? Con estas tres raíces se mantienen sin necesitar de trigo los más de los Americanos. Con la Yuca dulce asada, con el Casabe que se hace de aquella agria, ¿no se alimentan muchos de los Españoles enseñados a comer pan? Yo propio lo he usado con gusto por defecto de él. Luego si se procurase promover la siembra de dichas, serían sin comparación menores los trabajos en los malos años. De tantos terrenos como tiene España sin cultivo por no ser aparentes para la siembra de plantas conocidas, ¿cuántos no habrá que pueden ser útiles para este efecto? La Papa se da en tierras arenosas, y la Yuca produce en las más pedregosas. ¿Pues por qué no se había de promover en ellas semejante siembra? Es necesario saber de cultivo. ¿Cómo puede hallarse éste sin muchas tentativas? ¿Cuántas plantas de América fructifican en España, y cuántas de esta Península florecen allá? Pues si el arte consigue esto con otras, ¿cómo no lo había de conseguir asimismo de las mencionadas? La Papa probó bien en la Isla de Cuba. ¿Por qué no había de acontecer lo mismo en estos Países?

Esto, esto es lo que habían de procurar los escritorillos de carilla, no el declamar. Lo que se necesita es hacer conocer los

medios que pueden producir beneficios, tanto en las subsistencias de primera necesidad, como en los ramos concernientes al lujo. Atraer a los ociosos a la aplicación y desterrar preocupaciones de orgullo y vanidad, acopiando manos para la labor del campo.

## VI

### COMERCIO

Ya empieza a despuntar el Argonauta. Ya va a tratar del Comercio. ¿Qué entenderá él de negocios? Pensará tal vez que con cuatro palotes que habrá leído ya puede echar a correr. Buen disparate. ¡Lo que puede el amor propio, la vanidad y miseria general del hombre! En sabiendo el B A Ba, ya les parece que no hay más que meterse a escritores. ¡Buena necesidad! Poco a poco, que el Br. dice que de algo le ha de haber servido el mucho viajar, y el trato con las Naciones más comerciantes del globo; porque creer que sin salir de las faldas de su madre se puede saber algo, es desatino. Los Filósofos de más nota aprendieron viajando. Tampoco se puede hablar con propiedad, y menos escribir; y de no, preguntárselo al Autor de la Historia Filosófica y Política de ambas Indias, que él lo desempeñará. Ahora no va más que a dar una noticia de su antigüedad y excelencias. En adelante será Troya, pues se meterá más adentro de lo que Vm. piensa. Allá va.

El Comercio es el fundamento más sólido e interesante de una sociedad. Es la base y raíz de la abundancia, quietud y felicidad de los Imperios y Reinos. Es la fuente de las Artes y Ciencias, y el medio más poderoso para unir y estrechar con el fuerte nudo de la amistad a todos los hombres, naciones, regiones y climas. En una palabra, es el conductor de la verdadera Religión, para todas las partes del mundo habitado, y el más seguro instrumento de que se ha valido la Sabia y Divina Providencia para construir una toda la redondez de la tierra.

Un Reino sin Comercio es débil, pobre y expuesto; pero Comerciante es rico, fuerte y seguro. Donde no se conoce el Comercio no puede brillar la Agricultura, ni menos las demás Artes y Ciencias. Sin éstas jamás puede ser feliz. Obligado a subsistir con lo único que pueden franquear sus contornos, no pueden disfrutar sino de unas muy limitadas delicias. Por el contrario goza de todos los primores del mundo el Pueblo Comerciante. Cuanto naturaleza produce, y todo lo que puede ofrecer la industria circula en un Imperio negociante. Los ricos metales, las más preciosas piedras y los remedios más exquisitos se hallan en éste; y todo falta, nada parece donde no se trafica. Aquí reina la ociosidad y sus perversos efectos; allá la aplicación destierra todos los males. Acá siempre temiendo ser víctimas de los Vecinos, allá con ejércitos y armadas siempre respetados y envidiados de todos. ¡Válgame Dios! ¿Qué de cosas no se le ocurren al Br.? Con dolor deja el discurso a media miel. Es tal el Comercio, que a los que se aplican a él los constituye sup... a lo menos casi todos dependen de ellos, verdad muy fácil de demostrar. Dígalo el sinnúmero de manos que entretiene el Comercio; la muchedumbre de gentes que mantiene puede dar una más que idea de su utilidad y nobleza. Los Príncipes mantienen por su medio las fuerzas de mar y tierra que les hacen desde luego respetables de sus rivales. Los ricos son tales por él, pues sin su auxilio no tendrían valor alguno los frutos de sus haciendas, y los pobres carecerían indispensablemente de su preciso alimento por no poder hallar en que emplearse. Luego del Comercio y de los generosos Comerciantes dependen casi todos.

En cuanto a su antigüedad, nadie la puede disputar desde los primeros humanos. Cambiaban mutuamente los frutos de su sudor. Tubal Caín, que sólo se dedicaba en labrar metales, cambiaba los efectos de su industria con el trigo y demás frutos que deducían de su labor los que se ocupaban a la Agricultura. Los Ismaelitas y Medianitas trataban y contrataban con los Egipcios; enviaban a Egipto grandiosas caravanas en el tiempo de Jacob. Los Egipcios las conducían al mar

negro, y los Fenicios al Mediterráneo. Las memorables flotas de Salomón que venían a Cádiz, Tiro y Sidón, Cartago, Roma, Marsella y Barcelona, son testimonios irrefragables de la antigüedad del Comercio. El descubrimiento de la brújula o aguja de marear los viajes a la India Oriental y Occidental acreditan su necesidad, utilidad e importancia. La protección de parte de los Príncipes arguye con evidencia su lustre y nobleza. Los progresos que por su medio han conseguido las Artes y Ciencias, y la vasta extensión de los Dominios de España su indisputable gloria. Por último ¿qué diremos de la facilidad con que la Religión Católica ha talado hasta las más remotas Provincias, hasta entre las gentes más bárbaras, y más feroces, sino que son indecibles las excelencias del Comercio? Señores Comerciantes, ya ven el realce que les da el Argonar.a. Ahora resta que Vms. se esmeren en hacer que florezca más y más en España. Con este objeto dirá el Br. muchas cosas que les pueden ser útiles sin más interés que el de un buen Patriota, sin más miras que el deseo de los adelantamientos que tan sobremanera necesitamos. Cuando venga de proa el viento, tengan paciencia, que no ha de ser todo apologías.

## N. 4

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

## VIIº

### FILOSOFÍA

Dos cosas va a exponer el Argonauta en este discurso, que ambas se las ha enseñado la experiencia. La primera lo que se debe entender por Filosofía, y la segunda que todos deben ser Filósofos, sin exceptuar las Señoras Mujeres. ¡Albricias, que ya toíticos somos o seremos Filósofos! Ya desde hoy para en adelante nadie nos hablará con magisterio, como ha sucedido hasta aquí. Dice el Br. que la Filosofía no tiene un objeto solo. Pitágoras enseñó la integridad de la moral; Empédocles el desprecio del mundo; Demócrito la contemplación de las cosas naturales, y la preferencia de las obras del entendimiento a las mecánicas; Sócrates puso en método las ideas confusas de su predecesores para hacerlas útiles a las Artes y Ciencias; Platón manifestó que la verdadera Filosofía consistía en la fidelidad, constancia, justicia, sinceridad y en las respectivas obligaciones; Aristóteles, de quien dijo Plinio que era el genio de la naturaleza, la dio mejor y más sólido orden, dirigiendo las miras de un Filósofo a todo objeto. En efecto, todas las cosas deben estar sujetas al hombre en cuanto a la observación y reflexión. La Filosofía es la piedra con que se toca cuanto es blanco de nuestros sentidos, tanto internos como externos. Con ella debe descubrirse lo que es bueno o malo, sólido o vano, fuerte o débil, verdadero o falso. Y por esta razón todos debe-

mos ser por naturaleza Filósofos. Esta es la única verdadera Filosofía, y no la de Zenón, Epicuro, Diágoras, Diógenes, Demócrates, Licon, Metrodoro, Crates, Menipo, Pirro, Cleantes, Arcesilao, Lácidas y la que han escrito todos los Filósofos modernos, excepto una pequeña porción que filosofó en los términos dichos. La de todos estos que ha nombrado dice que no enseña más que la corrupción. Como que todos los hombres estamos obligados a elegir lo bueno, no tanto porque así lo hacen los brutos, cuanto porque nos hallamos favorecidos de una razón que distingue entre lo útil y lo honesto, y lo que no tiene nada de ambas cosas, de esto se deja inferir que todos debemos ser Filósofos. Antes debemos examinar que creer, salvo en materias de Religión, en las que no debemos pararnos, sino asentir con toda fe, y según este principio irrefragable, estamos obligados a ser Filósofos. Dicen, y es así, que lo que hace el sabio en el principio, hace el ignorante al fin. ¿Y por qué? Porque aquel piensa, examina antes, lo que no hace éste; otra razón por la que todos deben ser Filósofos. Piensa uno en casarse, o en elegir otro estado, profesión, &c.; no medita lo que va a hacer, luego se arrepiente porque le salió mal. Compra un Comerciante una cantidad de efectos sin prevenir de antemano los accidentes que pueden sobrevenir, se pierde. Finalmente, se emprenden sin meditación los hechos y resultan malos. ¿Qué quiere decir esto, sino que debemos todos filosofar?

Los primeros Filósofos que siguieron estas máximas ganaron un crédito y opinión sin límites, y los Príncipes se sometían en todo a su dictamen, y les hacían honores extraordinarios. Pero en cuanto vino la corrupción, en cuanto vertieron máximas inicuas y perjudiciales decayó de tal manera su crédito que, del extremo del aplauso pasaron al de la persecución. Los que hoy llaman nuevos a pesar de no haber hecho más que repetir lo mismo que habían escrito aquellos últimos, les ha acontecido lo propio; y además el que miren con odio el nombre de Filósofo los hombres sensatos. Lejos de investigar a la naturaleza, dedicaron sus talentos en esparcir máximas que no

tienen otro objeto que la ruina general de los Pueblos. Poseyendo el arte de seducir, ridiculizar y blasfemar con chiste hasta de las cosas más sagradas, atraen a la juventud, la misma que se llena a toda prisa de la más atroz corrupción. Sin embargo merecen una grande aceptación aquellos que se han empleado en ciertas especulaciones útiles a la sociedad, como Neuton, Descartes, Boyle, Feijóo y otros que han tomado por blanco de su Filosofía desenvolver ciertos fenómenos de la naturaleza, inquiriendo siempre lo útil, bueno y honesto. Esta es la Filosofía que debían aprender, y no la que a pesar de tantas prohibiciones corre entre la gente de pocas barbas. No se vería tanto libertinaje, ni una disolución tan perjudicial. Por cierto que tiene razón el Br. y dice que ha de perseguir no sólo a los discípulos, sino a los maestros. Parece que está pacífico su humor, cuando no embiste como D. Quijote a los encamisados del entierro. Responde a esto que otro día los tomará de punta, como merecen. Sólo encarga que si todos quieren ser Filósofos como deben, y ganar opinión y crédito, que no den ascenso a cosa alguna que no sea de la Religión, sin pensar ni meditar antes. Que prevean si lo que se lee o se oye es verdadero o falso, si es bueno, útil y honesto; y por último, que no se tome deliberación sin pensarla muy mucho, y con tiempo.

### **ANÉCDOTA Y ESPECÍFICO PARA QUE SE SEPA fácilmente un secreto**

Reveló D. N. un secreto de importancia a un amigo. A los tres días se sabía en toda la Corte, de modo que en una tertulia se lo comunicó una Señorita al interesado, con mucho encargo de sigilo. Este cegó y no vio al oír lo que no pensaba, y al momento fue a darle las quejas al amigo de haberlo revelado. Echose éste a reír, y protestándole que a nadie se lo había comunicado, le hizo presente que viese que el peluquero le estaba peinando cuando se lo refirió; y añadió de más, que

había extrañado tanto encargo de la reserva en presencia de aquel, como si fuese sordo. Cayó de luego a luego en el golpe; le pidió mil perdones y se fue medio aturdido.

Esa Anécdota ha obligado al Br. a dar el específico siguiente. El aviso es de importancia, y de nada menos se trata que de desterrar un abuso sumamente perjudicial.

Para conseguir que con facilidad, prontitud, ligereza, velocidad y rapidez se sepa un secreto, no hay mejor medio que referirlo en presencia de un peluquero, barbero, sastre, zapatero y asimismo de los criados; porque éstos aunque no atienden oyen, y cuanto escuchan parlan. Para alcanzar lo contrario se hará lo propio; porque son sujetos de fiar, mudos, y por lo regular afectos de sordera. La primera pregunta que hace el marchante, al entrar cualesquiera de esas personas, es: ¿Maestro, qué tenemos de nuevo? Ya se ve, el maestro vomita sin y pecaquana lo que oyó al marchante antecedente, sin pararse en que la materia sea o no digna de reserva. Se tardó el peluquero, &c., mira enfadado y cansado de esperar al marchante, y entra: Señor D. Fulano, una grande novedad le traigo: ¡buen remedio para aplacar la cólera! ¿Qué, qué hay?, responde el marchante. Allá va el secreto. Esto no es nuevo: es bien sabido, que los infelices buscan el camino más corto para ganar el gusto de sus marchantes. No tienen ellos la culpa, sino aquellos que sin pararse en que los oyen éstos dicen los secretos con muchos encargos del sigilo. Buena necesidad. Lo propio debe esperarse de los criados, por callados que los quieran considerar. Por esto un cierto Ministro no quería tener peluquero ni barbero señalado. Y por lo mismísimo la Emperatriz de Rusia hizo construir un gabinete con el fin de que los días que daba convite a los Generales se sirviese la mesa sin presencia de criado alguno; pues por medio de máquinas y trampas se presenta a la mesa cuanto es necesario.

El mejor medio para que jamás se sepa una cosa es no divulgarla, no revelarla; y en el caso de hacerlo, sea con toda

precaución, no fiándose de confianzas infundadas; y para conseguir mejor lo contrario decirla en presencia de todo el mundo, sin pararse en niñerías; pero encargando una, dos, tres y mil veces el secreto, que es el medio más seguro para que no lo sepa más que todo el Pueblo, Provincia, Reino y también para que a los dos días venga en la gaceta de Holanda. Advierte el Br. que no sólo correrá del tamaño que se hubiere referido, sino algo más gorda y revestida; y si no, tener presente el cuento del huevo. Vaya de cuento, por si acaso alguno lo ignorase. Casóse un socarrón con una niña muy sencilla. Creíala tal el novio; pero no obstante quiso probar si lo era tanto como él pensaba. En la primer noche de novios, poco después de haberse acostado, comenzó el tunante a revolverse y quejarse. Preguntóle la novia ¿qué tenía? Unas fatigas, unas ansias, que pienso morir. ¿Quieres que llame?, replicó aquella. No, dijo, que ello se pasará. En efecto, dando un gran bufido, y diciendo ¡gracias a Dios!, llamó más y más la atención de la pobre novia para que le preguntase ¿qué era aquello? Respondió que no se lo podía decir, porque temía se lo dijese a alguien. Yo no, dijo ella; el otro se hizo de rogar una y muchas veces; y después de muchas súplicas y ofertas de que no lo diría, prorrumpió haciendo grandes misterios y le dijo: Has de saber que he puesto este huevo; mira si se lo vas a decir a nadie. No bien llegó el día, cuando le reveló el secreto a una comadre suya; ésta se lo dijo a otra de dos; y de boca en boca fue llegando a mil. Lo propio acontece con las noticias, van creciendo progresivamente hasta la mayor exageración, con que el mejor medio es callar. En boca cerrada no entran moscas. Antes de hablar, ver si alguien puede escuchar. Las paredes tienen oídos, y los criados, peluqueros, barberos, sastres y zapateros, lengua para publicar por todas partes cuanto oyen a sus marchantes.

## VIII

### BARÓMETRO

Deseoso el Br. de mezclar lo útil con lo deleitable, va a dar una descripción del Barómetro para ver si destierra el que sea necesario que vengan de afuera, y también que salgan del Reino las pesetas que en ellos se emplean. Ofrece que hará lo propio con el Termómetro, Higrómetro y con otros efectos de la industria. Está empeñado en que no ha de parar hasta desterrar a la Marmotina viva, Basilisco, Tutilimundi y otras bagatelas con que nos rapan los cuartos como si fuésemos negros de Angola. Por cierto que el amigo de los Automatas se lleva muy buenos duros. Sería un pensamiento grande el imponer un derecho algo crecido a todos los extranjeros que viniesen a los Dominios de España con estos u otros pretextos para llevarse la plata, para que ya que no los castigamos dejaran algún provecho al Real Erario.

El Barómetro, dice que es un instrumento de mucha utilidad y que es también una de las piezas que sirve de adorno en las casas. La voz Barómetro viene de Baro, que en nuestro Castellano es lo mismo que peso, y metro, que significa medida; por lo que el Barómetro quiere decir un instrumento para medir el peso, o presión del aire. Los hay de diferentes clases, simple y compuesto, perpendicular, horizontal, diagonal, de rueda, colgado y de marina. El simple es aquel que sólo se hace con azogue y el compuesto el que contiene otros licores. El Barómetro simple fue inventado por Torricelli Florentino en el año de 1645. Entonces no se le conocía más uso que para señalar el peso del aire, ni tuvo otro hasta que el célebre Boyle hizo las siguientes observaciones. Vio la grande desigualdad del mercurio o azogue en los diferentes tiempos y lugares en la gravitación, o presión del aire, como asimismo la progresiva correspondencia entre la subida y la bajada del mercurio, y al propio tiempo las variaciones del tiempo. De esto se siguió señalar los límites determinados en las subidas y bajadas, y las

mutaciones del tiempo a los lados del tubo de cristal, en que estaba encerrado el azogue. Con esto dedujo que este instrumento era muy a propósito para conocer las diferencias de los tiempos, aun antes que sobreviniesen.

Después fue transportado a diferentes climas y se halló variaba de altura de una región a otra. También se observó que tomaba diferente altura según el paraje estaba más o menos elevado, de lo que se infirió que sería útil para medir las alturas. Por último, de esto se siguió el que lo empleasen en la nivelación de los terrenos.

¿Es poco esto? Bien pueden darle las gracias al Br. de que les describa un instrumento adivino que pronostica antes y con antes cuando ha de hacer buen o mal tiempo, lluvia o seca, bonanza o temporal; Señor Br. vamos al modo de hacerlo. Torricelli lo hizo de esta forma. Tomó un tubo de vidrio largo de treinta y una pulgadas y del diámetro de una décima parte de pulgada, se entiende de cavidad. Éste estaba cerrado herméticamente por un extremo y abierto por el otro. Después le llenó de azogue y habiendo tapado con el pulpejo del dedo la abertura, volvió el tubo de arriba a bajo y metió dicho extremo en un vaso que tenía también azogue. Sacó el dedo y dejó que se derramase en dicho vaso la cantidad de azogue sobrante para equilibrarse con el peso o gravitación del aire sobre el mercurio que estaba en el vaso y así quedó en 28 pulgadas de altura en el tubo, y con esto resultó hecho el Barómetro. Después cogió una plancheta de cobre o latón, y señalando en ella una línea de tres pulgadas, la dividió en líneas, y la colocó en las 28 pulgadas que marcaba el azogue, y luego escribió o gravó en dicha plancheta las variaciones del tiempo, del mismo modo que se observa en los Barómetros comunes.

Ya tenemos que con sola esta explicación cualesquiera puede hacer cuantos gustare, y aunque éste no tenía cisterna ni corvadura como los que hoy se gastan, se construye de la

misma manera; y para acertarlo se lleva un modelo al vidriero, y éste hará cuantos tubos se quieran.

No se pueden dar reglas terminantes para cada País, y así se contenta el Br. con dar las generales. El mejor medio de no errar en la marcación es observar el asenso o descenso del azogue, según los diferentes tiempos, por ejemplo, lluvioso, seco, ventoso, temporal, &c., y marcar en la plancheta según se viere el asenso o descenso. Este método es el más seguro y una vez arreglado uno, por éste se hacen cien mil, se entiende, para un lugar determinado, como por ejemplo Cádiz.

Para proceder con más acierto en la graduación, se observarán las reglas siguientes. Primera. En tiempo nublado cuando amenaza lluvia el azogue baja, porque entonces el aire es más ligero y gravita menos sobre el azogue. 2. Cuando el tiempo está, o ha de venir claro y sereno, sube por la razón opuesta. 3. Cuando reinan vientos fuertes sin lluvia, baja con respecto al rumbo de la aguja de marear, por donde vienen ellos; porque si fueren del Norte o Nordeste sube. Antes y en el tiempo de un temporal baja mucho; mas al acabar sube de pronto lo que ha bajado. En la Habana observó el Br. que dos días claros antes de venir un huracán había bajado más que nunca, y al tercer día que aconteció dicho, ya de noche volvió a subir. Para que se sepa la variación que se observa en las diversas latitudes, se prescribe la siguiente Tabla:

LATITUD SUBE O BAJA	PULGADAS
En la de 15 grados N. o S . . . . .	1
En la de 30 <i>idem</i> . . . . .	2
En la de 45 <i>idem</i> . . . . .	3
En la de 60 <i>idem</i> . . . . .	2
En la de 75 <i>idem</i> . . . . .	1
En la de 81 menos de una cuarta parte de pulgada.	

En los intermedios de estas latitudes sube o baja con proporción a lo que se van acercando a ellas. En el intermedio desde 35 a 55 grados, donde los vientos son variables, se nota

una grande diferencia; pero disminuye ésta a medida que se acercan del Ecuador y Polos. En los trópicos y círculos polares se mantiene siempre en un mismo estado. Observación de Mr. Halley. Se previene que el mercurio o azogue que se debe introducir en los tubos ha de estar bien purificado.

*Continúa esta explicación en el Periódico siguiente.*



## N. 5

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

### CONTINUACIÓN DEL BARÓMETRO

Descartes, Huygens y Hooke fueron los que trabajaron sobre los compuestos, llenaron de agua la mitad del tubo, mas como ésta se evapora, siempre estaba expuesto a variaciones. Descartes ponía el agua sobre el azogue y los otros dos debajo. De resultas de este defecto se inventó el horizontal o rectángulo, porque formaba la figura de un ángulo recto o escuadra, cuyo lado corto estaba horizontal y el otro perpendicular terminando en una cisterna. Tampoco tuvo el efecto deseado. El mismo defecto se halló en el diagonal, que formaba un ángulo obtuso; el lado perpendicular venía a parar en un vaso que contenía azogue; y el otro lado que era más corto era el que formaba la mayor abertura de ángulo. Después el Dr. Hooke inventó el de rueda, en efecto, es muy curioso para adornar una sala. Este se reduce al de Torricelli. En primer lugar tiene en la parte inferior una rueda grande fija, en la que están marcadas las divisiones de las líneas y pulgadas; en el centro de ésta está una polea, en la que está pasado un cordón de cuyos dos extremos están asidas dos bolas, una que descansa sobre el azogue del vaso o cisterna, y la otra flotante en el aire guardando el mayor equilibrio. En el centro de la polea está un índice que señala las líneas. Cuando el mercurio baja hace que suba la bola flotante, y de este movimiento resulta que el índice cambia de situación apuntando en la rueda lo que aquella ha subi-

do en determinado número de líneas, y por el contrario si aquel sube, que bajando la bola flotante resulta mudar el índice de dirección, señalando las líneas &c. Es preciso que para la exactitud de máquina se ponga todo esmero. Se le añaden otros adornos para que esté más vistosa. El colgado o pendiente consiste en un tubo cónico, situado verticalmente, cerrado herméticamente por arriba. Esta figura suple la necesidad de cisterna. El marino dicen ser invención del Dr. Hooke. Tiene un uso grande en la mar para conocer la mutación de los vientos y tiempos. Esta máquina viene a ser un termómetro doble, esto es, dos tubos semillenos de espíritu de vino: uno cerrado herméticamente en los dos extremos con una cantidad de aire común encerrada en él, y el otro cerrado por el uno extremo, y abierto por el otro.

El que llevó Mr. Phips en el viaje al Polo es de diferente construcción: fue hecho por Mr. Nairme, el que ha dado la siguiente descripción. La cavidad del extremo superior de este Barómetro tenía tres decimales de pulgada de diámetro, y tres pulgadas de largo. Estaba ésta unida a un tubo de vidrio, cuya cavidad era de una vigésima parte de una pulgada; ambos formaban el tubo de este Barómetro. Se llenó de azogue por el extremo inferior, se introdujo en un vaso que contenía azogue, se derramó lo sobrante hasta contrabalancear la gravitación del aire de la atmósfera. Para el uso se colgó de una polea, con un peso asido a la parte inferior de la tabla en que estaba puesto, y de este modo seguía los vaivenes del navío sin ocasionar más defecto.

Aquí da fin el Br. a la descripción del Barómetro porque no permite más extensión lo limitado del papel, y porque juzga suficiente lo dicho para que se puedan hacer cien mil. Dice que su deseo es quitar a los Extranjeros el trabajo de traerlos acá, y que se apliquen los curiosos en hacer nuevas observaciones para ver si se adquieren otros usos.

## IX°

### ARTES

No se acomoda el Argonauta con la división que hace Cicerón de las Artes. Establece por máxima que todas son nobles con proporción a la utilidad que atraen a la Patria, y que el nombre de oficio que tan mal suena se va a borrar del Diccionario, y así se llamará en adelante Arte el que profesa el zapatero, el curtidor y todos los demás que hasta hoy se han llamado oficios. Declara por honestos a todos los que hasta aquí han llamado viles, y ennoblece a todas, sin excepción. Declara también por indignos del nombre de Ciudadanos y de verdaderos patriotas a todos aquellos que pensaren o dijeren lo contrario. Previene asimismo que los hombres no se infaman por el Arte que ejercen, sino por su mala conducta, vicios y demás circunstancias denigrativas. El hombre honrado, íntegro, puro y buen cristiano es el verdadero noble, por más sastre que sea. Tampoco rebaja al jornalero con proporción al maestro, porque depende esto del accidente de no tener. Añade a lo dicho un sin fin de cosas honoríficas a favor de todas las Artes y de los Artesanos.

Hiere con el mayor anatema a todos los padres que dejan sin Arte a sus hijos; pues que ya está terminante el no ser sino muy decoroso el ocuparlos, y lo contrario dejarlos de vagabundos; porque además de no resultar en pro de la República, se crían unas sabandijas perjudiciales a ella, y dan mucho que hacer y más que sentir a toda su familia, si no es que vienen a parar a un suplicio.

Divide las Artes en dos clases. Unas propias a los hombres, y otras a las mujeres, las que exigen valor, fuerza, robustez y fatiga para aquellos, y los demás para éstas. De ahí dimana que se indispone cuando mira a tanto Joven empleado en las tiendas y demás ocupaciones propias a las Señoras, y a los Viejos. Tampoco se aviene con que se ocupe la gente moza de criados,

lacayos y cocheros, &c. Tiene asimismo guerra abierta contra los estudiantes, esto es por el número, y por otras causas que tiene a bien omitir. Refiere que de mil que empiezan los cursos apenas queda útil el diez por ciento; que los demás, como que han criado hueso en la barriga, ya no sirven para aplicarlos al trabajo, de lo que resultan muchos tunantes. Y que le es muy doloroso, por la necesidad de muchas manos para la Agricultura e industria. Asegura que la escasez de obreros no depende de la poca población, sino de las causales dichas. Tampoco podrá España hacer progresos en la industria sin que todos contribuyamos a desterrar ociosos y vagos, pues serán inútiles todos los desvelos del Soberanos y Ministros, si nosotros no ponemos de nuestra parte cuanto sea dable par llenar tan altos fines. El objeto de la incesante protección de las Artes, de la fundación de fábricas, ¿qué otras miras tiene más que la aplicación de todos? ¿De desterrar el ocio, y de constituir rica a toda la Nación? Serán ineficaces todos los medios que se han tomado, si no se desarraiga el orgullo, la vanidad, y el fantástico envilecimiento de las Artes. Si no se procura desterrar el abuso de preferir la indolencia a la aplicación. Ya se dijo que la Agricultura era nobilísima. Es una verdad que nadie ignora; ¿pues por qué no se han de emplear a ella los hijos? Las Artes están años ha declaradas por honradas; ¿pues a qué es dejarlos de paseantes ocupados únicamente al juego y demás vicios? Luego nosotros no seremos verdaderos Patriotas, si no concurrimos a promover la aplicación de los hijos. Sr. Br. sin embargo que ya se ha dicho mucho sobre esta materia, apreciamos el favor de Vm. y sus buenos deseos; conocemos la razón más no podemos resolvernos, porque nos sienta mal disgustar a la familia y en especial a las mujeres que siempre escupen por el colmillo. Es bueno que no quieren que sigan la Profesión de su Padre, y han de consentir que aprendan otra algo más inferior. Luego estamos obligados a ir más bien a más que a menos. Si los aplicamos a los estudios podrán llegar a Ministros, Consejeros, Obispos, y también a Papas. Con que vea Vm. cuánto mejor es esta carrera que la que Vm. propone. Mucho podría responder a esto el Br. Pero está ahora irritado, y

teme no se le resbale la pluma en lo que no es menester. Quisiera referir la fábula del Grajo que se vistió con las plumas del Pavo real, y otras dos o tres que también vienen muy de molde, pero no da lugar el papel, tiempo al tiempo, que su ratico habrá de desengaños para los y las que piensan tan a la ligera. Lo dicho, dicho.

## Xº

### HISTORIA

Pensará Vm. que el Argonauta va a describir la historia de las Batuecas, Calicut, o del gran Taberlán de Persia. No por cierto. Dice que va a pelear contra un abuso que de viejo ya le han nacido diez veces los dientes. Ya se acabaron los libros de caballería; ya feneció la perversa costumbre de leer aquellos libros que trastornaron la cabeza a Alonso Quijada; pero para eso que entró otro peor, pues los libros que se leen en el día tienen más veneno que aquellos. No se trate de imponerse cada uno en la Historia de España, porque ¿qué importa? Ya se dejó a Carlomagno, Pierres y Magalona, Bernardo del Carpio y Oliveros, &c. Tampoco corren mucho los romances por más que ha quedado su semilla. ¿Pero qué hemos conseguido? ¿Se sabe algo de las glorias y virtudes de nuestros mayores? ¿Acaso importa poco el que todo Español las sepa? ¿Cómo será posible imitarlos si ignoramos hasta los colores? Es una desidia digna de la mayor reprehensión. Tal vez ésta será la causa de los pocos progresos que hacemos en lo que aquellos brillaron. Este será tal vez el origen de que no sea atendido como antes el nombre Español, y desde luego debe creerse que si tuviéramos a la vista las acciones gloriosas de valor y virtud de nuestros progenitores, no llegaría al punto que miramos nuestra debilidad y corrupción. El único medio para que renazcan las antiguas costumbres es la memoria de ella. ¿Sin el conocimiento de la Historia, cómo podrá conseguirse jamás?

Si todas las Naciones cuidan con suma vigilancia de que la juventud lea, y aun aprenda la Historia de sus ascendientes, ¿por qué no nosotros? ¿Acaso tendrá alguna más motivos? ¿Contará alguna fastos más gloriosos, renombre más general que la Española? No por cierto. ¿Las Historias más antiguas hablan con más encomios de otros Pueblos que de los Españoles? De manera alguna. ¿Se ha distinguido más la misma Roma, Cartago, &c. que España? Díganlo los mismos Romanos. ¿Contarán más número de Héroe en virtud y valor? Tampoco. ¿Pues cómo nos hemos precipitado en un abismo de ignorancia tan profundo? ¿Cómo vivimos en un letargo tan insensible? ¿A quién habemos de seguir? ¿Qué dechados nos hemos de proponer, más que nuestros mismos progenitores? ¿Y cómo conseguiremos esto sin leer la Historia de nuestra Nación? ¿No es vergonzoso que mejor la sepan los extranjeros que nosotros? ¿No es más que indolencia la ignorancia tan fácilmente vencible de los sucesos de nuestro propio País? ¿No es más que reprehensible el que no sepamos palabra de él, cómo nuestros abuelos consiguieron los títulos, escudos, motes, bandas, cruces y demás distinciones? Dice el Br. que ha hecho un prolijo examen de varios sujetos ilustres de España; que ha preguntado a ellos mismos por el origen del lustre de su familia, y que ni uno ha hallado que le haya dado la menor noticia. ¿Puede darse desidia mayor? ¿Cómo han de seguir las huellas de sus antecesores, si ignoran los medios con que consiguieron las grandezas? ¿Si no tienen presente el motivo de su lustre, cómo han de imitar su ejemplo? Hacen alarde de una ejecutoria, de un título tamaño de nobleza, y no saldrán de sus casas sin cargar con él para todas partes. ¿Y por ventura, saben lo que contiene? Nada de ello. ¿Pues de qué sirve entonces? Los Reyes dan estos testimonios, no tanto para que se tengan por instrumentos de vanidad, cuanto para que teniendo presentes las causales sigan aquel ejemplo. Pues luego si por lo general no se cuidan de imponerse en sus mismos timbres, ¿cuánto menos se ocuparán en leer la Historia de la Nación? Nos hallamos en los concursos, en las tertulias, y si alguno despunta por

la cronología de nuestros ascendientes, si refiere alguno de tantos hechos memorables, nos quedamos hechos unas estatuas, se nos abre la boca y nos llenamos de admiración. Si algún extranjero refiere algún hecho denigrando nuestro valor, honor, &c., nos vemos precisados a callar, porque a la verdad, no pescamos palabra. ¿Es esto vergonzoso? ¿Somos dignos de poca reprehensión? Dice el Br. que bastantes ocasiones ha acontecido en su presencia en el tiempo de su expedición, con harto dolor de su corazón. ¿Son señales éstas de Patriotismo? ¿Es de importancia el imponerse en la historia de su propia casa? ¿Quién lo duda? Nadie lo puede negar. No es tanto de extrañar el que no se sepa la historia antigua, cuando ignoramos hasta la del siglo en que vivimos. De cada cien mil se hallará apenas uno que tenga una regular noticia de la incomparable Batalla de nuestro inmortal Marqués de la Victoria. De la vida ejemplarísima en valor y virtud del hombre más grande de este siglo. Y de un héroe que nos dio Dios para que le imitemos en todo y por todo; y que lo fue tanto en tierra como en la mar, y por tanto mereció el Glorioso empleo de Capitán General de mar y tierra. ¿Pues en qué pensamos? Pues si nada sabemos de lo que fue ayer: ¿qué diremos de las gloriosas hazañas del gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, Cortés, Leiva, Ávalos, Basto, Farnesio, Duque de Parma, Oria, Albuquerque, Álvarez de Toledo, Duques de Alba, Marqués de Santa Cruz, Conde de Fuentes, Marqués Espinola, Fajardos, Colón, Hernán Cortés, Pizarros, Colonas, Cardona, Pescara, Frías, Aytona, Duque de Lerma, Fadrique de Toledo, Zelada, Conde de la Ferra, Lazo, Victoria, Velasco, y de otros muchos de quienes casi se ha borrado injustamente la memoria. ¿Pues cómo no se ha de leer la Historia? Debíamos tenerla gravada en nuestros corazones. ¡Ah desgracia de nuestros tiempos! Dice el Br. con muchísima razón, que debía desde la niñez enseñarse a los jóvenes, como punto más esencial. Que el primer libro que se debía poner en sus manos después de la doctrina cristiana debía ser el compendio de la historia de España, y que los adultos la del Padre Mariana. Dice mil veces bien.

¿Qué de ventajas no se conseguirían entonces? Aseguro con toda la pluma y con el corazón, que era éste el verdadero medio de hacer renacer el lustre antiguo de la Nación; y que se llena de furor al ver el poco aprecio que se hace de ella; lo poco que se cultiva; y mucho más cuando ve que éste sería el más poderoso medio para que vuelvan de nuevo aquellos dorados siglos de la Nación Española. Entonces dice que conservando a la vista los gloriosos fastos de nuestros antepasados, y el ejemplo que dieron de amor, obediencia y fidelidad a sus Soberanos, siguiendo tan vivos ejemplos llegaría nuestro nombre a la inmortalidad, como acontecerá con aquellos. Ya está loco de contento el Argonauta, porque espera que con este viaje logrará que todos los Padres, Ayos y Maestros de primeras letras obligarán a sus hijos y discípulos a aprenderla de memoria, y que los jóvenes y adultos cargarán siempre con ella, y que tomándola por vía de recreo se impondrán a fondo en ella; y que añadiendo a lo que leyeren algunas reflexiones, se conseguirá lo que tan entrañablemente anhela para el mayor bien de la Patria. Con esto el militar, ¿qué no hará de prodigios? El letrado, ¿qué no conseguirá de ventajas? El labrador, ¿qué no debe esperar de riquezas? El artesano ¿qué no alcanzará de beneficios? Y por último, el Br., ¿qué de alegría no sentirá en su corazón al ver el efecto que han hecho sus palabrillas? Así lo espera, y ruega al Todo Poderoso para que prospere la Nación, y se haga respetable, venerable, memorable, y temible de todas las gentes que pueblan la faz de la tierra. Así sea, así sea.

## N. 6

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

#### XI°

#### VEJEZ

¡Ah Sr. Argonauta! Bien se conoce que Vm. corre precipitado para el estado triste de la vejez. No puede ocultarse que Vm. ya tirará a ponerse en salvo antes y con antes de llegar a ella, por si acaso lo viene a conseguir. Dice el Argonauta que ya su expedición va a rayar con los 45 años, que ya se va desplomando a los años temibles para los indiscretos, y apreciables de los sensatos, de los sabios, y de los que antes han vivido bien. A la verdad, es en el día temible la senectud. Es un dolor, una miseria suma es el poco aprecio que se hace de los ancianos. ¡Oh tiempos aquellos en que se apreciaba, respetaba y reverenciaba! El irrespeto presente le obliga a escribir este discurso. Dice que en sus navegaciones no ha experimentado más que irreverencias a tan sagrada edad. Cuatro causas señala Cicerón que constituyen amarga la vejez. Es verdad, en su tiempo no pasaban de cuatro; pero ya se añadió otra más. La primera, dice, porque se ven separados de los negocios; la segunda, porque el cuerpo está débil; la tercera, porque están privados de los deleites, y la cuarta, porque ya están cercanos a la muerte. ¿Y la quinta? Se le conmueve el alma al Br. sólo de nombrarla. Es la novísima de este siglo el poco respeto, veneración, aprecio y atención con que los mira la juventud. ¡Ah Cicerón, si te levantases de esas cenizas, si vieras la diso-

lución actual, cuánto no declamarías! ¡Ya llegó, dirías, el último grado de corrupción! ¡Ya vino al mundo la enfermedad más pestilente y más sensible de los miserables ancianos! ¡Oh desdicha de la miseria humana! ¿No caminamos todos para el mismo estado? Con tiento, Sr. Br. que son pocos los que llegarán a ella, y esto nos lo enseña nuestra madre y señora experiencia. ¿Ya se le olvidó aquello de *ridiculum*? De espacio, cuidado en cumplir lo ofrecido. Esa seriedad, gravedad y majestad no nos acomoda: bien lo sabe Vm. Vamos mudando de tono. Tiene Vm. razón, dice muy bien; amargan las verdades, pero no puede desentenderse de ellas el Sr. Graduado.

Es cierto que podían servir de mucho consuelo a los ancianos de aquellos tiempos aquellos versos que cita Cicerón del poeta Enio:

Decid, ¿Cómo tan presto gloria tanta  
Vuestra noble República ha perdido?  
Porque la gobernaban neciamente  
Oradores muy tiernos y sin juicio.  
Plantan los viejos árboles, que el fruto  
Darán para otro siglo venidero.

Mas para los actuales no hay consuelo, como lo da a entender en los siguientes:

Si otro daño, vejez, cuando te acercas  
No trajeres contigo, esto bastaba,  
Que larga vida ve lo que no quiere.  
Nada hay en la vejez más miserable  
Que el saber que uno es enfadoso a todos.

¿Cómo puede dejar de ser sobremanera sensible el verse abandonados, y el objeto del desprecio, y lo que es mucho peor el blanco de la mofa, con la mayor sinvergüenza y descaros? ¡Oh era execrable y abominable! ¡Ah juventud libertina y abandonada! Sólo la experiencia podía evidenciar un delito en todos los siglos inespereable. Es tal el extremo a que ha llegado

tal infamia, que hasta los mismos Padres son el blanco del escarnio, irrisión y burla de sus propios hijos. ¿Quién podrá sin lágrimas ver tan terrible disolución? Mirar el espantoso término a que ha llegado la irreverencia y poco respeto a los mayores, a los mismos Padres. No es creíble que llegasen a tal punto los antediluvianos. Sr. Br. mire lo que hace: por nuestra vida que si no se enmienda, que nadie compra el Periódico, por más Argonauta que sea ni pueda ser. Vaya que nos ha engañado de medio en medio. Cuando todos celebrábamos la expedición, y nos reíamos a carcajadas, ¿ahora nos viene a hacer llorar? ¡Ah Señor Público! Es imposible mezclar la veras con las chanzas. Ya Vm. ve que semejante desgracia no puede ni debe llorarse sino con lágrimas de sangre. ¿Si no se venera, respeta y reverencia a los ancianos, cómo podrá honrarse a Dios? Si menospreciamos a nuestros mismos Padres, Abuelos, a nuestros mayores, ¿cómo nos ha de atender aquel Señor que con tanto encargo nos manda lo contrario? ¿Quién sabe si dimanar de este origen todas nuestras desdichas e infelicidades? ¿Quién duda que de ahí viene el caos de miserias en que nos hallamos sumergidos? No cometen igual delito las naciones más bárbaras. Los más incivilizados nos dan no corto ejemplo, pues no sólo los miran con todo respeto y veneración, sino que no emprenden hecho sin tomar antes consejo de sus ancianos. Dígalo aquel suceso que con tanta hermosura y belleza nos pinta Arcila de aquel decrépito Colocolo, y díganlo tantos como nos refiere la historia. Diríjase la vista a nuestros venerables progenitores y se verá cuán diverso ejemplo nos han dejado. Separemos de una vez de nosotros el siempre glorioso nombre de Españoles. En todas las épocas fuimos en esta parte las antorchas de las demás naciones; mas ahora ya hemos degenerado de tan ilustre raza. Ni católicos podemos justamente titularnos a pesar de ser el timbre que jamás se nos ha podido disputar... Alto, Sr. Argonauta: ya esto toca a nuestro honor. ¿Qué entiende por borrar el nombre de Españoles, el timbre de Católicos? Esto ya es salirse del tiesto. Ya pasa de electrizarse. Nada menos que consentir que nos quiera des-

honrar hasta borrándonos el nombre... No hay medio: o respetar a los mayores, como han hecho los verdaderos Españoles, los Católicos finos, o sufrir la pena merecida.

Jóvenes del siglo, deponed tan insolente libertad. Tened siempre presente que Dios manda que prestéis una ciega obediencia, veneración y respeto a vuestros progenitores y a todos vuestros mayores. Mirad que les debéis el ser, y que la Patria les está obligada por sus servicios. Ellos os han defendido con su sangre, y demás desvelos. Sólo de este modo podréis ser felices, sólo con este ejemplo enseñaréis a vuestros hijos, y os libertaréis del más sensible mal que en el día experimenta la vejez a que debéis pensar llegar. Serían necesarios muchos volúmenes para daros una ligera idea de las pésimas resultas del irrespeto, y así, mudar de sistema. Mirar con la más profunda reverencia a los ancianos: así lo manda Dios, y a todos resultan indecibles beneficios.

## XII°

### A LAS SEÑORAS

Creerían Vms. ya, Señoras mías, que se pasaban en blanco por esta vez. Pues se engañaron mitad por mitad, por no decir por entero, mas que se componga de dos mitades. El Br. no se halla sin Vms., y por esta causa piensa dar de Vms. una punta-da en todos los papeles, y cuando no sea en recto será en obli-cuo, términos que sólo entienden los Médicos que hubieren estudiado la Filosofía que dicen enseñó Aristóteles. Con esto ya saben que en todos tendrán parte, bien entendido, que en unos se repartirá miel, y en otros hiel. Éste no sé a qué sabrá, si a mieleocha o a vinagre. Lo cierto es que, si las verdades amargan, estamos peor que mal, porque aborrece toda mentira, lisonja, adulación, y todo cuanto huele a contemplación. Ni quiere imitar a los Poetas, ni a algunos Apologistas, Historiadores, Novelistas o Noveleros, por decirlo de una vez,

sospechoso hasta de las demostraciones Matemáticas, no ofrece seguir a otro que al Evangelio por lo que toca a la verdad; y hace mil veces bien, porque en el día anda tan escasa como la Púrpura de los antiguos. Esto supuesto, dice que una noche dio en cavilar con Vms. y que se le calentó por demás la mollera. ¿Para qué? Para hacer un paralelo entre las Señoras Europeas y las de las otras partes del mundo, que son tres, y se cree que con el tiempo serán más, según piensan algunos, que a fe mía se fundan. Ahora empieza el Br. a sentir no sé qué respetillos, temores, y otras cositas; porque se le vienen ciertas cosas, que le parece me las ha de disgustar. Santiago a ellas. Es cierto que las Asiáticas, quiere decir, las de aquella parte del mundo que llaman Asia, son mucho más infelices que todo el resto de mujeres que vive sobre la faz de la tierra. Las más viven encerradas contra su voluntad desde sus primeros años, y subordinadas al gusto y voluntad de un hombre sólo, no por un año ni dos, sino por toda su vida, que por lo regular no es corta. ¿Podrá compararse la libertad de las Españolas con el estado de aquellas infelices? ¿Se quejará con justicia la niña más recogida gratis o por fuerza en la casa de sus Padres? ¿La casada más guardada, y la viuda que piense cómo debe imitar a las del siglo pasado?

Las Africanas padecen poco menos, aunque con alguna más libertad. Veinte y cinco o treinta están sometidas al gusto de un hombre, de un solo marido, el mismo que arma cuando quiere una causa de repudio contra la que se le antoja, y consigue enajenarse de ella con mucha facilidad. Señoras Españolas, ¿se parece esto a la felicidad de Vms.? Pues cuidado que es más que notable la diferencia. La noche con el día, la luz con las tinieblas son los extremos, los polos que miro entre Vms. y aquellas desdichadas.

De las Americanas, ¿qué mayor desgracia puede decirse, que ser unas esclavas de sus maridos, obligadas a trabajar todo el día, a cargar con sus hijos y trastos de su uso, y para decirlo de un golpe, a los trabajos que en todas las demás partes sólo

hacen los hombres? Es tanta la desdicha de estas infelices, que sienten en extremo parir hembras, y ha llegado el caso de suofcarlas las madres mismas al nacer, por libertarlas de las miserias que en aquellos Países sufre su sexo. Ha visto el Br. embriagarse los maridos en términos de quedar en un profundo letargo, y cargar con ellos a hombros sus mujeres para llevarlos a sus habitaciones. Ea, Señoras mías Españolas, ¿es éste el trato que experimentan de sus maridos? Aunque lo dijeran con toda la boca y aun con la mitad más, nadie lo creería, porque no puede negarse lo que está a la vista, por más que hayan tomado Vms. ese privilegio. Vms. salen y entran, visten y calzan, tal vez no a gusto de los maridos, y a la verdad, los más quedan rabiando; y además de esto hacen lo que les da la regalada gana, sin que las contengan las obligaciones a que están constituidas, ni su mismo hon... ¿Qué iría a decir el demonio del Br.? La misma verdad, lo propio que probará por activa y pasiva, directa e indirectamente, y al derecho y al revés. Miren el retrato de aquellas infelices, y vean que debían dar incesantes gracias a la Providencia por haber nacido en Países Cristianos, y donde las adoran y las aman más que lo que se mer.... Parece que el Argonauta tiene aquello que se llama miedo. No, sino que está oyendo a algunas que sufren más que los Católicos en el Japón, y que las de las otras tres partes del mundo, pero con éstas no habla. Dice que lo que sea justo lo ha de confesar, y que no toca a muchas que siempre están mirando el semblante de sus maridos, para ver en qué les complacen, y que jamás se deslizan en la más leve libertad. Sólo su tiro se dirige a aquellas, por cierto, que componen la mayor parte, que lejos de cuidar de complacer a sus esposos, les dan más tragos de amargura que momentos tiene el día. A éstas pretende llevar a la consideración de los trabajos y triste situación de las restantes del mundo, para que se enmienden, para que se muestren reconocidas a Dios, y a los hombres que tanto las aman, adoran, y las procuran complacer.

## XII°

### ANTIGÜEDAD Y LUSTRE DEL ARTE DE ZAPATERO

Señores Zapateros, para que Vms. no se reputen por más ni menos que los demás Artesanos de todo el mundo, va el Br. a inculcar el origen de su Arte, y sus prerrogativas. Ya Vms. cobraron algún aliento cuando vieron que nuestro Augusto Monarca, que Dios goce, les declaró capaces de obtener los empleos de la República, relativos a los materiales de que Vms. usan, con el bien entendido que han de ser hombres honrados, y que han de trabajar también los Lunes, porque de lo contrario no habla con Vms. la Cédula. Pues ahora va a rellenarles de gusto al verlo tan antiguo y condecorado. Dice el Argonauta, que habiendo llegado su viaje a la era de nuestro Padre Adán y nuestra madre Eva, los encontró con zapatos; cuando no como los que Vms. hacen a toda moda con dos y aun tres cadenetas, con la hebilla a la punta del pie, y con unos tacones más altos que los zancos con que se representan las fantasmas; y para las Señoras Mujeres con treinta mil primores algo más que superfluos; a lo menos aquello que se llama equivalentes. Desde luego debió ser así, porque la delicadez de los pies de aquellos primeros humanos, como criados para un paraíso de delicias, no podrían sufrir los tropezones, tribulos y espinas. El primer libro que se escribió en el mundo ya nos dice que en aquellos tiempos se gastaban zapatos, que los Judíos los usaban, y prueba de ello que se los quitaban para entrar en el Templo. Las mujeres Hebreas también los gastaban, y tan primorosos, que dicen que Judit cegó o deslumbró a Holofernes con los suyos. Los Fenicios, Caldeos, Egipcios, Griegos y Romanos, todos calzaron zapatos. Los mismos Filósofos, aquellos que más recomiendan la antigüedad, no dejaron de usarlos. Los Emperadores y los Reyes; los hombres más grandes, todicos han procurado resguardar sus pies de las injurias exteriores. Con que dice el Br. que le parece que basta esto para que el orbe entero quede convencido de las canas que

peina su arte de Vms. Vamos a las prerrogativas. Es indubitable que un Arte será más o menos ilustre, según su necesidad, sujetos a quienes sirva, y con respecto al beneficio que atraiga a la Nación. La necesidad es indisputable. Se guardará muy bien el Argonauta de salir de casa sin zapatos, y mucho menos por las calles de Cádiz, porque la cera algunas veces cuesta cara. En cuanto a la segunda, ya se ha dicho que los Emperadores, Reyes se los ponían, hasta el Pontífice. Todos los Héroes en letras y armas, en fin, todo el mundo. Y por último, ¿por lo que concierne la utilidad de la Patria? Vaya no es tanta como la que dan los de Londres, Cataluña, &c. que a todas partes mandan zapatos, y es un ramo no pequeño de Comercio, pero por fin es alguna con la esperanza de crecer. Con que ya no se les puede negar que es ilustre y condecorada. Pero.... aquel.... honor que Vms. se han usurpado de calzar a las Señoras, le parece al Br. que no es del Gremio. Dirán Vms. que también los Sastres prueban los vestidos interiores, los más llegados a las carnes; pero quieto, que también les llegará su S. Martín. No Señor, que es porque las damas quieren el zapato más chico que el pie; de ahí resulta que no se lo pueden calzar, y que nos llamen a nosotros para que echemos los bofes, y derramemos más sudor que agua la fuente de la Cibeles. He, tienen Vms. razón. Pues desde ahora prohíbe el Juez de policía y modestia universal que Vms. hagan los zapatos de modo que no se puedan calzar, y conjura a toda Señora de ser reputada por inhonesta y mala cristiana, &c. &c. &c. la que llame a Vms. para tan indecorosa comisión. Dice el Br. que otra cosa sería si el tal Juez tuviera noticia de un caso de que fue testigo, que no lo refiere por no molestar a los que piensan como deben. También les encarga que no sean Vms. embusteros en descrédito del Arte y asimismo que se apliquen, y animen a mandar anchetas a las Indias, pues resultará un gran pro a la República, y a su propio provecho.

## N. 7

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

#### XIIIº

#### HOMBRES DE BIEN

Ahora veremos que piensa el Argonauta. ¿Qué le habrá movido a escribir este discurso? ¿Si habrá encontrado muchos en sus navegaciones? Mire no se haya engañado como D. Quijote cuando se metió a redentor, y salió crucificado; es decir, cuando faltando a las leyes de la buena Caballería soltó violentamente a los Galeotes que llevaban amarrados a la Galera. Mas dejémosle que empiece. Dice el Br. que no deja de haber muchos hombres de bien, pero que él no los conoce, ni sabe definirlos. Que deseoso de imponerse por ver si él lo era, como creía, y piensan todos a sus solas, se fue a Cicerón. Que le preguntó ¿cuáles eran las señales para conocerles? Y que respondió de esta manera: El hombre de bien es aquel que aprovecha a los más que puede, y que a nadie hace daño sino a quien le provoca con injuria. ¿Qué le parece a Vm? Es este modo de pensar cristiano? Pues a fe mía que me temo que en cuanto a la segunda parte todos somos hombres de bien, ya que no lo seamos por lo que mira a la primera. Todos estamos prontos a hacer el daño que pudiéramos, no sólo al que nos provoca, sino también a aquel que nos parece que nos incomoda, o puede incomodarnos. No, no se acomoda el Br. con este dictamen, sino con el opuesto, y así las señales de hombre de bien dice que son el ver que un sujeto hace todo el bien que puede,

y que ejecuta lo mismo con el que le injuria o ha provocado. Esto no es de ningún Pagano como Cicerón, sino del Evangelio. Sr. Br. ¿y son muchos los que Vm. conoce que lo hagan así? Dice que los habrá; pero que... Explíquese. Esto preguntárselo a Cicerón en el capítulo 19, en que trata de la idea del hombre de bien dice: Acuérdomé haber oído contar a mi Padre cuando yo era muchacho, que Fimbria, hombre ya consular, fue elegido Juez para la decisión de si Marco Lutacio Pintia, Caballero muy honrado, era hombre de bien, que él así lo había prometido probar, obligándose a ello con cierta cantidad; pero que se había llegado a sentenciar la cuestión, diciendo que nunca decidiría en semejante caso: (atención) pues o había de desacreditar a un hombre de bien, esto es, de buena reputación, sentenciando contra de él, o había de aventurar su juicio señalando un hombre de bien que constaba de innumerables virtudes y obligaciones. Por esta razón misma no se determina ni a señalar a ningún hombre de bien, ni a lo contrario. Algunos que le han parecido tales tratados de lejos, asegura que le han pegado chasco tratados de cerca. Con que nada decreta, resuelve, ni determina, sino que, en viendo a alguno que a todos hace el bien, y todo el bien que puede, sin exceptuar a los que le provocan o que le injurian, entonces se puede confesar públicamente que aquél es hombre de bien; y asimismo que el que no lo hace así no, no es hombre de bien. Bella lección, linda y lindísima. Ea, póngase cada uno las manos en su corazón; registren todos los que blasonen de este timbre que son tantos como hombres se conocen, a ver cuál lo es. ¿Sr. Br. será esto verdad? Lo es tanto como el Evangelio del día de hoy: Amad a vuestros enemigos, y haced bien a quien os aborrece. ¿Puede estar más claro? ¿El bueno de Cicerón se engañó? Así es; y por esta razón es necesario leer a los Sabios Paganos con mucha precaución. Lo mismo dije de los demás Filósofos. Procurar ir siempre armado con las verdaderas máximas de la Religión, y no dejarse despeñar ciegamente por los caminos de aquellos. Con esto serán todos hombres de bien; no que con las nociones perversas de algunos, lejos de adquirirse un buen

nombre, no se consigue sino la corrupción, el libertinaje, que no puede menos que acarrear una mala fama. Cumplir con Dios y con los hombres es el principio más seguro de la honrra de bien.

#### XIV°

### FÍSICA EXPERIMENTAL

Parece que el Argonauta ha viajado también por el Norte, porque según dicen de por allá ha venido esa ciencia mágica. Dice que no hay tal, y que allá lo más que se ha hecho ha sido resucitarla. ¿Con que según eso había muerto? Asegura que sí. ¿Aristóteles no la supo? Es falso. ¿Pues la que se enseña no es esa de que Vm. va a tratar? No es este punto para el día. Vamos al grano, que hoy sólo se va a hablar de su utilidad, necesidad e importancia. Dice el Br. que la Física es la verdadera ciencia natural, y que se halla de un todo verificada prácticamente en el cuerpo humano, que todo cuanto vemos está sujeto a sus leyes, y que todas las artes dependen de ella por una necesidad absoluta, lo mismo que va a probar ahoritamente. El primer objeto de la Física es la materia, y sus admirables propiedades. Todo cuanto vemos y palpamos es materia; por consiguiente todo está sujeto a ella. Como la materia compone a los sólidos, líquidos, y fluidos, y asimismo las propiedades de aquella se hallen en todo lo que consta de ella, tenemos por resultado infalible, que sólidos, líquidos, y fluidos son objeto de dicha ciencia, y que siendo todo cuanto se presenta a nuestros sentidos de estas tres modificaciones de materia, todo, todo pende de ella. Es una verdad ésta que no necesita de más demostración. Como las artes, y algunas ciencias tienen también por objeto estas tres modificaciones, resulta probado que necesitan de ella con una necesidad absoluta. El prodigioso sistema solar, el de la atracción del inmortal Neutón ¿a quién sino a la Física debe su descubrimiento? Toda la maquinaria en la que

se hallan aplicadas todas las leyes de la Estática, Hidrostática, Hidráulica, Neumática, Eléctrica, ¿a quién debe sus progresos? ¿Los infinitos beneficios que de ella han resultado a favor de la sociedad, a quién deben atribuirse sino a la Física? La facilidad con que se levantan los cuerpos de unas moles al parecer inmovibles, tanta multitud de poleas, aparejos, cuerdas, &c. que bien dirigidas facilitan con muy pocas manos operaciones creídas por impracticables, ¿a quién reconocen por protectora? La variedad de máquinas que por sólo el peso del agua y aire muelen, cierran y hacen oficio de un uso imponderable, ¿a quién son deudores de su existencia? Las bombas de incendio, las de agotar los diques, y los navíos, todos los telares, las fábricas de papel, aceite, vino, aguardiente, &c. con tanta perfección ¿a quién tributan la gloria del estado en que se hallan sino a la ciencia de las ciencias, a la que sólo obtiene con justicia el verdadero nombre de ciencia? Por medio de la Óptica, Catóptrica y Dióptrica, ¿qué de maravillas no hemos logrado? Estos telescopios de Herschell que tanto aproximan los astros y demás objetos, ¿a quién deben su ser más que a los conocimientos físicos? Los espejos, cuya perfección llega ya casi al último grado, ¿con cuyos auxilios han tomado la perfección en que los miramos? Y por último, los vidrios que nos facilitan la vista clara y distinta de los objetos más diminutos, y que sin su auxilio nos privaríamos de los muchos deleites que ofrece la delicadeza del arte de la pintura, y de la lectura, ¿a quién reconocen por causa de su adelantamiento? Los relojes marinos tan celebrados y tan utilísimos, las fuentes, y todo cuanto sale admirable de las manos de los hombres, no conoce otra mano que la que le presenta la Física. ¿Qué diremos de las maravillas de la máquina eléctrica? ¿Qué de conocimientos no ha ofrecido, que hasta ayer de un todo se ignoraban? ¿Cuántos paralíticos no han curado por su medio? Ella obligó al sabio Franklin a nuevas y repetidas observaciones, de las que ha deducido un efecto el más útil y admirable al género humano. El establecimiento del guardarrayo, ¿quién había de esperar que se hallase un medio para evadirse de un parto tan terrible

de la naturaleza? Pues la Física nos lo ofrece. La varilla magnética, con la que he visto quitar varios dolores, sólo con tocar la parte dolorida, ¿de qué otra ciencia ha sacado su origen? Los globos aerostáticos, ¿a dónde tuvieron su semilla más que en la Neumática? Las fábricas de vidrio y cristal, ¿a cuál deben sus ventajas sino a ésta? Toda la Arquitectura Náutica, ¿a quién conoce por madre? Sin la Física, ¿hubiera llegado al punto en que la miramos? El arte de echar los navíos al agua sin más auxilios que la estática, con ser unas moles de unos pesos tan excesivos, ¿a quién venera por maestra? Que se cansa Vm. Sr. Br. diga Vm. de una vez que todas las Artes y las más de las ciencias útiles deben su ser, su perfección y su progreso a la Señora Física. Ésta es la que enseña a desenvolver los más recónditos secretos del arte y naturaleza. Ella es la maestra de todas las artes. De esta gran madre debe entenderse aquel proverbio: Empieza el Médico donde acaba el Físico. El Cirujano no puede dar un paso sin su auxilio; no reducirá una luxación sin ocurrir a ella, a sus leyes de movimiento. La Agricultura, ¿qué de conocimientos no ha recibido de la maestra Física, tanto en el ramo animal como vegetal? Dígalo el arte de empostrar los huevos. Por medio del termómetro se da el calor al estiércol según los grados que tiene la clueca. Por el mismo instrumento físico se gradúa en los países más fríos para que nazcan, florezcan y produzcan plantas que sólo subsisten en los países más cálidos. ¿Qué no se consigue por medio de las estufas? A qué es cansarse: hasta el Zapatero ocurre a ella para la fábrica de los zapatos, botas, &c. ¿El tirapié no es una de las palancas? Finalmente, es tal su utilidad, y el beneficio que de ella nos resulta, que de otra ninguna puede decirse con propiedad que es la madre de las artes, y la maestra de algunas ciencias. A ésta debía aplicarse la juventud. Esta debía de ser la que había de reinar, y no ciencias abstractas, que beneficio alguno atraen a la sociedad. En estudiar ésta debían emplear el tiempo los que le gastan en lecturas perniciosas para que adelantasen más y más las artes, ya que ella es el más seguro medio de perfeccionarse los artesanos. Y no dice más porque no quiere.

## MATRIMONIO

Veamos qué nos dice de bueno y nuevo el Argonauta. Puede ser que con tanto como ha andado haya descubierto un remedio nuevo para los mal casados. Pocos son, pero vaya. Dice el Br. que el Matrimonio es la basa fundamental de la sociedad; que fue erigido para ella, y que con él comenzó aquella. Crió Dios a Adán, y luego de su costilla hizo a la mujer: ved ahí un Matrimonio en el que debió de fundarse la sociedad. Les dijo que se multiplicasen: vinieron hijos, nietos, tataranietos, &c. y resultó una familia, que es lo mismo que decir una sociedad.

Es un nudo indisoluble, con que se hacen uno el hombre y la mujer. ¿Con que no hay remedio? ¿El pobre que tropieza con alguna enemiga, y la infeliz que cae en manos de algún malvado, no por eso se pueden separar, esto es, no puede no cortarse como hizo Alejandro con el Gordiano? Nada de eso. Luego, ¿qué remedio tienen? Es muy fácil, y de poco costo. Cien quintales de sufrimiento, con cien arrobas de prudencia, y otro tanto de atractivo que obligue a conocer la razón. ¿Con esa friolera se cura tal enfermedad?, ¿con esa niñería? Más difícil es domar un caballo, un león, un tigre, y con todo se consigue, vea Vm. si es factible suavizar un racional. Sr. Br. todo lo he probado, pero es mi marido una fiera... Todos los resortes he tocado, mas mi mujer es una víbora... Lo dicho. ¿No hay otro remedio? Morir. ¿Buena bufonada? No es mala. Es lo que Dios manda, se acabó.

Para o antes de criar el Señor a Eva dijo: Hagamos a la mujer para que sea su adjutorio. Parece, Señor Graduado, que eso de adjutorio ya se ha olvidado. Porque todo cuanto vemos en las más, menos en cortísimo número, propende más a desayudar a sus maridos que a lo contrario. Este lujo desenfrenado, al que aborrecen hasta sus mismos protectores, ese desor-

den en cuanto al respeto, amor y veneración a sus maridos, en modo alguno puede llamarse otra cosa que ruina de aquellos. El no cuidar de sus obligaciones por concurrir a la comedia, ópera, paseos, visitas, &c., el dejar a las criadas el celo de sus hijos, el admitir visitas de etiqueta, chocolate, panales, horchata, limón, dulces secos y de cuchara, y otras sin fin de friolerías, que todas juntas montan más que el sueldo de los maridos, que cuanto éstos ganan en su profesión, oficio, &c. ¿se podrá llamar adjutorio? No por cierto. Pues Sr. Br. sírvase Vm. de decir la causa de este abandono, y el remedio que se puede aplicar. ¿Quién lo pide? Sr. los mismos maridos. ¡Buena desvergüenza! ¡Atroz necesidad! ¿Y el respeto que Dios ha infundido a la mujer con relación a su marido? Ya murió. ¿La causa? No se sabe. Pues dice el Br. que los propios maridos son el origen de cuantas nulidades achacan a las pobres mujeres. Ellos y no otros tienen la culpa del lujo y demás vicios de sus esposas. ¿A dónde está ese carácter, esa barba que Dios le dio? Yo aseguro que si los maridos sostuviesen aquella dignidad, que no llegaría a tal punto de disolución. ¿Qué digo llegar a tanto? No habría aún comenzado: todas, todas serían unas Marcelas. Ellos propios conducen como por la mano a sus consortes a la perdición y corrupción. ¡O tiempos! ¡O costumbres! Ellos mismos les enseñan el camino que tal vez ignoran, y lejos de conservar su decoro, y de sostener el carácter de los hombres, se envilecen en un grado que no se puede ponderar. Todo su objeto es darles total gusto, afeminados no se atreven a enseñarlas los dientes desde los principios; y así cuando quieren nada pueden conseguir. El hacerse respetar de sus esposas, lejos de ser vicioso es honesto; y si no, observen la conducta de algunos que saben dirigir a sus mujeres. Algunas Señoras conozco yo que están tan bien instruidas en el particular, que no se excederán ni un punto de lo que no sea complacer a sus maridos. ¿Habían de salir a la calle sin el beneplácito de aquel? No, por cierto. ¿Han de comprar género, ni aun para hacerse un delantal, sin preceder el gusto y voluntad de aquel? Bien seguro. ¿Se atreverán a recibir visita de uno y otro sexo sin conoci-

miento del marido? Buen disparate. ¿Se arrestará alguna a la más leve libertad que pueda disgustarle? Yo fío que no. ¿Pues cómo se ha conseguido esto? Sosteniendo el carácter de hombre. No han sido los medios ásperos, las amenazas ni el mal seño los que han producido tan loables efectos: un solo mirar, un solo no dicho a tiempo y con modo, ha bastado para conseguirlo. ¿Pues por qué no han de comportarse todos así? Dice el Br. que se casan jóvenes sin conocimiento, ponen casa al otro día; el uno ignora de la cruz a la fecha que sea carácter de hombre, y la otra entiende menos del respeto que debe guardar a su esposo, y así sucede lo que se ve. Sr. Graduado, ¿pues que los padres no les instruyen antes y con antes del estado que van a tomar? Esto era bueno para el siglo pasado. En el día no se trata de ello, porque también se ha ido esta buena costumbre con las demás. ¿Tampoco las madres advierten a sus hijas tocantes al respeto, veneración y amor con que han de comportarse con los esposos? Sepa: buen cuidado tienen ellas de enseñarlas teórica y prácticamente lo contrario. Luego, ¿cómo lo pueden saber? Para eso dice el Br. que sería muy del caso que algún Cura sabio escribiese una cartilla que contuviese todo lo que deben saber uno y otro, y que antes de verificar las ceremonias de la Iglesia fuesen examinados con toda prolijidad. Dice muy bien. Pensamiento grandioso. A lo menos, entonces no podrán alegar disculpa, y el que se halle herido de la víbora pagará justamente su pecado, como lo pagan todos los que se lamentan. Ni cosa más fácil que formar una buena compañera. Desde el principio se debe manifestar integridad, pureza, y que se piensa con honor. La condescendencia debe llevar consigo algunas veces unos granitos de disgusto aparente, cuanto lo conozcan; y nada de ésa en asuntos que puedan atraer malas consecuencias. Nada de acrimonia, mucha dulzura, pero sin dar lugar a perder el carácter. Este es el único remedio para evitar el que lejos de servir de adjutorio sirvan de ponzoña que consuma las entrañas al hombre pundonoroso.

N. 8

**EL ARGONAUTA  
ESPAÑOL**

*Ridiculum acri dulcius*

XVI°

**AVENTURA MAGNA  
DEL BACHILLER**

Cansado de viajar por mar, quiso probar su suerte en un globo aerostático. Embarcóse con el espíritu que exige una empresa al parecer temeraria, y fue tan feliz su suerte, que en menos de tres horas se halló en medio de una plaza de una de las más populosas Ciudades de la Luna. La novedad atrajo a su inmediación millares de almas. Fue recibido el nuevo huesped con un amor igual a la admiración. Le enseñaron el idioma lunar, y contrajo una estrecha amistad con un Filósofo Moralista, el más sabio de aquel Planeta. Esto sucedió en un abrir y cerrar de ojos, como acontece en los más de los cuentos, sin perdonar los de Marmontel, que si no tuvieran la desgracia de acabar todos con tanta frialdad, serían de un todo especiales. Salía mi Br. a pasear con su Filósofo. Una noche en los meses de más calor en aquel globo frío, condujo éste al navegante aéreo a una alameda que servía de recreo a los sujetos de viso de aquella Ciudad. Había una Luna como un claro día, según piensa el Br. era la tierra. Concurrieron muchísimas Señoras. No tanto pasmó al Br. el concurso, cuanto el mirar que todas vestían con tanta modestia, que sólo se les dejaban ver las manos, y lo que se llama la cara. Díjole el Filósofo, que se maravillaba mucho de ver que con el excesivo calor que

hacia no osaban las Señoras desahogarse un poco de tanto como procuraban tapar sus carnes. Sonrióse el Filósofo y le dijo: ¿Esas libertades se usan allá en sus Países? Sr. respondió el Br. en los meses de Julio y Agosto es allá permitido que las más Señoras, sean del estado que se fueren, se presenten en los paseos públicos de noche en cotilla, arremangados los brazos hasta bien cerca de los sobacos, los pechos al aire, y las sayas a media pierna. ¡Cielos!, exclamó atónito el Filósofo. ¿Qué dice? ¿Esto se permite allá? Que tal. Cuidado no se deslice Vm. en referirlo acá, porque sería bastante para que con Vm. hicieran un sacrificio. ¿Tan delicado está en ésta el...? Está prohibido bajo las más rigurosas penas hablar asuntos que directa o indirectamente pueden corromper al sexo. ¿No echa Vm. de ver que si oyen ellas semejante costumbre de su país querrán inmediatamente seguirla? No lo permita el Cielo. ¿No considera Vm. que por ahí empieza la pérdida de lo que se llama pudor? ¿Le parece poco? Pues perdido esto, adiós, honor. Perdone Vm., las Señoras de la tierra no hacen en esto cosa que les pueda ser favorable. A lo menos, acá en esta región ellas propias son las centinelas más vigilantes y celosas de su honor. Si una observa en otra algún defecto de los que se llaman naturales en el sexo, al punto la reprehende, y se enmienda. Todo su conato está en que todos los hombres no las tengan que tachar. Y todo su blanco es manifestar que son propias para el matrimonio, para el gobierno interior de una casa, y para criar hijos honrados para la República. Admirable conducta, exclamó el Br. Ojalá que pudiera yo llevar allá unas arrobas de esa mercancía, que a fe mía habría hecho un famoso viaje. ¿Qué tan malo anda esto en esa Región? Diré a Vm. Entre las muchas hay algunas que se parecen a las de acá. Ellas miran de mala manera tanta libertad, y aun con su ejemplo procuran edificar a las demás; pero es sin comparación mayor el número de las que no cuidan de recato, modestia, &c. Lo más doloroso es que las niñas desde muy tiernas entran en esos estilos, y así es más difícil el remedio. En los tiempos antiguos se

lee en las historias, que eran lo mismo las de allá que las de acá; mas en el día es un dolor.

Pues no, amigo, dijo el Filósofo, acá se mira por basa fundamental del pudor el vestir todas del modo que ve. Y en efecto, la que no se recata de que le vean los pechos, no sé de qué otra cosa se avergonzará. Dígole a Vm. que es una mala y pésima conducta. ¿Y a los hombres les gusta esa disolución? No sé que la diga: yo lo que he visto, que mejor se arriman a las de este gremio, que no a las recatadas y de un todo a un todo honestas. Pues ahí tiene Vm. la causa. No hay que culpar ya a las Señoras. Si ellas experimentasen lo contrario, Vm. vería remediado este abuso.

En verdad que dice Vm. muy bien. Es buena cosa. Nadie lo ha pensado. Dígolo porque ellos propios murmuran, y tienen a mal esas y otras libertades que se han tomado. Ello es innegable, que todo cuanto hacen reprehensible las mujeres, averiguado a fondo se dirige a llamar la atención de los hombres. Han visto que este es el camino más corto para conseguirlo; y así no es extraño, ni son por consiguiente de un todo culpables las Señoras. Mucho me alegro de haber dado en esta tecla. Si la Dama no tiene lo que se llama salero, le llaman sosa; si no se presta a toda conversación, aunque sea de las más indecentes, beata; si no es modista, del siglo pasado; si no es amiga de bailes ni concurrencias, es mitad torpe; si no se lava y relava, o no ocurre a la pintura, es dejada; si es amiga de estar ocupada, no es cortesana; finalmente, todas las circunstancias que constituyen a una Señora bien educada y virtuosa, son peros para no ser atendidas. De ahí resulta, que las más animadas de este conocimiento estudian sólo en los medios atractivos que desde luego son opuestos a la modestia, buena educación, y algunas veces a su salud. Por consiguiente, de ahí nace que cuando abren los ojos, que es cuando son cansados, entonces es cuando quieren remediar un imposible, cual es trastornar una costumbre casi irremediable.

**PARÁFRASIS**  
**DEL EPITAFIO HECHO A VOLTAIRE**  
**QUE VINO EN UNA GAZETA DE LONDRES**

*EN TIBI LAPIDE DIGNUM*  
*VOLTARIUM, (1)*  
*QUI*  
*IN POESI MAGNUS, (2)*  
*IN HISTORIA PARVUS, (3)*  
*IN PHILOSOPHIA MINIMUS, (4)*  
*IN RELIGIONE NULLUS; (5)*  
*CUJUS*  
*INGENIUM ACRE, (6)*  
*JUDICIUM PRECEPS, (7)*  
*IMPROBITAS SUMMA, (8)*  
*CUI*  
*IRRIDERE MULIERCULAE, (9)*  
*PLAUSERE SCIOLI, (10)*  
*FAVERE PROFANI, (11)*  
*QUEM*  
*DEI HOMINUMQUE IRRISOREM*  
*SENATUS FISSICO ATEUS*  
*CORROSO OERE*  
*DONAVIT. (12)*

---

*AQUÍ YACE*  
*(1) DIGNO DE ESTE EPITAFIO*  
*EL INSIGNE*  
*VOLTER*

Los eruditos a la violeta se llenan la boca cuando le [-]<sup>154</sup> este apellido. El héroe a quien se dirige fue en todo un verda-

---

<sup>154</sup> Una palabra ilegible debido a la carcoma.

dero Quijote, como se puede ver cotejando la pintura que de él hace el Autor del Oráculo de los nuevos Filósofos, y puede deducirse de sus obras y de su vida.

*QUIEN*  
(2) *FUE GRANDE EN POESÍA*

Es cierto que sus obras poéticas le hacen acreedor a todo elogio. Él introdujo la belleza y el buen gusto en la Poesía Francesa; y no se puede negar que le sobra fuego y valentía. Si hubiese dirigido esa habilidad, que no se le puede disputar, a unos objetos sanos, y sin sátira, desde luego hubiera su nombre llegado a lo último de la posteridad; mas no gozará de este beneficio por las circunstancias que la hacen odiosa y repugnante a todo buen juicio.

(3) *PEQUEÑO EN LA HISTORIA*

Es cierto que en lo que se llama historia fue más que pequeño. Su ensayo sobre la historia debía haberle desacreditado del nombre que se había adquirido, pues después de no observar ninguna de las leyes de un verdadero historiador, no se trasluce más que un espíritu de odio y venganza, con un libertinaje sin límites. La de Carlos XII manifiesta su genio naturalmente perverso.

(4) *MÍNIMO EN LA FILOSOFÍA*

Si se atiende al discurso de la Filosofía que inserta el Br. en el N° 4 se vendrá fácilmente en conocimiento de que fue el mínimo de los Filósofos; y para decirlo de una vez, de nada tuvo menos que de Filósofo, siendo así que más gusto tenía en que le tuvieran por esto que por Poeta, como dice el Autor del Filósofo Sueco.

### (5) *NADIE EN LA RELIGIÓN*

Tampoco creo que podrá persona alguna negarle esta gracia. Las más de sus obras no publican otra cosa más que un ateísmo acendrado, ni obsta que en algunas partes indique manifestar lo contrario, porque es para ridiculizar a la Religión con más fuerza.

### (6) *DE QUIEN EL INGENIO FUE ACRE*

Lo fue tanto, que creo que pluma más mordaz no se conoce que la suya. No perdona sujeto por alto y sagrado que no impropre con los términos más inicuos. Ni los mismos que le hacían bien y le protegían se libertaron de su acrimonia. Dígalo el Gran Federico de Prusia. Esto es todavía poco, pues hasta a la Divinidad dirigió sus perversos tiros. ¿Puede llegar a más la barbaridad?

### (7) *EL JUICIO PRECIPITADO*

Sólo un hombre que obrase y escribiese tan sin meditar, como este monstruo, podría haber cometido los infinitos absurdos que cometió. Nada se paraba, y así vertió tantas máximas malignas como letras contienen sus obras.

### (8) *Y SUMA SU IMPROBIDAD*

De un hombre que no respeta a Dios ni a los Príncipes, ¿qué se puede decir sino que fue un ímprobo por excelencia? ¿Qué ley ha de guardar a los demás hombres, ni qué respeto puede observar a las leyes, tanto Divinas como profanas?

### (9) *A QUIEN RIDICULIZARON LAS MUJERCILLAS*

Su conducta exterior, su inconstancia suma, y su figura ridícula, ¿qué otra cosa podían prometer? Sus vicios y debili-

dad en medio de ser un espíritu fuerte sólo en la apariencia, no podía menos que excitar a risa, no sólo a las mujercillas, sino también a los insensatos.

(10) *ERA AMIGO DE LOS ERUDITOS  
A LA VIOLETA*

Es ésta una verdad indisputable. Los Sabios eran sus contrarios; de modo, que en el momento que conocía fondo en alguno, procuraba despedirle ya con impolíticos hechos, ya negándose a su comunicación. Así sólo le agradaban los charlatanes; y no todos, sino aquellos que no le reproducían, y que le miraban como oráculo.

(11) *FAVORECIERON LOS PROFANOS*

Sólo los que pensaban como él pudieron favorecerle; los que abandonando la razón se dejaban arrastrar de la pasión, como su favorecido. Tales como él eran todos sus protectores, como fácilmente puede verse. Y así con justísima razón dijo el Autor del Epitafio que sólo los profanos le favorecieron.

(12) *A ESTE  
QUE TUVO VALOR DE BURLARSE  
DE DIOS Y DE LOS HOMBRES  
HONRÓ EL SENADO FÍSICO ATEO  
CON ESTE MAUSOLEO, PERO CON  
MONEDAS CORROÍDAS  
Y MOHOSAS*

A este monstruo del Género Humano, que cual otro Titán arrojó audazmente flechas, no desde el monte, sino de lo infimo de una laguna, hasta contra la misma Divinidad, ¿qué otro epitafio se le podía dirigir? A éste, que no sólo se contentó con hacer escarnio de los hombres, sino que también los abismó en la corrupción, ¿qué otro premio se le podía esperar? Ya sus discípulos y secuaces, ¿qué otra gloria póstuma deben aguardar?

Mientras permanezca su memoria, no se han de oír otros dictados que los que se perciben en este Epitafio escrito desde luego en Londres por alguno de los que con madurez leyeron sus obras. Siempre ha de ser mirado con horror un Poeta que derramó tantas y tan perversas máximas, y sólo los ligeros de cascos, los viciosos y desenfrenados podrán complacerse de leer sus obras.

Ea, Sr. Br. que pensábamos que nunca acabaría; bueno. Pues todo esto es poco con respecto a lo mucho que quieren significar los conceptos de tan sabio Epitafio. Volúmenes muchos serían necesarios para exponer y probar cuanto indica cada concepto de por sí. Es un dolor ver en el día a jóvenes sin principios apoyar su libertinaje con las máximas de Voltaire, como si citasen algún Padre conscripto, algún sabio de aquellos que merecen lugar en el Cielo de los Sabios. Se escandaliza el Br. al oír a algunos que aun sin haber visto el forro de sus obras quieren darse a conocer por espíritus fuertes. ¿Qué gloria os resulta? ¿Qué beneficios puede esperar la Patria de una juventud semejante?

---

Con licencia en Cádiz: Por D. ANTONIO MURGUÍA, en su  
Imprenta calle de la Carne N. 6

*Se hallará en dicha Imprenta, y en las Librerías de Pajares, junto las Recogidas, en la de Navarro, junto de S. Agustín, en la de Savid, plazuela de la Virreina, y en la de Comes, calle de la Verónica.*

---

*Se admiten subscripciones a este Periódico, por seis meses en las Librerías donde se vende.*

## N. 9

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

#### XVIII°

Tres días después que el Argonauta había llegado a Madrid del otro mundo, encogido por una fuerte melancolía que le acribillaba, salió a pasear con un Amigo. Viéndole éste tan taciturno y macilento, procuraba llevarlo a los parajes de más concurrencia, como a la Puerta del Sol, Prado, Plaza Mayor, &c., mas él en sus trece de que no había de dejar el tono triste con que había salido; de modo, que el amigo casi enfadado le dijo: A este andar, en breves días llevaremos a Vm. a Zaragoza, y sin quizá enjaulado como a D. Quijote. Hombre de Dios o del Diablo, ¿qué tiene Vm. que nada le divierte? Encogióse de hombros, y dio con esto la respuesta. Llevólo luego a una casa de gente de broza en uno de los barrios de la gente del bronce. Entróle en una casa donde había un baile de candil, guitarra y pandereta. Vamos a ver, le dijo, si con esto se le quita esa hipocondría. Bailaban cabalmente unas seguidillas, las que no disgustaron al paciente. Al concluir gritaron todos como es costumbre, bien parado, bien parado. Al oír esto le entró tal corriente de risa, que fue por demás. Ya que se hubo sosegado, preguntóle el Amigo que de qué se reía. Del bien parado, respondió, cosa que para mí era tan nueva como la lengua Siria, que jamás he oído. A renglón seguido preguntó qué baile era aquél. El Amigo sorprendido, pasmado y admirado dijo: ¿Qué Vm. no ha oído nunca las seguidillas boleras? Pues ésas no. A esto agarró de nuevo la risa, pero con tal fuerza, que les fue

preciso desocupar el puesto antes que se levantase un temporal de los que suelen acontecer en semejantes parajes, porque a un decir Jesús levanta un Manolo la mano, da un manotón al candil, allá van los truenos y lluvia de garrotazos.

Ya que se hallaron en la calle observó el Amigo que el enfermo estaba un poquito mejor. A esto preguntó el Argonauta, ¿estas boleras de dónde han venido? De los infiernos. Qué sé yo de dónde bárbaras han salido. Supongo, que sólo se cantarán y bailarán entre la gente de esta catadura. No por cierto. No es en el día marcial la que no las sabe cantar y bailar, sin separar las de más fuste. ¿Qué dice? Lo que oye. Las niñas del día, el primer son y baile que aprenden es el Bolero con el bien parado, y el manejo de las castañuelas. ¿Será creíble? ¿Qué tiene? ¿Ha oído Vm. alguna cosa del otro jueves? A mí se me alegran hasta los entresijos. También me han gustado, y sobre todo aquello de bien parado. Pues en esto está el golpe y la finura, de modo que en parando ambos al punto que acaba el estribillo, todo el mundo se reconcomía, y viene la celebración. Si Vm. fuese a la Comedia, vería que el patio les hace repetir dos o tres veces, y que el palmeteo es general. A la verdad, es cosa digna de toda atención. Advierta Vm. que con las seguidillas ha venido también el peinado a lo bolero... Perdone Vm., ¿que estos lazos de diferentes colores que llevan las Señoras en la cabeza a manera de mulas de carro, o del toro de San Marcos, son a lo bolero? Pues. También es del gremio la banda, los flecos en toda pieza, y otras mil monaditas muy graciosas que Vm. irá viendo. Se ha cundido el bolero de tal modo, que ya no se oye más que *Bolero y bien parado*. Vm. tenga por cierto, que a lo menos los fabricantes de flecos han hallado una mina en esta moda. Mañana verá Vm. en el Prado Señora que gasta tres andanas, pero tan saladas como las seguidillas. Bello, con esto me reiré mucho. Vamos claros, amigo, ¿qué le parecen a Vm. las seguidillas, y todo lo que se llama bolero? Porque según entiendo, es una grande friolera.

En mi sentir son rechusquísimas, y desde luego andaría algunas leguas para oírlas cantar, y verlas bailar bien. Es mucho cuento, más me divierten que la mejor Aria de la Galli. Tenga Vm. por cierto que serán muy pocos los que no sean de mi dictamen. Por lo que mira a los flecos, ringorringos de las cintas, y variedad de colores, ofrecen un golpe de vista más deleitable que ninguna otra moda. ¡Qué bien sienta un fleco negro en la ropa blanca! Prueba de que es cosa de gusto, ya los hombres han dado también en usarlos.

De ahí infiero que también éstos son bolos. Ningún sujeto de razón, ni Señora de juicio aprobará semejante churrasquería. No diga Vm. eso: es en el día un sacrilegio hablar en contra de un uso tan generalmente establecido. Yo lo creo, mas no puedo menos que decirle, que el que gusta de semejantes paparruchas, tiene los cascotes más vacíos que el caballero de la triste figura cuando enristró con los molinos de viento.

Dejemos esta conversación ya que a Vm. no le cuadran deje vivir a cada uno con su locura.

Es mucha verdad, por más que locura la tengo; lea Vm. la Historia de España, a ver si encuentra que tales usos se conocieron jamás.

Para historias estamos. No hay más que vestir al uso y comer al gusto. Donde fueres, has como vieres. Vm. ve que acá un bolero es el signo reinante, déjese de boberías, y puesto que le gusta, calle y viva con todos.

Sí, me agrada y divierte, pero del mismo modo que las comedias de figurón.

Cuidado si va a alguna visita no se le escape alguna de estas cuchufletas, porque cuando menos saldrá como Sancho Panza de la venta.

Mientras no se hable de bolero estaré callado como un pu... Mas en nombrando sólo la voz le caigo, sea quien se fuere.

¡Buen desatino! Séalo en hora buena, no he de parar hasta que haga que D. Silverio enseñe a su mono las boleras, y lo vista también a lo bolero.

Hombre, a Vm. se le ha dislocado el sentido. Peor es esto que todas las aventuras de D. Quijote. Dígame luego qué conseguirá.

Yo me entiendo, y de no, se lo hago al burro del Señor Paco, ha, ha... Buena va la danza, Doña Catalina. También esto me ha gustado. Ayer lo leí en el diario. Pues también eso son boleras. Estas son las que convenían. Calle Vm. por Dios, mire que si le oyen dirán que ha perdido el seso.

Lo mismo dijeron de Demócrito; pero a fe mía que le conocen por un verdadero Sabio. Sobre todo, déjeme Vm. con mi tema: digo y diré a pie juntillo, más que disguste a cuantas boleras hay y ha habido en el mundo, que a todos y todas las que siguen esta moda se les voló el juicio; y que jamás se celebrará sino entre la gentalla, porque es acreditarse de poco sensato el que por un medio tan ínfimo y bajo quiere perder su crédito entre las personas de juicio maduro. Y a lo menos, no lo podré llevar jamás aunque lo mande Poncio Pilatos.

Aguarde Vm. que aún me falta una cosita que también le parecerá mal, siendo así que es lo que más agracia a las Señoritas, y es aquel gran ramo de flores contrahechas que llevan en la cabeza, y el que a muchas por esdrújulos se les puede ver la cara, porque la tienen cubierta con el pelo.

Algo he visto de eso, pero me hace tanta gracia como la cabeza mondada de los moros.

Parece que Vm. es poco amigo de novedades: los hombres y las mujeres son en todo amigos de variar, y pretender quitar esto es lo mismo que pensar agotar el mar.

Dígole a Vm. que las Españolas y Españoles antiguos no entraron en semejantes modas, y por cierto que eran la admi-

ración de todo el Universo. Roma y Esparta eran de un mismo modo de pensar, y así declamaré siempre contra tan descomunales abusos.

### CARTA DE UN CURIOSO AL ARGONAUTA

Muy Señor mío: Ayer tuve una larga disputa con un Amigo. Este defendía que no era habitable toda la tierra, y yo sostenía que sí. Nos calentamos de tal manera, que parecíamos dos de los más tenaces ergotistas. Hasta hubo aquello de propasarnos a palabras nada corteses, y gracias a que llegó un tercero, que si no Dios sabe en lo que hubiera parado la función. Viéndonos éste en tal fatal disposición, nos tranquilizó diciéndonos que todo se reducía a que se consultase el punto con Vm. Nos convenimos a tomar este medio, y así ocurrimos a Vm. suplicándole nos diga su sentir. N. S. G. a Vm. Ms. As. &c.<sup>155</sup>

### RESPUESTA

Muy Señores míos: Confesando antes mi insuficiencia, voy a satisfacer el deseo de Vms. según lo que ofrezcan mis fuerzas.

La mayor parte de los antiguos creyeron que sólo eran habitables los climas medios, o las zonas templadas. Ovidio hablando de las zonas dice:

*Quorumque media est non est habitabilis astu*

Esto es, que de aquellas la media no es habitable por el calor.

Lo mismo dice Virgilio, aunque con un aire más pomposo.

---

<sup>155</sup> Nuestro Señor guarde a Vm. los muchos años etc.

*Quorum una corusco semper Sole rubens, torrida semper ab igni.*

Horacio era de la misma opinión, aunque lo dijo con las acostumbradas imágenes de que usaba.

*Sub curru nimium propinqua  
Solis in terra domibus negata.*

Libelio también observa el propio dictamen, y lo expone con más extensión.

*At media est, Phoebi semper subjecta calori.  
Non ergo preso tullus consurgit aratro;  
Nec frugum segetes prebent nec pabula terroe.  
Non illic colit arva Deus; Baccusve, Ceresve  
Nulla nec exultas, habitant animalia parteis.*

San Agustín y otros Filósofos de aquellos tiempos opinaron lo mismo; pero si se atiende a lo que escribieron los más célebres Geógrafos e Historiadores, y observamos algunas descripciones que nos dan, es preciso creer que escribían lo que no sentían. La Etiopia, la Arabia feliz, las costas del mar de las Indias, la Isla Trapobana; Ofir, &c. estaban, según refieren, muy pobladas, y éstas están en la zona tórrida. Los viajeros antiguos y los modernos han probado que esos climas no son, ni han sido funestos a los hombres. Los calores no son en ellas tan excesivos como han pensando los que no las han saludado como el Argonauta; y las observaciones del célebre Cassini hechas con el Termómetro hacen ver que los calores ordinarios debajo de la misma línea no son mayores que los que se experimentan en París, ni Madrid, sin embargo de ser reputados por templados. Halley y otros observadores que han vivido algún tiempo entre los Trópicos, han hallado una variación muy corta en la elevación del mercurio en el Barómetro, siendo así que en las regiones septentrionales es de dos y tres pulgadas. En Siam los Jesuitas en la latitud de 15 grados la observaron de 26 grados en el termómetro de Hubín, desde el mayor frío de

Invierno, hasta el mayor calor del Estío. En Batavia, aunque en un clima bastante cálido, en los 60 grados de latitud fue menor el exceso del calor en comparación al mayor frío. Malaca con estar en dos grados de latitud, es un país bastantemente templado. De todo esto se deja inferir que es habitable la tierra por la parte que se considera más acometida del calor; y estas mismas reflexiones deben servir de prueba de ser habitable en los extremos opuestos, cuales son los polos por más que se consideren extremamente fríos. Es indisputable, que el Supremo Autor que todo lo crió con peso, medida y proporción, debió equiparar los calores de la línea con los fríos del polo. Por consiguiente, si los países más calientes son habitables, deben serlo también los polares.

Los antiguos creyeron incapaces de habitarse los círculos polares, como se deja ver en los siguientes versos de Diógenes Laercio:

*Frigus iners illic habitat palorque, tremorque ae jejuna  
fames.*

Macrobio da a entender lo mismo cuando dice:

*Torpor ille glacialis, nec animali nectragi vitam ministrat,*

y Horacio en los siguientes:

*Pigris ubinulla campis  
Arbor aestiva recreatur aura.*

Sin embargo sabemos que mucho más allá hay países habitados. Así como el Autor Supremo ha inspirado a los habitantes de los países más fríos los medios con que deben guarecerse, lo mismo acontecerá con los de los mismos polos. Del mismo modo que en los territorios más cercanos a la línea ha dispuesto las frecuentes lluvias, habrá en las regiones no conocidas proporcionado otros medios para habitarlas.

En Germanópolis en Pensilvania, latitud sólo de 40 grados, el frío hizo bajar el mercurio en el Barómetro a 173 y medio. En París se ha visto bajar a 8 grados en el termómetro en los años 1709 y 1716. En Leiden bajó hasta el 5, y en Utrecht una división más abajo. El año de 1732 fue tan excesivo el frío en Upsala, que hizo bajar el espíritu de vino a 124. Maupertuis estuvo todo un Invierno bajo del círculo polar boreal con toda la tripulación de su navío. Con esto, y otras muchas reflexiones naturales que se pueden hacer, debe inferirse que toda la faz de la tierra es habitable, y que en todas partes ofrece naturaleza recursos para subsistir la especie humana. Ni habrá razón para creer que subsistan en los países más fríos las plantas y animales para que vivan en ellos los hombres. Y así como a los animales los viste la naturaleza con respecto al frío, así igualmente franqueará al hombre arbitrios para guarecerse de él.

Quisiera haber satisfecho la curiosidad de Vms. Si no lo hubiese conseguido, perdonarán mis pocos alcances; y si subsiste el Periódico, y Dios me diera vida, algún día se volverá a tocar este punto.

Tendría desde luego mucha complacencia en que se sirviesen los curiosos ilustrar este papel del Argonauta con pensamientos nuevos, tanto en prosa como en verso, sin que obste el haber dicho en el prospecto que sería obra de una sola mano.

Digo esto, y lo he pensado así, porque juzgo que no podré yo tocar todas las teclas. Estoy seguro que cada uno como maestro en su ejercicio podrá profundar más que yo, y por consiguiente adelantar sobre lo que yo escribiere, y otros hubieran producido.

Mi fin es que se produzcan pensamientos útiles a las Artes y Ciencias; y por tanto, aunque no todos salgan de mi caletre, creo que el Señor Público apreciará que los inserte en él.

Es cuanto puedo decir a Vms. Sólo me resta darles las gracias por el favor que les merezco, y rogar a nuestro Señor guarde su vida muchos años.

*El Br. Argonauta*



## N. 10

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

#### XVIX°

Entre otras muchas cosas que produjo Dorotea de la pintura que su Padre le había hecho de Don Quijote, dijo:

Sin duda acertó mi buen Padre en todo; y yo he acertado en encomendarme al Señor Don Quijote, que él es por quien mi Padre dijo: pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este Caballero tiene, no sólo en España, sino en toda la Mancha; *pues apenas me hube desembarcado en Osuna*, cuando oí decir tantas hazañas tuyas, que luego me dijo el alma que era el mismo que venía a buscar.

¿Pues cómo se desembarcó Vm. en Osuna, Señora mía, preguntó Don Quijote, si no es puerto de mar?

Aquí tenemos un descuido de parte de Dorotea, y una señal manifiesta de que Don Quijote tenía conocimiento de la Geografía.

En aquellos tiempos era remisible el que una Señorita ignorase que Osuna era puerto de mar, y no era extraño el que los Caballeros como Don Quijote supiesen exactamente la situación de cualesquier parte del mundo; y prueba de ello, que el Cura también la tenía en las puntas de los dedos, cuando compuso el yerro de Dorotea diciendo:

Debe de querer decir la Señora Princesa, que después que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de Vm. fue en Osuna.

Hecho cargo el bachiller de la ilustración del día, creía, a la verdad, que en punto de Geografía no había que apetecer, mas hallándose en un Café la semana pasada, leía uno en alta voz la Gazeta a otros tres. En el capítulo de Petersburgo decía, que la Emperatriz había bajado a Cronstad. Uno de los oyentes, que al parecer del Bachiller indicaba saber más que Licurgo, preguntó con mucha formalidad, ¿que adónde estaba Cronstad? El que leía se contentó con decir que en Rusia; mas uno de los otros se opuso a este dictamen, diciendo que era una Isla del Mediterráneo.

Trabóse una disputa entre ambos, y ni uno ni otro sabía lo que sostenía. Se hallaban otros varios de espectadores, y uno de ellos viendo la ignorancia de aquellos, para sosegarlos les dijo que era un puerto de mar distante nueve legas de Petersburgo.

Pasarían de cincuenta las personas que se hallaban en el Café, y sin saber por qué infirió el Bachiller que sólo aquél sabía la situación del referido puerto. Admirado dijo consigo mismo, ¡qué engañado he vivido hasta aquí! Jamás hubiera creído igual escasez de conocimientos Geográficos. ¿Quién había de pensar que en un Pueblo tan culto, y entre tanta gente viajante había de reinar tal ignorancia? Bien se echa de ver que serán muy pocos los que tengan conocimiento de las Capitales que trae la Gazeta. Es un dolor digno de compasión semejante ignorancia; pero no se le hace de nuevo al Bachiller el que no se conozcan los Países extranjeros, cuando se ignoran los mismos de la Península.

El Argonauta dice no sólo que es reprehensible la poca cultura de la Geografía entre la gente ya adulta, sino que también el que, vista la importancia de la Geografía, no cuiden los Maestros de primeras letras de poner en las manos de sus dis-

cíbulos algún libro que trate de esta ciencia, y aun le parece que sería muy del caso el ponerles como punto de constitución que les enseñasen a lo menos de sus elementos. Dice el Bachiller que le parece que está oyendo a los Maestros que dicen: Buena cosa, apenas tenemos lugar para repasar a tantos discípulos como tenemos, y quiere el Argonauta que nos entretengamos en enseñar la Geografía. Vaya, vaya, que si no está loco, está próximo a perder el juicio, porque ¿quién le ha dicho que todos sabemos la Geografía?

A eso dice el Bachiller, que si no la saben, que la aprendan, que enseñándola a otros se enseñarán a sí propios, y que si en un año aprenden como uno, en dos como ciento, y en tres aprenderán como mil, y con esto se conseguirá que la juventud más dispuesta a recibir las impresiones de una materia tan importante, ya que la primera edad no tome gusto a ella, cuando grandes se alegrarán de hallarse con una predisposición para leer cualesquiera Historia, tanto Sagrada como Profana, y asimismo la Gazeta.

La Geografía no es ninguna ciencia abstracta, y por medio de un globo, o de un planisferio podrán los Maestros con facilidad enseñar teórica y prácticamente a conocer los diferentes países del mundo, su situación, longitudes y latitudes.

Mirado superficialmente parece que es poca la importancia del beneficio que resultará a la juventud. Los Maestros de primeras letras elevan una muchedumbre de muchachos. Unos para la carrera de letras, otros para la de armas, unos para el comercio, otros para la navegación, &c. ¿Y cuán útil no será la instrucción en esta parte para aquellos que han de tomar cualquiera de los referidos destinos? Al más ciego no se le puede ocultar. Hasta a las Maestras que se encargan de la educación de las Señoritas se les debía obligar a lo mismo, lo primero porque ya vemos en Don Quijote que fue reparable el que Dorotea ignorase que Osuna no fuese puerto de mar; y lo segundo porque como también les es útil el que lean la

Historia, tanto Sagrada como Profana, sin los mencionados conocimientos no se puede poseer con perfección. Señores Maestros y Señoras Maestras, ¿no tiene razón el Bachiller Argonauta? Confiésenlo Vms. y dedíquense por vida suya a instruir a la juventud. A Vm. les resulta el beneficio de adquirir una nueva ciencia sumamente útil y deleitable, y a sus discípulos o discípulas una predisposición a la facultad o destino que quisieren seguir. El Señor Público vivirá a Vms. sumamente reconocido, y la Patria toda elevará al cielo bendiciones para los que han tomado por objeto la ilustración de sus hijos.

Bueno, bueno y buenísimo, con estas cositas, dentro de seis meses hemos de ver certámenes públicos en los que sea todo el mundo testigo del Maestro que más se aplica a sacar Geógrafos. Dentro de un año ha de haber algunos que hasta den razón de las tierras de Davis, y de las que se descubriesen en el polo austral. ¿Sería poquito? ¡Qué gusto tendrán los Padres en oír relatar a sus hijos sobre las regiones más remotas y los países más distantes! ¡Qué gloria no será el oír exponer la división de límites de las diferentes partes del mundo, de cada Imperio, Reino y República, sin perdonar los Desiertos de Arabia, los Arenales de Libia, ni los Promontorios, Montañas más elevadas, Mares, Lagos, Islas, &c.? A lo menos, el Bachiller espera que en breve tiempo oirá dos mil primores tocante a Geografía, que resolver los problemas Geográficos será tan fácil y común como el comer uvas y duraznos, y que todos generalmente exclamarán viva el Argonauta, viva el Bachiller, que nos ha hecho el favor de despertarnos del caos de la ignorancia en que dormíamos.

Hasta los niños saben ya qué parte del mundo sea, y en qué longitud se halle Constantinopla, Berlín, Londres, Haya, Roma, París, Nápoles, Viena, y en una palabra, todas las Ciudades, Villas, Aldeas, hasta la de Don Quijote de la Mancha, caballero andante de la triste figura.

## REFLEXIONES CRÍTICO FÍSICAS SOBRE EL ACTUAL MODO DE APAGAR LOS INCENDIOS

En tanto como ha andado el Argonauta no ha visto que se guarde método en extinguir los incendios. Friolerilla es. Es un asunto que merece poca atención. No sabe cómo los Físicos no han trabajado a fin de establecer un método para vencer prontamente un enemigo tan voraz como el fuego. La desgracia que acaba de acontecer en la Corte le ha excitado a escribir este discurso para si quisiesen aprovecharse de él.

En primer lugar le parece al Bachiller que se debía procurar fabricar los edificios con la menos madera que fuera posible; y aun los muebles debían escogerse de los que más se resisten a este elemento. No hay remedio, ya no hay lugar de practicar esta máxima. Se dice esto para las que se hubieren de construir en adelante. También sería útil el cubrirlas de alguna mezcla proporcionada a resistirse al fuego, y ésta, según dictamen del Bachiller, debía de ser de yeso, polvo de ladrillo y arena, dando a cada pieza dos o más capas de dicha mezcla. O forrarlas con hojas de lata, pensamiento que ya se ha probado en Londres, como puede verse en las Memorias de la Academia de Ciencias de París, o en su extracto hecho por Mr. Rozier.

Refiere éste, que un Milord hizo una casita de madera, que la forró por dentro de hojas de lata, y que habiendo encendido en ella un fuego activo, no fue posible que se prendiese.

Esto mismo se ve verificado en los hornos y fogones o cocinas de los navíos.

Es verdaderamente un medio segurísimo para evadirse de los incendios.

También se podían forrar con una tela preparada con los polvos de amianto, como han practicado algunos Ingleses.

¿Pero adónde va el Señor Bachiller? ¿Estas son las Reflexiones Crítico-Físicas que Vm. nos va a suministrar? Mejor hubiera dicho si las hubiese llamado preservativos para el fuego.

Ha, tiene Vm. razón, ya se me había olvidado eso de Reflexiones; pero no importa, ello cuanto se ha dicho es del caso; pues vamos a criticar.

En cuanto se oye la voz fuego, o la campana, todo se vuelve horror, sobresalto y confusión. Cubos, escalas, albañiles son las primeras voces. Todos ocurren al momento. Los Albañiles empiezan a echar puertas y tabiques, a abrir portillos, en una palabra, a desahogar el pobre fuego que estaba oprimido, y que tal vez si le hubieran cerrado los respiradores, no hubiera tomado cuerpo. Es así, dice bien el argonauta. Poco a poco, vea Vm. si es moco de pavo en lo que se funda. Todo es pura Física lo que le obliga a desaprobear una conducta semejante. Cuidado que todo es original. Nada de esto ha leído el bachiller. Vamos a las razones físicas.

## 1ª

El fuego es un elemento que no puede subsistir sin el aire. Esto se ve comprobado en la Máquina Neumática. La llama se apaga, y se extingue una ascua al punto que le extraen el aire. Si hubiere algún incrédulo, no tiene más que ir a la prueba. El Argonauta lo ha visto, y con esto basta. Mas estando el aire sin comunicación, esto es, sin movimiento, sólo puede causar estrago a lo que tenga por cima, respecto a que el aire estando quieto lo comprime y lo obliga a formar una pirámide, como se ve, con la llama. Luego en este caso más útil y mejor será cerrar exactamente la pieza donde está el fuego, y echar agua sin cesar sobre el pavimento o techo del aposento, que no abrir portillos, puertas y ventanas, como se hace.

## II<sup>a</sup>

Sólo se propaga el fuego o la llama impelida por el aire, esto lo confirman los grandes incendios que se han visto en la América, como por ejemplo, el de Cook que tenía muchas leguas de extensión a un sólo rumbo por donde soplaba el viento, y cualesquiera puede probar formando una hoguera en el campo. En América para quemar los cañaverales esperan día de viento fresco para pegar fuego por la parte de donde viene el viento, a fin de que no incendie lo demás. Sobre todo, es una verdad como las de Pedro Grullo. Luego es sin la menor duda un abuso el abrir puertas, ventanas, agujeros; pues lejos de extinguir el fuego, dan motivo para que se ensorbezca. Dice bien el Argonauta, convence.

## III<sup>a</sup>

De esto se infiere, que la principal mira de los que se encargan de la dirección de apagar un incendio debe de ser cerrar todos los caminos del lado de donde venga el viento, y por donde éste pueda entrar en el paraje incendiado. Es ésta una razón naturalísima, ni necesita de más prueba que de la aceptación.

Tomada esta precaución, en la que se reprueba también la costumbre de destechar, se ocurre a echar el agua por la banda opuesta por donde viene el aire; como por ejemplo, el viento es Levante, por la opuesta se debe suministrar el agua. Y para no dejar duda, lo mejor será interceptar la comunicación de aquel con el fuego, como se hace cuando se inflama alguna chimenea; pues con sólo una manta puesta en la abertura superior de ella, se apaga al momento. Señor Graduado, es muy fácil proponer. Es cierto, pero también lo es ejecutar. Y mientras no se practique el método de cerrar toda comunicación al aire, jamás se logrará el fin, sino lo contrario. Ya dijo el

Bachiller que se funda en un principio Físico, o en otros mil que calla por no permitirlo la corta extensión del papel. Consúltense los Sabios Físicos, y se verá que todos confiesan y aprueban este método.

Confiar en el agua, ya se ve muchas veces frustrado, y tapando la comunicación del aire jamás puede fallar. Otra prueba puede hacer el que guste a favor de este magnífico pensamiento. Cuidado, que la ha hecho sin querer el Argonauta.

En un cuarto que se pueda cerrar exactamente la ventana y la puerta enciéndase una porción de material combustible, y después de inflamada ciérrase exactamente, y se verá que no sólo no sigue el fuego, sino que el mismo humo lo extingue. Cuidado el cuarto sea alto de techo, y que la materia no sea de las que arman mucha llama. Con éste se podían hacer otras muchas pruebas, si es que no convencen las que se pueden probar en la referida máquina Neumática.

Es verdad que cuando el fuego ha tomado mucho cuerpo no es posible apagarlo con sólo este método; pero siempre será utilísimo cerrar la comunicación al viento. En los principios es indisputable que con sólo este método bastará, pero no se prohíbe el que se eche agua, por ejemplo, en una sola pieza, después de cerrada, por cima del techo y paredes laterales, y las puertas, empapando mantas, y aplicándolas a dichas.

Éste es el sentir del Bachiller. Tocaré este puntico otro día, y encarga que se le crea; y que lejos de abrir puertas, ventanas y portillos se cierren hasta las juntas y rendijas exactamente, y de no, que no lo hagan.

---

*Se admiten subscripciones a este Periódico, por seis meses en las Librerías donde se vende.*

N. 11

**EL ARGONAUTA  
ESPAÑOL**

*Ridiculum acri dulcius*

**CONSEJOS  
QUE DA UN PADRE A UN HIJO  
que quiere entrar en la profesión  
de las Armas**

Hijo mío: Ya llegó el día en que debes elegir destino. Los hombres nacemos para ser útiles a la Patria. Resultan dos beneficios de aplicar los padres a sus hijos a la hora que llegan a la competente edad. El primero es separarlos del terrible monstruo de la ociosidad, y el segundo de constituirles útiles a la Patria, y a sí mismos. Un joven sin destino ni aplicación, siempre se corrompe y llena de vicios si no se le ocupa en algún ejercicio correspondiente al estado y circunstancias de su Padre. No permita el Cielo que entre yo en el abuso introducido de estimar en más dejar a los hijos sin ejercicio por no lograr donde colocarles a gusto. Te aseguro, que por no hallarme en el empleo que me ves, dejaría yo de colocarlos, aunque fuese en un oficio de los que impropriamente y sin justicia llama el vulgo bajos. Y ya que tú has resuelto seguir la profesión gloriosa de tus Progenitores, en lo que me has complacido mucho, es forzoso que te dé unos consejos, que si los observas, puedo asegurarte tu felicidad.

Yo de mi parte te he educado cual puede y debe un sujeto de mi carácter. Te he dado maestros para que te instruyan en las primeras letras, y además de esto tengo el gusto de verte apro-

vechado en la Geometría, parte muy interesante a todo militar. Con estos principios puedes hacer progresos; pero en primer lugar, como basa fundamental de todo bien, te encargo el Santo temor de Dios, la Religión, mira que tus padres la han profesado y profesan, y lo mismo tus abuelos.

No hay carrera más expuesta al libertinaje que la que vas a emprender. Parece, según se observa, que no es buen militar el que no es libertino. Tú no entres en un engaño tan craso y perjudicial. Mira que de él dimana la corrupción del corazón humano, y además de esto todos los males. Un libertino, esto es, un militar que no teme a Dios, que mira como juguete de niños la Religión, está dispuesto a cometer los mayores atentados. Cuando por el contrario, un soldado que respeta su Religión, consigue infinitas ventajas. No digo que seas un fanático, ni que en tu exterior manifiestes ser un capuchino, nada de eso. Quiero que parezcas verdadero militar, y que en el fondo de tu corazón seas religioso, esto es, observante de la Divina Ley. Entre tanta multitud de militares como conozco veo de todos, y los que son de esta clase son los que más les veo adelantados. Y es preciso, porque así como un libertino no puede dar muestras de otra cosa, así igualmente uno que es buen cristiano no puede dejar de ser ejemplar en su conducta y demás circunstancias. En tantos años como tengo no he visto uno de aquellos de quienes informados los Jefes no hayan desconfiado. Por el contrario, por lo general he experimentado que siempre éstos, como conocidos por hombres de honor, han sido los primeros de quien se han valido para las comisiones de más empeño. Es inseparable el honor del buen cristiano. Con dificultad se halla en un libertino. Mira que siempre debes llevar delante de tus ojos el honor. Este es el primer móvil de las operaciones de un Soldado. Por su medio han llegado a la altura en que miras los hombres grandes que ha conocido España, y todas las demás Naciones del globo. Un militar sin honor, en nada se diferencia del más vil y bajo individuo de una República. Tiene tal poderío el honor, hijo mío, que destierra el miedo en los mayores peligros, excita con fuerza a la cons-

tancia en los trabajos de la guerra, y es el origen de la probidad, y de todas las virtudes de un soldado. Por esto te encargo que no separes de tu vista ni de tu corazón un compañero tan estimable, y que sin él nada de bueno se puede esperar. Con este escudo irás más seguro de los enemigos que suele levantar la envidia, y aun de los muchos que engendra la deshonra misma. Además de eso conservarás lo que has adquirido de tus progenitores, y podrás también añadir otros timbres a tu ilustre casa. El hombre de honor, además de todas esas felicidades, es ciego obediente a las órdenes de sus Superiores, afable con los iguales, y humano con los inferiores. Esto te encargo especialmente, que te hagas amar de tus súbditos. Estos te sacarán glorioso en los empeños, pero harán lo contrario si te aborrecieran. No dejes que entre en tu corazón la soberbia y vanidad, huye de ellas como de la peste. Glóriate de manifestar con los hechos que deseas servir con utilidad a tu Rey y Patria. La mayor gloria de un soldado es manifestar las cicatrices de las heridas que recibió en campaña; a lo menos, esta conducta observaron los Romanos. Todo lo demás no atrae más que el que te ridiculicen, pues no es soldado el que sólo con su lengua quiere ostentar serlo. La ambición y la codicia son también dos vicios sumamente reprehensibles en todo aquel que profesa el arte militar. Sean tus servicios los que te hagan acreedor de los ascensos; pues los deseos de ascender, sin este fundamento son vanos y ridículos. Procura ganar amigos; pero sean de la clase de los que piensan con honor y probidad. Huye de los que no poseen estas bellas cualidades. Evita la familiaridad y trato de los que pudieran viciarte. Procura leer la Historia, y ganar deseos de ser uno con los grandes hombres de ella. No dejes ocasión en que puedas instruirte en tu obligación. La emulación es especialísima para progresar en esta parte. Avergüénzate de que otros desempeñen mejor que tú las comisiones. Piensa lo que vas a hacer, los medios que son necesarios para conseguir el fin, y luego ejecuta con tesón y prontitud. La lentitud en la guerra pocas veces resulta favorable, y

cree que llevando en tu corazón a Dios y al honor saldrás bien de todo cuanto te manden.

## XX°

### TERMÓMETRO INSTRUMENTO FÍSICO UTILÍSIMO

Como el Argonauta es enemigo capital del ergotismo, esto es, de meterse en disputas que no montan un claco, y desea tener paz con todo el mundo, menos con los enemigos de los progresos de las Artes y Ciencias, por esta razón no piensa ahora en determinar cuál haya sido el inventor de tan prodigioso instrumento. Sólo dirá como corriendo, que Boerhaave y Musschembroek se lo atribuyeron a Drebbel; que Fulgencio hace honor del hallazgo al Padre Pablo Sarpi; Vicente Viviani a Galileo; Santorio se declara él mismo inventor; Borelli y Malpigio quieren también que se les atribuya la gloria de su descubrimiento, y los Académicos de Florencia pretenden a favor de un Sabio de la Escuela de Padua: vea Vm. pues, cómo ha de intentar el Br. meterse en camisas de once varas; y luego, ¿qué nos importa saber a qué punto fijo quién sea? No, no entrará el Argonauta en eso de escribir tomos enteros, como han hecho muchos, en sostener si los Judíos tienen o no rabo, y en otras cuestiones tan frívolas como la presente. Lo cierto e innegable es que hay Termómetros, que son utilísimos, y que interesa su conocimiento.

Esta voz Termómetro viene del Griego, y significa medida del calor, el Br. añade, y de su antagonista el frío. Este es un tubo de vidrio de diámetro de dos y media líneas poco más o menos, que nace de una ampolla, cuyo diámetro es proporcional a la longitud del tubo, y al líquido que debe contener. No gusta tampoco el Graduado de andarse con muchas explicaciones cuando es muy fácil ver las diferencias que se ven y pueden servir de modelo. Menos piensa perder el tiempo que

es tan precioso, en exponer las diferentes pruebas que se han hecho en cuanto a los licores, ni en materia de la graduación de la escala, ni tampoco en preferir el de Mr. la Hire, al de Fahrenheit, Boyle, Halley, Neuton, Amonstons, Taglini, y otros que los han pretendido perfeccionar. Mucho menos se meterá en los pozos profundos, ni en la cueva del observatorio de París, ni en las cavernas de las orillas del mar de 130 pies de profundidad, como han bajado algunos grandes Físicos, por dos razones: lo primero porque aquellos le ahorraron ese trabajo, y lo segundo porque se conforma por ahora con lo más recibido. El espíritu de vino y el azogue o mercurio son los que en el día se gastan para la formación de los Termómetros. Si algunos los querían abiertos por el extremo superior, nosotros los cerramos herméticamente. En cuanto a la graduación de la escala, es de dictamen el Argonauta que se siga el método de Mr. Reaumur, y Fahrenheit según está en práctica.

Con que tenemos, que si algún curioso se quiere aplicar a hacer Termómetros, no tiene más que hacer que comprar o pedir prestados instrumentos de todas clases, esto es, ya con espíritu de vino, ya con azogue, mandar hacer los tubos según las diferentes magnitudes y longitudes, llenarlos de azogue o espíritu de vino, bien purificado aquél, y bien sacado éste: se entiende hasta la línea o grado que señalen aquellos, y supuesta ya hecha por aquellos la escala, guardarlos para el uso, advirtiendo después de cerrada herméticamente la abertura del extremo superior. ¿Podrá darse cosa más fácil? Luego el que trate de imponerse más a fondo no tiene más que ocurrir a las Disertaciones sobre el calor, con las nuevas observaciones sobre la construcción y comparación de los Termómetros, escritas por el Médico Inglés Mr. Martine, Socio de la Real Sociedad de Londres y de Edimburgo, y con esto satisfará su deseo, mientras va el Br. sin perder tiempo a decir algo de los usos de este admirable instrumento.

Puede servir como el Barómetro para adornar una sala. Es al propio tiempo una alhaja que indica curiosidad de parte del sujeto que la tiene.

Teniendo el cuidado de verlo todos los días se sabe las líneas o grados que ha crecido o disminuido el frío, o el calor, y comparando un año con otro, cual ha sido más frío, o lo contrario.

Algunos Médicos de crédito, y deseosos de no omitir diligencia, lo traen siempre consigo para graduar el calor de los enfermos, y deducir importantes conocimientos. Por cierto que es un arbitrio que a veces ofrece grandes ventajas. Sucede que en algunos enfermos se percibe en el tacto o un frío desmedido, o un calor extraordinario, siendo así que en la realidad sucede lo adverso. Con el Termómetro aplicado a diferentes partes del enfermo, puede tal vez el Médico no engañarse. Este punto exige un discurso particular.

Para los marinos es de suma utilidad, pues debiendo viajar por diferentes climas y regiones, pueden saber con mucha facilidad la diferencia de unos a otros, y también los diferentes grados de calor que recibe el agua del mar, objeto importante algunas veces, pues han observado los más célebres viajeros, que antes y en el tiempo de un temporal se calienta.

Para empollar los huevos por medio del calor artificial. Para graduar el calor para las plantas que sólo producen en países calientes; y sirve, en fin, para un sin fin de usos que no puedo ahora expresar.

## CUESTIONES VARIAS

El Br. es amigo de que luzca todo el mundo; por tanto va a proponer las siguientes cuestiones para que los Curiosos se

diviertan en resolverlas, y se sirvan mandar la respuesta a los puestos donde se vende este Periódico.

### Iª DE ARITMETICA

Si 12 hombres construyen una muralla de 30 pies de largo, 6 de ancho, y 3 de grueso en 15 días, ¿60 hombres en cuántos días construirían otra de 300 pies de largo, 8 de alto y 6 de grueso?

### IIª DE ALGEBRA

En Tebas en la calle de Praetilis estaba el Templo de Euclia de 76 pies de alto. Opuesto a éste se hallaba el de Apolo de 37 pies de elevación, y a cierta distancia de estos dos Templos estaba un Obelisco, sus tres distancias componían los tres lados de un triángulo. Si se tira una línea de la base del Obelisco, y se corta la línea entre los dos Templos en ángulos rectos, una que corresponde a Euclia será de 44 36; la otra 60 44. En esta línea a los 100 pies de distancia del Obelisco se hallaba colocada una estatua de un León de mármol en igual distancia de los topes de los dos Templos y del Obelisco, el que se halló había sido dedicado por Hércules cuando destruyó a Ergino Rey de los Orcomenianos. Se pide cuál era la distancia del León desde la basa de los Templos, la altura del Obelisco, y además de eso la distancia de ellos.

### IIIª

Se desea que algún erudito tenga la bondad de dar la paráfrasis de las siguientes expresiones del B. B. P. Clemente XIV Canganali.

Decía este Sabio, “que el alma gustaba de oír discurrir a los Españoles. El entendimiento a los Franceses. La memoria a los Alemanes. El buen gusto a los Ingleses, y la imaginación a los Italianos”.

El Br. ha trabajado algo sobre estos conceptos, y no se atreve por modestia a darlo al Público, confiando de que cualesquier otro pensará con más finura que él. Si el alma gusta de oír discurrir a los Españoles, desde luego éstos satisfarán completamente su gusto; y de ahí deduce cosas sublimes, que le parecen impropias en la pluma de un Español. Ésta a la verdad ha sido la causa de omitirlo dejándolo para otras plumas que sin manifestar pasión puedan exponer una expresión de una vez favorable a nuestra Nación.

#### IV<sup>a</sup> CUESTIÓN CRONOLÓGICA

Se desea saber el tiempo en que empieza el año y el modo de hallarlo.

¿Qué de primores no se verán en pocos días? Ya le parece al Br. que todos los Facultativos se empuntarán a quien primero los resuelve; y en premio ofrece poner su Nombre y Apellido de letras tamañas.

---

Con licencia en Cádiz: Por D. ANTONIO MURGUÍA, en su  
Imprenta calle de la Carne N. 6

*Se hallará en dicha Imprenta, y en las Librerías de Pajares, junto las Recogidas, en la de Navarro, junto de S. Agustín, y en la de Comes, calle de la Verónica.*

---

N. 12

**EL ARGONAUTA  
ESPAÑOL**

*Ridiculum acri dulcius*

**XXI**

**MEDICINA**

Soñó días pasados el Bachiller Argonauta que se había vuelto D. Quijote, con la diferencia de que si al Caballero de la triste figura le habían trastornado el juicio los descomunales libros de Caballería, al Bachiller los de la medicina. Es el caso que allá la fantasía le proponía tener una biblioteca de libros Médicos mayor que la de Ptolomeo. A la verdad, poco menos serán los de Medicina, si no es que son más. Poco después enredado con el escrutinio del Cura, y con la quema de la Tía del Caballero Manchego, creído de que a él le había sucedido lo mismo, somnábulo, fue a su librería y halló que los que habían quedado eran muy pocos. Estos se reducían a algunos: los más selectos de Anatomía, Física experimental, Botánica y que de lo que se llama Medicina sólo le habían dejado a Van Swieten, Hipócrates, Solano de Luque y Federico Hofman. Fue tal el dolor que recibió en vista de un espectáculo semejante, que estuvo muy a pique de despertar. Para hallar algún consuelo, ya que no le favorecían los encantamientos, como al Andante, ocurrió a unas ideas a la verdad, consolatorias. Creyó desde luego, que aquel destrozo había sido providencia del Cielo, y que el haberle sólo dejado los que miraba tendría algún fin sobrenatural. ¿Mas cuál podrá ser éste?, se preguntaba. A esto oyó una voz ronca que le dijo así: Sepas, que de hoy

para en adelante, no ha de haber en el mundo más libros de Medicina que los que te he dejado, porque ésta es mi voluntad, y así conviene a todo el linaje humano.

Atiende a mi voz y conserva en la memoria cuanto te vaya diciendo, para que lo publiques en todo el Universo. Estos pocos libros de Anatomía te los he dejado para que sepas qué es el fundamento de la ciencia Médica; mas te advierto que falta todavía mucho más que descubrir que lo no conocido del Globo Terráqueo. Publica también que es indispensable una incesante aplicación a la de los líquidos, pues está sumamente atrasada, para que se dediquen todos los que profesan la Medicina a inculcar sus partes y propiedades, y que de todo lo que descubran tocante a su estructura den noticia al Público. Los de Física se han libertado de las llamas, porque sin ella, se entiende, de la experimental, es absolutamente imposible dar un paso en la Fisiología y en todo lo que mira a sus diferentes partes.

También he preservado los de Botánica porque es de suma importancia y porque en ella está la salud del hombre, bien entendido que no se han de contentar sólo con el conocimiento genérico de los árboles, arbustos, plantas y hierbas, sino que además han de imponerse a fondo de las virtudes de todas sus partes, frutos y demás cosas que produzcan como gomas, bálsamos, &c. Sólo te dejé uno de Química, porque basta éste para hacer cuantas operaciones son necesarias, bien entendido que en materia de minerales te advierto que aconsejes toda precaución y que no los propinen los Médicos futuros sin poseer un conocimiento pleno de sus virtudes, y del modo de dulcificarlos y de cortar de pronto los estragos que han solido ocasionar.

Sólo he dejado intactos a los tres citados de Medicina por lo que vas a oír: Van Swieten para que aprendas a discurrir acerca de las enfermedades, no para que con él las cures. A

Hipócrates y Solano de Luque para que aprendas la verdadera Medicina en los mismos enfermos, y no en los libros.

Después de sabido bien lo referido, no hay libro más seguro que la naturaleza, ni hay medio como la observación continuada: ésta es la que constituye un Médico feliz. El Primero por este medio adquirió los conocimientos que casi son infalibles, y el segundo con ésta y la observación del pulso.

Esto te encargo, y te mando reveles al Mundo Médico; todo lo demás no es más que broza, que para nada sirve.

La observación de lo que pide naturaleza en las diferentes enfermedades es el único y singularísimo libro que facilita aprender a fondo y con buen suceso la Medicina.

Dejé libre y sin costas a Federico Hotman, no para que se siga su Medicina, sino para que todos los Médicos futuros hasta el día del Juicio final den como aquél observaciones verídicas y justificadas de las enfermedades que traten.

Como que ésta es la regla más propicia a los progresos de esta ciencia, prevengo a todos los Pueblos y a ti para que lo anuncies en mi nombre, que de ahora en adelante no se dé permiso para imprimir más libros de Medicina que los que contengan en todo y por todo observaciones del género dicho.

De Farmacia no dejé ninguno por altos fines que no puedes comprender, y porque me consta, y lo conocen los mejores Médicos, que las medicinas más sencillas, conocidas, y practicadas hasta aquí apenas necesitan de libros, y bastarán algunas Farmacopeas, que por su ligereza y claridad no hubiera abrado si las hubiese hallado aquí.

Tampoco tenías a los que tratan de dieta: los hubiera reducido en cenizas.

El Médico de razón observa en esta parte lo que le dicta la enfermedad y circunstancias del enfermo. No matar de hambre

a todos en general, pero tampoco hartar. Algunos enfermos perecen en manos de los dietistas rigurosos, que no perecerían en poder de los que piensan que es útil que los sucos tengan en que divertirse.

Ea, se acabó, despierta, Bachiller, corre a pregonar por toda la faz de la tierra estos avisos saludabilísimos a todo humano.

Con esto, despertó el Bachiller, y desprendido ya de aquello de Quijote, escribió cuanto había oído para darlo a la luz pública.

No obstante de no creer en sueños ni agüeros, como que dio algún ascenso a lo referido, porque se acordó que el famoso Médico Romano decía lo mismo, esto es, que la Medicina no se aprende en los libros, sino en la cabecera del enfermo y de que otros, quizá de más crédito, dijeron que el Médico era un mero ministro de la naturaleza, y de otras muchas casi sentencias que había leído.

Por esto, diciendo hay sueños que son verdades, se animó a revelarlo con el fin de que cada uno reflexione si tiene o no fundamento, y de que si le tiene, sigan estas máximas los que desean acertar.

Verdaderamente no es fácilmente comprehensible cómo no se progresa más en la Medicina.

Si se va a buscar el origen de ello, creo que pocos dejarán de conocer que está de parte de los mismos Médicos.

A lo menos, así lo piensa el Bachiller. Veamos la conducta que observan los más de los Profesores en las visitas de los enfermos.

Entran a ver el doliente, le hacen algunas preguntas de carretilla, toman el pulso en el mismo tiempo, y al momento piden tintero y papel. Escriben un recetón de media legua, y

cata ahí concluida la visita en dos minutos, y vengan los cuartos.

¿Quién es, ni será capaz de concebir que de semejante festinación puede conseguirse ni el conocimiento de la enfermedad, ni menos alguna ventaja en beneficio de la Facultad?

Todos los Médicos de nota, todos los que se consideran como luminares de esta Profesión, dicen que es necesaria mucha observación.

Solano de Luque tomaba noventa pulsaciones para llegar a percibir las diferencias del pulso. Así consiguió a fuerza de repetidas visitas y atención descubrir las diferencias del pulso en las diversas crisis. A bien seguro que si hubiera visitado a la ligera, como algunos, hubiese hallado lo más mínimo.

No parece sino que les inspiró Dios la ciencia de conocer las enfermedades a trompajón, y que con dos palabras que oyen al paciente, ya están impuestos en las señales rememorativas, y demás que se requieren para ello. Nada importa el saber la profesión, arte, o género de vida del pobre paciente; ni es del caso el que se equivoquen y que manden una sangría o vomitivo y purga cuando debían perturbar a la naturaleza para celebrar una crisis saludable; ni menos que, al entrar preguntando por el enfermo, le respondan: Vm. me ha matado a mi Padre, Marido o Hermano. Con resfriado le ha ido a sangrar. Ni menos que sufran otras mil injurias de este jaez, ni que por último resulte ventaja alguna a favor del crédito perdido de la Medicina.

No, Señores Médicos de pólvora, de espacio, aprendan de los viejos y de los que visitan con madurez y con deseo de no desacreditarse. No sea el interés el motivo de ser homicidas, ni pierdan de vista los encargos de los Sabios Médicos de observar con prolijidad a la naturaleza.

Ésta es la verdadera maestra, el mejor libro para progresar y ser benéficos a todo el linaje humano.

### *Señor Bachiller Argonauta*

Muy Señor mío: Pensando acá en mi imaginación los días pasados sobre diversas materias, se me propusieron a la idea las siguientes máximas generales de Comercio, que traslado a Vm. para que se sirva insertarlas en su Periódico, y de paso espero que me diga lo que le ocurra sobre ellas.

El Comercio es la basa fundamental de la riqueza de una Monarquía.

Él es digno de las atenciones de un Monarca, y de la protección especial de un Ministerio ilustrado.

El Comercio se entretiene en el cambio de lo superfluo por lo necesario, definición propia del complemento o símbolo de todas sus operaciones.

El Comercio se considera en activo y pasivo.

Activo es el que resulta de la constante y seguida operación de negociar.

Pasivo es el que se limita a operaciones puramente determinadas, o lo que llamamos de mera necesidad, y no a las generales de especulación y de arbitrio.

El Comercio activo pide relaciones generales de giro Mercantil en muchas y distintas partes, se sostiene y se aumenta el Comercio con la reunión grande de caudales.

Dudar que éstos no promueven el giro constante y su aumento progresivo, es no conocer los verdaderos principios del fomento activo.

Trayendo las producciones de afuera, se facilita la salida de las de cosecha propia.

Unas veces la necesidad, otras veces la especulación o arbitrio, hace que los efectos y frutos de distintos y aun remotos Países, que produce la naturaleza se transporten y se comuniquen recíprocamente de unas partes a otras.

En el Comercio se dan la mano los negocios unos con otros.

Ellos se facilitan relativamente y sin intermisión en donde hay concurrencia continua de compradores y vendedores.

No habiendo este concurso o reunión constante que fomente y acalore el giro, se embotan los negocios y se obstruyen los canales de la circulación.

En el Comercio pasivo, las ideas, las empresas y los proyectos no pasan de los estrechos límites de operar ceñidamente con miedo, con cortedad de ánimo, y lleno de temores irresolutos, acomodándose sólo al consumo preciso y determinado.

Las ferias nos dan un ejemplo material de esta verdad.

En las grandes y de mucha concurrencia se facilitan toda clase de negocios.

En las pequeñas y de corta consideración son estériles y de pequeño momento sus progresos.

El Comercio para ser activo pide por su naturaleza libertades y franquicias.

Su objeto debe ser universal y sin límites.

Precisar a que el giro se haga a sitios y con objetos determinados, es oponerse diametralmente a los más seguros principios de la economía política.

Toda Potencia Comerciante necesita por lo menos tener una gran Plaza de Comercio, o de primer orden.

Los caudales reunidos en ella sirven para sostener y dar vigor al Comercio activo.

Las Fábricas e industria cuentan siempre con el auxilio de esta Plaza principal, que a modo de una feria continuada hallan en su recinto la salida pronta de sus efectos y manufacturas en todos tiempos, en todas estaciones y en cualesquiera circunstancias.

Sin este seguro arrimo y confianza no pueden prosperar las Fábricas e Industria de una Nación. Pensar de otro modo es un error político, y es no saber las relaciones inmediatas que tienen las Fábricas e Industria con el Comercio entre sí.

En las Plazas grandes de Comercio existe el crédito, el ánimo, el recurso, la seguridad, la inteligencia, la resolución, el conocimiento, y demás partes esenciales que se necesitan para coordinar, aventurar, entretejer y dar curso a los negocios unos con otros en su giro. Allí todo efecto, todo fruto y cualquiera producto por despreciable que sea tiene salida, ya sea al efectivo, al fiado, o al cambio.

El crédito en el Comercio es la basa fundamental y el apoyo fijo de todas sus operaciones.

Si no hay crédito, no hay Comercio.

El crédito resulta del cumplimiento exacto de los empeños y confianzas.

Si se falta a ellas entran las quiebras, las bancarrotas, y la mala fe que virtualmente destruyen el fomento activo.

Si el Comercio no facilita la salida de los efectos y frutos transportándolos de un Pueblo a otro, y de una Región a otra, no pueden prosperar las Fábricas y Agricultura de una Nación.

Deben graduarse por objetos de Comercio todos los frutos y especies que producen los tres Reinos Animal, Vegetal y Mineral, bien sean simples o compuestos para su mayor fomento y valor.

Se supone exceptuada la especie humana.

Mientras que todos los productos de la Agricultura no sean objetos especiales de Comercio, no hay que esperar su aumento progresivo.

En vano se apurará la Sicilia en el fomento de su Agricultura si el Comercio no le sacase el trigo que con tanta abundancia coge anualmente.

El Pecuniario es objeto de Comercio.

Otro día si el humor estuviese para ello dirigiré a Vm. algunas otras cosillas que ocurran, así sobre puntos de Comercio, como otros de Política y quién sabe más. Queda a las órdenes de Vm. con deseo de servirle su afecto seguro servidor Q. S. M. B.

*Cornelio Balbo*



## N. 13

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

#### PARALELO ENTRE LAS SEÑORAS Españolas Antiguas, y las Modernas

¡Qué de cosas no le ocurrirán al Bachiller Argonauta! ¡Qué de maravillas no nos contará! Ea, no se detenga en preámbulos: al grano, al grano. Empezando por las Señoras Españolas del tiempo de los Romanos, se sabe que eran austeras y graves, sin mezcla alguna de corrupción, ni de debilidad o flaqueza. Encerradas siempre en sus casas, aplicadas a la labor, no pensaban más que en ser verdaderas esposas y madres, castas a lo sumo, sensibles por naturaleza, e ignorantes de que hubiera mayores placeres, no conocían más que sus obligaciones, ni cuidaban de otra cosa que de atender a sus esposos, hijos, y demás familia. Todo su esmero tenía por blanco elevar hijos para la República, labradores, y Soldados. El tiempo que las restaba de sus ordinarias ocupaciones, lo empleaban con la aguja y la rueca. Por esta razón fueron tan veneradas y respetadas. Ellas mismas animaban a sus hijos y esposos para que volviesen a la guerra, ya que habían vuelto vencedores; les presentaban los vestidos y armas de los enemigos, y les excitaban a que se gloriasen en manifestar las heridas, las cicatrices que habían sufrido en beneficio del estado, y para preservarlas a ellas. Para que jamás se verificase que por su defecto estaban ociosos, muy de antemano prevenían todo lo necesario. No se acostaba la mujer del Labrador sin dejar dispuesto todo lo preciso para llevar al campo su marido. Ni menos se dejaba para

la hora de la partida, el habilitar al que tenía su destino en las armas. En vano se habían establecido leyes para el divorcio, porque jamás se experimentaba en aquellos tiempos. Reinaba de un todo la sencillez, la pureza y la honestidad. En Roma por haber un Ciudadano Romano dado un ósculo a una mujer, fue borrado de la lista por Catón el Censor; debe advertirse, que era su propia esposa, pero sufrió el ser separado del Senado por hallarse presente una hija. Para que se vea a qué punto rayaba en aquel entonces el pudor, la honestidad y el recato. A tan relevantes costumbres añadieron aquellas Heroínas antiguas Españolas el amor de la Patria. Si las Romanas se vistieron de luto a la muerte de Bruto, si salvaron a Roma en tiempo de Coriolano, y en otras ocasiones, si sólo se contentaron con que se les pagase permitiéndoles un adorno más, lo mismo hicieron y aun algo más las antiguas Españolas. Bastantes casos refiere la Historia, que confirman esta verdad. Bastantes ocasiones han dado muestras del más encumbrado heroísmo. Si entre las Romanas se conocieron Porcias, Julias, Virginias, &c., entre las Españolas se hallaron a millares. Y por último, si entre aquéllas se encomia en materia de letras a Victoria Colona, Marquesa de Pescara, en España brilló Isabela Rosario predicando en la Iglesia de Barcelona, y convirtiendo en Roma a los Judíos con su elocuencia. Isabela de Cardona, que poseía el Latín, el Griego y el Hebreo, y que se graduó en Teología. Catalina Ribera, Poeta. Luisa Zigea de Toledo, que poseía también el Hebreo, Griego, Latín, Árabe y Siriaco, escribió una carta de estos Idiomas al Pontífice Paulo III, y sin embargo de haber muerto joven, dejó escritas algunas obras. Y otras muchas que se omiten por los estrechos límites del papel. ¿Con semejante ejemplo, qué hijas no formarían tales madres hasta que vino la corrupción?... Señor Bachiller, basta... Vamos a las Señoras modernas... ¿Parece que se le atasca la pluma?... ¿Que se detiene? ¿Acaso le faltará que decir en tanto como ha viajado?... Rompa Vm. Allá voy... ¿Pero qué podré referir en comparación de aquellas? Vamos, diré lo que se lee en la Historia de las Romanas en cuanto acabó aquel dorado siglo...

Explíquese algo más, porque nada sabemos de eso que Vm. quiere significar... No, no puedo. Lean Vms. los siglos de fiero de la República de Roma, a S. Jerónimo, y a algunos otros; y no me obliguen a decir lo que no puede acomodar a persona alguna del gremio de las Señoras. Ellas gustan de las verdades en grueso y a bulto, como que no parece que se dirigen a Sus Mercedes... ¿Hay más que ir aplicando cuanto se ha dicho de las de ahora siglos? Con esto está perfectamente formado el Paralelo, y yo no me expongo a que me suceda algún fracaso. Poco a poco, dice muy bien el Bachiller. Ay, Señor Argonauta: en cuanto hemos dado media vuelta al mundo sin movernos de aquí hemos hallado palpablemente la diferencia. Ha hecho Vm. muy bien de dejarlo al silencio. ¡O siglos! Mas espere Vm. que vamos encontrando algunas en un todo y por todo parecidas a las Españolas antiguas: son pocas, pero ejemplares. En esta conozco yo una o ciento, y se da por supuesto que en la Corte con tantas se encontrarán a... a decenas o docenas, que creo será lo mismo. Es muy cierto; mas pregunto: ¿Cómo son miradas éstas entre las de su Sexo? Por hipócritas, embeleque-  
ras, y con otros dictados como v. gr. la Plebe de las Señoras. ¿Podrá darse mayor dolor, cuando éstas debían de estimular a las demás con su ejemplo? A tantõ extremo llega la corrup-  
ción.

Ea, pues, Señoras mías, el único medio de ser amadas, respetadas y aplaudidas de todo el mundo es la imitación de sus progenitoras, de aquellas que merecieron que el Senado expidiese una orden para que todos los hombres les cediesen el paso, y otras prerrogativas de que eran dignas. Con esto abandonando Vms. el lujo, y demás defectos, escribiré elogios a menudo para que llegue el nombre de Vms. a la más remota antigüedad.

## Señor Argonauta

Muy Señor mío: Sus Periódicos discursos de Vm. que veo bastante esparcidos, también llegan a mis manos; doy a Vm. muchos agradecimientos por la parte de utilidad que de ellos me toca; quisiera asegurar a Vm. más mi gratitud con aquel tesoro del Rey de Colco, y su hija Medea, por mi ninguna heroicidad se halla enteramente destituida de todos los honores de *Argonauta*, tal cual como fuere le pido, que disimulando en lo que yerre, admita lo que mi corta aplicación discurra a beneficio de la Patria, o sepa acerca de las materias que Vm. trate. Si este honor merezco, y lo hace público, quedaré con la satisfacción de que en algo le he gustado, y me atreveré a que no sea ésta la última vez que le importune.

La Agricultura tomaré por primer objeto, de quien muchos en las conversaciones hablamos mejor que Columela, y en llegando a la ejecución olvidamos todas las especies de nuestro mayor interés si se toca a hacer prácticos los pensamientos.

Si todos conociéramos cuál es nuestra utilidad, todos deberíamos concurrir a la idea de Vm. respecto al fomento de esta noble Arte; me ha parecido juicioso y muy importante lo que acerca de ella dice en su V discurso: la *Papa*, *Yuca*, *ñame*, y *Muñato*, que cree podía suplir la falta del trigo en los años estériles, sería bueno que nuestros Labradores lo intentasen sembrar, y cuando no probara bien para la salud de la humana criatura, podría aprovecharse para alimentar los bueyes y demás animalitos que trabajan en el cultivo de la tierra, y en otros útiles que se crían. Para mayor estímulo a la empresa, citaré aquí algunos ejemplos que mis viajes y curiosidad me han puesto a la vista.

Nuestros antiguos patricios de los países bajos siembran [*—cor*]<sup>156</sup>, cierta especie de trigo sarraceno para dar a las bes-

---

<sup>156</sup> Debido a la carcoma sólo se puede leer el final de la palabra.

tias, y criar pollos. Los Portugueses en el Brasil hasta las Tropas mantienen con *Fariña de Pao*, harina que hacen de una raíz como la de la verdolaga, pero tan venenosa, que comida cruda y sin preparación hace daño. Toman esta raíz, la majan y exprimen hasta sacarla bien el esquilmo para que no la quede dracma de aquel zumo dañoso, la secan al Sol, y la muelen hasta hacerla harina, y así la comen cruda, o cocida como el arroz; la he comido muchas veces, y en verdad que sentía cuando me faltaba, porque en más de dos años no conocí el pan de trigo, y carecía algunas veces de la *Fariña*. Confeccionan esta misma harina, y sacan de ella cierta bebida semejante a la cerveza, con la que se emborrachan. En la Suecia, Provincia de Escandia, en los años estériles de trigo hacen pan de cortezas de *Pino*, y de *Abete* (este es más cálido, y mejor para el estómago) y viven sanos. Los Carelos, vecinos de los Lapones, hacen pan de cierto árbol, y tela de la corteza de otro llamado *Linden*. Los Mangrelianos, Provincia de la Persia, se sustentan con *Panizo*. Los Azanegos Mediterráneos, País de la Etiopia, se alimentan con cierta semilla semejante al *Panizo*. Los Isleños de las Islas Batochinas, que llaman las del Moro frente de las Molucas, hacen pan de *Sagu*, fruto de ciertos árboles semejantes a la palma, el que hecho harina es de mejor mantenimiento que el arroz. Este *Sagu* es el mantenimiento y bebida de los Isleños de las Molucas. Zanzan sus ramas, y distila un licor blanco, cuando fresco de sabor muy dulce y gustoso, y cuando cocido les sirve de vino y de aceite; echan el corazón de este árbol en agua salada por unos días, después lo secan al Sol, y lo comen sin otra compostura, o amasan pan de él, que en el sabor y color es semejante al pan de centeno. También tienen otro árbol que llaman *Nipa*, que los provee de otra suerte de pan y aceite. En Solor, Islas de Morotai comen pan de *ñame*, que allí se cría en abundancia. Los Isleños de la Isla de Sumatra se alimentan con pan de *Sagu*. Otras singulares especies e industrias de que se sirven algunas Naciones del Globo para el mantenimiento a falta de trigo podría citar, que bien lo requiere el asunto comenzado, pero no me detengo porque me

alargaría demasiado. Más valen cuatro renglones de plan que pueda ejecutarse, que muchos volúmenes de ejemplos y noticias extranjeras.

Allá cuando menos dominante la vanidad, había fondos de mucha solidez entre nuestros Patricios, y negados los ricos a lo ostentoso se dedicaban a lo útil, cuyos árboles vestidos de menos hojarasca daban más copiosos los frutos, y cuyas tierras, bien cultivadas y mejor nutridas, eran depósito de las influencias benignas del Cielo, más para consuelo de afligidos que para procrear contra el bien público *Divertidores*, *Lisonjeros* y *Ociosos*. De aquel tiempo debemos formar una idea de lo que fue nuestra antigua Agricultura, entonces producían frutos lo que hoy vemos en campos eriales abandonados del cultivo. No hay Pueblo que extienda la labor a más distancia que dos leguas; la demás campaña está desierta. Nuestros Labradores jornaleros gozan de la sociedad en las Repúblicas con notable daño suyo y del estado; no conocen el descanso, ni disfrutan otro alivio que el limitado que les facilita el jornal. El hombre de entendimiento más claro, más aplicado, y de más inteligencia en la labor de los campos es un esclavo (digámoslo así) del Señor, que le paga su trabajo; por más que gane y le socorran, no adquirirá jamás solidez alguna si no se acerca a la campaña, y si no se apresura a hacer adquisición en ella. Las Sociedades Patrióticas deben aplicar todo su cuidado, y dedicar todos sus esfuerzos para atender a este tan importante bien de la Monarquía. Sí, éstas han de ser las que harán rico y opulento al Reino a poca costa, y menos riesgo; el celo y amor Patriótico de sus Socios es el que ha de estimular a la empresa, y asegurar los buenos efectos.

No habrá Ciudad, Villa, ni Lugar por chico que sea en donde no haya un Labrador jornalero con familia, aplicado, de buena conducta e industrioso, y bien inteligente en la general labor de la tierra. Si a éste se le hiciera conocer el interés que resulta para sí, para sus hijos, y para la Patria si abandona la República y sale a establecerse en la campaña, y al mismo

tiempo se le proporcionan medios al intento tendríamos que sólo la industria de este bien intencionado hombre, con la aplicación y ayuda de su obediente familia, cultivaría la parte de tierra desierta para que nos franquease sus frutos, y sería impropio de un insensible instrumento feliz al mayor aumento y población del Reino. Progresivamente haría tentativas experimentales ya con los granos, ya con las semillas, ya con los árboles fructíferos y útiles, ya con las crías de gusanos de seda, y colmenas, y ya con las de animales de todas las especies necesarias a la humana vida, de que indispensablemente resultaría una general abundancia de todo lo que produce la tierra, y no conoceríamos jamás la carestía, sin necesidad del uso de otras plantas, ni de acudir a otros recursos que los hasta aquí conocidos por buenos y fructíferos en nuestra feraz Península.

Yo discurro no hay dificultad para hacer práctica la idea: el inteligente Labrador reconoce la campaña, busca sitio que todo el año tenga sobrada y buena agua, que esté cerca del monte que surte de leña el Pueblo; se asegura de la calidad fructífera de la tierra, y de su fácil cultivo; contrata con el Señor de ella que en los 8 o 6 primeros años no le ha de exigir cosa alguna por el arrendamiento, y que pasados le ha de pagar en la especie de los frutos que coja, y nunca en dinero efectivo.

Labrará con paja, madera leñosa y precintas o cuerdas de cuero una casa para sí y su familia, y otra para el ganado de la labranza, para criar puercos, gallinas, Pavos, y otros animalitos, cada una lo más con 18 varas de largo, 10 de ancho, y 6 de alto. Todo se hace con poco dinero y menos días, y aseguro duran algunos años sin necesitar compostura a pesar de las intemperies de las estaciones más rigurosas; la experiencia me lo ha hecho conocer; para alojarme he labrado en los campos del Río de la Plata algunas casas de esta clase, las he vivido años enteros sin cuidarlas, y sin embargo de los fuertes pamperos que allí intempestuosamente reinan, y de los muchos aguaceros, jamás cayó una gotera en ellas. Se hacen con espadaña, junco, o paja larga bravía, no se necesita clavo alguno,

las precintas son más seguras para amarrar la madera y la paja; éstas se cortan de una piel de res vacuna, seca y bien estirada. Puertas, ventanas, mesas, y hasta las camas altas se hacen con la madera leñosa y de paja, todo se asegura y construye con las precintas.

Ya establecido este buen Labrador cultivando la campaña con su pericia e incansable constancia la tierra, antes de contar cuatro meses agradecida a su trabajo le dará varias legumbres y hortalizas, que siéndole de urgente necesidad para su alimento, podrán servirle de regalo agregadas al precioso linaje de la gallina, y al de los demás animalitos que críe. Hasta que llegue este tiempo son indispensables los gastos para la manutención de su familia, éstos, el costo de una yunta de bueyes, el de herramientas, simientes, animales macho y hembra, uno de cada especie, y el de otros aperos que al pronto le sean precisos se facilitan con pocos fondos. Sin embargo, las Sociedades Patrióticas y buenos Amigos del País, a quien recomiendo la práctica de este plan, podrán aún carecer de estos cortos intereses, pero no de millares de medios y arbitrios que la alta consideración de sus sabios Socios tendrán presentes; el fin es remover cuantos encuentren para llegar a la ejecución de la empresa, ya sea con donación particular de cada uno, o ya sugiriendo en diputación con las Justicias o Regidores de los Pueblos a los Hombres ricos y Hacendados para que contribuyan con su poder al bien de este interesante objeto que ha de producir riqueza a la Nación, brillantez y opulencia al Reino.

Señor Bachiller, a todo lo expresado puede añadir la reflexión de Vm. un sinnúmero de notas, y ciertos retoques de prudencia que hagan práctica esta teórica. No es tan difícil su ejecución como pensarán algunos bien hallados con su ignorancia, y otros muy llenos de su vana sabiduría, y huecos o vacíos de la que podría hacerlos buenos hijos de la Patria. Yo no pretendo ponerme por modelo; pero desearía en favor del Público, que aquellos que son más activos, más instruidos y capaces que yo hiciesen lo mismo. Yo me prometo bastante de

la generosidad de mis Compatriotas para creer que los que leen los discursos de Vm. se prestarán, por sí mismos a una obra tan loable, y de tanta importancia al bien común.

El Cielo guarde la vida de Vm. muchos años, y le conceda el buen aprovechamiento del trabajo que se toma.

B. L. M. de Vm. su más aficionado Compatricio.

*Francisco Pérez Mansilla*



## N. 14

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

#### DIÁLOGO ENTRE DON CIRIATO Y DOÑA SOFONISMA

Madama, a los pies de Vm. mucho me alegro de ver a Vm. tan bizarra. Servidora de Vm. Parece que se dirige Vm. a la Alameda: ¿gusta de que la vaya sirviendo? Estimo el favor de Vm. Ha, si Vm. no tuviese señalado destino, desde luego tendría mucho gusto en que me fuese acompañando, porque tengo que decirle. Mi Hermana y yo la otra tarde cuando le vimos, al observar a Vm. tan bizarro, tan limpio, tan bien vestido y aseado, tomamos a Vm. por blanco de nuestra conversación. Decíame mi Hermana: ¿ves a D. Ciriato? Cree, que a mi ver es un enigma algo difícil de averiguar. Vm. perdone, pues sabe lo curiosas que somos. ¿Por qué?, la dije a esto. Respondióme en estos términos: Este hombre desde que le conocimos de vecino se porta siempre con la bambolla que ves, gordo y colorado, sin tener fondos con que subsistir, ni aplicación más que al cortejo y paseo. Díjela yo entonces, en verdad, yo no le conozco de pocos días, y siempre lo miro triunfante; yo no me he de quedar en confusiones, y al primer día que le vea le he de suplicar me revele el misterio. Vm. no ignora que, poco más o menos, yo y mi Hermana pasamos la vida por unos medios bien raros. Y así, si Vm. me hace el gusto que le suplico, me dará al mismo tiempo una lección. Señora, no ignora Vm. que siempre me ha debido un afecto muy singular, y así, sentémo-

nos en este canapé y oír los arbitrios que me favorecen para pasar esta vida miserable. Sepa Vm., en primer lugar, que esta ropa que visto no me cuesta más trabajo que meter mucha parola a los Mercaderes, y al mismo tiempo al andar por las calles como lince registrando si viene algún acreedor para entrarme en una casapuerta, o torcer alguna calle a fin de evitar su tiro. Haga Vm. cuenta, Señor Don Ciriato, que lo mismo me acontece a mí, mas yo jamás me oculto. Días pasado estuve en mi casa a pedirme el importe de cierta cuentecilla de una saya de gló, y habiendo levantado un tanto la voz, lo puse como merecía, y, al decirle ¿cómo se entiende eso de dar voces en casa de una Señora de circunstancias? tomó la escalera como un gamo, y a mi entender sin gana de volver otra vez a pedir su dinero. Está muy bueno. En cuanto a la comida, aunque algunos días lo paso yo sé cómo, porque los tiempos andan malos, tengo señaladas varias casas, en donde suelo ir de visita muy cerca de la una, y me hago morlaco hasta que tratan de sentarse a la mesa, y si por mera atención me dicen si gusto de tomar la sopa, con esta o con otra menor expresión me siento como si estuviera en mi casa. Si lo llevan a mal y me ponen mala cara, me como la mala cara, y si me la ponen buena hago lo propio de la buena. El otro día me llevé por cierto un chasco más que mediano. Dieron las dos, y no se vieron ni señales de que se comía en aquella casa. Ya estaba más que impaciente pensando que ya en parte alguna llegaría a tiempo para poder remediar la necesidad del día, detúveme algún rato, y viendo que ni mis indirectas movían a los dueños de la casa, tomé la resolución de preguntar si se comía. A esto respondió mi amigo: a la verdad, Señor Don Ciriato, esperábamos que Vm. se fuese para hacerlo, porque hoy la comunidad no da más que pan y manteca, y esto gracias al Montañés que nos hace el gusto de fiárnosla. Amigo, no se detenga Vm. Ya Vm. ve la hora que es, y así, supuesto que Dios da pan y manteca, y Vms. con esto piensan pasar el día, no por eso he de dejar de acompañarles. En efecto, el remedio fue escaso, mas el día se pasó. De éstas, pocas puedo referir a Vm. porque tengo buen cuida-

do en no pegarme chasco. Ay, Señor Don Ciriato, no tenemos nosotras este arbitrio; crea Vmd. que para nosotras todos los días son parecidos a los del amigo que acaba Vm. de referir. Cuando tenemos la fortuna de recibir alguna visita por la mañana, procuramos tentar el bao, y si vemos debilidad en el muro, aplicamos toda la fuerza de nuestra verbosidad, y con esto solemos deducir algunas cantidades, aunque cortas, y aquellos días son de gaudeamus, pero salvo de esto no nos queda más arbitrio. Señor Don Ciriato, ¿quién creyera al ver este porte que no ponemos todos los días una gallina en la olla, y lo más del año lo pasamos sin encender la hornilla? Tampoco creerán muchos que hace más de seis meses que no conozco al Rey por su moneda. Pues, ¿cómo paga Vm. la casa, peluquero, barbero, lavado de ropa, &c? Ha, para eso me sirven las buenas razones, las mejores esperanzas, &c. ¿Qué entiende Vm. por mejores esperanzas? Oiga Vm., al casero le tengo dicho una y muchas veces que estoy esperando de Veracruz una partida de grana, y algunas talegas; el pobre se ve obligado, ya por mis súplicas, ya porque está espetado en más de un año. En cuanto al peluquero, le he ofrecido un buen acomodo para Indias, y así en cuanto considero que va a hablar sobre paga le doy una esquila para algún amigo, y con eso lo tengo contento como una pascua, sin más trabajo que haber hablado con anticipación para que le den buenas esperanzas. Por último, a todos los que pueden pedirme los lleno de Dones, y de buenas palabras. Por cierto que con mi casero no valen buenas razones; en pasando dos meses ya me amaga con que me obligará a mudarme; noches pasadas llevé por cierto un buen ajeteo para buscar lo que le debía. Es un judío, Señor Don Ciriato. Yo no sé cómo a Vms. les sucede eso. Conozco yo a otras Señoritas de menos méritos que Vms. y lo pasan mejor; bien se echa de ver que tienen poco arte. Mire Vm. su amiga Doña Mamalia tuvo la habilidad para sacarle dos onzas al Administrador de su casa que fue a cobrarle seis meses de alquileres, vea Vm. si tienen Vms. poca gracia. No diga Vm. eso, Señor Don Ciriato, es capaz mi hermana de sacarle los

dientes a un ahorcado; si Vm. tuviera su persuasiva, juro que quedaría desengañado; pero el casero de acá no entiende ni de lástimas, ni de persuasiones. Mi Señora Doña Sofonisma, ¿hay más que mudarse? Dice Vm. muy bien. Así lo haremos después que le tengamos clavado en dos o tres meses. Sí, Señora, lo demás es disparate. Lo cierto es que cada uno ha de vivir de su oficio; Vms. y yo no conocemos otro que el de vivir de la industria, el fin es pasar alegremente los días que nos quedan; y pues es dura toda suerte de trabajo, pasémoslo así aunque sea a costa de echar el rubor, pundonor, y lo que llaman vergüenza a los zancajos. Lo propio me dice mi Hermana, y añade, que peor sería tomar otros arbitrios más indecorosos. Dice que yo no soy para el caso, y es necesario algún desahogo. Me alegra que Vm. la viera empeñada, entonces conocería Vm. el espíritu grande que le anima; yo en faltando un día lo preciso ya se me nubla el Cielo, y se me caen las alas del corazón; mas mi Hermana al punto toma la mantilla, y de media vuelta que da viene cargada como una hormiga. No sé realmente cómo lo hace. Ha, eso es fácil, dicen que el entendimiento apretado discurre. No ha tantas horas que me vi en un conflicto más que mediano. Casualmente me se rompió una hebilla en la calle, sin composición más que con otras nuevas, y sin blanca en el bolsillo, pero al punto me entré en una tienda, escogí un par, me las puse, eché mano a la bolsa, y como estaba llena de viento, con viento las pagué, y fue diciéndole al platero: Buen caso, ¿precisamente había de sucederme ahora el hallarme sin dinero? Sírvase Vm. de tomar éstas, que en breve vuelvo a completar el resto. Con esto no le dejé lugar para reconvenirme de que no me conocía, y menos me conocerá, a lo menos en cuanto a la paga que espera. Vm. no se ande con cortedades, el fin es habilitarse uno de lo que precisamente se necesita, y así viva la trampa, y abur.

Visten aqúeste vestido  
Tantos y tantas hoy día,  
Que el número admiraría  
Aun al que es más entendido.

Sin trabajar han vivido  
Días y años enteros,  
Siendo estafas verdaderos  
Del pobre que se descuida,  
Y también del que no cuida  
Conocer los embusteros.

## XXII

### ASTRONOMÍA

El Argonauta que desde niño le dio por la Astronomía, y que desde luego hubiera acertado su verdadera carrera si hubiese aplicádose a esa encantadora profesión, va a hablar ahora como Astrónomo sin serlo, bien porque se vio obligado a tomar otros rumbos de un todo enemigos de su espíritu e inclinación. Sin embargo, como que ha trabajado algo sobre ella por mar y por tierra, al Sol y al sereno, no piensa que ha de dejar de decir algunas verdades como dos y tres son cinco. Antes de meterse a Astrónomo dice, que se llena de admiración al ver lo poco que han escrito los Españoles de los Astros. Fuera de las Tablas Alfonsinas, nada lee original, y todo es traducción. Se llena de rubor al pensar en esto, y mucho más cuando ya no mira citados sino a Bradley, Lion, Lalande, Legentil, Mayer, Lagrange, Delambre, Cassini, la Borda, y otros sin fin: para nada se llama a ningún Español. Esto le obliga a pensar si nos faltará algún sentido, o si los Astrónomos de Greenwich o de París tienen alguno más que nosotros. Se pasma al mirar los descubrimientos de Herschell. En nada de tiempo ha añadido un Planeta y un Satélite. Lo mismo le acontece con el dilatado trabajo de los Astrónomos Franceses en su anual conocimiento de tiempos. Avergonzado y lleno de dolor exclama: Amados Españoles, ¿de qué pende que no hagamos saber a todas las Naciones que también somos Astrónomos, que también trabajamos en esa ciencia? ¿Acaso nuestro Cielo

se manifiesta menos propicio que el lúgubre Inglés, y el neblinoso Francés? No por cierto, pues mejor no lo lograban los famosos Astrónomos Egipcios. ¿Pues en qué penderá que progresemos tan poco en esa parte de las Matemáticas? Hemos conocido hombres completos en el todo de esa ciencia; sólo en la Astronomía hallamos tal vez nombrados al inmortal Don Jorge Juan, y al Sabio Ulloa. Conozco hombre de España, que es capaz de apurar el cálculo integral, diferencial, y el del infinito; luego, ¿por qué no habrá Astrónomos que retumben como los Franceses? Por cierto que el Bachiller con ser el aprendiz con respecto a tantos como conoce, que trabajó algunos que tenían pelos cuando la invención de su Dique para la Habana. Ya asegura que para calcular el tiempo que necesitaba para llenarse de agua de la zanca le sudó el bigote, y tal vez nada menos le sucedería a todo un Mr. Lalande. Pues si un Astrónomo in principio puede salir con felicidad de un cálculo algo tormentoso, ¿qué no harán tantos y tantos como conoce España? Luego el no progresar en la Astronomía sólo depende de no ponerse a ello. Luego es un dolor que, pues tenemos instrumentos, observatorios, y libros, no nos dediquemos a este tan ilustre ramo. El bachiller, que también se quiso meter a observar los Astros allá en el año de 1786, observando la mancha más remarcable del Sol en compañía de D. Fernández Muñoz de San Clemente, Teniente de Navío de la Real Armada, sujeto recomendable por todas circunstancias, y de los que ha conocido más impuestos en las Matemáticas, que dicha mancha ganaba para el Sur. Se lo avisó al referido Oficial, el que habiendo tomado el instrumento convino que en efecto ganaba. De esto resultó, que filosofando el Argonauta hallase que, sin separarse del sistema de Copérnico, podía, y aun debía de suceder el citado movimiento del Sol sobre su centro, y de Norte a Sur, dando a la Luna el de Levante a Poniente. Dio en trabajar sobre el particular, y le parece que también el dicho movimiento es de 113 y med. mayor que el de Levante a Poniente. Se fundó este casi hallazgo en que si se considera el Sol en la mayor declinación, debe de allí arrojar

los efluvios de luz y de calor de modo que puedan llegar al polo opuesto cuando con el movimiento de la Luna basta el impulso directo de parte del Sol, el que debe de considerarse como uno. Ello es verdad, que esto no excede los límites de sistema; pero no por eso podrá dejar de traer varias consecuencias o resultados favorables, a lo menos para que los que transcenden más que el Argonauta le busquen otros recovecos. Lo cierto es que, mirado con imparcialidad, es necesario dar al Sol este movimiento por la razón dicha. Otras cositas ha observado el dichoso Argonauta, pero las calla porque cree que no se le dará ascenso, o a lo menos que tendrán el mismo paradero que todo su trabajo. Pero Señor Bachiller, ¿a qué ha venido toda esa algarabía que Vm. ha metido? ¿Vm. no ve que la alabanza envilece, y que con esto desconceptuará del poco crédito que obtiene? Dice el Argonauta, que por lo mismo que es tan poco su crédito no le da cuidado en acabarlo de perder; que si todos no entienden lo que quiere decir, y lo que le obliga a ello, que no faltará quien lo entienda, y quien se compadezca de su desdicha. Los nuevos descubrimientos son por lo general hijos del acaso en toda clase de materias. La atracción del Imán fue descubierta por un Pastor, el Octante por un Carpintero Inglés. Sin embargo, en la Astronomía no los cree hijos de la casualidad el Argonauta. Mayer había colocado en el número de las fijas a la Estrella que llaman hoy Planeta Herschell; si Herschell no hubiera sabido la longitud y latitud en que aquel la ponía, y no la hubiese observado fuera de aquellas, no hubiera tal vez llegado a conocer que no era fija sino movable. Esto prueba manifiestamente que para los hallazgos en puntos de ciencia son necesarios unos conocimientos más que medianos de dicha ciencia. Ha hallado ahora un nuevo Satélite; pero esto se debe atribuir a dos cosas, a la constancia del observador, y a la perfección de su instrumento. De todo esto se deja inferir, que la continuada aplicación en las facultades es la madre de los hallazgos; y no tanto la casualidad, como quieren muchos Lucrecios en todas las cosas. Todo esto lo dice el Argonauta para confirmar, que si nosotros empleamos el tiem-

po en observar y meditar cada uno en los diferentes ramos de su respectiva facultad, será muy dable adelantar sobre lo ya conocido, y esto será hallazgo.

Entró en casa del Bachiller un Amigo suyo, serian como tres minutos después de las doce del día. Preguntó por él, y le dijeron que estaba en la azotea. ¿Qué hace allá, preguntó, con tanto Sol? Le fue respondido, que era sección de todos los días. Con esto, y algún conocimiento que tenía de su travesura el Amigo, sin pedir permiso se subió adonde su Amigo estaba. Se hallaba tan ciego, que en más de un cuarto de hora no vio al Amigo que le venía a visitar, y al verle con instrumentos, libros, sin sombrero, le dijo: Amigo, sin remedio se vuelve Vm. loco. ¿Qué está Vm. observando? A esto respondió el Bachiller, buscando la longitud. El tal era Marino, y no obstante que volvió a anunciarle aquello de loco, le preguntó en qué se fundaba. El se explicó en estas voces. Si Vm. me hace ver que algún dato sobre los que funde el hallazgo es falso, le ofrezco dejarlo. Pues vamos, dígalos, respondió el Amigo. Fue exponiendo sus datos, enseñándolos en un instrumento que tenía hecho a propósito, y por último no pudo negarlos el Amigo, porque eran axiomas. Con esto se despidió el Amigo, siguió el Bachiller tomando calentones de cabeza, y no se salió con la suya. Ea, pues sólo por este medio se inventan y se descubren cosas nuevas.

## N. 15

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

Trabose días pasados una contienda entre un apasionado del Argonauta, y otro que no lo había leído. En presencia de la Señora del enemigo de leer y de una hija suya le dijo: aseguro a Vm. que trae cosas muy buenas, y que desde luego son muy útiles a la Señora, desde ahora le aconsejo que Vm. le compre cuando no para Vm., a lo menos para Sms. Miren Vdes. Tomó en Londres tal ascendiente el Observador, que hasta las niñas de siete años lloraban por él; y habiéndose encarecido por el mucho consumo, llegó el caso de pedirle una niña a su padre que con el dinero que empleaba en manteca para su almuerzo lo dedicase para comprar el papel, que ella se contentaba con tomar el té con pan solo. A esto respondió aquél, yo desde luego lo tomara; pero parece que las Señoras no gustan de leer; sólo está señalado para la niña, suele alguna vez tomar una comedia. No bien hubo acabado cuando respondió la madre: buena paciencia, ahora habíamos de emplear el tiempo en papeles de ciego, y a renglón seguido preguntó la hija: ¿de qué habla este papelucho? Mire Vm. a lo menos trae siempre un discurso de filosofía moral. Bella cosa; para moral estamos. Entienda Vm. que esa moral se dirige a advertir a los Señores y Señoras algunos abusos, y algunos descuidos son perjudiciales. Pues no padre, no lo compre que para sermones bastantes nos predicán en la Cuaresma. Viendo el apasionado lo poco que aprovechaban sus encargos, hijos de unos buenos deseos, se retiró; y en cuanto vio al Br. le dio razón del paso referido; y éste se propuso escribir este discurso.

Apuesto yo que si el enemigo de la lectura hubiese leído al Espectador Inglés que hubiera respondido: buena diferencia hay de uno a otro, la misma que de la luz a las tinieblas; y que el apasionado le hubiera contestado. Es cierto que es muy diferente éste del Argonauta; pero sepa Vm. que los fines son los mismos; y que en su tono dice unas verdades tan ciertas e importantes como aquel.

Es cierto que es reprehensible el poco celo, la suma desidia de los padres. Estos son la causa de que los hijos sean tan opuestos a la lectura. Y, ¿qué resulta de ello? ¿A qué hará el Br. esta pregunta? ¿Acaso es capaz él de producir las resultas de tal abandono? Es muy cierto, muchos volúmenes se necesitarían para satisfacer completamente la respuesta; no obstante vamos a ello que en diciendo lo que se pueda, y quepa en este papel, cumplimos con el día. Conformándose los padres en que sus hijos aprendan, o hayan aprendido a leer, ni cuidan de que los varones empleen las horas en instruirse en las obligaciones de un cristiano, ni de un buen ciudadano; ni menos de que las niñas se llenen de aquellas máximas que les constituyen capaces de gobernar a una familia, ni a dirigir una casa, desprecian como cosa de poco o ningún momento el que el niño está todo el día en la calle, adquiriendo un sinnúmero de vicios; que se junte con niñas de su edad, que juegue, y que tal vez se proponen a otras niñerías, que los conducen a la más temprana perdición; y en una palabra a todo cuanto mal se puede esperar. A medida que crecen en lugar de adquirir virtudes engendran un hábito para todos los vicios; y de ahí nace que se hallen ya tamaños, sin más frutos que los de la higuera del Evangelio. De tales principios qué puede esperarse sino lo que experimentan; ¿esto es que los quieren amoldar cuando ya el [-]<sup>157</sup> está duro; cuando ya el árbol no se puede doblegar? Si cuidasen los padres de inclinarlos desde pequeños a la lectura de los libros buenos, de los que instruyen en las circunstancias

---

<sup>157</sup> Una palabra ilegible debido a la carcoma.

que hacen útil, y apreciable a un hombre, y a una mujer, siendo ya mayores tomarían mejor este recreo que el juego. Y con esto imitarían a las niñas inglesas a apreciar más la lectura de un Periódico que no a almorzar pan con manteca.

Para todos es venenosa la ociosidad; pero es mucho más ponzoñosa para la juventud. Dejarlos que se diviertan; tiempo vendrá en que no se le permitirán los cuidados. ¡Horrible necesidad! Ya se ve si se ponen en estado sin saber lo más mínimo de sus obligaciones, ¿no han de venir después los cuidados? ¡Ha Padres! En las diferentes poblaciones de Indios que se recogieron a la campana jamás pudo conseguirse que un adulto fuese a oír la doctrina. A las reconvenciones que les hacían los Curas respondían que ya ellos estaban duros; que mandarían con mucho gusto a sus hijos que estaban dispuestos para todo. ¿Será ésta la conducta de los padres de familia? No por cierto, que jueguen, que se diviertan, que no lean, que no se instruyan dejándolo para cuando sean grandes. ¡Qué opuesto modo de pensar! Es digno de llorarse ver que los salvajes piensen con más madurez que la gente culta.

No importa que la niña lea una comedia aunque sea de las maestras en el arte de amar. ¿Qué ha de hacer? No sale sino para ir a misa. ¿Cuánto más valiera que se entregasen a la lectura de los Periódicos? No sé qué tiene esta casta de papeles que en empezando a tomarles gusto se espera con impaciencia el día de su salida. Desde luego la novedad es la que llama más la atención que no los libros. Pero que nos cansamos si los padres que debían con su ejemplo moverlos son los que más desprecian la lectura. ¿Qué pueden hacer los hijos? Dejarlos que zagalones jueguen al esconder, y si es menester a los señoritos aunque sea en el rincón más inculto de la casa, que practiquen allí lo que suelen ver por poca precaución de los padres sobre manera delincuente; que así se harán mejores cristianos, y más útiles ciudadanos, que no leyendo los libros y papeles útiles e instructivos. Dejarlos que se eleven con el curso venenoso de los vicios que ellos corresponderán con la competente

moneda. Es un dolor ver la juventud aun la más tierna entregada a la disolución. Así se ven los frutos de la poca cultura que dan los padres a los hijos. Así reina en tanto extremo la ignorancia y la maldad. De ahí nace el poco respecto a los mayores, y otros delitos; porque ni los padres se los enseñan; ni menos tienen lugar de aprenderlo en los papeles. ¿Qué dice Vm.? Sr. Br. si los más no les enseñan ni a leer... No, tanto como eso no puedo creer, si he observado que algunos se resisten a que las niñas aprendan a leer, fundados en que se pierden por saberlo más que por lo contrario. Atribuyen a los billetes la pérdida de muchas; pero ¿con qué injusticia? Es un engaño de los más crasos: no es éste el camino de su perdición; el abandono, poco celo, nimia condescendencia, y otras cositas son las causas de los estragos que suceden. La ignorancia de la enormidad de los delitos, tanto por lo respectivo a la religión como al estado, es la que ocasiona los daños. Despertad Padres. Abrid los ojos, cultivad esos campos de vuestros hijos con la lectura de libros buenos. Éste es el camino de la probidad.

### XXIII

#### CRISTALES

El Argonauta inflamado de una ardiente llama de Patriotismo va ahora a lamentarse de una desgracia que le es sobremanera sensible. Ve que se embarcan todos los días cristales para las Indias, y observa que no son fabricados acá. Esto le mueve a desvelarse para investigar la causa. Dice que no extraña vengan de fuera cuando no conoce, ni sabe de otra fábrica que la de la Granja. Luego se pregunta a sí propio ¿pues de qué penderá esto? ¿Se ignora de qué substancias se fomentan? Al punto se dice que no; porque es bien sabido... Pero poco a poco que quiere decir antes algo de la antigüedad de los Cristales, y otras cositas de gusto.

Desde luego es el Cristal una obra maestra del arte; puede decirse que es una de las cosas que más del gusto sean para el hombre. Componen uno de los ramos más hermosos para el adorno de una casa. Sirven para grandes, e importantes usos. La Filosofía natural, la Física experimental, la Química y otro sin fin de artes les necesitan indispensablemente. Los hombres se libertan por él de las injurias del aire, frío, &c. y, además de esto, por su medio pueden trabajar encerrados sin comunicación del aire; y el uso más admirable que de él hacemos, es el de acrecentarnos la vista, ya aproximando los objetos remotísimos, ya abultando los diminutos que tenemos inmediatos. La Astronomía debe sus progresos a ellos, y por ellos se han descubierto nuevamente el octavo Planeta Herschell, las nebulosas, &c., y otro sin número que no se conocería sin su auxilio. Dice que basta con este poquito, que se le vendrán a la pluma otras muchas veces.

Sigue diciendo que se ignora el tiempo en que fue descubierto, aunque algunos quieren que Tubalcain ya los conocía. Si atendemos al libro más anciano del mundo, esto es al libro de Job, no nos puede quedar escrúpulo de que el Cristal, y el arte de fabricarlo fueron conocidos de aquel tiempo. Hermes lo conoció por los Egipcios, y Aristóteles, Alejandro, Aphrodiseo, Lucrecio, y el divino Juan tampoco nos dejan que dudar de su uso en aquellos tiempos. Plinio asegura que el arte de construirlos fue descubierto casualmente por unos marineros que pasando por el pie del monte Carmelo, tomaron algunos pedazos de nitro, de que estaba cargado su navío, y habiéndoles puesto de trébedes para cocinar la olla repararon que el calor del fuego los derretía, y que se formaba una pasta, con la que hicieron un vaso transparente como el agua; que le llevaron a Sidón, y habiendo referido el modo como lo formaron, tentaron fabricarlos y de ahí nos vino el arte. Se engañó desde luego Plinio; pues como he dicho, ya tiempo había que estaban en uso.

Ahorita va a seguir el Br. con las materias de que se compone el Cristal, por más que lo sepan, y en ello lleva su fin como se verá.

Las materias que en el día están en uso para la composición de la pasta de los Cristales son la *Pulverina*, o Roqueta, y una piedra transparente llamada Tarzo, y entre nosotros Cristal de Roca. Esta es una especie de mármol de Italia, o Pusoli, especie de piedra que se halla en los ríos, o toda otra especie de piedra transparente. También se practica con la arena transparente, y para darle mayor transparencia se le añade una pequeña porción de Magnesia o Sisderia, una piedra bastarda que se halla en Alemania, e Italia. También entran en la composición las cenizas que se extraen de una planta que llaman Kalí: ésta se da en Siria, Alejandría, y Trípoli; y son mejores que los que se fabrican con la Sosa, o Barrilla de que tanto abunda nuestra Península. Se da asimismo en el Languedoc, y en Egipto. Estas cenizas contienen una Sal que no se evapora con el fuego más intenso. La diferencia que hay entre la *Pulverina* y la Roqueta está solamente en la preparación de aquella hierba. Cuando las piedras están reducidas a polvo fino se llaman también *Pulverina*; pero hecha masa toma el nombre de Roqueta. Las que tienen más sal son las mejores; y esto se conoce aplicándolas a la lengua, se entiende de las cenizas.

Para extraer la Sal después de bien pulverizadas, se hacen hervir en un Caldero con una porción de agua, y Tártaro hasta que consumen la tercera parte del agua. Se le añade entonces nueva agua, y se hace hervir hasta consumir la mitad, en que punto se levantará la Sal a manera de espuma hasta rebozar el Caldero. De cien libras de Cenizas quedan en 80 o 90 de Sal.

Ésta se saca en pedazos, y luego se purifica en el Horno, y ya que está bien purificada se reduce a polvo muy fino. Lo mismo se hace cuando se toma alguna de las dichas piedras.

Sin embargo que la Sal es la principal materia del Cristal, también se le agrega arena, o piedra para darle consistencia, y

esto en iguales partes, se mezclan y se ponen en el Horno para separar toda superfluidad y humedad. Éstas son las materias que entran en la composición del Cristal. ¿Será creíble que en los dominios de España no se han de hallar éstas para establecer Fábricas en la Península, y destruir el dispendio que pasa a los Extranjeros? Si no me engaño he visto este Kalí en la Costa firme; y es cierto que de las piedras trasparentes se podrían cargar Navíos. En la Isla de Pinos, que está en el Sur de la de Cuba al doblar el Cabo de San Antonio, hay un Río, que tiene muchas piedras de Cristal, tan transparentes y brillantes que, trabajadas por un Lapidario, aventajan a las más finas de Francia. Además de esto con alguna observación tal vez se hallarían todas, y podrían formar otro ramo de comercio. Estableciéndose algunas Fábricas en ésta, con el tiempo conseguiríamos el que no saliese de España el caudal que sale anualmente, que no es corto; y al propio tiempo la aplicación de algunas gentes para su elaboración. Esto es lo que desea el Argonauta; y me parece que su pensamiento no va descabellado, y si tal sucediese se contentará con que otra pluma escriba algo sobre el particular mejorando cuanto él dice, y favoreciendo un establecimiento tan importante.

ODA  
AL CORONEL DEL REGIMIENTO  
DE LA POSMA

Feliz aquel que lejos de  
cuidados,  
Y pleitos enfadosos,  
Aborrece los ecos horrorosos  
De la trompa que anima los  
soldados;  
Y con sencillo pecho  
Nunca quiere moverse de su  
lecho,  
Que detesta los puestos los  
honosres,  
Y la gloria mundana:  
Que por nada se agita, ni  
se afana,  
Ni le cuesta pesares ni sudores  
Y como Caballero  
Es en todas las cosas el postrero.  
Que en su silla poltrona con  
cuidado,  
Y despacio se sienta  
Alza los ojos, y las vigas  
cuenta,  
Los brazos pone en uno, y  
otro lado,  
Inclina la cabeza,  
Estornuda, se estira, y espereza.  
Que no tiene cuidado en sí es  
Estío,  
Invierno, o Primavera,  
Si el Cielo con relámpagos se  
altera,

O se apocan las gentes con  
el frío,  
Pues mientras truena o llueve,  
Come, bosteza, duerme, y  
no se mueve.  
Ni de Tiro la grana; ni de  
oriente  
Las perlas delicadas,  
Ni las telas de Flandes afa-  
madas,  
Mueven su corazón, llenan  
su mente  
Porque son sus vestidos  
Chinelas, bata, y gorro en-  
vejecido,  
Que si comienza a hablar no  
finaliza,  
Y si callar le toca  
No abrirá nunca su cerrada  
boca  
Aunque vuelvan sus miembros  
en ceniza,  
Y amante de su suerte  
Ni le importa la vida ni la  
muerte.  
Pero aun más feliz y venturoso  
O tú que has emprendido  
Recoger en gremio esclarecido  
De Posmas en un cuerpo numeroso,  
Señalando coronas;  
Y empleos a sus almas dormi-  
lonas.

Tú cuyo imperio ilustre dila-  
tado  
A todo el Orbe abarca  
Siendo muy débil el mayor  
Monarca  
A tu gran poderío comparado;  
Porque tu Reino encierra  
Los hombres más pesados de  
la tierra.  
Escucha este mi canto, que  
humillado  
Ahora te presento;  
Pues yo que sea de tu gusto  
cuento  
Por lo mucho que tiene de  
pesado,  
Que si agrada a tu oído  
Me tendré premiado, y  
complacido



## N. 16

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

¡Válgame Dios! ¡Qué de cosas ha visto el Argonauta, en sus viajes! Dice que ha conocido a muchos Sócrates en el mundo que ha visitado, y que sólo éstos gozaban de tranquilidad en los matrimonios. ¿Qué dice Vm. Señor Bachiller? Hasta ahora no le entendemos. Pues atención. Después que este grande hombre, que mereció el nombre de sabio entre todos los sabios, hubo sufrido largo tiempo los gritos y descompasadas voces de su mujer, se salió de su casa, y se sentó delante de la puerta para libertarse de su importunidad. Mas, indignada su mujer de ver que todos sus gritos no eran capaces de turbar su tranquilidad, le vertió un orinal lleno sobre su cabeza. Los que vieron esta acción se rieron del pobre Sócrates, mas, sonriéndose asimismo este Filósofo, les dijo: «Ya extrañaba yo que después de una tan grande tronada no viniese la lluvia». ¿Cómo, pues, dice Vm. que hay muchos Sócrates? Nosotros ni lo somos, ni menos conocemos a alguno que tenga tanto sufrimiento. El Bachiller dice que sí, y que mira a muchos más pacientes que el mismo Sócrates.

Los más, y muchos más, no quieren seguir la conducta de aquel Sabio, y así pasan la vida rabiando, sin sosiego, y escandalizando a la vecindad. Las mujeres todas son unas: amigos de su gusto, y enemigas de aprobar lo que hacen sus maridos, y poco amantes de estudiar el humor del marido, sus posibles, y más su sufrimiento. Hay mujer que es capaz de desquiciar el buen humor del hombre más prudente y más santo; y no sólo

en esto despuntan, sino que también quieren que sea siempre la suya; y no las harán callar todas las furias del infierno. No ha muchos días que se tiraron de las greñas marido y mujer por igual temeridad. Venía la Señora de oír un Sermón, y al llegar a su casa emprendió a su marido diciéndole: ¿No decías tú que el P. N. era tan buen orador? Pues no he oído otro más gerundio; de cuantos he oído, ninguno predica peor que él; una palabra no le entendí, y creo que lo mismo le habrá sucedido a todos los demás del concurso... Calla, mujer, si tú no lo entiendes, qué mucho que te hayas salido como has entrado... Tal no hubo oído la Señora, cuando empezó a verter tales sapos y culebras por su boca, que hubiera escandalizado al hombre menos timorato. Puso al marido y al pobre orador como un sucio trapo. Siguió la gresca, y al fin vino a parar en embestirse de modo que todo el vecindario no pudo separarlos, sino después de que ya no podía ella con sus huesos.

Viene el marido de la calle, ha tenido algún disgusto, no entra riéndose o cantando, sin atender a la causa que pueda ocasionarlo, empieza la mujer diciendo: ¡Miren qué cara! ¿Qué traerá éste? Tiene disgustos en la calle, y viene a pegar conmigo. Verá Vm. como hoy hay historia.

Va el pobre del marido a sentarse a la mesa, ya preocupado en sus negocios, ya apesadumbrado del suceso que no debe publicar. Pregunta la mujer, ¿qué tienes? Nada, responde. Aquí empiezan los dichos, las indirectas, hasta obligar a saltar al pobre marido. Necesita éste poco para remontarse, sigue aquella con su imprudencia, ya tenemos el temporal, los truenos y los rayos.

Si el pobre paciente dice lo que ha pasado, lejos de suavizarle la mujer, empieza con consejos, sino con decirle como he oído: Ves, no quieres decirme nada, el consejo de la mujer es poco, quien no lo toma es loco. Siempre te sucede esto por no consultarlo conmigo; y otras doscientas mil cosas como ésta, y

peores que ésta. De modo que, lejos de aplacar al otro la ira, se la encienden más hasta parar en tragedia.

En vista de todo esto, ¿cómo querrá el Bachiller que se hallen muchos Sócrates?

Aunque tengan tanta flema y paciencia como el mismo Job, les sacan de sus casillas ya con pretensiones fuera de tiempo, ya queriéndoles reprehender y enseñar, reprobando cuanto hacen, o por último, buscando su inquietud por otros medios algo más irritantes que los orines de la mujer de Sócrates; y de no, ¿qué Sócrates había de tolerar que, no ganando más que diez, quieren gastar como veinte, obligando a los infelices maridos a cosas de un todo irregulares?

¿Qué Sócrates puede sufrir que madama sólo ha de tener el semblante risueño cuando está en casa D. N., cuando sale mano a mano con éste, y cuando se le brinda con su gusto, aunque sea el más descabellado y perjudicial?

Por último, ¿qué Sócrates puede llevar a bien que la Señora gaste todo el día en componerse, en paseos y pasatiempos, sin cuidar de los hijos, ni menos del gobierno de la casa, abandonándolo todo a una criada, no de las de mejor conducta? Pues Señor Bachiller, ¿cómo con esto hay tantos Sócrates como Vm. insinúa en el principio de este discurso?

Sí los hay, y los más mártires, pues a pesar de lo mucho que sufren, callan y toleran muchas cosas por no escandalizar, porque no se publiquen los defectos de su casa.

No como tantos que sin reparo, y sin atender a su propio honor no se detienen en hacer pública su desdicha, ya lamentándose con todo el mundo, ya con las riñas diarias y perpetuas que públicamente tienen con sus mujeres.

Ni como algunos que se ausentan cuando el motivo no es tan poderoso, manifestando lo que no hay.

No hay medio más seguro que la prudencia, que el llevar a sus consortes por el medio más suave, cual es hacerse respetar, cortar siempre la conversación en el momento que se considere que va a parar en riña, y por último, evitar que las mujeres lleguen a insinuarse.

Cuando por estos medios no se consigue el fin, más vale una arroba de flema, paciencia, y silencio, que cien quintales de voces, gritería, y otras cosas algo más impropias. Este es el medio para llegar a ser Socráticos.

## XXIV

### NECESIDAD DE UNA HISTORIA DE LA MARINA EN ESPAÑA

En el grandioso y admirable volumen del Universo podrían leerse todos los fastos de las diferentes edades, si quedaran vestigios que nos los recordasen; pero la fatal e indispensable vicisitud de las cosas con nuestra débil y corta vida obscurecen, cuando no borran los acontecimientos que sucedieron ayer, y que quizá no volverán jamás. Cada momento presenta un nuevo prospecto de sucesos, que sólo existen el tiempo mismo en que perecen. Los hombres mismos viven aproximándose por instantes a su último fin. Los Imperios más famosos duran mientras que caminan para su ruina. El mundo todo corre precipitado a una total trasmigración. No es hoy lo que fue ayer, y en muy pocos instantes quedan apenas vestigios de lo que fue. Sin embargo, el orgullo del hombre le excita a respirar ansioso por la inmortalidad. Este mismo duende ha dado ocasión a que por medio de unos caracteres mudos transmita a la posteridad más remota, a los más lejanos siglos la memoria de todos los eventos, como si acabaran siempre de suceder. Llamamos a esto la historia. Ésta es la que tanto fecunda al entendimiento humano, la que tanto recrea el espíritu, y la que nos

pone a la vista los hechos gloriosos de nuestros Héroe, y las acciones infames e indecorosas de los malos. Ésta es la misma que nos presenta el estado de un Reino, artes, ciencias y agricultura, y cuanto es capaz de servirnos de ejemplo, o para su imitación, o para que huyamos del mal.

Todas las Naciones cultas han procurado enviar a los siglos más remotos por su medio las noticias de sus acontecimientos. Y de ahí nos viene el saber las expediciones marítimas de los pueblos primeros del mundo.

Sabemos la conquista de las Indias por Osiris, el más antiguo de los Reyes de los Egipcios.

Las de Sesostris, en las que se apoderó de todas las Islas y Ciudades del mar rojo, y que habiendo atravesado el Golfo Árábigo subjugó a todas las costas hasta las Indias.

La derrota de la armada naval de los Fenicios por Apries, Rey también de Egipto.

Por la historia ha venido a nuestro conocimiento la gran batalla naval de Semiramis con Strobato, Rey de los Indios.

Por ella se nos presenta a la vista la más numerosa escuadra que hasta en aquellos tiempos se había visto en los mares, con la que emprendió Jerjes subjugar a los Griegos.

El sinnúmero de acciones marítimas entre los Romanos y Cartagineses.

Del mismo modo nos recuerda la batalla más celebrada de los siglos antecedentes a la invención de la pólvora, esto es, la de Actium de Épiro. ¿Cómo, pues, subsistiría la memoria de todo esto sin el auxilio de la admirable historia? Hasta los sucesos más recientes yacerían sepultados en las aguas del leteo. Nada sabríamos de las grandes batallas entre los Ingleses, Franceses y Holandeses, ni tampoco de las nuestras, sin embargo de no ser menos memorables que cuantas se han

referido, si no se escribe la historia. Por consiguiente, quedarían en la más profunda oscuridad Osiris, Sesostris, Apries, Semiramis, Jerjes, Licomedes, Temístocles, Asio, Manlio, Hannon, Amílcar Augusto, Antonio, Cleopatra, Agripa, el Duque de York, el Príncipe Robert, El Conde de San Wich, Opdam, Tromp, D. Juan de Austria, el Marqués de Santa Cruz, el de la Victoria, y otro sinnúmero de Héroe, que merecerán siempre una inmortal gloria. Menos podíamos saber de las vueltas que han dado al mundo, y descubrimientos que han hecho Magallanes, Cano, Anson, Bougainville, Byron, Cordes, Dampierre, Davis, el Ermitaño, Chousen Oliver, Quirós, Rogewin Alvaro, Saavedra, Pedro Sarmiento, Wallis, Carteret, Cook, y otros sin fin de Españoles. Luego es necesaria una historia de la Marina de España. Es así: éste será el único y poderoso medio para acallar a nuestros rivales, y a tantas plumas insolentes como han escrito ocultando de un todo nuestras glorias, u obscureciendo la verdad de los hechos, o atribuyéndose impunemente el mérito que con tantos trabajos han conseguido los Españoles. Cuando no fuese otro el agente que arguyese una necesidad tan precisa de una historia de la Marina de España, debíamos interesarnos a que se escribiese.

El célebre Jesuita Isla, aludiendo a lo poco que se ha cuidado de conservar la noticia de nuestros fastos dice: «Notándonos no pocos críticos de tan secos, y tan poco elogiadores de nuestras cosas, que antes declinamos al extremo de despreciarlas que de encarecerlas; y no falta quien critique esta ingenuidad nacional con el impropio nombre de orgullo Español.» Es indubitable que la modestia natural que anima los corazones de los Españoles y no el orgullo es la causa de que nuestros hechos sean tan poco publicados.

Lo que han escrito los Extranjeros, lejos de favorecernos, propende a borrar la memoria de nuestros Héroe, más bien que a recordarlos. Se dirige mejor a denigrar nuestra conducta, que a ensalzarla según merece; y por último, se inclina más bien de parte de la nación del escritor apasionado, que de la

verdad. ¿Pues cuánto no exige este proceder que los mismos Españoles escribamos la historia?

Puedo probar, y aun demostrar, que nuestro mismo honor clama incesantemente para que nos vindiquemos. Por el propio hecho de que todas las Naciones nos confiesan ese desapego de la exageración, y la ingenuidad que profesamos debemos aplicarnos, o deben emplear el tiempo en escribirla los talentos capaces para ello.

Si se registran los archivos, y se leen las empresas de la Nación, las relaciones de los encargados de ellas, los partes de los Generales, ¿qué de cosas no se hallarán dignas de la inmortalidad?

En los primeros pasos de la civilización de los Españoles, en el tiempo de los Fenicios, Romanos, y Cartagineses, ¿cuántas funciones no han declarado heroicas los propios Españoles?

No sólo en tierra ha resplandecido el valor Español, como lo publican todos los Historiadores antiguos; también en la mar han despreciado los peligros, y han embestido las mayores adversidades.

El primero que dio la vuelta al mundo fue un Español: bien sabido es; pues a imitación de esto se hallarán a millares los hechos fastuosos, los descubrimientos, &c. ¿Pues cómo se consiente que duerman sumergidos en la oscuridad tantos hombres grandes, y tantas heroicidades? Luego qué más prueba se puede dar de la necesidad de la historia de la Marina Española.

Ea, Señores Españoles, ya que no me hallo con fuerzas ni talento para empresa tan necesaria. Señores Marinos, ya que sobran talentos de primer orden en vuestro Cuerpo facultativo, y por último, ya que como que toca a Vms. de derecho emprender este punto tanto esencial, animado del más profundo

patriotismo, suplico, que pues no les faltará favor para que les franqueen los archivos, se sirvan por su vida dedicar algún tiempo para hacer un servicio tan singular a la Nación.

Con esto se conseguirá vindicarnos de las blasfemias de nuestros enemigos, y al mismo tiempo el que la Juventud Marítima se edifique y llene de deseos de imitar a tanto hombre grande como ha conocido España.

Desde luego si me considerara con aquellas dotes que son necesarias a un historiador, desde hoy tomara la pluma para tan opimo fin.

Me ofrecí a ello suplicando me franqueasen los archivos: conocióse mi insuficiencia para tan loable fin, y por tanto lo han dejado para otras plumas mejor cortadas que las mías.

A esas ocurro rogando encarecidamente la emprendan; pues deseo con ansias, como he dicho, ver vindicada mi Patria, y a la Juventud con modelos que imitar.

---

Se admiten subscripciones a este Periódico, por seis meses en las Librerías donde se vende.

---

Con licencia en Cádiz: Por D. ANTONIO MURGUÍA,  
en su Imprenta calle de la Carne N. 6

*Se hallará en dicha Imprenta, y en las Librerías de Pajares, junto las Recogidas, en la de Navarro, junto de S. Agustín, y en la de Comes, calle de la Verónica.*

## N. 17

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

Entre otras cosas que observó el Argonauta, en los días que hizo mansión en la Luna, fue el que todas las gentes vestían cada una según su estado y haberes.

Miró a algunas Señoras con un lujo al parecer desmedido. Éstas, le dijo el Filósofo, pueden gastar esta profusión; y se les permite con el fin de que las artes e industria no decaigan.

Esotras que Vm. repara, siguió, visten algo menos opulentamente, porque son conocidas del segundo rango. Y esas otras son las mujeres e hijas de los artesanos. No verá que se mezclan unas con otras, a lo menos en público, porque es punto de la constitución de esta República el que cada una manifieste en su porte lo que es, cómo se llama, y por último, si es noble o plebeya, si rica o pobre, &c.

El Bachiller tomó esto a muy mal, y dijo: Por cierto que es ésta mucha vanidad. En este punto, Señor Filósofo, estamos mejor allá en mis Países. Todas parecen unas, igualmente nobles y ricas.

Allá la hija de un pobre se considera merecedora del mismo Rey. Y si Vm. asistiera en los paseos públicos en los días de concurso, no distinguiría Vm. cuál era rica, pobre, noble, o plebeya; mas le puedo decir que las más Señoras y más acaudaladas son las que menos lo manifiestan en su porte. ¿No es esto mejor?

Bien se conoce que no reina aquello que se llama orden en la tierra.

En ningún caso es laudable la confusión, y mucho menos en el de que se trata.

Es verdad que todos somos unos, como sucederá allá en sus Países; mas, en no dándome Vm. separación y división de órdenes, crea Vmd. que no es posible que subsista la especie humana.

¿Vm. no mira en esa campaña unos árboles que parece que quieren tocar con los Astros? ¿No observa otros menores hasta la más pequeña hierba? ¿Le parece que quiere decir esto poco? Pues sepa Vm. que lo mismo debe acontecer entre los hombres y las Señoras.

¿No mira Vm. el león entre los animales, y de éste no siguen otras especies hasta la más inmunda sabandija? Pues lo mismo debe verse en la especie humana. Los leones andan con los leones; pues los Señores y Señoras con los iguales; los cerdos con los cerdos, &c. Conque bien claro tiene Vm. que en la tierra no proceden bien; que deben vestir y acompañarse con los de su gremio, y todo lo demás es desorden.

Me reiría yo mucho si viera que una niña de pobre nacimiento pensase, como Vm. dice, ser acreedora a ser mujer de un Príncipe. Por su vida respóndame a esto: ¿Acontece allá que una niña de bajo nacimiento case con un sujeto de superior jerarquía, o lo contrario?

Muy frecuentemente, y casi todos los días.

¿Qué me dice? ¿Podrá darse mayor desacierto? ¿Y se permite eso?

Le diré a Vm. las leyes lo prohíben en ciertas circunstancias; mas son tantos los pleitos, que siempre lo considero inaccesible.

Bueno es; pues acá se daría por nulo todo matrimonio que no fuese con iguales partes.

Acá viven los padres bien descuidados en esa parte. Es preciso que Vm. sepa que allí en la tierra la Religión no distingue de calidades; pero ahí entran las leyes del Príncipe, que aunque no puedan derogar las de la Religión, en ciertos casos y circunstancias pueden modificarlas, y mucho más si fueren puramente Eclesiásticas.

En este punto no puedo responder a Vm. Mas sí le diré que hay leyes para conservar el orden en lo concerniente a matrimonios.

Dejemos esa materia, porque podría deslizarme casualmente.

Está bien. Volviendo, pues, al vestir de todas las Señoras, sin que puedan conocerse distintamente cuáles son ricas o pobres, nobles o plebeyas, no puede menos de atraer muy perjudiciales consecuencias.

Es así; y con este motivo creo que corre allá en mi País el refrán: Viste como te llamas, o llámate como te vistes.

Pues no puede menos de haberse conocido días hace este abuso.

¿Y los hombres?

También siguen la propia conducta. Vería Vm. el día de trabajo a algunos todos tiznados, hechos una miseria; y luego el día de fiesta no los conocería.

No es tan fácil distinguir tampoco entre ellos si sean o no sean.

El que menos carga un par de relojes de oro, con lo demás correspondiente, de modo que, al parecer, se manifiesta en la calle cual podría el Comerciante más poderoso.

Bueno está. ¿Conque también los hombres?

Entran asimismo en las modas casi lo mismo que las Señoras.

¡Buena desvergüenza! Por cierto que jamás lo hubiera pensado.

Ya Vm. mira los de acá; pues lo mismo vestían hace dos siglos.

También dicen que nuestros antepasados conservaron por muchos un hábito que en el día llaman a la Española antigua; pero se dejó aquel, y han entrado tantas y tantas modificaciones, que no es posible referirlas. En el día gastan unos sombreros que podrían servir antes de parasoles. Tan breve gastan el talle debajo de los sobacos, como cerca de las pantorrillas. Ahora todo es listado, hasta las medias; y en una palabra, estoy por decir que son más monos que las mismas monas.

Admirado, atónito y pasmado me ha dejado Vm. Si ellos hacen esto, ¿qué habrá que extrañar en las Señoras?

Poco a poco, también los más gastan cotillas, aguas de olor, y pintura.

¡Cielos, qué oigo! ¿A tanto extremo ha llegado la afeminación?

Algo me queda que decir, pero ya es tarde.

Vamos, que se conoce que su Región está enferma. Quédese de una vez acá. No, no vuelva a unos Países tan corrompidos. ¿Qué se podría esperar de semejante casta de hombres? ¿Todos piensan así?

No Señor: hay muchos que se lamentan de tan fatal desdicha, que visten como se llaman, y que tienen deseos de volver a las costumbres antiguas. Lo que yo he dicho es por lo general.

## XXV

### MÁXIMAS QUE DEBEN OBSERVARSE PARA APAGAR LOS INCENDIOS

Siempre la confusión ha sido enemiga del acierto, y más en los casos de horror, como en un incendio.

La serenidad con alguna flema han producido efectos más ventajosos.

Navío mandado por muchos, difícilmente seguirá la verdadera derrota.

Uno sólo debe mandar en el acto de apagar un incendio.

En las Ciudades populosas es conveniente nombrar uno para cada barrio, y éste que sea sujeto inteligente y de disposición.

Al toque de la campana deberán ocurrir todos los encargados a dirigir las faenas, y tomará la voz el primero que llegare.

La primera atención del director será imponerse del estado del fuego, de sus grados, y de si tiene inmediatas materias combustibles, como almacenes de madera, aguardientes, &c., como asimismo algún archivo u otra oficina de importancia, para prevenir con tiempo que se desocupen. Asimismo en la misma casa hubiere algún depósito de leña, carbón, paja, &c., pues entonces debe ser su especial cuidado prevenir que no llegue allí el fuego, o el desocuparle inmediatamente. Lo mismo se debe entender en las casas próximas.

No sólo debe cuidarse de lo expresado, sino como objeto primero extraer todas las personas chicas, grandes y ancianos o enfermos de las casas vecinas, y después todos los muebles, efectos de mercancía, &c., pues por defecto de esta prevención

han perecido y perecen diariamente las personas, dimanada de la confusión.

Ya se dijo, que lejos de abrir puertas y ventanas, portillos y brechas, debe cerrarse toda abertura por donde pueda tener ingreso el viento, y que en caso de echar agua, debe ser por la parte opuesta donde viene el viento. Éste es el que impeliendo la llama acrecienta el fuego, y sin él no es posible que tome cuerpo el incendio.

En cuanto al agua, se supone que en los grandes Pueblos tendrán a prevención en cada barrio una bomba de incendio, cubos, y demás útiles, los que serán conducidos a la casa incendiada en el instante primero de saberse el fuego.

También se considera habrá dispuestas escalas grandes, fuertes, y largas para subir a los cuartos altos; pero éstas no serán jamás tan útiles como los estantes en la forma siguiente:

En lugar de las escalas deben preferirse, según dictamen del Bachiller, unos palos de la mayor altura, a cuyos lados estén clavados unos tojinos grandes a distancia de media vara, y que en su extremo superior estén asidos cuatro o más cabos que tengan la longitud de todo el estante.

Éstos en primer lugar no faltan, esto es, no se rompen, como ha visto con las escalas, y al mismo tiempo lastimarse muchos, objeto que también ha de llamar la atención del Director.

Con aquel, agarrados de las cuerdas, suben con indecible facilidad, sin el recelo de que se rompa, &c.

No es la mucha gente la que más fácilmente apaga un incendio; antes por el contrario acredita la experiencia que se consigue menos, y más desgracias.

Según la pieza o piezas que coja el incendio será la gente que se debe emplear, para que no se confundan, como ha visto el Graduado.

Mejor es que se empleen en desocupar las casas inmediatas, y con el cuidado de que no se permitan, o se celen los robos tan frecuentes en iguales casos.

Si el incendio no está más que en un cuarto o sala, ya se ha dicho que cerrándolo exactamente se extinguirá sin otro recurso.

Dirán que aun de ese cuarto se deben sacar los muebles; pero repicar e ir a la procesión no puede de ser.

Ésta es las más de las veces la causa de que el fuego tome cuerpo.

¿Cuánto mejor será que se pierda sólo lo que contiene una pieza, que toda la casa, y muchas de las inmediatas?

Mas que le murmuren al Bachiller las repeticiones, encarga, y vuelve a encargar, que en cuanto se vea incendio en una pieza, sea la que fuere, que se cierre toda comunicación de aire exterior, que es el medio segurísimo de no seguir un incendio.

Si por un medio tan fácil se pueden evitar tantos estragos, ¿por qué no se ha de abrazar?

Es preciso que el Director, impuesto en la magnitud del fuego, ocurra al agua, o deje este medio por ocurrir a otro mejor que es el siguiente.

Cuando es mucho el incendio, no es factible apagarle con el agua, pues en este caso ocurrirá aislar la casa, esto es, a derribar las inmediatas, no esperando estas diligencias para cuando estén ya dos o tres más incendiadas.

Es necesario poco conocimiento para comprender cuando no puede por medio del agua extinguirse el fuego; y en este caso no se hallará otro arbitrio más que el arriba dicho.

No hay que detenerse, pues es mucho mejor ocasionar un daño menor para evitar otro mayor.

No es lo mismo que se derribe una casa, dos, tres y cuatro, si fuere menester, que no ver arder una manzana entera.

También es forzoso prevenir, que respecto a que no son las piedras, esto es, las paredes las que se inflaman, y por las que se propaga el fuego, sino la madera, bastará cortar la comunicación de éstas, esto es, cortar la comunicación de todo lo que tenga contigüidad con la casa o casas inflamadas.

Ha visto el Bachiller emplearse en derribar paredes maestras, como si fuesen de alguna materia combustible. ¿No será esto una necesidad?

Atendiendo el Director a los diferentes grados del fuego, y demás circunstancias, obrará y mandará conforme a ellas, evitando toda confusión y desgracias.

Ya el Bachiller deja este punto, con esperanzas de decir otras cosas otro día.

Como no halla escrito nada de esto, produce de su caletre.

Ha visto las Memorias de la Academia de Ciencias; sólo halla tres que hablen de este punto, con la desgracia de no tocar nada de lo dicho, ni de cosa que a la verdad subministre reglas.

Por tanto piensa el Argonauta, y pensará en beneficio de la Sociedad.

---

Se admiten subscripciones a este Periódico, por seis meses en las Librerías donde se vende.

Con licencia en Cádiz: Por D. ANTONIO MURGUÍA,  
en su Imprenta calle de la Carne N. 6

*Se hallará en dicha Imprenta, y en las Librerías de Pajares, junto las  
Recogidas, en la de Navarro, junto de S. Agustín, y en la de Comes, calle de la  
Verónica.*



## N. 18

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

Andábase el Argonauta viajando por el mundo, y sin embargo de ver, tocar y palpar cosas que le parecían algo menos que naturales en la especie humana, no le asombraba el ver que los más tenían fundada su inmortalidad en las Boticas y Médicos. A otros que, cargados de oro como el jumento de Alciato, se detenían en gastar un real para comer, y a veces pasaban años saludando mesas y servilletas de las casas de los amigos.

Tampoco lo sorprendía el mirar algunos cuya Filosofía toda se dirigía a engañar a todo el género humano; por último, nada excitó su atención sino un grande Hospital lleno de enfermos.

En el frontispicio se leía esta inscripción: *Hospital de Quebrados*. Oía un excesivo murmullo y gritería, por lo que preguntó a uno que estaba en la puerta: ¿Amigo, parece que son muchos los dolientes?

Sinnúmero, respondió el preguntado.

¿Pues qué, tan fácil es quebrarse en este País?

De cuantas enfermedades adquieren en éste las gentes, ninguna se pega más fácilmente que ésta.

Dígame Vm. por su vida, ¿por dónde se quiebran esos infelices?

Ha, ¿que Vm. lo ignora?

Si lo supiera, no le preguntara.

Pues no crea Vm., ni imagine que las quebraduras de estos penitentes son del género de las que se ven en los Hospitales generales de Madrid, Barcelona, &c., ni en el de San Juan de Dios en ésta. No Señor, estos quebrados son de otra cala, de diferente catadura. Supuesto que Vm. está ignorante de ello, présteme la atención, que quiero informarle radicalmente, y sin que le quede escrúpulo de duda. Ha de saber Vm. que de esta multitud de pacientes hay varias especies. Unos que se han desgraciado sin poderlo remediar. Otros que pudieran muy bien haberlo evitado, y otros, en fin, que lo hacen con toda su voluntad, y con el mayor descaro del mundo.

Los primeros son dignos de la mayor compasión, y mucho más aquellos que padecen y sufren tan malvada enfermedad por los últimos. No bastan todas las precauciones, todas las invectivas para libertarse de la ruina, por lo que Vm. verá cuando le haga su pintura.

La segunda especie comprehende una grandísima porción. Unos de éstos echan a gastar y triunfar con tal exceso, que sin atender a lo que pueda producir el giro, cuando menos se percatan, se hallan huyendo para San Antonio. Otros hay que se dejan llevar de sus mujeres, o de las ajenas, y con esto dan fin con todo lo que tuvieren suyo, y lo más doloroso, con lo ajeno. Éstos no son ya acreedores a la conmiseración. De éstos hay otra clase, que aunque al parecer son acreedores a la lástima, mirado con perplejidad son tan delincuentes como los más. Éstos por la codicia excesiva se meten a redentores y salen crucificados. Últimamente, los de esta jerarquía sacrifican a muchos, pues con la apariencia de muy precavidos y diligentes, obligan a que quiebren los que fian en sus exterioridades.

Los del tercer gremio son por todas circunstancias inicuos. Unos guardan fondo sin atender que sea ajeno, y después se

declaran incapaces de pagar, presentan una mínima parte, y quedan por este medio ricos con el caudal ajeno. No es lo peor esto, sino que después salen comprando fincas, y si es menester echando coches, más que les pese a los infelices de quien fueren los caudales. Todo este desahogo, y aun más se experimenta diariamente.

Otra especie hay de éstos, aun más mal intencionados, pues hacen desde los principios una larga carta de dote a sus consortes. Quiebran, mas no del espinazo, y luego ocurren a las posesiones y caudales imaginarios que jamás tuvo su mujer, y con esto caiga el que cayera, perezcan todos los que hubieren puesto fondos en sus casas.

Se ve otra especie de esos entes, que ya han ganado la costumbre de quebrar, y con todo hallan soldadura con plata y oro, y lo más gracioso, a quien volver a engañar. La sinvergüenza con que se presentan al público es lo más chistoso que puede esperarse. Éstos son por lo contrario de los hombres de vergüenza, que o dejan el país, o se meten donde no les dé ni aun el Sol. Muy al contrario, se presentan más gordos y colorados, cuando mayor ha sido la rotura. En fin, por no molestarle de referirle otras cien mil especies que visitan este Hospital, todos de esta última raza.

Pasmado y aturdimado quedó el Argonauta al oír tantas y tales cosas. No le quedó que exclamar, ni maldición que no arroja-se sobre tal Hospital de Quebrados. ¿Tal sucede en el mundo?, preguntaba. ¿Será creíble que se consienta tal manera de hombres? ¿Cómo no hay remedio para precaver esa enfermedad, ni para curar tan pestilente casta de enfermos? ¿Duermen, acaso, los sanos que fían su dinero, que lo exponen a tantas incurias? ¿Qué, no les será lícito vigilar y contener a los que se despeñan en gastar más de lo que pueden? Vamos, que con razón el Argonauta no se ha llenado tanto de admiración con lo que ha visto, como a la presencia de esto que sucede con tanta frecuencia.

Comamos y bebamos, pongámonos gordos, y a todo cuanto digan hagámonos sordos. Esto es lo que diz que dicen los de las dos últimas clases, y en especial los de la postrera. No hay como meterse a comerciante, si tan fácil es darse buena vida, aunque sea a costa de quebrar sin lastimarse hueso. Péguenle fuego a tal Hospital. Quémense hasta los enfermos, que con esto se destruirán hasta los malos vapores que de él puedan salir. No hay otro medio para la peste como el fuego. Pues a ella, no se deje ni memoria, para que de este modo puedan vivir más seguros los sanos presentes, y los por venir. Hasta el nombre debe de salarse, y borrarse de los Diccionarios, para que de un todo se acabe tan perversa enfermedad, y tan pestíferos enfermos.

Mi amado Señor Argonauta, no sea Vm. tan cruel. Ordene Vm. mejor que a cada quebrado se le señalen uno, dos, o tres mil pesos anuales para que puedan mantenerse ínterin dure el ajuste de cuentas. Ése será un medio más benigno, y más tolerable... Sí, para que haya más quebrados de todos géneros. Pues a lo menos redúzcalos Vm. a enteros, mas que sea apurando todo el cálculo del infinito... Sí, eso haría desde luego enteros los colgaría como racimos de uvas.

No tanto, por vida suya. Mire que de este modo acabará con el Comercio.

No, por cierto. Pocos, buenos, y sanos. Pues haga de ellos lo que quiera, no tenga compasión, ni caridad cristiana. La falta que tiene, que ni Barrabás es capaz de llevarlo adelante; porque, porque... Pues déjelo como se estaba. A Vm. le han de llevar los ningunos reales que tiene. Ellos mismos avisan al que duerme, para que no se fien de ellos; y así, el que no escarmienta, que pague la pena.

Dice Vm. muy bien. Vivan todos, más que no escarmienten todos, esto es, viva el que se acomoda con lo que no se puede remediar.

## XXVI

### VESTIDOS

El Argonauta quisiera en un día tratar de todas las materias útiles, y se incomoda muy demasiado cuando ve que no puede desempeñar un punto solo de modo que satisfaga a Vm. y que le tranquilice a él.

Ahora va a hablar de los vestidos. Friolera es. Nada menos contiene este puntico que la mayor parte de las Artes. ¿Pues cómo será posible desempeñarlo con sólo un discursito? No es esto lo más, pues siendo muchos los que se necesitan, también será preciso interpolarlos de modo que se dé Jueves que no diga de ello ni una palabra. Pero pues no hay otro remedio, ¿para qué será afligirse? Vm. lo recibirá como y cuando el Bachiller los dé, y basta concluir con: Se continuará. Con esto queda el Graduado desahogado, y empieza con nuestro Padre Adán.

Mientras no pecó este primer humano, no cuidó de vestido, como que se hallaba en un Paraíso en que todo eran delicias, y en donde no se conocía frío, calor, insectos, ni cosa de las que le obligaron a ocurrir a taparse después. Quebrantó el precepto, y al oír ¿adónde está Adán? su primer cuidado fue buscar con que taparse. Ya tenemos al hombre constituido a buscar vestido. Señores Sastres, ya parece que va a comenzar su Arte de Vms., pero poco a poco, que las hojas de los árboles parece que fueron las primeras que usó para vestir las partes pudendas o vergonzosas. Por ahí tuvo origen aunque remotamente su esclarecida Arte, por más que no fueron necesarias tijeras, agujas ni hilo. Viose fuera del Paraíso, enristraron con él los mosquitos, tábanos, y demás animalejos impertinentes, y le obligaron a cubrir también las demás partes; pero ocurrió a las pieles de los animales, y con ellas logró él y muchos de sus descendientes el libertarse de sus injurias.

Dice el Argonauta, que debajo de la zona tórrida, allá en el Occidente, no pudiendo los naturales sufrir las pieles, por los excesivos colores, han hallado el arbitrio de untarse todo el cuerpo con cierto betún, y que por este medio consiguen evadirse de la guerra que sin este remedio les harían tantas y tanta copia de insectos como producen aquellos Países. De esto sale fiador el Argonauta, porque lo ha visto, tocado y palpado.

En cuanto al tiempo en que se dejaron las pieles, y se usaron otros materiales para tapar las carnes, no piensa entrometerse el Bachiller; pero va a decir su modo de pensar, sin pretender establecer ningún axioma, ni destruir el sistema que otros han establecido sobre el particular. Dice, que supuesto que después de haber pecado nuestro primer Padre le quedaron los conocimientos de las Ciencias naturales, verdad muy recibida en todo el Orbe Cristiano, que en este supuesto tuvo conocimiento de la lana, crin, pelo, cáñamo, lino y demás materias primeras de que en el día se forman o componen los vestidos. También le parece que lo primero de que echaría mano sería de tejerlos de palma, una obra tan sencilla, que sin el mayor trabajo se deja conocer; y mucho más cuando la había en abundancia en los primeros Países que habitaron. Se funda también para ello en que sería más fácil que no ocurrir a las preparaciones diferentes que pide el cáñamo y el lino. Opina también, que la lana sería la segunda materia de que haría uso; y por último, que a medida que fuesen presentándose las exigencias, tomaría los recursos.

Aunque el Abate Mr. Pluche en el Espectáculo de la naturaleza de los primeros tejidos a manera de colchones o de filtros, el Bachiller no puede conformarse con esta opinión, y se funda en haber visto que los Indios en las Américas ignoran semejante modo de tejer, y era a su parecer natural, que a lo menos en el tiempo del descubrimiento lo usasen, como que en algunas partes parece que estaban cual los primeros humanos. Tenían sus filmas o mantas de algodón y lana tejidas del mismo modo que se fabrican acá, sólo con la diferencia de no

ser con telar. Además el colchón del modo que lo quiere el Señor Abate, exige otros simples, como echará de ver el que los haya visto. En cuanto al filtro no se vio ni una pieza en aquellos continentes, y desde luego se pasaron muchos siglos antes que se conociese semejante modo de tejer, aun en los Reinos más cultos. Este es el dictamen del Bachiller. No pretende destruir el mérito del Señor Abate, pero hubiera reventado si no hubiese parido este pensamiento. Ya que es este filtro el sombrero, me parece que una vez que su lugar es en la parte superior del hombre, es de justicia hablar antes de él.

Veamos las materias de que se compone el sombrero: la lana de los corderos, el pelo de liebre, el de conejo, el castor, el plumazo del avestruz, el pelo de camello, y otras lanas y pelos.

En el día para los sombreros finos se toma la borra del castor apartando antes el pelo largo y exterior ya endurecido en el aire. Ya se emplea un tercio de castor seco, con la circunstancia de que no hayan dormido los habitantes del Canadá, y dos tercios del castor [*crudo*]<sup>158</sup>. Los salvajes del Canadá se sirven de ella en lugar de colchones; y después de muy usado, como más dócil, es más propio para que resulten más tupidos los sombreros, y tengan más consistencia. También los fabrican con mitad, y aun con un tercio de castor, y lo restante de pelo o lana. Ha visto el Br. una casta de conejos cuya lana es tan larga, tan fina y tan liable, que se cree sea tan propia como la borra del castor. También se le encuentra una borra adherida al pellejo, sumamente fina. Esta lana o pelo de dichos animales es tan dócil, que se puede hilar lo mismo que el algodón. Antes de emplear el castor se mulle o tunde con la cuerda de un arco, y después de preparado se forman unas plastas de figura triangular, después van formando una tela a manera de embudo; y metiéndolo varias veces en un caldero de agua hirviendo, van

---

<sup>158</sup> Lectura más verosímil.

disponiéndolo en términos que esté apta la tela para aplicarla al molde, después añadiendo el castor en las partes más débiles hasta formarlos de todo de un propio grueso, y dándole la consistencia correspondiente se encola, allana, y da lustre.

[*Perdone*] por ahora el Señor Abate, que no es creíble que los filtros fuesen los primeros tejidos que se han usado en el mundo; a lo menos, no quiere creerlo por lo que lleva expuesto. Si piensa el Argonauta que los primeros que se usaron en el mundo, esto es, los sombreros, se gastaron gachos, y que el tener una ala levantada lo introdujo la milicia, y que los tres picos en forma de candil vinieron de las espaldas de los Pirineos, como asimismo las modas de grandes, pequeños, con el pico más o menos bajo, y con otras monadas que vienen y van, las que por ahora y siempre declara el Argonauta por enfermedades de los cascos, que varían en su configuración, entrando, como dicen, en la moda.

El fin primero de la invención de los sombreros fue sin duda guarecer la cabeza de las injurias exteriores, como del Sol y del agua. Pero el que los puso a manera de candiles, tuvo desde luego otro objeto diferente. Por fin, vino el Bachiller al mundo, los vio así, y del mismo modo los va a dejar. Si quisiera que se perfeccionasen las fábricas de ellos, y ahorrasen a los Extranjeros el trabajo de traerlos. Pero poco a poco, que ya los fabrican en España tan buenos como los mejores de Francia... ¿Pues a qué dar a los Extranjeros este beneficio? Esto es lo que no puede entender el Bachiller. Pero ya, ya va a caer en la cuenta. Se quejan los mismos Fabricantes de que no tienen estimación los de acá, y se lamentan los Patriotas de semejante desdicha, y si se les mira el que llevan encasquetado es de París. Bien viene el don con el turuluque. El Patriota deja de serlo en el momento que no viste y calza géneros de su Patria; porque deseoso de que no salgan los metales de su País, y de que prosperen las artes, mira como sacrilegio hacer lo contrario. Algunos conozco que no usaran género extranjero por más que los apremiaran. Éstos son verdaderos Patriotas.

## N. 19

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

El Argonauta, que por lo que tiene de Argos está siempre atento como con cien ojos, ha observado que los criados, criadas y oficiales de oficios y artes circulan como los cangilones de noria, y por lo general hacen poca mansión en las casas. Ya él había días que estaba tocando este abuso. Ayer se puso a meditar en qué consistiría tan poca subsistencia de parte de los Amos y Maestros en sufrir a sus domésticos, y de parte de éstos lo poco que se paran en decir: Busque Vm. quien le sirva. Después de haberse tomado varios calentones de cabeza, no le fue posible dar con el *quid*. Para ello se resolvió consultarlo con éstos, y con los oficiales y criadas. Se le vino a la mano un amo despidiendo a un sirviente. Díjole éste: Señor Argonauta, ¿creerá Vm. que en este mes he mudado seis criados? Al oír esto se le vino la miel a la boca, y preguntó inmediatamente cuál era la causa. Respondió aquél: Amigo, por más que uno piensa en darles gusto, jamás están contentos. Todo es pedir gollerías; ninguno está contento con lo que acá se come, ni vale el darle el salario adelantado. Deles Vm. estar sentadas, salir a la calle, y si lo hubiéramos de decir todo, permitirles que entre en casa el señor Fondón su entretenimiento, mas que sea con el título de primo. Con esto, ¿cómo quiere Vm. que mi mujer y yo podamos tolerarlos? Oiga Vm., lo peor es que si encuentran alguna cosa mal puesta la suelen acomodar, o darle destino. No, no, Señor Bachiller, no se puede tolerar.

Vamos allá, dijo, ya hemos encontrado con una de las fuentes de donde dimana la poca subsistencia de los sirvientes. Salióse para una derrota, y no bien habría andado cuarenta pasos, cuando le suspendieron las voces de una tienda de un Artesano. Como deseoso de imponerse en lo expresado, se detuvo en la inmediata para oír, e informarse del objeto de aquellos gritos. Deciales el Maestro al Oficial: Hombre, buena es, ahora que Vm. me ve más ahogado se anda tres días paseando sin acordarse de la tienda. Es cierto ¿que yo no he de tener facultades para divertirme? Pues no, Señor, si Vm. no estuviere contento, por aquí se va a la calle. Buena desvergüenza, la culpa la tengo yo de suplirles a Vms. dinero, y no despedirlos a la primera que me hagan. Pues no Señor. Ea, que ya el Argonauta va descubriendo la causa de la movilidad y poca constancia de los Amos en sufrir las incomodidades de los criados, y de los Maestros las de sus Oficiales. Con esto tenemos, que unos y otros necesitan de algún concejillo, aunque sea de Salomón. Para lo que toca a los Señores Amos, vaya este cuentecillo, que desde luego puede servirles de guía en lo sucesivo.

Había un Oidor en Méjico que, por no mudar de criado, les cambiaba nombres. Por ejemplo, se llamaba Pedro, a los ocho días poco más o menos le daba el nombre de Juan; y luego después Safronio, &c. De los varios amigos que entraban con familiaridad en su casa observó uno esta mutación de nombres, y movido de la curiosidad le preguntó ¿que en qué consistía que en menos de tres semanas había bautizado tres veces a su criado? Respondió el Señor Oidor lo siguiente: Diez años hace que estoy en Méjico; en cinco años mudaría como quinientos criados, y por último hallé que todos eran unos, e iguales con corta diferencia en todas circunstancias. Visto esto, dije para mí mismo, ¿a qué me canso en mudar todos los días de sirvientes, sin lograr mudar de condiciones? Mejor será que me mantenga con el primero que venga. En efecto, me resolví a ello. A los pocos días ya fue forzoso desprenderme de toda la irascible para no despacharle, y tomé el partido de llamarle y

decirle: Oye, Pedro, hasta aquí te has llamado Pedro. Cuidado que en adelante te has de llamar Juan. Cometió otro defectillo primo hermano de aquella de cortar un mecatillo y fue preciso contentarme con bautizarle con el de Safronio, y así seguiré cambiándole nombres hasta que agote todo el Diccionario de Moreri. Con esto logro dos cosas: la primera, conocer a fondo las propiedades de mi criado, y la segunda hacerle que se acomode a mi condición, que no es de las más suaves. ¿No es verdad, que éste es el verdadero medio para que subsistan los criados en las casas?

Qué dice Vm. Señor Argonauta, si hay sirviente que no es capaz que le sufra el mismo Job.

Para eso, en hallando uno mediano, soportarle algunos defectillos, y si es menester acudir a la receta del Oidor.

En cuanto a los Señores Amos con sus Oficiales, si éstos se dan la mano con los antecedentes en un todo y por todo, aguantarlos mientras no se hallen otros que sean más racionales. Y es menester que adviertan que los Oficiales son hombres como los demás, y que unos a otros debemos tolerarnos mutuamente, pues que por nuestra desgracia vivimos todos llenos de defectos.

El buen modo y la buena paga son dos atractivos, que si los gastasen muchos Señores Maestros tendrán Oficiales perpetuos.

Mientras hay mucho trabajo, mientras se ven cargados de obra procuran gastar buen humor con los que les dan el producto; cuando decae la fatiga, ya se buscan pretextos para obligarles a irse. Vuelve la urgencia, venga María.

No, Señores míos, no es ésta la conducta que debe observarse.

Al Oficial inútil, o que no desempeña su obligación, o que tenga algún vicio, no admitirle, ni por el pretexto de mucho

trabajo, y conservar a los buenos, y aun a los medianos, como sean aplicados y hombres de bien.

Asimismo los Oficiales que dan con Maestros de conducta, que les pagan con puntualidad, es preciso que procuren complacer a sus Maestros, mayormente cuando ocurre algún empeño. Para estos casos deben quitarse el sueño a fin de que éste dé salida a su trabajo.

Ínterin Amos y Criados, Maestros y Oficiales no se suplan recíprocamente, siempre, siempre se verá ese giro y poca permanencia.

Muchos de los defectos de los Oficiales, y aun de los Sirvientes, dependen del poco celo de los Amos y Maestros.

Desde los principios se enseñan a que sepan tolerar, y cumplir.

El que no guste de que los domésticos le roben, viva vigilante, y guarde las cosas. La ocasión hace al ladrón: quitando ésta se quitará el efecto.

Por cierto que no vendrían sino muy de molde unas constituciones relativas a las obligaciones de unos con otros.

¿Para qué, Señor Bachiller? En otros Países no se experimenta esta peste, y no son necesarias constituciones.

Pues véanse más a fondo los principios de donde emana esta plaga Gaditana, y venga el remedio, porque el Bachiller confiesa que no alcanza más.

**COMPENDIO  
DE LA HISTORIA ANTIGUA DE ESPAÑA,  
POR JUSTINO**

Trogo Pompeyo, que floreció en el bello siglo de Augusto, escribió la historia antigua hasta su tiempo. Justino dedujo de ella un compendio, cuyo último libro sólo trata de España. Vivo persuadido que el Señor Público recibirá este corto trabajo de traducirla al Castellano con el aprecio que ha merecido siempre su Original.

**CAPÍTULO I**  
*HISPANIAE NOMEM, &c.*  
**NOMBRES DE ESPAÑA, SITUACIÓN,**  
fertilidad, ganados, límites, figura  
y salubridad

Los Antiguos la llamaron Iberia del Río Ebro, y después de Hispano la conocieron con el nombre de España.

Está situada entre el África y la Francia, y se halla encerrada por los Montes Pirineos, y por el Estrecho de Gibraltar, u Océano, como le llama Justino.

Aunque es menor que ambos Países, es mucho más fértil, porque ni se halla tostada por los violentos rayos del Sol como el África, ni se ve molestada de los vientos fuertes como la Francia, pues goza de un temple medio entre una y otra. De ahí resulta que, disfrutando por una parte de un calor templado, y por otra de unos aires puros y suaves, es fecunda en todo género de frutos, de modo que su abundancia no sólo suple las exigencias de sus habitantes, sino que también suple a la Italia, y la misma Ciudad de Roma. Por consiguiente, no sólo produce mucho trigo, sino también vinos, mieles y aceites. Además del hierro, que es muy abundante, produce numerosas Yeguas.

Si se deben alabar sumamente las tierras buenas, mucho más las riquezas de los preciosos metales. Ya las cosechas de lino, cáñamo y esparto son crecidísimas, de suerte que tierra alguna es más feraz.

No se hallan en ella rápidos torrentes que incomoden a los ganados: con mansedumbre y suavidad riegan las viñas y los campos. Tiene brazos de mar, o rías del Océano abundantísimas en pescados. Muchos enriquecen con el oro que extraen de las lagunas. Sólo se une con la Francia por una parte del Monte Pirineo; en todo lo restante se halla circuida de mar. Su figura es casi cuadrada, sólo que por la parte del Estrecho está como oprimida con los Pirineos. El espacio que coge de los Pirineos se extiende a seiscientos mil pasos. Es igualmente saludable en todas sus partes, porque el aire no se contagia con los vapores de los estanques o lagunas. La favorecen unos vientos del mar, que soplan de todas partes, con el que penetrada por todos lados, y ventilada con el aire terrestre resulta singularmente sana a sus habitantes.

### NOTA

Trogo Pompeyo, Historiador Latino, natural del País de los Voconcios, en la Gaula Narbonense, floreció en tiempo de Augusto así a los principios de la Era Cristiana. Justino escribió el compendio de su historia sin mudarle el número de los libros, ni el título de Historia Filípica. A este compendio se atribuye la sensible pérdida de la obra principal. Desde luego le puso el nombre de Historia Filípica, porque desde el libro 8 hasta el 41 habla del Imperio de los Macedonios, que debió su origen a Felipe, Padre del gran Alejandro. De las muchas ediciones que se conocen de esta Obra, se prefiere la de Leipzig en el año de 1737, por J. Federico Fisher, sujeto versado en todo género de doctrina.

Desde luego el Padre Mariana siguió a este Escritor en cuanto a la situación, y lo demás de este Capítulo. Plinio la

pone por más hermosa que todas las demás partes de Europa. Mela le hace elogio igual. Todos los Escritores le confiesan las más bellas cualidades, tanto de parte del clima, tierras, &c., cuanto por lo que concierne a sus naturales.

CAPÍTULO II  
*HISPANORUM MORES, &c.*  
**COSTUMBRES DE LOS ESPAÑOLES,**  
Viriato su primer Capitán

Los Españoles tienen el cuerpo dispuesto al trabajo y la hambre, y el ánimo a la muerte. Gozan de una parcimonia constante y cerrada. Prefieren la guerra al ocio. Si no se presenta enemigo extraño, le buscan en su propio País. Muchas ocasiones prefieren sufrir la muerte antes que revelar el secreto, de modo que es mayor el cuidado que tienen de la taciturnidad, que el de su propia vida.

Se celebra el sufrimiento de aquel Criado que en la guerra púnica, como venganza de su Señor, se reía en medio de los tormentos, y manifestaba tanta alegría, que con su serenidad alegre venció la crueldad de los mismos que le atormentaban.

Su espíritu es por naturaleza inquieto. Muchos soldados estiman en más sus caballos y sus armas que su misma sangre. No celebran con ostentoso aparato de manjares los días festivos. No supieron lavarse con agua caliente hasta que lo aprendieron de los Romanos después de la segunda guerra púnica. En tanta multitud de siglos no hubieron otro Capitán más grande que Viriato, el que por tiempo de diez años venció a los Romanos con varias batallas, y a quien siguieron, no por elección de los Pueblos, sino porque era perito, y sabía con la precaución libertarlos de los peligros. Fue tanto su valor y continencia, que habiendo vencido muchas veces a los ejércitos Consulares, con tantas y con tan gloriosas hazañas como hizo,

jamás mudó de armas, de vestido, ni de comida, sino que se mantuvo con el propio vestido con que comenzó la guerra, de tal manera, que cualquier soldado parecía más rico que el mismo Emperador.

## NOTA

Estas bellas y gloriosas propiedades que describió largamente Trogo, y en compendio Justino, no brillan al parecer en el día como en aquellos tiempos. Los Españoles son los mismos; el clima es el propio; y sólo se observará alguna diferencia de parte de la molicie y lujo que en el día reina, tanto en el vestir, como en lo demás que nos ha entrado por vía de la civilización. Hechos gloriosos, fastos dignos de celebración se han visto en este propio siglo, quizá, y sin este condicional, que merecen el bronce y el mármol, como nuestros Antecesores; y pienso que la Nación más rival no nos podrá disputar que somos lo mismo los Españoles de hoy, que los del tiempo de los Romanos y Cartagineses.

Parecerá impropia esta apología en la pluma de un Español; pero me remito a la serie de acontecimientos de este propio siglo. Los callo por sabidos, y por no inclinar la pluma de modo que se atribuya a un efecto de pura pasión. Las Gacetas y demás papeles públicos de los Extranjeros son los testimonios que hallo a mi favor. Sólo haciendo memoria de los Hombres Ilustres que ha conocido Europa entera satisfará el más escrupuloso su deseo.

*Se continuará*

N. 20

**EL ARGONAUTA  
ESPAÑOL**

*Ridiculum acri dulcius*

*DAT VENIAM CORVIS, VEXAT  
censura columbas*

PERDONA A LOS CUERVOS, Y  
oprime con su crítica a las  
palomas

El Argonauta, que siempre está en movimiento, sino cuando duerme, tropieza a veces sin querer. Unas veces da con algún canto, otras con una furia, algunas con algún hombre, y otras con unos entes, que ni son de razón, ni del todo reales, por más que lleven de ello la piel.

Ayer, o antes, le detuvo el curso uno de razón; y hablándole sobre el Papel, le dijo tantas y tales cosas que, a no haber tenido tan sano el hígado, pudo muy bien ocasionarle un destrozo en su salud.

Todo era una crítica sanguinaria, de modo que cualesquiera juzgaría que el Señor Crítico era enemigo capital de aquél.

Luego siguió diciéndole que otras águilas de las que vuelan con plumas de lienzo hacían otro tanto; y por último le dijo, por vía de consejo, que procurase enmendarse, porque le era muy doloroso el ver que conociendo su inocencia lo devorasen tan sin piedad. A éstas añadió otras reflexiones, y ciento y más

consejos morales y políticos; y por último, acabó su arenga diciéndole: Si Vm. quiere darle gusto a esta caterva de Sabios, quite Vm. el *Ridiculum*, y hable siempre con gravedad y seriedad, mas que sea traduciendo alguna de las Obras excelentes que hay escritas en todo género de materias.

Considere Vm. cuál quedaría el Argonauta. A lo menos disminuyó de tamaño en un tercio y quinto. No temblaba, pero por poco se le salen de su centro las quijadas. De buenas a primeras no atinaba ni en dar un paso, ni en pensar qué respondería a otra tempestad de crítica, y Críticos.

La primera noche no durmió el pobre más que nueve horas; tal era el cuidado, y tal fue el desvelo. Luego olvidado de la cruz hasta la fecha de lo que le habían dicho, como mozo sin vergüenza, y moza sin amores, pasó algunos días en su tarea.

Ayer tuvo otro tropiezo con otro ente de razón del propio gremio de los Críticos. Añadió otras mil gracias; y como para tranquilizarle le dijo, que él había salido en su defensa, y que había vindicado su honor.

A esto se alteró el Bachiller, y preguntó enfurecido, irritado y casi trastornado: ¿Qué se entiende volver por mi honor? ¿Acaso, pueden esos Señores quitarme una prenda tan estimada, y que poseo como cosa hereditaria y esencial en mí? Júrole por Barrabás y carnestolendas, que he de tomar venganza del enemigo; que lo he de devorar como esos pedantes, que perdonando los cuervos enristran, y quieren oprimir a las sencillas y humildes palomas.

Poco a poco, amigo Argonauta, no se sofoque, le dijo el ente de razón. Esto de tomar venganza se queda para la gente soez y vil, no para los sujetos del carácter y circunstancias de Vm.

Lo mismo digo yo, que eso de criticar con insolencia no es propio de las gentes de su carácter de Vm., esto es, del carácter de sus Amigos, Camaradas y Confacultativos.

Es cierto, pero... No se canse Vm., he de hacer lo que he dicho. No crea Vm. que sea con cimera, espada, fusil, pistola, ni otra arma ofensiva, sino con la plumita mal cortada, que tendré breve en las manos. No piense Vm. que voy a tratarlos de sandios, necios, mentecatos, vanos, &c., como Vm. dice ha oído, sino con el respeto y atención que acostumbra todo sujeto bien educado, y conforme merecen por sus respectivas dignidades. Oiga Vm. ésta es la arenga con que pienso tomar satisfacción de un tuerto cual lo viene Vm. de confesar. Así será.

Amados Señores míos, enemigos declarados del Argonauta. Doy a Vms. mil gracias de los dictados con que me condecoran si compran el Argonauta, y lo mismo digo si lo leen de gorra; pero suplico a Vms. que al mismo tiempo que pretenden despedazarme del mismo modo que ladran los perros a la Luna, se sirvan por su vida de resolver los problemas o cuestiones propuestas en el N. 11, pues son todicos relativos a la facultad que profesan, con esto sabrá el Público que Vms. emplean el tiempo en objetos útiles, y me ahorrarán ese trabajo.

Entonces llevaré con más gusto sus dicterios, pues de lo contrario todo el mundo que lo sepa echará de ver que son unos meros charlatanes.

También les ruego que esa arrogancia la guarden para los cuervos, no para las sencillas palomas.

Y por último, les pido rendidamente manden a éste su apasionado Bachiller, que ruega les conserve el juicio. ¿Qué tal?

---

**SIGUE LA HISTORIA DE ESPAÑA**

### CAPÍTULO III *EQUARUM LUCITANIAE*

#### FAMA DE LAS YEGUAS ANDALUZAS, ORIGEN de los Gallegos, sus riquezas, y demás cosas dignas de admiración

Refieren muchos que, en Andalucía, a las riberas del Río Tajo, concebían las Yeguas con sólo el aire. Esta fábula nació de la prodigiosa fecundidad de las Yeguas, y de la multitud de rebaños, los que eran tan numerosos en Galicia y Andalucía, que no con poco fundamento los creían concebidos del viento. Los Gallegos traen el origen de los Griegos. Después de concluida la guerra, no habiendo admitido en el Reino por la muerte de Áyax a Teucro, con el motivo de no haber sabido si había muerto su Padre, le concedieron a Épiro, y allí construyeron una Ciudad llamada *Salamina*, nombre de su antigua Patria; mas habiendo sabido la muerte, volvieron a su Patria. Como no se permitió la venida de Aurifax, hijo de Áyax, arrojados a las playas de España, ocupó los lugares adonde está hoy la nueva Cartago. De allí pasaron a Galicia, y habiendo tomado en ella asiento, pusieron el nombre de Gallegos a la gente por el terreno que ocupaban. A una porción de habitantes llamaron Amfilocos. Es abundantísima en cobre, plomo y minio, y de éste le viene el nombre al Río Miño. Es asimismo riquísima en oro, de modo que con el arado se han visto levantar pencas de ese precioso metal. En los fines de la Galicia está un monte sagrado, en el que se tiene por delito grande el herir allí con el hierro; mas si por algún rayo, que son muy comunes en dicho paraje, se descubre dicho metal, es permitido cogerle como un don de Dios. Las mujeres Gallegas no sólo administran los quehaceres de su casa, sino también cultivan los campos. Los hombres sólo se entregan a las armas, y a la rapiña. Su producción principal es el hierro, pero el agua es más fuerte que él, respecto que con sus cualidades se vuelve mucho más agrio; y no se usa entre ellos flecha ni dardo que no se

pase antes por las aguas del Río Bilbilis o Calibe, porque sus aguas son más propias que las demás para templar el hierro.

## NOTA

Desde luego los Amfilocos eran los Vizcaínos, y todo lo que comprende la Vizcaya, pues ésta es la que más abunda en Hierro.

## CAPÍTULO IV *HABIDIS GALAECIAE &c*

### **HISTORIA DE HABIDIS, PRÍNCIPE DE GALICIA, y de las últimas Regiones, o narración fabulosa, y del sabio gobierno de Gerión, a quien la fábula pintó de tres naturalezas**

Los saltos de los Tartesios, en los que se dice que los Titanes hicieron guerra a los Dioses, fueron habitados de los Cunetes, cuyo Rey más antiguo fue Gárgoris, el primero que halló el modo de castrar las colmenas. A éste, le aconteció que una hija suya, de resultas de un estupro, concibió un hijo. Su Abuelo se valió de varios medios para dar la muerte al recién nacido; pero libertado por la Providencia, al fin vino a poseer el Reino. El primer atentado que cometió Gárgoris fue mandar poner al Infante en paraje donde se lo comieran las fieras, o a lo menos pereciese de hambre; mas cuando le creían muerto le hallaron vivo, y alimentado con la leche de las mismas fieras. Después le pusieron en un callejón angosto por donde habían de pasar los rebaños, para que con sus pisadas acabasen con la vida del pobre niño, mayor crueldad por preferirse ese género de muerte a otro más pronto y fácil. Tampoco pereció en este paraje; antes por el contrario, se mantuvo intacto, y sin necesitar de alimento. Visto esto por el cruel Abuelo, lo mandó pre-

sentar a los perros y puercos hambrientos, de los que no sólo quedó libre sino que algunos le dieron los pechos para que mamase. Últimamente mandó que lo arrojasen al Océano. Entonces se vio manifiestamente que algún Numen le favorecía, pues ni los fuertes vientos, ni las agigantadas olas del mar le hicieron el menor daño, antes por el contrario lo condujeron suavemente a la playa, a manera de una embarcación. Ya en la playa, ocurrió una cierva, la misma que se encargó de sustentarle. Se nutrió el Infante, y ya grande anduvo largo tiempo con las ciervas, saltando por el monte con tanta velocidad como aquellas. Finalmente fue cogido con un lazo. Le llevaron como un gran presente al Rey Gágoris, y habiéndole éste conocido, por las señales que tenía en el cuerpo, y por su fisonomía, admirado de verle libre de tantos peligros, fue reconocido por él mismo por Sucesor del Reino. Le dieron por nombre Habidis, quien después que hubo tomado posesión del Reino fue tanta su grandeza que no en vano había sido conservado por la majestad de los Dioses, pues civilizó a los bárbaros con las leyes, y fue el primero que les enseñó a domar los toros, y a sujetarlos al arado; y asimismo el modo de sembrar el trigo. Por último, en odio de lo que había sufrido obligó a sus súbditos a que tomasen alimentos más suaves que los meramente silvestres. Estos casos parecerían fabulosos a no saber que los Fundadores de Roma fueron nutridos y alimentados por una loba, y que Ciro fue criado por una perra. A todo esto siguió que se prohibieron al Pueblo los ministerios serviles, y que la Plebe fue compartida en siete Ciudades. Muerto Habidis, fue gobernado el Reino por sus Sucesores. En la otra parte de España, que consta también de las Islas, fue gobernado el Reino por Gerión. Es en ella tan abundante el pasto, que a no interrumpirse con la abstinencia, se romperían los rebaños. Finalmente, era tanta la fama que tenían los ganados de Gerión, en cuyo tiempo constituían las principales riquezas que atrajeron a Hércules de Grecia. Últimamente dicen que Gerión tenía tres naturalezas, pero esto es fabuloso, y trajo el origen esta fábula de que siendo tres hermanos observaron tan

estrecha unión y concordia, que parecía que a todos regía una sola alma; de modo que, siendo tres, parecían sólo un Rey. No declararon la guerra a Hércules sino porque vino a robarles sus ganados.

## NOTA

El Padre Mariana también es de parecer de que los Geriones eran tres los que murieron en la batalla que tuvieron con Hércules. Desde luego Trogo Pompeyo fue uno de los Historiadores más íntegros y puros. Se deduce esto desde luego de determinar por fabuloso todo aquello que considera inverosímil, y arrimarse del lado de lo que tiene algún fundamento. Esto se confirma con aquella expresión hablando del Nieto de Gárgoris, de que no tiene nada de admirable el haberse libertado, y sido nutrido de las fieras, cuando los Fundadores de Roma y Ciro lo fueron. Así bien, dice un Autor, que se perdió un gran tesoro con la desaparición de las obras originales de Trogo.

## CAPÍTULO V

### *CARTAGERINSIUM IMPERIUM, &c.*

#### **IMPERIO DE LOS CARTAGINESES**

**Perecen al rigor de una muerte violenta algunos grandes Capitanes. Sujeta a los Españoles Cesar Augusto**

Después del dominio de los Españoles en España, fueron los Cartagineses los primeros que ocuparon el Imperio. Pues como los Gaditanos trajesen el origen de Tiro, como los Cartagineses, y como que secretamente se trajeron los huesos de Hércules a España, y fundaron una Ciudad, los Pueblos de España celosos de ver el incremento que tomaba dicha Ciudad, y hallándose los Gaditanos con guerra con los Cartagineses, enviaron socorro a sus parientes. Entonces, en una feliz expe-

dición no sólo se vengaron los Gaditanos por el agravio que les habían hecho, sino que añadieron una Provincia mayor a su Imperio. Después, con los favorables auspicios de la primera expedición, enviaron con un grande ejército a Amílcar, para que ocupase la Provincia, el que después de haber hecho muchas y grandes hazañas, cuando más le favorecía la fortuna inconstante, seducido por una traición, fue asesinado. En su lugar enviaron a Asdrúbal, Yerno del antecedente, el que también fue muerto por un criado Español, a causa de haber aquél quitado la vida injustamente a su Señor. A éste sucedió inmediatamente Aníbal, mayor que los demás, hijo de Amílcar. Éste, habiéndose aventajado a los demás, sujeto a toda España. Habiendo declarado después la guerra a los Romanos, molestó a toda la Italia con varias desdichas por el tiempo de diez y seis años. Entonces habiendo los Romanos enviado a los dos Scipiones arrojaron primero de su País a los Paenos, y después tuvieron grandes guerras con los Españoles. Los Españoles no sufrieron el yugo, hasta que César Augusto, ya Señor del Orbe, dirigió contra ellos las armas, y de un Pueblo bárbaro y feroz le volvió culto con las leyes; y después de haberle reducido a un género de vida más suave, lo constituyó Provincia.

NOTA: A la verdad, mirado superficialmente, este Compendio es indispensable que parezca mucho más diminuto que lo que se debía de esperar. No obstante, atendidas todas sus cláusulas y circunstancias, da campo bastante para que se extienda al Curioso, e infiera al propio tiempo la extensión con que la trataría Trogo.

## EXPOSICIÓN DE ALGUNOS NOMBRES

Anfilocos llamaron a una porción de Galicia. El Autor de la traducción de la Geografía de Estrabón, dice que les venía este nombre de una Ciudad que se llamaba Anfiloco, nombre de su Fundador General. Si valiere mi dictamen, debe creerse que se llamasen así los Cantabros y Montañeses, como debe deducirse de lo que refiere Justino. Tartesiorum pienso que

deberá entenderse los montes de Tarifa, y los Tartesios la gente que habitaba aquel País. Véase lo que dice el Autor citado.

Paenos, Cartagineses, Bilbilis, Calatayud, Gades. Cádiz, aunque fue una Isla, de necesidad debió de ser un famoso Imperio. No falta quien así lo diga, y desde luego fue así, pues llegó a sostener la guerra contra los Españoles y Tirios. Fue comerciante siempre con excelencia a los demás Pueblos, y casi podría decir que fue la Cartago antigua, sin que obste que nadie piense así; pues fundado en que será fabulosa la primera fundación, según se pinta, y atendiendo a otras muchas circunstancias que me favorecen, soy de opinión que Cádiz Gades fue la antigua Cartago.



## N. 21

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

## XXVII

### PATRIOTISMO

Poco se rió el Bachiller la otra tarde hallándose en una asamblea de Botica. De nada menos se hablaba que del Patriotismo. Cada uno manifestó dar las pruebas que le parecieron más poderosas para convencer a los demás de que era más Patriota que todos. Decía uno: me viene de muy atrás la inclinación a ser verdadero amante y celoso de mi Patria. Mi sexto abuelo de parte de Padre, descendiente de una de aquellas casas solas de Asturias, de la que aún quedan vestigios, y aún subsiste fundado el mayorazgo de mi casa, a un dos por tres tiraba de la espada y daga sólo con oír que alguno quisiese o pensase ofender a su amada Patria. Complaciase infinito cuando decía a sus hijos que no tendría más gusto que el verlos en campaña derramando la sangre por ella; a esto añadió otras mil razones, y por último concluyó diciendo: vean Vms. si con razón debo llevarme la palma en esta competencia. Tomó al punto otro la palabra, y diciéndole, calle Vm., pues con decir que todos mis ascendentes se han hallado en cuantas batallas refieren los Españoles, sin perdonar las de Lepanto, la de la Laguna en Méjico, ni la del Campo Santo, echarán Vms. de ver que doy la mayor prueba del Patriotismo que debe animarme. No había aún acabado éste, cuando empezó otro diciendo: todos mis antecesores fueron hombres de letras, y

por un amor cordial que profesaron a la Patria sostuvieron con la pluma no sólo el derecho regio, sino también el de la Nación. Por último, casi todos sacaron sus más remotas genealogías para probar el tema propuesto. Hallábase en la asamblea un macilento vestido de hábitos talares, que no se acuerda el Bachiller si estaría ordenado en SACRIS. Al parecer indicaba que estaba dormido, mas luego dio pruebas decisivas de que había oído muy bien toda la conversación, pues levantando la cabeza, revirando los ojos de modo que no se le veían las niñas, dijo: ¿Acabaron Vms. ya? A lo que respondieron que sí. Entonces tomó la voz diciendo: pues ya me ha tocado mi cuarto de hora, sírvase Vm. (dijo hablando con el primero) de decirme si sigue Vm. en todo y por todo las máximas de estos Asturianos sus progenitores? Sí me parece, respondió. Pues está Vm. engañado. Inclínándose para el segundo le preguntó: ¿Vm. en qué campaña se ha hallado? Yo no he salido de Cádiz. Enristrando con el tercero, Vm. que según me parece sigue la profesión de sus ascendientes, ¿en qué casos ha sostenido las Regalías de su Rey y Nación? Siguió preguntando a los demás por el mismo tenor, y concluyó con el siguiente razonamiento. En primer lugar el blanco de todos Vms. ha sido el vomitar mucha sangre, y no demostrar que tiene un ápice de Patriotismo. No pienso probar esto recorriendo sus vidas y milagros, sino con lo que está a la vista. Dígame Vm., al primero, ¿de dónde vino ese sombrero? El rótulo lo dirá: *A Marseille chez M. Jean Olivier, Fabricant de Chapeau*. Al segundo, ¿de qué linaje es ese paño de ese vestido? De Sedán. Al tercero, ¿y esas media de Vmd.? De Nîmes. Por la hebra se saca el ovillo. ¿A qué es querer con voces ostentarse de Patriotas, cuando por los hechos manifiestan todos Vms. lo contrario? ¿Acaso el Patriotismo se funda menos en vestir los efectos de la industria de la Nación, que en derramar su sangre, que en sostener sus leyes? No por cierto, viven Vms. muy engañados, el modo de ser Patriotas está en procurar que no se descarríen los tesoros que constituyen la riqueza de la Nación, con la que se hace temible de todas las demás... No pudo con-

tenerse el Bachiller, inflamado del fuego verdadero del Patriotismo, y lleno de gozo de la reconvencción del Clerizonte, empezando con un palmeteo a manera de aquellos que se ofrecen en la comedia a una ridiculez del gracioso, dijo viva, viva, dice muy bien el Señor Beneficiado. ¿Qué tenemos que nuestros tatarabuelos hayan dado las pruebas positivas del más acendrado Patriotismo, si nosotros publicamos sin voces que no seguimos sus pisadas? Ofrécese una guerra, y no sólo huimos de presentarnos a tomar las armas, sino que nos negamos si es necesario a derramar los caudales.... ¿Qué digo derramarlos? Ni usamos la atención de ofrecerlos para beneficio de la Patria. Nos lisonjeamos de Patriotismo, cuando por otra parte defraudamos los Derechos Reales, y lejos de contribuir al fomento de las Fábricas, y demás industria, compramos a los Extranjeros los utensilios necesarios, como se echa de ver en la ropa que todos esos Señores visten. ¿Podrán decir acaso que en España no se fabrican ricos sombreros, delicados paños, y finísimas medias? No por cierto, pues tanto esos como otros renglones se hallan a la perfección fabricados en esta Península. Lo que es más risible, es ver que muchos de ellos, hijos de un todo de las manos de los mismos Españoles se venden con aprecio sólo con bautizarles el Mercader de Ingleses, Franceses, Alemanes, &c. El Argonauta es testigo de esta verdad, y serían pocos los Mercaderes que no confesasen que con este ardid han logrado salir felizmente de muchos de sus efectos.

Quisiera el Bachiller saber cuáles son los que conocen que un género es Francés, y no Español. Asegura, que serán tan contados como los Planetas en el Cielo. Luego es una preocupación en los más el querer efectos Extranjeros, siendo así que perjudican de tal modo a la Nación, que no podrá prosperar jamás si no se piensa en vestir precisamente los efectos que se labran en la Península, pues el beneficio que resulta a los Extranjeros es la causa de muchas cosas que no se atreve el Argonauta a mencionar.

Empecemos a ser Patriotas por este fundamento, y de no, no intentemos defender que seremos jamás celosos amantes de la Patria. Con esto imitando a nuestros antecesores, que jamás vistieron sino a la Española, hábito por el que eran venerados y respetados en todas las Regiones, no sólo no nos ridiculizaremos con esos sombreros, cuyas copas van a topar con los cuernos de la Luna, ni con otras monadas tan impropias y distantes del carácter de verdaderos Españoles, el que para conservarlo deberíamos manifestarlo no sólo en lo exterior, sino también en todas aquellas cosas propias de un alma verdaderamente Española.

Aquí acabó el discurso del Bachiller: apreciólo el Beneficiado, y se fueron avergonzados los demás Tertuliantes.

Supuesto que se refiere el caso para que corra veloz a excitar a la enmienda a los Españoles injertos, no puede el Argonauta dejar de enviar esta recomendación a las Señoras, que también degeneran, y muy mucho de sus antepasadas. Tienen por delirio el vestir y adornarse con los efectos de la industria Española, sin saber que con esto faltan a las sagradas leyes del Patriotismo, que tanto ostentaron las antiguas.

Así desperdician los caudales, destruyen a sus pobres maridos, y son las primeras que aniquilan el espíritu vital de la Nación. ¡Hasta cuándo unos y otras han de vivir en un letargo tan perjudicial! Que se prendan, adornen en hora buena con todo el lujo que puede ofrecer la industria de la Nación, las que pueden hacerlo, y no cometiendo el atroz delito de menoscabar las riquezas de su casa y Reino, solicitando precisamente para su atavío los géneros Extranjeros. En este caso no sólo no sería reprehensible de que las Señoras acaudaladas vistiesen con opulencia, sino que sería recomendable, pues por este medio, aumentándose las fábricas e industria para suplir lo indecible que viene de los Reinos extraños, se conseguirían los fines importantes. El primero el no salir de la Península los tesoros que nos vienen de Méjico y del Perú, y lo segundo el grandio-

so beneficio de tener en que emplearse tantas manos ociosas. ¡Ah si se lograra este prodigio! ¡Si los hombres protestasen no vestir otras telas que las que se fabrican en nuestros Países! ¡Cuánto no adelantariamos, y cuán en breve nos haríamos temibles de nuestros rivales!

Espanoles y Espanolas del día, mientras no nos animemos con estas máximas, jamás veremos prosperar nuestros días, sólo por este medio imitaremos a nuestros mayores, y seremos los más verdaderos Patriotas.

### **REMEDIO MAGNÍFICO PARA PRESERVAR LAS RUINAS QUE OCASIONAN LOS INCENDIOS**

Un caudal de millares de pesos queda arruinado después de un incendio. El que tiene hoy muchas posesiones queda mañana mendigando por el fuego. El que tiene sólo la casa en que vive, se ve en la calle; y lo que es más doloroso, es el ver que ya ocurre al socorro el Real erario. Ya es casi forzoso que todos contribuyan para la reedificación del edificio abrasado.

Para evitar estos inconvenientes se va a proponer un medio infalible.

Para evitar estos últimos resultados, sabemos que hay Compañías de Seguros, esto es, casas con fondos suficientes, que aseguran cantidades grandes de los riesgos del mar. En Londres se aseguran hasta las vidas. ¿Pues por qué no habían de asegurarse hasta las casas? ¿El que tenga posesiones, no podía por un tanto por ciento afianzar el valor de una o más fincas, de modo que aunque se perdieran o destruyeran por un incendio o terremoto, tuvieran siempre pronto su valor? Creo que no habrá pensamiento tan tupido que no confiese apreciable este pensamiento. Luego sería muy del caso que todos los que tienen posesiones expuestas a tal clase de quebranto ocu-

rriesen a asegurarlas según las leyes establecidas para los seguros de la mar. ¿Acaso, faltarían gentes que pusiesen sus caudales para establecer fondos capaces de pagaros las mayores cantidades? No es creíble que habiéndolo para los infinitos riesgos del mar no los hubiera para los referidos.

Sería desde luego un establecimiento sobremanera recomendable, y por este medio se librarían de la ruina todos los dueños de edificios y se evitaría el que fuese necesario el recurso de los caudales del Rey, y asimismo de ocurrir a guantes.

Animado de la verdad de este pensamiento, y lo que es más, de las infinitas utilidades que resultan, espera el Argonauta que con la mayor brevedad veremos en España erigidas Compañías donde por un desembolso poco considerable se aseguren los valores de las casas, y al propio tiempo correr a los que las tengan para lograr este beneficio.

El Argonauta no tiene casa ni hogar; no obstante desea se establezca una casa tan interesante a los que las tengan.

Asimismo aconseja a los que tengan posesiones, esto es, casas, o haciendas con inmediación a los ríos, que ocurran a dichas Compañías futuras de Seguros, pues se han visto un sinnúmero de estragos y pérdidas considerables, algunas irremediabiles, por una total destrucción de los edificios, y ruina de todo lo demás.

Estos años pasados socorrió la piedad del Monarca varios menoscabos acontecidos de resultas de unas riadas. Y en el caso supuesto, esto es, que tuvieran aseguradas las posesiones, no sería necesaria esta providencia, en no poco beneficio del Erario Real.

Parece que le viene como de perilla al Argonauta el salirse ahora del tiesto, y decir algo acerca de otro punto nada menos considerable.

Los pobres Artesanos y Jornaleros, en cayendo enfermos, perecen unos por necesidad, y otros se ven precisados a ir a los Hospitales, después que han consumido cuanto tienen, y que han dejado a sus pobres familias a la inclemencia.

Si se estableciese en cada población un fondo para subvenir a los costos y gastos de una enfermedad, señalando Facultativos, Boticas, y además un diario para el puchero, ¿no es cierto que se ahorrarían muchos atrasos que padecen los infelices?

En Madrid, hay Cofradías que tienen establecido este beneficio por medio de una ligera contribución. ¿Pues no sería más cómodo que en todas las poblaciones se fundase un establecimiento, en el que contribuyendo todos los pobres, se entiende, jornaleros y artistas, para un fin tan bello y tan interesante, hallasen después remedio a su necesidad? ¿Cuánto menos sensible les sería a éstos dar cada mes uno o dos reales por cada cabeza, que no el verse obligados a vender hasta los instrumentos con que ganan el pan para sus hijos?

Pues si por un medio tan suave bien administrado se veían libres de las fatigas indecibles que trae una enfermedad, ¿por qué no se ha de procurar un alivio tan sobre manera útil? ¿Cuántos tal vez no perecerían por buscar prontamente el socorro, y no que cuando llaman al Médico ya la enfermedad ha llegado al último término? ¿Cuántos, después que el Facultativo ha visto al enfermo, y dispuesto la medicina o remedio, no lo subministran por carecer de medios, porque no pueden pagar lo que pide el Boticario? ¿Sucedería esto, y mucho más que no digo, si hubiese un fondo que supliese Médico, Botica y alimentos? No por cierto. Luego de necesidad pide la recta razón que se establezca.

Todos saldrán beneficiados por este medio, y luego todos darán las gracias al Argonauta de haber tocado esta tecla, la más benéfica de cuantas se pueden pensar.

Tampoco basta que el Br. dé los avisos, si los mismos interesados no se mueven a establecer un medio tan saludable, útil, e indispensable, si lejos de animarse para su fomento, se resisten a contribuir mensualmente aquello que sea necesario. Ésta ha sido la causa de haberse desgraciado muchos pensamientos de esta naturaleza. Mientras se ven sanos y robustos creen que jamás han de enfermar, que siempre ha de permanecer la salud; y de ahí nace que los que meditan poco sobre lo que ha de venir, sufran luego, además de la pena indispensable, el arrepentimiento. ¿De qué sirve que los bien intencionados propongan, y aun coadyuven a fundar medios para mantener la salud pública; y para minorar los trabajos del pobre, si éste sin prevenir, ni considerar, piensa que se le debe de justicia su remedio? Es cierto que estamos obligados a socorrernos mutuamente; pero no quita eso para que cuando hay fuerzas y salud, sea preciso pagar alguna cosa para el caso de una enfermedad. A veces las obras pías no alcanzan para mantener las casas destinadas a la salud de los pobres. Luego si a éstas, o sobre los fondos de aquellas se contribuye una corta pensión mensual, podrá conseguirse el deseo del Argonauta; el que el pobre jornalero tenga lo necesario para curarse en su casa una enfermedad; y evitar que acontezca el que ocurran a los Hospitales, después que han gastado el último real; y que han dejado infelices a sus hijos.

Ojalá que el Argonauta pudiese conseguir iguales establecimientos en toda España, tendría el consuelo de no ser testigo de tanta infelicidad.

N. 22

**EL ARGONAUTA  
ESPAÑOL**

*Ridiculum acri dulcius*

XXVII

**POESÍA**

Admira al Argonauta la fertilidad de este siglo en Poetas, y mucho más le asombra a la hora y punto que echando la vista atrás mira tan pocos dignos del verdadero nombre de tales. Dirigiendo sus miras a los primeros que conoció el mundo observa que no se reducían sus versos más que a una prosa armoniosa. Vino después Homero, a quien deben llamar los Poetas Padre de la poesía. El sólo es digno de todos los encomios, pues fue el primero que cantó arreglado a leyes; y sus obras, la Iliada y la Odisea, correrán con aplauso hasta la fin de los siglos. En el primero canta los favores de Aquiles. Es en todo grande, y digno del fundador de una ciencia tan bella, y tan digna de todo aprecio. En el otro canta los sucesos del sabio Ulises con un aire tan sublime, que llena de gusto y de admiración, a cuantos le leen; y les eleva a medida que leyendo los discursos, reconocen lo inculto de aquellos tiempos. Hesíodo fue quizá más antiguo que Homero. Mas sus obras no han merecido los loores que en todos tiempos se dirigen a éste. Tirteo fue uno de los que mejor supieron animar al Soldado con el canto. Obligados los Espartanos de las desgracias en la guerra de Mesenia, consultaron al Oráculo de ellos. Éste les mandó que pidiesen a los Atenenses, un hombre que pudiese darles buenos consejos, les enviaron como por manera de

mofa, un Poeta; pero apenas los Espartanos hubieron oído sus acentos, cuando arrasaron el Ejército de Mesenia, y lograron una victoria completa. Thespis fue el más antiguo de los Poetas trágicos, a los principios fue grosero; pero después vino Esquilo, quien la ennobleció. Sófocles fue grande, sublime y elevado. Tuvo por rival a Eurípides, cuya poesía era patética, y llena de máximas morales. Desde éste lejos de haber ganado la tragedia, mejor ha perdido, luego vinieron los Poetas cómicos, padecieron algunos contratiempos por las mismas causas que con corta diferencia reinan en el día. Los Griegos fueron los primeros Poetas Yámbicos, Arquíloco fue su fundador. Píndaro autor de los poemas líricos, Horacio asegura que era forzoso volverse loco para imitarle. Safo inventó los versos sáficos. Se estimó en mucho a Simonides, por lo delicado, natural, y agradable de sus obras. El dulce Anacreonte es el favorito de los corazones blandos y sensibles. Se ignora cual sea el inventor de la Elegía: algún melancólico fue sin duda su fundador. Los primeros Poetas latinos se emplearon en la comedia, tragedia y sátira. Se cuenta entre los primeros, a Livio, Andrónico, Nevio, Panevio, y Plauto, pero sólo este último merece alguna atención. Varrón estimaba de tal manera el estilo de este Poeta, que decía que si las Musas querían hablar latín ocurrirían a su estilo. Cicerón le da por modelo para los que quisieran complacer. Horacio por el contrario, pero aprobaba la Justicia de su censura. Se ha preferido a Terencio porque su comedia hacía reír al espíritu. La sátira se atribuye a Lucilio Romano. Corregía los vicios con una generosa libertad. En el siglo de Augusto se recomienda a Lucrecio; mas este gran talento tuvo un objeto bien perverso, y perjudicial al hombre. Los Romanos apreciaron mucho al voluptuoso Catulo. Entre todos los Poetas latinos, ninguno tendrá jamás la aceptación de Virgilio. Con justísima razón, se le da el nombre de Príncipe de los Poetas latinos. La Eneida es la obra más famosa. Es una imitación de Homero; mas sus circunstancias la hacen original. Ello es verdad que le costó doce años de trabajo. El mismo escribió su

epitafio, el mismo que después de muerto fue puesto sobre su sepulcro, y es como sigue.

*Mantua me genuit, Calabri rapuere:*

*Tenet nunc Parthenope;*

*Cecinit pasqua, rura, duces.*

Virgilio entregó su obra a Horacio para que la censurase. Este Poeta también ocupa una de las más superiores sillas del Parnaso. Su arte Poética, creo que habrá producido pocos Poetas. Ovidio fue también Poeta excelente, pero su fuego cupidinioso le atrajo algunas desdichas. Es cierto que sus metamorfosis son útiles, e instructivas. Fedro fue también recomendable por sus cinco libros que se escribió de fábulas en verso, llenas de elegancia, y de máximas sanas. Perseo, Poeta Romano, también ha tenido su lugar. Pues sus sátiras son obras de una alma heroica. Juvenal, también satirico, es admirable por su elocuencia. Lucano se hizo admirable con su Farsalia. Marcial no puede dejar de ser reputado por grande, pues en su sincera confesión lo da bien a conocer.

*Sunt bona, sunt quaedam mediocria sunt mala multa.*

A éste deben seguir los Españoles, Herrera, Garcilaso, Hermanos Argensola, Arcila, Boscán, Velasco, Góngora, León, Solis, no divino Fernando, Quevedo, Calderón, Cervantes, y otros dignos de ser imitados, todos Poetas del primer orden, y que son, y serán, la gloria de España... Señor Argonauta, ¿dónde va Vm. a parar con este torrente de erudición? ¿A qué vino tan cansada narración? Dice a esto que el principal objeto ha sido hacer público que esa fertilidad de Poetas del día, no pende de otra cosa que de las pocas reglas que, según dicen, se necesitan para ser Poetas. En los versos de los que se han tocado, no hay sílaba que no esté bien colocada con todo el conocimiento del autor; y los Españoles sólo necesitamos de saber que un verso debe tener tantas sílabas, rebajando las sinalefas, y con esto y con saber las consonancias, según la especie de

versos, ya puede echar cualquiera a correr por el inmenso Monte del Parnaso. De los que he referido, no todos tienen igual mérito, ni menos son excelentes, a pesar de costarles tanto trabajo su composición. ¿Y los nuestros del día? Dicen que no hay uno que valga un claco. Pues ¿cómo acontece esto siendo así que hay tan poco que saber? Confiesa el Argonauta que no lo entiende; y cree que del mismo modo que todo verso latino está compuesto de pies, y éstos de sílabas; y cada una de éstas ha de hallarse puesta según su acento; que esto mismo debe acontecer con los nuestros; y que ésta es la causa de no verse Poeta, ni semi Poeta en el día. Y si no, ¿por qué razón aun observando las reglas de la infeliz arte poética Española, no ha de ser cada uno igual a los que se acaban de nombrar? Si se trata de endecasílabos para los que no se necesita de más que saber que el verso debe constar de once sílabas, cuán fácil no será decir o escribir un pedazo de oración, o una cláusula entera que no tenga más que aquel número de sílabas, y asimismo que dicho, o escrito con algún elegancia, resulte un verso acabado como el más fino de Homero. Si no se debe atender a la conexión y posición de cada sílaba en particular, según su acento, ¿quién no hará versos con tal que sepa raciocinar? A lo menos el Argonauta no concibe que, con las limitadas y groseras reglas del arte poética, se puedan formar versos semejantes, o parecidos a los Exámetros, Pentámetros, Yámbicos, Líricos, &c., Latinos. Los Italianos a quienes imitamos en muchas clases de versos se sujetan a otras leyes no tan penosas como los latinos; pero a lo menos algo más expresivas. En el Endecasílabo del que se ha hablado procuran que el acento corresponda a la penúltima sílaba, y llaman a este endecasílabo llano. Quieren que si corresponde aquél a la antepenúltima sílaba sea esdrújulo, y por último llaman Trunco el que tenga el acento sobre la última. Además de eso dicen que este verso puede tener tres dimensiones: dos vulgares, y otra poco usada. La primera es cuando tal verso tiene el acento sobre la sexta sílaba, otro a la décima como en el verso siguiente:

Pasa la nave mía colma de oblio

Otras poniendo el acento en la sexta sílaba como:

Pasa la mía nave colma d' oblio.

Bueno Señor Argonauta, Vm. quiere meternos en confusiones. ¿Cuánto mejor es que nos atengamos al capítulo de 20 del arte Poética? Conque aprendamos de memoria cuatro coplas, y las repitamos a menudo, acostumbrándonos a aquella medida, seremos tan Poetas como los del siglo 16. ¿Para qué es más? Vm. no ha de venir a imponer leyes nuevas. Los pies Dáctilos, Espondeos, Yámbricos, &c. son buenos para los Latinos y Castellanos, basta un buen oído y el número de sílabas. ¿Qué otras máximas siguieron los Góngoras, los Menas, los Quevedos, Calderones, y tanto número de Poetazos como ilustran las bellas letras Españolas? Si las supieron, y las practicaron, acá las ignoramos, y basta lo dicho del capítulo 20 para que lluevan Poetas a millares como ve y se queja en el día, las anacreónticas, y otras de que está lleno el Correo de Madrid, son los Poemas de moda mas que no valgan sino para desacreditar el siglo ilustrado... Máximas perversas, ya volvimos a ser copleros, ya feneció la belleza admirada de los Extranjeros, y tiempo vendrá en que no se permita dar a la Prensa pieza de Poesía que no esté forjada en la fragua del Parnaso. Así lo espera el Argonauta, en pro de la literatura Española.

## ARTE DE LA GUERRA

No parece creíble que el hombre sea, y haya sido tan voraz que haya inventado Arte, hasta para destruir al mismo hombre. Todo un ser dotado de un espíritu que para nada menos respira que para la inmortalidad, inventa reglas para destruir las vidas de los mismos que llama hermanos, ¡que apenas se vieron sobre la tierra los primeros humanos tratan de destruirse recíprocamente!, ¡que inflamados de una religión purísima y santa continúan parando y descubriendo instrumentos, y practicando medios los más crueles, los más horribles!, es la últi-

ma miseria de un ser que creemos dotado de razón. Los antiguos ponían el mayor cuidado en criar buenos Generales, los nutrían y alimentaban desde pequeños con la sangre humana, para que, despreciando el horror natural que ocasiona el matar, se acostumbrasen a la destrucción, a la ruina del mismo hombre. El mejor capitán era aquel que más despedazaba, el que derramaba más sangre. Enseñados a odiar la piedad, no conocían más glorias que las de haber ocasionado mayor número de muertes. El valerse en ocasiones del fuego para abrazar en las chozas al pobre anciano, a la infeliz madre recogida con sus hijos, era un hecho de heroísmo; en fin el no perdonar sexo, ni edad era la prueba de más habilidad en la perversa arte de la Guerra. Opinaban los más ancianos filósofos que cesaría tan execrable horror con la ilustración, y que, a medida que fuese el hombre dejando la ignorancia, cesaría un enemigo tan cruel de la subsistencia de la especie humana. Crecieron los conocimientos, pero al paso que se aumentaba la inteligencia, se añadían nuevos medios, nuevos engaños, y nuevos instrumentos, para aniquilar todos los recursos a los infelices que se escondían huyendo del furor. Declamaban los sabios de aquellos remotos siglos, contra las nuevas invectivas, con los nuevos métodos de destruir a los hombres; pero lejos de producir algunos buenos efectos, se verán levantar nuevos planes para la desolación. El objeto de los Guerreros era toda destrucción. No perdonar edificio, ni aun las plantas que producían el sustento de los racionales. Un General sabio consultaba con los Dioses, y hacía mil solemnes sacrificios y votos, antes de entrar en Campaña. Por medio de unas ceremonias edificantes infundían al Soldado todas las ideas posibles para ocasionar estragos.

El fanatismo producía unos efectos que de ningún otro modo podían haberse esperado. En nada apreciaban sus vidas, ya movidos de una gloria imaginaria, ya excitados de una falsa religión, de parecerles que con esto complacían a falsas Divinidades. Un Cónsul Romano irritado de ver que los pollos

sagrados no querían comer, los arrojó al mar diciendo: que beban ya que no quieren comer.

Alejandro cayó en la debilidad de hacer que le leyesen sus victorias en las entrañas de una víctima. Por último sólo se pensaban e inventaban medios para persuadir al Soldado que el asesinar a sus hermanos era un hecho glorioso, agradable a los Dioses. Llegaron a conocer que en la Guerra eran indispensables premios, y castigos. Aquí fue donde más agotaron todos sus talentos. Los Cartagineses castigaban de muerte a los Generales desgraciados como si fuera éste un delito, un efecto dependiente de su instrucción, o de su valor. Era preciso vencer, o ser separado del empleo, y aun de la vida. Todo el fanatismo no llegó a que conociesen que debía atribuirse muchas veces la desgracia a una mano oculta de quien dimanaban todas las cosas, y que las más veces no alcanzan todas las ciencias, todo el Heroísmo. Los Griegos eran algo más humanos; pero no dejaban por eso de castigar con suplicio de muerte a los que largando el escudo tomaban la fuga en la acción, y también a los desertores. Las leyes y ordenanzas de Esparta eran algo más rigurosas, pues castigaban a los desertores con ignominia y deshonra. Los Romanos diferenciaban de castigos según el delito y las circunstancias. Muchas ocasiones un golpe de desprecio de parte de los Generales, servía de un castigo suficiente, y algunas veces se les negaba para el botín a los que hubiesen cometido algún defecto en el servicio. En fin se valían de otros medios más humanos, y la pena de muerte sólo se aplicaba en los más graves y enormes delitos. En cuanto a los premios acostumbraban los Griegos levantar estatuas a los que se distinguían en las Batallas, y que se particularizaban en alguna función. Los Atenienses presentaban al Público los huesos de los que habían perecido en la Guerra, para que fuesen venerados, les cubrían de flores, y los perfumaban con incienso y otros olores, a tiempo que se decían oraciones fúnebres exagerando el valor de aquellos, y animando por este medio al Soldado, a que deseoso de aquellos elogios y honores se sacrificase con gusto. Lo que más conmovía sus ánimos era

el ver que la república se encargaba del sustento de sus familias, pues morían con el consuelo de saber que no extrañarían los hijos y mujeres la falta de sus Padres y Esposos. ¡Admirable conducta! Los Romanos tenían además otros motivos para vencer, o morir. Pues por un derecho sagrado de la Guerra se repartían igualmente los despojos de los enemigos vencidos. A veces se premiaban con coronas, como las obsidionales, cívicas, murales, navales, &c. Los Generales tenían un gran cuidado en alabar al frente de todo el ejército, a todos aquellos que se habían portado con esmero en el acto del ataque, defensa, &c. Finalmente honraban con gloriosas distinciones a todos cuantos cumplían en su obligación en el servicio. Volvamos pues los ojos al objeto de todas estas circunstancias. Inculquemos cuál era el primer móvil de tantos honores, de tantos castigos. Desmaya la pluma, se entorpece al escribirlo. La desolación, la destrucción de los Imperios, Reinos, Provincias y Ciudades. Los campos que antes se miraban llenos de flores y de frutos, no sólo se veían devastados, sino también cubiertos de sangre humana. ¡Cielos puede creerse este efecto del entendimiento humano! Una preocupación, un delirio era el motor, la causa de tantas desdichas. El afán, la ansia de dominar, era todo el paradero de tanta desgracia. ¡O miserables humanos! ¡A tanto llegaba la ceguedad! ¿Tanto puede la vanagloria? Felicísimos días en que sólo se abren las puertas de Jano para defenderse de los enemigos, y en que ya cesó el maligno espíritu de conquista. Dichosa era en la que los Reyes y Ministros animados de un espíritu de paz, no tienen otro blanco, ni conocen otro objeto que la tranquilidad de los súbditos. Ésta es la verdadera y más laudable ilustración. En medio de los horrorosos instrumentos que actualmente sirven en la campaña, no se usa de ellos sino para sostener el decoro, y posesiones de los Soberanos; y para asegurar la quietud de los Padres de familia para que disfruten de todas las delicias de una paternal atención y amor, recreándose con sus familias alrededor del hogar. Época más que apreciable, pues sólo se procura la Guerra contra los vicios, y la ociosidad. Serán eter-

nos estos tiempos entre las naciones cultas pues ya no se trata más que de *si vis pacem para bellum*. Éste es el espíritu que siempre deberá reinar; y estas son las miras que deben animar a todo buen vasallo para que contribuya al honor de la nación, a la defensa de su patria, y a la ciega obediencia de su Príncipe, cuyos objetos no se dirigen más que a la seguridad de todos, y a la conservación de las posesiones legítimamente heredadas. La inquietud de los indigestos halla el premio en su miseria, y los amantes del sosiego en la opulencia y felicidad.



## N. 23

### EL ARGONAUTA ESPAÑOL

*Ridiculum acri dulcius*

Estaba de visita el Argonauta la otra tarde en una casa de un Amigo. A poco rato de haberse sentado, oyó voces en la división inmediata; levantóse el Amigo, y sin detenerse fue a poner paz. En efecto lo consiguió inmediatamente, y se volvió donde él estaba. Al entrar comenzó su razonamiento en los términos siguientes: son el diablo las mujeres. No sé cómo hay hombre que tenga paciencia de sufrir sus necedades. ¿Qué pensará Vm. que ha sido la causa de este alboroto? Pues sepa Vm. que todo ha venido por la elección de compadre. Madama está ya de siete meses. Al ir a salir el pobre de don N. a sus negocios, le dijo Doña N. : oye, cuidado, no dejes de ir a convidar a Don N. Mira si haces de las tuyas. Déjame, mujer, respondió, que no estoy ahora para compadres. Tengo otros asuntos algo más urgentes que el compadrazgo. Pues no, has de ir, replicó Doña N. Ni he de ir, ni pienso convidarle jamás. Pues si no le convidas, me pongo la mantilla, y voy yo allá... Te guardarás de ello, como de echarte por el balcón a la calle. Ya te he dicho más de mil veces que quiero por compadre al hermano N. No será por vida de... Si tal hicieras, te has de acordar de mí. Buena es que después que me faltan un sin fin de cosas, que no me puedes comprar, he de llamar un hermano. Eso, no. Mira, tonto. Don N. días hace que me está cortejando; lo tiene, y es muy garboso; con media palabra que le digas, admitirá con mil gustos el convite; y entonces verás cómo lo empeño con dos mis sales a que se esfuerze, y me supla lo que tanto necesito. Por lo mismo no quiero que hagas tal, y cuida-

do. Lo he de hacer. Y de ahí siguió el temporal que ha oído. ¿Podrá darse mayor desvergüenza? Si Vm. conociera a Don N. se había de compadecer de su situación; no hay hombre más honrado en toda la Ciudad...

El Br. que ya estaba impuesto de este abuso, dijo allí doscientas mil cosas; y contó este paso que le había sucedido pocos días había. Visitaba con alguna frecuencia una casa, y la señora, que estaría embarazada de dos o tres meses, le dijo que había puesto los ojos en él para que, en pariendo con felicidad, llevase el niño a la Pila. Aunque decisivamente no respondió, no obstante dio muestras de que no lo llevaría a mal.

Pocos días después fue a visitar otra señora amiga de la susodicha, y ésta le hizo la siguiente arenga: me ha dicho mi amiga que había elegido a Vm. por compadre, que ya se lo había propuesto, y que Vm. había desde luego admitido la propuesta. Pues considerando a Vm. recién llegado a ésta, y poco instruido en el asunto, voy a decirle las obligaciones a que se va Vm. a constituir.

En primer lugar ha de pagar todos los gastos de Iglesia y casa, como un buen refresco, &c. Luego debe seguir a esto un regalo muy bueno. Después debe Vm. cuidar de vestir el niño, y regalarle de tiempo en tiempo; y si muriere, pagar los derechos de entierro; y por último, sostenerle hasta tomar carrera. Se da por supuesto también el habilitar al compadre, y servir a la comadre en todo lo que le ocupe... ¿Acabó Vm. ya? Ya. Pues ahora, ahorita mismo, me hace Vm. el favor de decirle que ni puedo, ni quiero ser su compadre. Señora, ¿acaso habrá pensado Doña N. que acabo de llegar del Perú? ¿O que he sacado algún terno seco de la Lotería; o que me ha caído alguna herencia? ¿Es bueno que a penas tengo que comer, y me he de meter en compadrazgos? Yo no vuelvo más allá. Pues espérese Vm. que me ha dicho, que ahora con las ganancias del Argonauta, y Piscator se portará Vm. como acostumbra. Buena necedad, no me diga Vm. por su vida tal. Soy capaz de volverme loco.

Ea por Dios, la ruego que la desengañe. ¿Eso tenemos? Buena manera de matar pulgas.

Ignoraba yo de la Cruz a la fecha semejantes estilos. ¿Puede darse mayor absurdo? Ya no me admira lo que he oído. Que no hay mayor sacrilegio que convidar a uno por compadre. Ésta es, y no otra, la causa de que los más se excusen de un Sacramento tan Sagrado. ¿Puede llegar a más la maldad? Hacer comercio con uno de los primeros fundamentos de la Religión.

Es a lo sumo que puede llegar la malicia humana. Desde luego exige remedio un abuso tan denigrativo. Sin duda que dan las mayores muestras de nada juiciosas las señoras, que tal proponen a sus maridos; y éstos que son acreedores a que se les señale con el dedo, por condescender a tan descabellada pretensión.

Desde ahora para siempre fulmina el Br. el mayor anatema contra los, y las que tal intenten, propongan y soliciten.

Después que el Argonauta hubo viajado diez y ocho años por mar, se echó a viajero terreno, o terrestre; términos sinónimos aunque Vm. no lo quisiere. En sus peregrinaciones, ya en coche, ya en calesa, ya en carro atravesó cuatro veces por diversas partes del Reino. De todos modos, o maneras fue preciso que observase grandes trayectos de leguas, sin encontrar un viviente racional, y otros con unos pequeños Pueblos, o Aldeas casi sin más vivientes que unos pobres ancianos de ambos sexos, las casas semi caídas, o por caer, &c. &c. &c.

Llegaba a las grandes Ciudades, y las miraba llenas de hombres, mujeres y muchachos. Visto esto dijo: enfermo está este Reino; desde luego está próximo a una apoplejía. Toda la sangre se viene a la cabeza, ¿qué se puede esperar?

Mas le admiraba el reparar que en medio de estar desiertas las campañas, nada faltaba de lo preciso a la vida humana, ni

menos para el más soberbio lujo. ¿Qué milagro será éste? preguntaba. Yo desde luego me creía que en donde no producían los campos, no podía reinar la abundancia, ni mucho menos el lujo; pero ya veo que será cierto lo que me han contado que en Europa hay una República, que aunque fabricada, o fundada sobre un terreno estéril, y cenagoso, la llaman el almacén del mundo.

Luego, si bien se mira, no es de extrañar que estén des pobladas las campañas, y las populosas Ciudades llenas de gentío, de modo que no se halla casa, ni habitación para un forastero, que subsistan surtidos de todo lo necesario, según el estado pujante en que está el mundo civilizado. Pero siempre le hacía cosquillas al Argonauta aquello de que la vida rústica era naturalmente apetecida de todos. Por cierto que mintieron los Poetas en las pinturas tan famosas, como han escrito de la Arcadia, y de otras. Virgilio celebró hasta el entusiasmo esta vida, declarándola de inocente, sana, y agradable; y todos los escritores la recomiendan, porque dicen que inspira la templanza, la sobriedad, la justicia y la sabiduría. Por su medio aseguran, ansiosos de persuadir, que el hombre siempre ocupado no tiene lugar de ser malo e injusto; y por último añaden tantas y tales gracias a la vida rústica, que poco la diferencian de la celestial.

Dice el Br. que si esto fuera así, que desde luego no acontecería lo que vemos. Sale de lo más recóndito de un monte un carbonero, que jamás vio sino su Aldea. Entra en una Ciudad. Todo cuanto ve y mira es un nuevo objeto de su admiración. Encuentra con un paisano suyo, quizá de la misma catadura cuando estaba en el lugar, le mira vestido de pies a cabeza como un señorito. Ya, ya le comienzan a alborotar los deseos de no volver al campo; ya maldice su suerte y si no es en aquel viaje, no espera el tercero. Tira con la azada, y la reja; y con un aire de desprecio dice: ea, ¿a qué tanta miseria, e infelicidad? Voyme a la Ciudad a ser caballero como fulano.

Sale una pobre pastora por la primera vez al mundo. Ésta viene, por ejemplo, a Cádiz. Todo le pasma. Cuanto es objeto de su vista es un nuevo portento no visto en la campiña. Encuentra con una, dos, o más paisanas, las mismas que poco hace conocía llenas de remiendos, las observa vestidas como Marquesas, ricos mantones, costosas sayas, y si es menester, con mil pelendengues. Se pasma, se aturde, se asombra de un trastorno tan repentino. Se mira y remira, no ve más que el tosco sayo de los campos, descalza de pie, y pierna. ¿Cómo es creíble que en aquel instante no trate de cambiar de suerte?

Todos miran que los ciudadanos y ciudadanas huyen del campo. Si por vía de recreo están ocho días, aun en el caso de divertirles sus posesiones, ya les enfada la vida silvestre; y por consiguiente a la Ciudad, y esto en coche, o con otras comodidades. ¿Pues cómo, o de qué manera es concebible que se dé persona que prefiera la habitación en la campaña, a la de las poblaciones civilizadas? La vida noble de los ciudadanos recomendable por todos lados, ¿cuándo puede ser despreciable por una suerte dura, penosa y llena de miseria? ¿Cómo no han de estar solos los campos? La soledad, quietud, y corto trato, y este ordinario, e incómodo, ¿no debe de ser odioso, si se atiende a la finura de las poblaciones grandes, tanto en el trato, como en lo demás? Ea vaya, que si bien se mira el punto, no habrá Juez que no decida a favor de la enemistad, con la vida campestre.

Poco a poco, es menester mirar con más circunspección la materia. ¿Cuántos afanes, disgustos, y sinsabores no cuesta esa molicie, esos vestidos, esas comedias, &c.? Cuando goza de tranquilidad el uno, al parecer más feliz; y cuando le persigue la inquietud al campesino. Esto, esto es lo que se ha de inculcar.

El Ciudadano, la cortesana abrumados con cien mil cuidados, que exige la vida civil, separados de lo que sea el alimento, y vestido, cuando se hallarán con el ánimo lleno de manse-

dumbre del pobre labrador, pastor, &c. exentos de etiquetas, de visitas enfadosas, del peinado, y de otras mil locuras. Apenas se verá una vez en el año calentarse aquél en el hogar alrededor de sus hijos, cuando éste lo disfruta todos los días.

Si no les queda lugar para educar a su prole, que es forzoso se la fie a otro. Cuando siempre es escaso el tiempo para acudir al comercio social, y a los negocios de la casa, ¿cómo puede disfrutar del incomparable beneficio del sosiego, cuando no han sido esclavos de sí mismos todos los que habitan en Ciudades, cuando gozan de la robustez que los que viven una vida rústica? Y por último la independenciam, que hace felices a éstos, la limitación de cuidados, que no les pervierten el sueño, ¿podrá jamás compararse con los desasosiegos, y malos ratos de aquellos?

No meditan los hombres. Si parasen un tanto la reflexión, todos preferirían la vida del campo a la de las poblaciones, en donde, además de reinar todos los vicios, domina la lóbrega estrella que dispara todos los efectos de la envidia, codicia, y ambición.

Si dominase al hombre la meditación, cortos serían los límites de España para contener habitantes. No gobierna más que una sombra, que nos seduce. Todo es apariencia cuanto nos aparta de una vida casi celestial.

Es indubitable que si se mira por la superficie a un ciudadano, dejará de ser racional el que prefiera su suerte a la de un villano; pero filosofando muy poco, se debe de hallar sin comparación más apreciable la vida de éste, que la de aquellas pocas luces, que iluminan a la gente silvestre; los pocos conocimientos que poseen son la causa de que consideren más feliz la habitación de las Ciudades.

No piensa el Argonauta que este papel pueda conseguir el fin que se ha propuesto; porque no ignora que no llegarán a sus ojos, ni oídos estas y otras razones, que alegraría justificativas,

de la ventaja que ofrece la vida del campo a la de una población grande, para atraer la muchedumbre que huye de las selvas, y campiñas para pasar a disfrutar de la halagüeña y encantadora sirena de las Ciudades.

Se despueblan las Aldeas, y los Lugares, y con esto decae la labor del campo en perjuicio de la República. Esto no puede remediarse con discursos, ni reflexiones. Exige precisamente un medio que pueda contener tal desastre. ¿Cuál será éste? A medida que el lujo ha ido tomando cuerpo, se van quedando sin hombres las Aldeas, y sin mujeres los pueblos cortos porque van a servir, camino de la perdición de los mozos de ambos sexos. Los primeros pasan alegremente la vida mientras se mantienen robustos y pueden servir a sus amos. Luego que cargan de años, ni vuelven a su Patria, ni sirven más que de incomodar, ya mendigando, ya teniendo su paradero en los Hospicios, y Hospitales.

Ya tenemos que no sólo pierden los Lugares aquellos hombres, aquellos brazos el campo, y lo que es más doloroso, la indispensable decadencia de los Lugares.

Las niñas entran en la Ciudad. A los dos días dejan los hábitos humildes, que con tanta honradez vestían en sus casas; se ven señoras, con respecto al estado antecedente. ¿Cómo han de pensar jamás en volver? Es un imposible, de primer orden pensar que han de regresar a deshacerse del punto de señoras, y vestir nuevamente los trapos.

Mejor prefieren otro medio más perjudicial, que no pasar a nueva vida que, aunque tosca al parecer, es más que sencilla y favorable, mirada con atención.

Ésta es la causa de la despoblación de los campos; y de la decadencia de los Lugares. Y ésta misma es la que se debía remediar.

Ya que todos queremos ser servidos, aunque no tengamos a veces para ello, ni consideremos tan perversas resultas, sería muy del caso que no pudiera tener nadie domésticos, sin que se sangrara muy bien la bolsa. Entiéndalo, el que quisiere, éste sería el seguro remedio para tan pestífero mal.

¿Qué querrá decir el Argonauta con eso de sangrar la bolsa? Bien claro está. ¿Por qué ha de tener sirviente tanto caballero de ayer a hoy? tanta señora sólo en el nombre, que en realidad no pueden mantenerlo, ni menos subsistir ellos, queriendo ser señores de los dones, vienen los dines; y de todo esto proviene que en el momento que María recibe el carácter de Doña, y Perensejo el de Don Giripundio, ya consideran razón de estado tener criada, y si es menester Pajes. De ahí proviene tanta abundancia en las Ciudades, y tanta escasez en las Aldeas y poblaciones chicas.

Vino días pasados una ama de leche a criar a una casa de un sujeto de circunstancias; en cuanto oyó que la llamaban Doña Nicolasa, dijo: Bella tierra, ya ni a patadas me sacan de Cádiz. Mandó en efecto por su marido; y sin duda se debe esperar que mañana ya tenga criada y paje, como logre alguna fortuna. ¿Pues cómo no deberán castigarle las bolsas de los dones nuevos, y de los viejos inhábiles para destruir un abuso tan perjudicial al cultivo y origen de la despoblación?

N. 24

**EL ARGONAUTA  
ESPAÑOL**

*Ridiculum acri dulcius*

XXVII

**NAVEGACIÓN**

Una de las cosas en que más se manifiesta la travesura y valor del hombre es la Navegación. Mirada superficialmente parece un objeto poco digno de consideración; pero si se para un tanto la atención, se halla ser un prodigioso portentoso mágico. En los primeros tiempos se hacía ésta sin dejar jamás las costas; y se consideraban perdidos los que se miraban apartados de su vista. Descubrióse la inclinación del Imán, y no fue bien conocida su utilidad, cuando embiste el hombre los mares más procelosos, y no le detienen los mayores peligros. A medida que se va perfeccionando el arte de navegar se ven miradas con desprecio las violentas agitaciones del mar, los espantosos vientos, las navegaciones por climas incógnitos, y por último, los que antes no se atrevían a pasar más allá del monte Atlas, se ven en el día percurrir los mares sin que les contengan los decantados calores de la línea, ni los bastantemente ponderados fríos de los Polos. Por la intrepidez del corazón humano se abrieron con la navegación las puertas del Oriente y Occidente, y al fin por ella nos vienen las riquezas de ambos continentes. Apenas los Portugueses descubrieron el Astrolabio, que antes no servía sino para conocer el movimiento de los Planetas, o mejor apenas aquellos aplicaron dicho instrumento para el uso de la navegación, cuando emprendieron las más largas y peno-

sas navegaciones. En tiempo del Rey D. Alonso V pasaron por el cabo Roder; corrieron las costas de la Guinea en tiempo de Juan II y llegaron hasta la embocadura del Río Zaire, descubrieron los Reinos del Congo y de Angola, doscientas leguas más allá del mencionado Río. Bartolomé Díaz pasó el Cabo de Buena Esperanza, Vázquez de Gama descubrió las costas de Senegal, y Melinda de allí se arrojó a la costa de Malabar y costa de Coromandel. Diego López Sequeira halló la isla de Sumatra, Antonio Brist las Molucas, otros descubrieron el Japón, &c. El arrestado Colón descubrió el Occidente, Juan Díaz Solís la costa del Brasil, Juan Verazar la costa de la Florida, Francisco Pizarro dio con la costa del Perú, Jaime Cartier con la de Canadá; y así ha sido descubierto lo restante de América, de modo que por la navegación se ha hecho todo un continente. Por su medio ha corrido la Religión todos los climas, y el Comercio ha entrado en todas las Naciones de la tierra. Además de habernos proporcionado todos los menesteres de la vida, nos franquea los del lujo. Las raices, telas, las más brillantes piedras, y las perlas de más oriente circulan por todo el universo. ¿Qué multitud de conocimientos nuevos, creídos tal vez por imposibles, no nos proporciona la mágica Arte de Navegar? La Geografía está ya por su medio en un punto que deja poco que desear. La Historia se halla maravillosamente iluminada. Las Artes y Ciencias han tomado un ascendiente inaccesible. En una palabra, todo el globo ha mejorado en un mil por ciento desde que se navega. La Historia Natural, ¿qué de bellezas no contiene, las más singulares y admirables de la naturaleza? La Medicina, ¿qué de drogas las más útiles a la salud humana? Por último, cuanto exige el Arte y piden las Ciencias puede decirse que se facilita por medio de la sin igual Navegación. Mucho llama la admiración cuanto se viene de leer; pero es aún más admirable al considerar que con unos medios los más sencillos se logra tan admirable operación. Puede decirse que sólo con un dato no del todo positivo e infalible ha conseguido el hombre, y alcanza vencer todos los imposibles de la navegación. No es paradoja, es una verdad

que no se atreverá a negar nadie, que sólo con la latitud se han hecho tan largos y arriesgados viajes. ¡O admirable Providencia! Parece que en todas las artes superabundan los principios, los axiomas, y que sólo en ésta ha de ser todo contingente, todo deducido de meras conjeturas. Sólo este conocimiento declara por más admirable la Navegación. Bien puede sin rebozo llamarse arte mágica. ¿Cuántos premios no se han ofrecido para el que hallase la longitud? ¿Cuánto no se ha trabajado? Se consigue ya una aproximación en fuerza de los cálculos, mas no llegamos a la realidad. Los relojes podían haber-nos libertado de muchas dudas; mas si bien han facilitado mucho, con todo falta la última perfección. ¿Pero para qué serán estas fatigas, cuando sin ellas se ha dado tantas veces vuelta al mundo? Es cierto que no parece un objeto de necesidad en vista de lo que se ha hecho; mas no obstante, sería otra la satisfacción de los navegantes; serían mucho menores los cuidados si se hallase como en tierra por los satélites de Júpiter, Luna y demás medios. Si se pudiese usar de los instrumentos en la mar como en tierra, veríamos más seguridades, mas no ventaja en el número de expediciones. Son tantas sin embargo las Ciencias que tienen conexión con el Arte de la Navegación, que creo sean bien pocas a las que no tribute ella atención. No se ciñe ésta sólo a los navegantes destinados al comercio. Éstos sí que parece que con poca doctrina y alguna práctica ya poseen lo necesario para el fin. Pero los navegantes Militares necesitan indispensable de casi todas las Ciencias y Artes. Son casi tantos los ramos que deben atender, que ni el derecho se exime de la necesidad de su conocimiento. ¿Qué diremos de las Matemáticas? Sin ellas ni un paso podrá dar en su obligación el navegante Militar. Todo se reduce a cálculos, y no los más triviales, sino los más sublimes. Desde la Arquitectura naval, hasta la táctica, ¿qué día, ni qué cosa podrá ofrecerse que no clame por la más sublime Matemática? Todos los momentos se presentan ocasiones en que ocurrir a la Física; el templar las velas, y demás adyacentes, ¿qué otra cosa es más que poner en práctica la doctrina de las palancas, la

Maquinaria e Hidrostática? Si se trata de la tormentaria, ¿qué multitud de conocimientos no pide más que la terrestre? Deje eso, Señor Argonauta, tanto vendrá a decir, que quitará la gana a los hombres de que entren en la Milicia marítima. No, no sea Vm. tan estrecho, malo sería Vm. para moralista. Desde luego creíamos que Vm. suprimiera alguna de tantas atenciones como en el día tienen; y muy al contrario las quiere aumentar. No siga más, por su vida, y deje las cosas como están... No piensa el Argonauta predicar de necesidad absoluta tantos conocimientos; sí es su ánimo hacer ver, que si dijo el Viejo de Coe de la Medicina que era un Arte largo, y que la vida era breve, él cree también lo es el Arte de la Navegación, para por este medio excitar a la Juventud Española navegante a que se aplique sin cesar. Todos conocen muy bien cuán dolorosa sea una pérdida, un naufragio, y que a veces se puede atraer la ruina de una Nación; pues mucho más sensible será si resulta de un descuido, de un golpe de ignorancia, de un efecto del poco cuidado. La menor circunstancia no debe ser despreciada en la mar. A veces está la vida de un bajel o de toda una escuadra en la diferencia o yerro de un minuto. Luego exige esta Arte de toda la aplicación del que la profesa. Por el propio hecho de ser los más de los datos contingentes debe siempre reinar una prudente desconfianza. Y si muchos datos combinados ofrecen prácticamente alguna seguridad, será delincuente el que omita el más pequeño. La más exacta atención en las observaciones, su repetición produce los más bellos efectos. Así los navegantes celosos no contentos con tomar sólo la latitud, frecuentan siempre que es posible el buscar la longitud, ya por las distancias del Sol a la Luna, ya de esta a una Estrella, o a otro Planeta. Por este medio ha visto el Argonauta ejecutado un error de más de cien leguas. Si bien es verdad, que antes se ha corrido el mundo todo con una práctica simple, no por eso deben de despreciar los nuevos medios que se van descubriendo, y éste es el medio para que progrese más, según se desea.

## XVIII

### ORATORIA

Los más de los Lectores entenderán que el Argonauta va a hablar sólo de los Predicadores; porque tenemos la desgracia de que en España no se mire ésta como uno de los ornamentos de la Nación. Hay entre los Escritores Españoles algunos que no ceden a los más decantados, y conoce el Argonauta Sujeto de mérito que no nombra por no lastimar su modestia, que habla generalmente con la que se puede llamar sublime. El Bachiller quiere antes dar algunas ideas sobre lo que ha sido ésta, y luego dirá lo que piensa de la del siglo presente, llamado ilustrado. Tres clases de oradores se conocen en el mundo literato: el sublime, el mediocre, y el sencillo. Son bien raros los que llegan al sublime; pero éstos tienen la desgracia entre nosotros, o de no conocerse, o de ser conocidos de muy pocos. Creo que no se hallará idioma que más fácilmente pueda elevar a este superior grado que el castellano; pero no puedo comprender la causa de ser tan escasos los Oradores Castellanos. Para pensarlo así le favorece aquella expresión de Ganganelli citada en el N. II: *De que el alma gustaba de oír a un Español*. El mediocre es el de los Ingleses, y desde luego es propio de su constitución, pues Sujetos de pocos principios profieren discursos que complacen a todo el que los lee. El sencillo es natural a los Franceses, como puede haber observado el que haya leído u oído sus discursos. Señor Argonauta, ¿sabe Vm. lo que acaba de decir? ¡Crea Vm. que mientras no lo pruebe nadie le ha de dar crédito: éste sí que es un pensamiento nuevo que nadie lo ha pensado, ni puede pensarlo el mismo Barrabás! ¿Para los Españoles les va a dejar el sublime? ¡Qué error! ¡Qué disparate! El Bachiller no piensa detener ahora en dar pruebas; lo tiene bien meditado, y basta por ahora la expresión de Ganganelli. En cuanto a los Ingleses y Franceses remite a Vm. a la lectura de sus obras, y creído de que con esto se desengañará al acabar este discurso, dirá lo que verá. Cuidado que no lea de ligero a éste, como a los demás discursos. De todos

tiempos ha sido perniciosa la oratoria. Pocos la han empleado con utilidad. Peñicles fue el fundador de ella. Lisias fue excelente en el grado sencillo y natural. Cicerón le elogia por la claridad y delicadeza de su elocuencia. Isócrates obtuvo la escuela en Atenas, y crió un gran número de oradores. Su estilo era fluido, exornado, y lleno de finura. También le recomienda Cicerón por haber sido el primero que introdujo en la lengua Griega el número, medida, y armonía. Esquines fue también uno de los más ilustres Oradores de Atenas. Demóstenes fue su rival, y a la verdad le excedió. Cicerón halla en éste todas las circunstancias de un orador. Desde este grande hombre decayó la elocuencia. Fue sucesivamente perdiendo aquel aire de grandeza que se había ganado en tiempo del gran Demóstenes; ni menos dejó de caer en la nobleza y energía. Sería tal vez porque no trabajaron como este infatigable talento. Los Latinos no han podido llegar a la elocuencia de los Griegos. Uno de los principales Oradores latinos es Catón. Los dos Gracos no brillaron tanto porque sus discursos estaban llenos de espíritu y energía. Los Romanos eran dirigidos por la razón natural, y no cuidaban de adornos. Antonio poseyó desde luego la verdadera elocuencia; supo emplear las reglas del arte con una facilidad extremada. Como la retórica ha sido siempre fértil en sofismas, y estos conducen a perder de vista la verdad para acreditar el engaño, para cambiar el negro en blanco, y lo contrario. Antonio, como más elocuente que honrado, dio un día un gran escándalo en desdoro de la Oratoria. Habiendo emprendido justificar a un sedicioso, los Jueces le hallaron inocente por la sutileza del Abogado Antonio. ¡Ah cuántos han aprendido esta pésima arte! Salió libre el que era verdaderamente reo, y de ahí se puede fácilmente deducir cuán perjudicial sea un hombre elocuente en faltándole la probidad. Craso no fue inferior a Antonio. Sus discursos estaban llenos de dignidad, y graves. Conocía la finura de la Oratoria, pues algunas veces lo dio bien a conocer, pero con toda la decencia que ella exige. Éste por la flaqueza de su pecho no podía verificar grandes mociones en la elocuencia. Por el contrario Sulpicio

que era violento y rápido. El Orador por excelencia fue el gran Cicerón. Hortensio, César, Bruto, &c. eran de su tiempo, pero no pueden compararse con él. Después de haber seguido todos los grandes hombres, y los mejores Maestros, pasó a Grecia para perfeccionarse más y más. Sin embargo que la naturaleza le favorecía mucho, no obstante sus continuos desvelos tuvieron mucha parte en el grado de superioridad que le vemos gozar. Éste es el modo de llegar a la perfección, y no el contentarnos con sólo lo que presta aquella. ¡Ah, si los Españoles siguiéramos a tan grande hombre, cuánto no ganaríamos para la cumbre de tan elevado monte! Tenemos la desgracia de que en viéndonos un tanto favorecidos de la naturaleza, llenos de un espíritu de... Ya nos creemos señores de toda el arte, sea la que fuese la que profesamos. Cicerón fue un Demóstenes en Roma. Han querido imitarle; mas ninguno llegará ni al colmo de su elocuencia; ni menos al de su gloria. Muerto Cicerón, comenzó a decaer la Oratoria. Séneca fue el primero que la comenzó a corromper. Plinio el joven fue discípulo de Quintiliano, de edad de diez y nueve años defendió una causa suya, y la ganó. Su Panegírico a Trajano es una de las obras que subsisten de él; sin embargo que no aduló a aquel Príncipe, no puede negarse que fue molesto. Sus cartas son la mayor prueba de que era un hombre de bien. ¿Qué diremos ahora de los Oradores Españoles? ¿Podremos acaso hallar alguno que pueda compararse con los que venimos de referir? Señor Argonauta, si atendemos a lo que dicen los extranjeros, no se hallará uno que pueda compararse con los que lleva mencionados. Es una injuria la más absurda. De los que viven podrá nombrar algunos Demóstenes, y un Cicerón. Si se trata de los que yacen ya en la inmortalidad, creeré que sea con ventaja a las demás Naciones... Poco a poco, Señor Bachiller, no nos eche a perder... A bien seguro. Sólo recordar el Concilio de Trento, la Historia de Francia, y otras memorias, se vería bien decidido cuanto vengo de exponer. Sólo de Escritores se verán a millares en Nicolás Antonio, que han escrito con la más sublime elegancia; y basta que el Idioma Castellano sea el más

dispuesto a la más elevada elocuencia, como llevo dicho, pues se asegura que es la más propia para hablar con Dios, como la Alemana para con los caballos. Aun entre los Oradores Españoles latinos se hallarán muchos que brillan en la más sublime elocuencia; y en prueba de que no rige mi pluma una acción viciosa, dará el Bachiller a su tiempo, si Dios le presta vida, la Historia de los Hombres Ilustres Españoles, y entonces verá el más obstinado patente esa verdad. No permite un corto discurso un detalle como le requiere el aserto, por tanto se remite al tomo segundo de este Periódico. Señor Argonauta, pensamos que quedará mal; y más cuando vemos que en España no hay quien se dedique a enseñar a la Juventud la Oratoria Castellana; y creemos que siempre ha sucedido lo propio. En Londres hay tantos Oradores, lo primero porque así lo pide la Constitución, y lo segundo porque hay escuelas para este solo objeto... También las habrá acá. Para eso escribe el Argonauta estas y otras cositas. Señor Bachiller, es cosa más que rara que toda la idea de acá sea enseñar la Gramática y Retórica latina, como si siempre hubiéramos de hablar latín, o como si fuera lo mismo que la castellana. A nuestro parecer hay mucha diferencia entre una y otra. Es así. También lo es que tienen los maestros divertidos a los muchachos cinco, y aun seis años, y al fin no salen gramáticos en la lengua latina, ni en la castellana. Esto es lo que más pasma al Argonauta, pues aun con todo eso vemos Oradores buenos; esto es, hombres elocuentes en ambos idiomas. De esto se deja inferir sin el menor trabajo la predisposición tan grande que tienen los Españoles a esta arte; y asimismo el que si se estableciesen escuelas para aprender las reglas, pudiendo entonces imitar a Demóstenes en trabajar para perfeccionar con el arte lo que nos presta naturaleza, serían muchos otros tales. ¿Qué dice Vm. Señor Público? Que se le dará a Vm. con gusto.

N. 25

**EL ARGONAUTA  
ESPAÑOL**

*Ridiculum acri dulcius*

XXVII

**ORIGEN DE LOS TERREMOTOS  
SEÑALES Y MODOS DE LIBERTARSE  
DE SUS ESTRAGOS**

Es innegable que todos los movimientos que se experimentan en el globo terráqueo conocen por causa principal la poderosa mano de un ser supremo; pero no por eso debe dejar de considerarse un temblor de tierra como un efecto natural, como el rayo, y otros fenómenos terribles de la naturaleza. El Autor de todo lo criado, con aquel infinito caudal de ciencia natural, previo que era necesaria una circulación de las aguas, como la de la sangre en el cuerpo humano. Por tanto dispuso mares, cavernas y canales por donde ejecutase su giro. Esos azufres que en tanta abundancia produjo en las entrañas de la tierra, y que girando con los demás líquidos llegan a veces a inflamarse para depurar los aires encerrados en las cavidades de la tierra arguyen una necesidad de semejantes accidentes, del mismo modo que en nuestro cuerpo las diferentes revoluciones que sobrevienen. Creo que no puede darse comparación más igual que la del cuerpo nuestro con el terráqueo. Era preciso que los mares tuvieran una comunicación libre con lo más profundo y central de la tierra, interceptada esta circulación, de necesidad debe desobstruirse con un efecto violento, capaz de dar curso al aire, o a las materias gruesas que obstruyan las

canales. Ésta es, y no otra la causa indispensable de los terremotos. Si en el cuerpo humano vemos que exige el desahogo de las materias gruesas y viscosas, así en la tierra miramos que por el Río [-]<sup>159</sup> se descarga de una porción grande de materias bituminosas gruesas, espesas y briosas, que interceptando su curso, fermentando, e inflamadas deben producir una conmoción tan espantosa como la que se mira en un temblor. La continua erupción del Etna de Sicilia, y de los demás vesuvios nos da una prueba bien manifiesta de esa verdad. Los repetidos terremotos que se observan en las inmediaciones de todos los volcanes confirman el efecto de la obstrucción; y todo esto la necesidad de los temblores. Luego es un efecto tan natural, como los que observamos en las obstrucciones del cuerpo humano. Según el célebre Kircher pasa por debajo del Monte Cáucaso un raudal de materiales bituminosos, los que van a parar en el Ponto Euxino. Lo mismo acontece en el seno Pérsico, y comunicación del mar negro con el mar Caspio. Los mejores Geógrafos nos aseguran que el famoso Río Negro, en África, tiene su origen en el Río Nilo. ¿Quién ignora la vasta caverna del Monte Tauro, que recibe el Río Tigris, y da a éste el paso para el otro lado? Este mismo río después que ha pasado por el lago Thospites va a salir en el Éufrates cerca de Babilonia. ¿Lo mismo acontece con el Río Guadiana, que corre treinta y dos millas debajo de la tierra? Con esto se deja claramente deducir que el globo tiene sus conductos por donde circula el agua, y los demás líquidos como el cuerpo humano. Por consiguiente obstruidos éstos debe de necesidad resultar un encharque, y de éste debe seguirse la corrupción de los líquidos detenidos, y de esto sin dificultad deben dimanar los temblores. Si la corrupción o putrefacción de los líquidos encerrados, constando de partículas sulfúreas, llega a inflamarse, ya sea con la ayuda de los fuegos subterráneos, ya por otro secreto admirable de la naturaleza al aire rarefacto cuando ya se hallaba oprimido producirán necesariamente el mismo

---

<sup>159</sup> Una palabra ilegible debido a la carcoma.

efecto que se observa a un cañón. Oprimida la pólvora en términos que sólo contenga una pequeña porción de aire, rarefaciéndose éste, haciendo que éste exija mayor lugar, empele la bala del cañón, y en las minas eleva grandiosos peñascos. Luego tenemos aquí la prueba más constante del mecanismo del terremoto. Una vez que es forzoso creer que acontezca, veamos las señales que deben anunciarle.

## SEÑALES

Varios han escrito sobre esta materia; mas no tengo presente que den más que un cortísimo número de señales; sin embargo, para beneficio del Público prescribiremos las que se pudieren y supieren, para luego pasar a los medios de libertarse de sus ruinas. Según han observado los Físicos, sobrevienen los temblores cuando el cielo está sereno, y no hay casi viento alguno. En España los hemos observado por los meses de Octubre y Noviembre. También en Italia, Lima y Cuba se experimentan en meses determinados. No nos detendremos en la exposición de la causa de ello, por no permitirlo los estrechos límites de un discurso, dejándolo a los Físicos Naturalistas, si no se tratare en otro de ello. En el cielo que manifiestan ciertos celajes ramosos parados, y a veces en forma de palma. Son transparentes y raros. Esta señal se ve con mucha frecuencia, y sólo podrá servir combinada con las siguientes.

Una de las señales más poderosas y ciertas es la extraordinaria hinchazón del mar sin causa manifiesta, estrépito y sin reventar. Desde luego este movimiento no puede suceder sin causa muy poderosa, y a mi ver sólo puede ocasionarla el aire rarefacto, ya sea por la acción del fuego, ya por otros de los efectos prodigiosos de la naturaleza. Sea por lo que fuere, rara vez se ha visto este horroroso fenómeno, que no haya seguido un temblor. El calentarse el agua en los pozos es otro síntoma de un terremoto, también de los casi infalibles.

Asimismo es otra señal considerable el sacarse salada el agua de los pozos, y aun de los aljibes, sin causa conocida. Este efecto resulta de la evaporación de las sales, y de la penetración por los poros de la tierra, efecto que no puede acontecer sin un agente sumamente poderoso y activo. También los animales en las campañas han sólido avisar de un efecto de esa naturaleza con sus impropios y extraños bramidos. Igualmente ha sido señal de ello el disgusto general interior de las gentes sin causa manifiesta. Ha acontecido anticiparse a un terremoto abrirse grandes grietas en la tierra y salir llamas por ella. Por último, es también una de las señales que hacen temer un temblor cuando los volcanes se manifiestan por algún tiempo apagados, y cuando se alborotan con intermisión. Estas señales, con otras que podrán observar los que vivieren en países propensos a temblores, deben servir de aviso para tomar las precauciones siguientes.

En los países donde son muy frecuentes los temblores, como en Lima, Cuba, y algunas partes de la India, se fabrican a prevención las casas, de modo que el más fuerte no es capaz de tumbarlas. Estamos, a Dios gracias, en un País, en que se ven raras veces; y ya por la costumbre, o ya por necesidad se fabrican de cantería, y sin que pueda tomarse recurso para que se eviten las ruinas que ocasionan tan terribles fenómenos. Por tanto se considera como inútil la exposición de otro modo de construirlas. Pues que ya es forzoso sólo hablar de los recursos, que se puedan tomar en tan desesperados casos, se aconseja que en el momento que se vean algunas de las expresadas señales, no hay mejor medio que salir a campo raso. En medio de las plazas, y en todo paraje en que la caída de las paredes, o torres, no pueda alcanzar. En las Ciudades, como en esta de Cádiz, cuando no sea posible esto último, se debe ocurrir a las embarcaciones, y debajo los arcos más robustos; pues en las casas no puede esperarse más que la precisa ruina. Ocurren muchos a los Templos. Esta práctica aunque es laudable, en cuanto a ser lugares más propios para pedir socorros al Señor, no obstante por su desmedida elevación, están más propensos

a la ruina. Hablando de esta Ciudad en el caso de que aconteciera, lo que Dios no permita, será feliz el que pueda ponerse en cualquiera de las embarcaciones de la Bahía: no salir por la Puerta de tierra, sino por la del mar. Por ahora no sabe más el Argonauta.

***YO NO HE DE SER MENOS QUE FULANO, NI QUE FULANA***

Poco le dio que pensar al Bachiller este mote. Lo ha oído más veces que ocasiones se ha mudado la Luna en toda su vida, y ahora la ha dado en que ha de averiguar los escondrijos de su significación, origen, y resultas.

En cuanto a lo primero, tomando las voces conforme suenan, no querrá significar más que: *Fulano no ha de ser más que yo. Fulana no ha de aventajarme*. Nada malo parece que tiene esta expresión. En efecto, si la ventaja fuese en lo que se llaman virtudes morales, ¿quién duda que sería recomendable el que todos, sin excepción de persona, no gustásemos, o quisiéramos exceder a los demás? ¿Quién duda tal, Señor Bachiller? Dice que no lo duda, y que está más que cierto que no es esta emulación la generatriz de este dicho más común y general que el nombre de Pilatos, de quien leyó un Académico de Berlín una memoria, probando que este nombre era el más nombrado en el universo, cosa tan digna de ridiculizarse, como acreedora a toda circunspección la frecuente repetición de este mote que se va a analizar. En fin es más que común el decir: fulano, o fulana no ha de ser más que yo, no en virtudes, sino en... Despacio, Señor bachiller; cuando más lo dirán las gentes porque no les gusta que vean prosperar más a los amigos, vecinos, y paisanos. ¿Y le parece poco? A mí nada, porque ¿qué tendrá de malo el que vea Doña N. que una amiga suya del mismo gremio que ella; su marido con el propio empleo, sueldo y demás circunstancias, con una saya de glo acabada de estrenar; con un mantón con cada blonda de vara y media de

ancho; con un moño mayor que un jumento, y con otras cosas; y que digo: no pues fulana no ha de ser más que yo? ¿Que luego embista a su marido, y que con dos mil reconvenciones amorosas, y otros tantos ardidés le obligue a comprar otro tanto, aunque no tenga para ello, ni lo pueda pagar en diez mil años? Nada, nada al parecer de Vm. pues el Bachiller no piensa así. Cree antes bien que quiere decir muy mucho, y que debía de desterrarse del Idioma castellano semejante entusiasmo. ¿Vm. sabe qué de consecuencias dimanar de semejante friolera? Pues no crea que pueda yo en este discurso explicar las negrísimas resultas que sobrevienen de esta niñería. Vamos, Señor Graduado, que no será tanto lo que Vm. pondera. Pues deje que él exponga el origen de esas pocas voces, y luego le hará ver que son más las consecuencias fúnebres, que lo que Vm. piensa. La soberbia y la envidia son las fuentes de donde emana el caudaloso río de resultas que atraen. Lo mismo es ver que otro u otra más lucido que unos se enciende la primera, pega fuego la segunda, y el primer resultado es pensar cómo se le ha de imitar o aventajar. Y diciendo no ha de ser más que yo, creen tranquilizar, o extinguir la llama devorante que consume sus corazones. Ayer se hallaba el Bachiller en casa de un artesano. Vino a verle un Amigo suyo de la misma facultad, y acababa de estrenar una capa de rico bayetón Inglés. No bien se hubo despedido, cuando dijo aquél: Mañana hago una capa como la de mi Amigo, porque yo no he de ser menos que él.

La semana pasada estaba él de visita en casa de un conocido. Entró a la sazón una Amiga, con un vestido de canícula... Ha, ha, ha... ¿Qué se ríe, Señor Bachiller? Ha, ha, ha... Diga Vm. luego de qué se ríe, que ya nos vamos escamando. De esa ca...ni...cu...la... Siga Vm. su cuento, y déjese de eso. No, no puedo, lo dejo, y me han de decir algo sobre esa canícula. Para que se vea por donde trepa el pecado. Ahora han dado las más de las gentes sin cabeza en usar unos listados que llaman con ese nombre, y ésa es la moda rigurosa. De dónde le venga, o cómo se ha introducido, Barrabás que lo entienda. Lo cierto es, que en oyendo la voz canícula, aunque sea la de los

Almanaques, me viene tal flujo de risa, que no lo puedo ponderar, y me parece que llevo razón, porque ¿quién no se reirá de semejante locura? y mucho más del empeño en que no querer ser menos Doña Fulana que Doña Sutana, porque viste un traje de canícula. Todo esto, como lleva dicho el Bachiller, no es más que un efecto de lo que se llama soberbia y envidia. No sé cuándo se desterrarán del mundo tales muebles más nocivos que la tiña.

Lo más admirable, y que más choca con la buena razón del Argonauta, es no ver que no quieran ser menos que los y las demás cuando resplandece en ellos alguna virtud. Cuando se mira a un sujeto con haberes, y a una Señora con posibles vestir en los términos que exige su estado, sin andarse notando, ni menos observando que otros y otras vistan ropas que no correspondan ni a la bolsa, ni a la jerarquía. Esto, que debía de ser un poderoso estímulo para todas, es lo que no se mira, y lo que no se mira, y lo que no se procura aventajar. ¿Qué mayor excelencia que exceder a los demás en virtudes? ¿Qué circunstancia más apetecible que manifestar un caudal de juicio y madurez? ¿Y qué cosa más acomodada a la razón y la equidad, que vestir indicando un gran fondo de probidad, y no ostentando lo que no hay, entrapando a todo el mundo, y cometiendo más desaciertos y desafueros que D. Quijote de la Mancha? Es bueno que porque Peransica sin seso destruye a su marido con el pretexto de no querer ser menos, también Fulanica ha de seguir sus pasos? No, Señoras mías, bueno es que no pretendan ser menos, pero en lo que se llama saber gobernar la casa, educar los hijos, y complacer a sus esposos. En esto sí que será laudable el procurar aventajar a las demás, o a lo menos igualarlas; pero no en las malditas modas. Conducta más que detestable será siempre la de este género, y será digna de todo encomio aquella que viendo sobresalir a otra en las obligaciones de una mujer de su casa, no las deja vivir hasta sobrepujarlas.

En los tiempos antiguos toda la emulación se terminaba en cuál había de hilar más lino, en cuál cuidaba mejor su casa y familia. En el día, muy al contrario, sólo se nota en cuál ha de estar más ociosa, y ha de vestir más modista. ¡Trastornado está el universo! Deje Vm. esa materia. Siempre va a parar el tiro contra las pobres Señoras. ¿Qué le han hecho, Señor Argonauta? ¿Acaso los hombres son impecables? ¿No siguen también las modas, hasta la canícula [*que*] tanto le divierte? También tenemos esa desgracia, aunque no con tanto extremo, bien que si bien se mira, mucho más digna de ridiculizarse. Con todos habla el Bachiller, y a todos quiere traer a verdadero conocimiento, a que sólo se oyera este mote con relación al bien, y no por el camino que van. Ojalá que todos pensásemos [*en*] ser más aplicados, que el letrado se desvelase para exceder al letrado en lo que se llama su facultad, el médico al médico, el comerciante a su igual, el labrador a su vecino, y el artesano a su compatriota. Permita el Cielo que este pequeño agregado de voces sólo se dirija a que Pedro no cuide más de sus obligaciones que Juan, y éste que Fernando. No se verían las funestas resultas que se ven diariamente de tan siniestra aplicación. No se hallarían tantos vagos y mendigos, ni tantas mujeres infelices como se ven por el mundo, por una causa tan fútil. La prosperidad del amigo, del Vecino, &c. deben excitarnos a la imitación, no en los efectos, sino en la bondad. Si viene aquella de principios justos, como son el mayor trabajo, la mayor aplicación, entonces debemos esforzarnos a seguir los pasos de aquél para conseguir igual o mayor fortuna. Mas si los medios han sido injustos, como son todos aquellos que son impropios en un hombre honrado, entonces lejos de usar del mote, lejos de excitarnos a aventajarles, debemos compadecernos de su suerte, y huir de imitarlos. Viste una a todo el rigor de la moda; mas todo cuanto se ve lo debe al Mercader. ¿Por qué se ha de hacer otro tanto? ¿Qué buenas consecuencias pueden resultar?

Ponga cada uno y cada una la mano en su pecho. Obsérvese el como muchos y muchas echan galas todos los días. Vea los

bochornos que pasa diariamente. Yo aseguro que entonces no pensarán que por ello son más, sino muy al contrario, que se constituyen menos honradas, y algo más, que es lo peor. Insiste el Bachiller en que se valgan de este mote cuando vean que el amigo les excede en virtudes. Digan entonces: No ha de ser más que yo. No he de ser menos que ella. Entonces será apreciable tal costumbre, y no abuso como en el día. Así lo espera el Argonauta, y lo suplica de corazón.



N. 26

**EL ARGONAUTA  
ESPAÑOL**

*Ridiculum acri dulcius*

**UNA DE LAS GRANDES AVENTURAS  
DEL BACHILLER**

Dormido estaba la noche pasada el Bachiller de tal modo y manera, que mejor se parecía [a] un tronco que a una criatura racional. No bien sería media noche, cuando le sorprendió una voz que oiría entre sueños que le llamaba: ¿Argonauta? ¿Bachiller? despierta, que viene por ti la Sibila Eritrea. No se movía, y esto le obligó a aquella famosa Señora a cogerle por un brazo, y dándole un sacudillón logró que se despertase; pero algo sobresaltado, sin embargo que no era medroso, ni creía en brujas, fantasmas, ni ánimas. ¿Quién, quién me llama?, dijo con alta voz. Yo soy: la Sibila Eritrea es quien viene por ti, levanta y sígueme. Sin saber el pobre Bachiller lo que le sucedía, se levantó y echó a andar al paso bien ligero de su conductora. En un decir amen se vio en la orilla de un lago lóbrego y nada alegre, y en menos de un instante embarcado y navegando cual pájaro que llevan en jaula. Muy pronto arribó a la otra banda, donde estaban esperándole un diluvio de almas. Sin saber cómo ni cuándo agarraron de él, y le llevaron a un magnífico palacio de otra arquitectura que los varios órdenes que se ven en Europa. Conducíale por la mano Eritrea, y con esto no se atrevieron con él ni la serpiente, ni otras fieras que guardaban las puertas en efecto, luego se vio dentro de un salón extensísimo. Lo primero que hirió su vista fue un majes-

tuoso trono en que estaba sentado el Dios Plutón. A sus lados estaban Éaco, Minos, y Radamento, graves y circunspectos, como Alcaldes de Aldea. El patio estaba lleno de gentes, y todos cargados de protocolos. Estaban divididos en pelotones. En medio se veía un alambique del tamaño del Monte Atlas, mucha leña, y algunos Farmacéuticos y sus ayudantes. A todo esto estaba el Argonauta con la boca abierta como la de un papamoscas. Nada hablaba. Dijole la Sibila: Bachiller, ¿qué decís de esto? Qué sé yo, respondió. ¿Qué no conocéis a ninguna de estas gentes? En mi vida los he visto. Pues sepáis que este pelotón son los Escritores de bellas letras: ahí está Rousseau, Volter, Marmontel, Alembert, y toda la demás caterva. Los demás pelotones son Escritores de las demás facultades y ciencias de este siglo. ¿No conoce Vm. a nadie? No por cierto. Todos esos que mira son Españoles. ¿Españoles? Sí, y los más de Madrid. ¿No conoces a ése que está ahí cerca? No le distingo bien la Fisonomía. Pues éste es el Argonauta Español, el Autor de la Moral de D. Quijote, el Panegirista, y el que escribió aquella obra de Historia Natural que corre con el nombre de una Parra. Que no soy yo. Sí, tú eres; pero no por eso dejas de entrar tus obras y las demás que se han escrito en este siglo para la análisis. Así será, pero yo no me siento sino acá. Bien, no importa. Todos los demás son los restantes Escritores que se creen haber ilustrado el siglo... Interrumpió esta conversación una voz de un clarín. A ésta siguió el que varios con el aceite, cera y sebo que consumieron los Escritores, lo echaban en el alambique. Ya que se acabó esta faena, mandó [*Radamento*] que cada uno fuese metiendo sus papeles en el recipiente. Al punto fueron ejecutando cada una la orden, y quedó dentro del alambique en un momento cuanto se escribió en este siglo. En el otro instante vino una furia con un gran tizón encendido, lo aplicó a la hornalla, y fue cociéndose el caos contenido dentro del recipiente. Todos sabían el fin de aquella función, porque Éaco lo había ya relatado antes de la llegada del Argonauta, y fue como se sigue.

Habitantes de estas oscuras cavernas, informado el gran Plutón de que muchos de allá del mundo creen, y llaman a este siglo ilustrado, y deseoso de averiguar tan extraño pensamiento, ordena que acudan a su tribunal todos los Escritores, para que en el alambique presente se alquimicen en presencia de todos, para que los mismos que se han dado lugar a que se difunda tal voz sean testigos de si merece o no semejante epíteto, a fin de que siempre que no sea así, se arrojen los resultados al río Leteo, para que se destierre del mundo una idea fantástica, y productiva de la mayor parte de la soberbia reinante; y que si por el contrario resultase acreedor el siglo a tan famoso nombre, se escriba en el libro dorado para eterna memoria. Ésta es su voluntad, y en su cumplimiento se hace comparezca también el Argonauta para que sea también juez de su causa, y lo publique al universo.

Ardía a más no poder la hornalla, y se sentía el hervidero que tenían los papeles con la cera, aceite y sebo. Poco después levantóse Minos, y acercándose a las diferentes piezas de cristal que debían de recibir los espíritus, quintas esencias, y demás que resultase. Viendo que nada destilaba por parte alguna, y que había cesado la ebullición, dispuso se apagase el fuego. Hecha esta diligencia, se pasó a abrir el alambique, y nada más se halló que *caput mortuum*. Dio parte al gran Plutón, y después de una larga conferencia, puesto en pie Radamento, hizo el siguiente razonamiento.

Bien visto queda, Señores Escritores del presente siglo, que lo único que ha resultado de la análisis que vienen de presenciar es lo que llaman los Químicos *caput mortuum*, que no hemos experimentado ningún aceite, ni sal esencial, ni menos sales fijas, seguras y de alguna utilidad. Según el dictamen de nuestra junta habrá dado la análisis muchos espíritus volátiles, de que constaban los cerebros de tantos Autores. Esto por conjetura, porque en realidad nadie podrá asegurarlo como Vms. pueden confesar. Si se examina el *caput mortuum*, seguramente se debe de temer alguna peste, pues serán tantos los malos

vapores que exhalan, como las malas consecuencias que se han visto y ven en el mundo. Por tanto, deseosos del bien universal hemos resuelto dejarlo intacto; pues no es necesaria tal inspección para que Vms. mismos confiesen que sus escritos no tienen cosa que pueda ilustrar el siglo en ningún género o especie de materias; y puesto que el silencio de Vms. es la mayor prueba de hallarse convictos, ordena el grandioso Plutón que el Argonauta vuelva al mundo, y haga manifiesta esta operación química, con todo lo que se ha visto en este teatro, o mejor en este laboratorio.

Acabó Radamento su discurso, se salieron todos por donde habían entrado, y el Argonauta acompañado de la Sibila volvió al mundo, esto es, a su cama, como si tal cosa no hubiera acontecido. Despertó muy de madrugada pensando en el caso, y a sí mismo se preguntaba: ¿Qué es lo que por mí pasa? ¿No voy creyendo que no es sueño lo que me ha sucedido? ¿No estaba yo también allá con mis papeles debajo del brazo? Por cierto que he quedado lucido. Vaya, vaya, ¿no será mentira? Pero no, no puede ponerse en duda. Ea, mal de muchos, consuelo de tontos. Poco importa que un Bachiller sea del número de los ilustradores negativos, cuando ha visto a tantos doctores. El caso es, que debo publicarlo según se me ha mandado. Es muy cierto. ¿Pero callaré eso de que mis papeles sirven igualmente sólo para envolver dulces? ¿Para qué? Ea, sépalo todo el universo, que lo mismo he de ganar de un modo que de otro.

Esta reflexión animó al Bachiller a dar al Público esta decantable operación química, de la que con tanta cera, aceite y sebo, tanta agalla, vitriolo, y agua o vino, de tanto papel de Holanda, Génova, y Barcelona, y de tantos meollos, meolladas y cerebros, no ha resultado ni una gota de aceite esencial, ni una de algún espíritu, ni más que unas eses pestíferas, venenosas, &c. Pues sépalo el mundo todo, y entienda que ésta es una relación circunstanciada de lo que ha pasado en los cascos de un dormido despierto. Ésta fue la famosa ilustración del siglo: aquélla que ha llenado de viento a tantos que no es creíble.

Acabará él, y para el que sigue se verá más patente esta fabulosa verdad. Ni el Argonauta lo ver; pero basta que lo conozca.

Más virtudes, más aplicación hubieran, sí, ilustrado el siglo; mas no la presunción, el ocio, y la maldad.



**LISTA**  
**DE LOS SEÑORES SUSCRIPTORES**  
**AL PAPEL PERIÓDICO**  
***EL ARGONAUTA ESPAÑOL,***  
**SEGÚN EL ORDEN CON QUE SE SUSCRIBIERON**

El Excelentísimo Señor Don Joaquín de Fonsdeviela y Ondeano, Gobernador de esta Plaza.

Señor Don Antonio Escobar Riquelme, Alcalde Mayor de esta Ciudad.

Señor Don Antonio de Uclés, Secretario del Gobierno.

Señor Don Juan Bernardo de Uclés, Oficial de dicha Secretaría.

Señor Don Josef Alier, Controlador de Artillería.

Señor Don Cayetano Hue.

Señor Don Juan Castril.

Señor Don Francisco Ayres.

Señor Don Eduardo Bacquer.

Señor Don Lorenzo Tomati, del Comercio.

Señor Don Luis Jiménez de Palacios.

Señor Don Diego Josef Blacader.

Señor Don Pedro de Montes y Origuela.  
Señor Don Gerónimo Josef de Morales.  
Señor Don Nicolás de Mora y Sánchez.  
Señor Don Manuel Arenas.  
Señor Don Fernando Soria, Teniente de Navío de la Real Armada.  
Señor Don Cayetano Nuñil.  
Señor Don Carlos Gordón.  
Señor Don Tomás de Junquera.  
Señor Don Manuel Pinillos.  
El M. R. P. Fr. Gregorio Vila, Corrector del Convento de la Victoria del Puerto de Santa María.  
Señor Don Josef Nicolás Linigo.  
Señor Don Rafael Josef Belluga.  
Señor Don Juan N.  
Señor Don Manuel de la Presa Santa Coloma.  
Señor Don Pablo María Bizarrón y Rivas, Regidor y Justicia mayor del Puerto de Santa María.  
Señor Don Josef Jossi.  
La Biblioteca de RR. PP. Dominicos de esta Ciudad.  
Señora Doña Francisca de Luque.  
Señor Don Josef Domínguez  
Señor Don Juan Cabruja, del Comercio.  
Señor Don Manuel García.  
Señor Don Juan Canjino.  
Señor Don Domingo Gual, del Comercio.  
Señor Don Pedro Marquif.  
Señor Don Francisco de Paula Moya.  
Señor Don Fermín Nadal, primer Cirujano de la Real Armada.

El M. R. P. Fr. Juan Roso, Provincial y Prior del Convento Hospital del Señor San Juan de Dios.

Señor Don Joaquín Necochea, del Comercio.

Señora Doña Antonia de Prado.

Señor Don Alonso Ramírez de Arellano.

Señor Don Josef Manuel Jenett, del Comercio.

Señor Don Eduardo Prendergase.

Señor Don Esteban Álvarez del Fierro.

Señor Don Manuel Jiménez de Sanz, del Comercio.

Señora Doña Leocadia María de Castro y Biedma.

Señor Don Macario del Campo.

Señor Don Josef Salinas.

Señor Don Antonio Camps.

Señor Don Alberto Monge.

Señor Don Guillermo González.

Señor Don Martín Montes, Ayudante de esta Plaza.

Señor Don Josef de Quintana y Villalba, Comisario de Barrio.

Señor Don Salvador Mateu.

Señor Don Josef Muralla.

Señor Don Santiago Coromina.

Señor Don Juan de Beytia.

Señor Don Lorenzo Lacosta.

Señor Don Francisco Pabón, del Comercio.

Señor Don Mateo Egococheaga, del Comercio.

Señora Doña Catarina Emparán y Estenaga

Señor Don Antonio Lasteti.

Señor Don Josef Villaverde.

Señor Don Barón de la Bruere, en Valencia.

Señor Don Francisco Xavier Meñaca, Alférez de Navío de la Real Armada.

Señor Don Josef Lembeya.

Señor Don Agustín Berlinguero.

Señor Don Francisco Briart.

Señor Don Bernardo Hidalgo y Mozonzillo, Abogado de los Reales Consejos.

Señor Don Juan Josef Marphi.

Señor Don Josef de Cea y García.

Señor Don Antonio Picardo.

Señor Don Josef Torices, Escribano público.

Señor Don Manuel Aldicoa.

Señor Don Angel González de Villanueva.

Señor Don Francisco Frifú.

Señor Don Salvador María Rojo.

Señor Don Pedro de Saldo.

Señor Don Juan Antonio de las Cuevas.

Señor Don Pedro de Grimarest, Ayudante mayor del Regimiento de Asturias.

Señor Don Josef Santos Díaz.

Señor Don Josef Lascano.

Señor Don Josef Bourt, Director de la Compañía Marítima.

Señor Don Josef Ignacio Callebout, Presbítero.

Señor Don Antonio Junciel.

Señor Don Francisco Xavier de Lauda, Teniente de Infantería de Malta.

Señor Don Nicolás Morgat.

Señor Don Antonio de la Torre.

Señor Don Francisco Esteván.

Señor Don Manuel Valgas.

Señor Don Miguel Martínez Díaz.

Los Señores Izquierdos e Hijos.

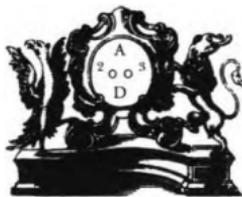
Señor Don Josef María Acevedo.

Señor Don Juan Lagarde.

Señor Don Manuel Behic, Contador de Ejército.

Señor Don Francisco Boronat.





*Este libro se terminó de imprimir el mes de diciembre de 2003,  
doscientos catorce años después de que el Bachiller Pedro Gatell  
recibiese una ayuda económica de 1500 reales,  
tras enviar al conde de Floridablanca su  
Modo de preservar de los rayos a las  
personas, casas y demás edificios.*



*El Argonauta español, periódico gaditano...*, que salió de las prensas de Antonio Murguía en 1790 y cuyo autor era el bachiller Pedro Pablo Gatell y Carnicer (un cirujano retirado de la Real Armada que jamás supo ni quiso escoger entre las Ciencias y las Letras), ha sido injustamente olvidado por la literatura y la historia de las ideas.

Fruto de la brillante vida intelectual que se llevaba en el Cádiz del final del siglo XVIII, *El Argonauta...* es una obra prototípica de la Ilustración que destaca por la variedad de los temas tratados.

Esta edición permite al lector conocer las preocupaciones de *un amante del bien público* y descubrir la sociedad de la España del Antiguo Régimen gracias a un autor singular: un espíritu científico formado en el prestigioso Real Colegio de Cirugía y Medicina de Cádiz donde adquirió una cultura y unos modos de pensar de los cuales jamás se departió y que influyeron fuertemente sobre su escritura, confiriéndole un cariz único.

ABC  
Colección  
Bolsillo

ISBN 84-7786-892-1



9 788477 868927